SANTIAGO BLASCO

EL MERCADER DE ALEJANDRÍA

algaida

Santiago Blasco

El mercader de Alejandría

algaida

Índice

P*orque es la base que cimienta mis sueños;*

I*nspiración donde se asientan mis fantasías;*

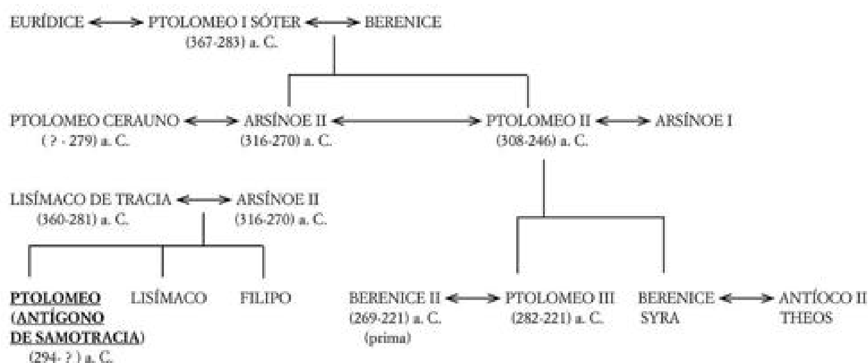
L*a columna que vertebra mi vida;*

A*poyo incondicional.*

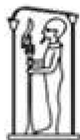
R*ealmente, es el Pilar que sustenta mis estrellas.*


MACEDONIA
TRACIA
MAR NEGRO
(PONTO EUXINO)
TESALÓNICA
TASSOS
SAMOTRACIA
CASANDRA
VOLOS
EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL EN ÉPOCA DE LOS PTOLOMEOS (SIGLO III A.C.)
ATENAS
THIRA
RODAS
CRETA
MAR MEDITERRÁNEO
CIRENE
BERENICE
(BENGASI)
ALEJANDRÍA
GAZA
MAR
MUERTO
PETRA
GUIZA
MENFIS
SINAI
REINO
NABATEO
LAGO MERIS
PTOLEMAIS
EVERGETIS
(ARSINOE)
DIONISIAS
Oasis de
Monte de Cristal
Oasis de
al-Farafra
RÍO NILO
DESIERTO BLANCO
Oasis
de Tebas
(al-Kharga)
TEBAS
MAR
ROJO
Oasis de
al-Dakhla
LATÓPOLIS (ESNA)
APOLINÓPOLIS MAGNA
(EDFU)
SIENA (ASUÁN)

CUADRO GENEALÓGICO DE LA DINASTÍA PTOLEMAICA AFECTO EN LA NOVELA



Introducción



Los grandes ventanales estaban abiertos de par en par; dejaban que la brisa suave de un viento templado procedente del mar Mediterráneo, como si de un juego infantil se tratara, meciera los grandes visillos de seda que incansablemente se inflaban y giraban envueltos entre mil remolinos que les hacían rozar constantemente las decoradas molduras de mármol travertino de los altos techos de aquella majestuosa cámara. Era una estancia adornada con tonalidades terrosas, con cierto tono amarillento, que además tenía el privilegio de gozar de la vista más espectacular que se podía tener sobre la bahía de una de las ciudades más antiguas fundadas por la civilización griega.

Aquellos enormes huecos abiertos hacia el exterior daban acceso a una gran terraza cubierta en forma de templete, desde donde la lejanía infinita del mar azul se combinaba con barquitos de pesca que moteaban de pequeños puntos negros el horizonte marino, mientras se perdían hasta donde era capaz de divisar la vista. El perímetro de la suntuosa terraza estaba vigilado por seis columnas que permanecían unidas entre sí por medio de una ancha barandilla de obra, rematada por una balaustrada de barrotes gruesos de piedra caliza.

Resultaba muy fácil que la mirada se perdiera constantemente con las muchas referencias que desde aquella magnífica atalaya de observación tenía para elegir de entre las incontables distracciones que ofrecía semejante panorámica de Alejandría. También el lugar se prestaba para ocupar gran parte del tiempo con la inofensiva contemplación de aquel entorno inigualable, lo que facilitaba el ejercicio del simple abandono del espíritu por el sencillo placer de estar allí; tan solo dedicado a dejar pasar las horas mientras se observaba en calidad de testigo de excepción el transcurrir de la vida cotidiana de aquella gran urbe que creció con una rapidez inusitada, prácticamente de la nada, que nadie hubiera imaginado cuando tan solo era un pequeño y olvidado poblado de pescadores.

En un sitio preferente, una mesa de grandes dimensiones servía de soporte a una gran cantidad de pergaminos que se apilaban a la espera

de ser revisados por su creador, quien no cesaba de dictar a sus ayudantes cuantos pasajes recordaba sobre los asuntos que debió acometer a lo largo de su extensa vida. Aquel hombre, consciente de su avanzada edad, llevaba por voluntad propia algún tiempo retirado de las funciones propias del Gobierno, aunque nunca dejó de preocuparse por los asuntos importantes de su reino. Atrás quedaban multitud de historias y acontecimientos muy personales, aún sin revelar, que permanecieron conservados de una manera nítida en su memoria, dispuestos a que un día decidiera contarlos alentado por ese dinamismo que nunca le permitió permanecer inactivo. Por eso, ayudado de varios escribanos y recluido en su residencia de verano, desde donde disfrutaba de ese incomparable recinto exclusivo al alcance de muy pocos, aquel sobre quien recayó la responsabilidad de dirigir durante muchos años los designios del imperio egipcio en una nueva y desconocida etapa dinástica caracterizada por el origen heleno en sus faraones, decidió permanecer los últimos años de su vida acompañado por miles de escritos que consiguieron ocuparle el tiempo más gozoso y tranquilo de cuantos tuvo que consumir.

Corría el año 284 a. C., se sintió muy alentado por un incontenible deseo de concluir lo que consideraba la verdad incuestionable de su ya lejana vida pasada; la exposición ante el resto del mundo de unos imborrables recuerdos que debían servir para redimirle ante su conciencia de cualquier atisbo de crítica que se le pudiera ocurrir a su inagotable imaginación y ahora tenía la oportunidad de llevar a cabo su proyecto. Entretenido con su nuevo cometido, repasaba una y otra vez los contenidos de sus relatos porque no quería dejar nada al azar, y mucho menos, que se parecieran a algo que no fuera más que su estricta realidad.

Aquel anciano, que estaba muy sobrepasado de peso, se frotaba continuamente sus huesudas manos, en las que resaltaban unas gruesas venas cubiertas por una finísima capa de piel que parecía estar a punto de romperse, mientras trataba de recordar con la mayor verosimilitud posible sus memorias. Pensativo, de vez en cuando se rascaba la cabeza, ya despoblada, a excepción de unos cuantos cortos cabellos canos por la parte de la nuca y por la zona de detrás de las orejas, en busca de la frase que mejor cuadrara con lo que quería decir. Sus ojos azules miraban hacia el infinito a la vez que pedía ayuda a los dioses para que le iluminaran en lo que consideraba su último trabajo pendiente. Nadie diría al verle tan disminuido que se trataba del sucesor más hábil de cuantos tuvo el gran Alejandro Magno; no era otro que su fiel comandante Ptolomeo Sóter.

Comenzó a releer su legado: «Nací hace ochenta y tres años en Macedonia en el seno de una familia noble, pero hubo muchos rumores sobre si era hijo ilegítimo del rey Filipo, y, por tanto,

hermanastro del propio Alejandro. A pesar de todo, desde que fuimos jóvenes, ambos gozamos de una estrecha amistad que con el tiempo se acrecentó de manera muy especial, lo que me sirvió para situarme en una posición privilegiada muy cerca de su entorno. Tanto fue así, que pronto se me asignó el delicado trabajo de actuar como su guardaespaldas personal, ocupación para la que seguramente me debió de seleccionar el propio Alejandro, quien prefería tener a su alrededor a gente de su total confianza que velaran por su seguridad y que fueran capaces de sacrificar su propia vida con tal de proteger la de su señor. Pero en este caso, además, nos reconocimos mutuamente como amigos íntimos, y ese añadido, junto con mi fuerza y habilidad para el combate, me hizo merecedor de tan alta distinción. Participé en innumerables batallas al lado de Alejandro y siempre me distinguí por la valentía y el arrojo frente al enemigo. En agradecimiento, se me entregó la comandancia de la flota macedonia. Tras la muerte de Alejandro, fui nombrado gobernador de Egipto y de Libia.

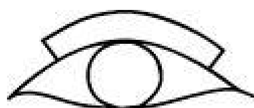
»Con todo, y a pesar de las importantes contrariedades que he debido superar, al final creo que he resultado ser el heredero más importante de los territorios conquistados por los macedonios. He intentado llevar la prosperidad a este imperio que antes vivía exclusivamente por y para el río Nilo; siempre supeditado a los caprichos de sus peligrosas crecidas. Amplié sus fuentes de riqueza gracias al establecimiento de una política acertada, tanto en su vertiente exterior como interior, no exenta de múltiples confrontaciones bélicas, y de peligrosas intrigas palaciegas urdidas por los inevitables enemigos que un soberano genera a lo largo de su reinado; envidias y pretensiones que siempre nacen de próximos codiciosos con el fin de obtener para sí el control del cetro de lo que fue el imperio de los faraones y que he sabido traspasar a mi hijo menor. Él será ahora quien deberá encargarse de dar continuidad a nuestra estirpe y perpetuarla durante las generaciones futuras.

»Todo mandatario tiene manchas que limpiar en su gestión y mi caso no iba a ser distinto al de otros que me precedieron, ni lo será al de los que vengan después de mí, sobre todo después de tantos años de Gobierno. Ejemplo fehaciente de lo que digo fue la muerte en extrañas circunstancias de mi mejor adversario, Cleómenes, ya que siempre se creyó que posiblemente sucumbió envenenado por orden mía; pero eso quedará para que sea la historia quien lo descubra. De todos modos, ¿quién se atreverá a juzgar la conveniencia o no de una eliminación que representaba tanto riesgo para mis pretensiones que luego tan buenos resultados han supuesto para el imperio egipcio? Una vez que desapareció el único rival con suficiente capacidad para impedir mi llegada hasta lo más alto del poder, no tuve problema alguno para coronarme faraón. Así fue como conseguí establecer en

Egipto las bases de lo que debía ser el inicio de mis generaciones venideras; aquellas que los sabios acordaron en llamar la dinastía ptolemaica, y a las que los sacerdotes auguraron toda clase de dones y protecciones ante los mismísimos dioses.

»En lo referente a la ciudad de Alejandría, aunque hace cuarenta y siete años que ayudé a Alejandro a fundarla, aún recuerdo como si fuera ayer la ilusión que pusieron todos los hombres por dejar su huella en las primeras obras. Quién nos iba a decir en aquellos momentos que pronto se convertiría en la capital de un imperio cuyos máximos responsables continuarían con sus formas helenas de hacer las cosas y con sus pensamientos al más puro estilo griego. También tengo presente con total nitidez en mi memoria, de igual manera que si ocurriera ahora mismo, que ocho años después del inicio de los trabajos, que fueron años plagados de intensos combates, confrontaciones y negociaciones, de la noche a la mañana, la muerte arrebató a mi mejor amigo todos sus sueños. Cuando comprobé que mis macedonios no querían reconocerla como parte integrante del imperio, decidí concederle autonomía política. Desde prácticamente su nacimiento, esta ciudad se convirtió en una de las más prósperas e importantes del Mediterráneo gracias a la relevancia comercial que adquirió por sus estratégicos puertos, aquellos que potencié con todas mis fuerzas y en todo momento. Yo, que fui su primer faraón de origen heleno y que consentí pasar para la posteridad con el nombre de Ptolomeo I Sóter».

Capítulo I



Dejó de leer porque le vino a la memoria el recuerdo de su querida hija Arsínoe, nacida hacía 32 años, en el año 316 a. C., de su unión con su esposa Berenice. Era una mujer delgada y elegante que heredó los rasgos físicos más característicos de su progenitor. Ocho años mayor que el heredero al trono, su hermano Ptolomeo II, los dos compartían unos rasgos familiares muy acusados y parecidos; de alta estatura, propia del canon ideal de los dioses griegos, la pareja de hermanos se significaba por poseer un cabello oscuro, rizado y fino, que se ensortijaba conforme se acercaba a la frente, nuca y sienes. Presentaban una figura esbelta gracias a un alargado cuello que les potenciaba una delgadez más acusada de la que en realidad tenían, y también debido a una anchura de espaldas suave y poco voluminosa. La frente grande y bombeada les otorgaba un aire distinguido. Pese a lucir unos llamativos labios carnosos, bien combinados con un tabique nasal recto culminado en su punta por anchas fosas nasales, el conjunto de la cara no parecía armonioso a simple vista, acaso, debido a la existencia de prominentes pómulos que dejaban excesivamente hundidos en sus cuencas unos ojos muy saltones que sobresalían en el rostro sobre cualquier otra característica que pudiera embellecerlos. Tampoco les favorecía estéticamente la existencia de un afilado mentón empinado hacia arriba que se desplazaba desde la barbilla hacia la dirección de la comisura de los labios, y que algunas veces con determinados gestos familiares muy definidos, que ambos repetían con cierta asiduidad, daba la impresión de que podría juntarse con el labio inferior.

Cuando Arsínoe contaba con dieciséis años de edad se pactó su matrimonio con el rey Lisímaco de Tracia, antiguo general de los ejércitos helenos, quien ya estaba cercano a los sesenta años, de los cuales, cuarenta había permanecido entregado de forma permanente a guerrear contra encarnizados enemigos. Al principio en favor de Alejandro Magno, y después en beneficio propio. Lo cierto era que parecía llevar la edad con bastante alegría; además, el soberano tracio se caracterizaba por su extraordinaria fuerza y por poseer un físico envidiable. Pese a todo, resultaba notorio que la diferencia de edad, tarde o temprano, acarrearía problemas que hacía necesario un

acuerdo firme capaz de adelantarse a las controversias que pudieran surgir con posterioridad a la muerte de Lisímaco. La unión fue convenida meramente por motivos políticos con el fin de sellar una importante alianza que beneficiaba a ambos reinos, gracias a la labor diplomática de Ptolomeo I Sóter. Porque aquella boda, aunque evidentemente no fue por amor, sí que consiguió estabilizar las relaciones comerciales egipcias en una zona que siempre fue considerada por sus responsables diplomáticos de un valor estratégicamente muy importante. En otro orden de cuestiones, esta unión también produjo el nacimiento de tres varones: Ptolomeo, nacido en el año 294 a. C. Lisímaco y Filipo, nacidos dos y cuatro años después, respectivamente, quienes en virtud de los acuerdos pactados antes de la celebración de la boda real estaban llamados a suceder a su padre, y por tanto, a reinar por derecho propio en Tracia, desplazando así al primogénito Agátocles, que Lisímaco engendró con su primera esposa Amastris.

Ocurrió que Arsínoe, durante los diecinueve años que permaneció casada al lado de Lisímaco de Tracia se caracterizó por ser una mujer peligrosamente conspiradora. Por eso, y ante las muchas dudas que le surgieron sobre el cumplimiento de los compromisos pactados, y con el fin de asegurar el trono para alguno de sus tres hijos, intrigó por todos los medios que tuvo a su alcance hasta que consiguió que su marido condenara a muerte a su primogénito. Para ello, fue acusado injustamente de traición y también de intentar envenenar a su propio padre. Ejecutado Agátocles, su viuda Lisandra, que también era hija de Ptolomeo Sóter pero de diferente madre, concretamente de Eurídice, y por tanto hermanastra de la propia Arsínoe, buscó venganza en la corte de Seleuco, rey de Siria y Babilonia, y antiguo general de Alejandro Magno, al que le correspondió en el reparto de los territorios conquistados la mayor porción de terreno. El sirio deseaba un pretexto para atacar a Lisímaco de Tracia, y este motivo le puso en bandeja una posibilidad de confrontación que aprovechó con todas sus fuerzas disponibles.

Afortunadamente para Ptolomeo I Sóter, este ya había fallecido cuando se produjeron los siguientes acontecimientos que dejarían marcada a su estirpe hasta su total desaparición.

El camino había quedado libre para que cualquiera de los tres hijos de Arsínoe pudiera hacerse con el trono de Tracia. Pero en el año 281 a. C., Seleuco declaró la guerra a Lisímaco y consiguió acabar con su vida, lo que obligó a la reina a huir de Tracia junto con sus hijos para salvarse de la misma suerte. En su atropellada huida se dirigió hacia Éfeso, para seguidamente refugiarse en la ciudad de Casandreia, en Macedonia, país donde acababa de ser proclamado rey su hermanastro Ptolomeo Cerauno, que al igual que Lisandra era fruto del matrimonio

de su padre Ptolomeo I Sóter con su tercera esposa Eurídice.

Ptolomeo Cerauno, quien había heredado los rasgos físicos de su madre; era más bien bajo, de tez muy morena y de cabellos foscos muy negros. Sin embargo, en el arte de la seducción se parecía mucho más a su padre. La llevó a su palacio de Tesalónica y allí la convenció con falsas promesas para que se casara con él, cuando en realidad lo único que pretendía era controlar la amenaza que suponían sus tres hijos para el futuro de su reinado, consciente de que tarde o temprano podrían reclamar su recién conquistado trono. Quizás pensó que al enemigo era mejor tenerlo lo más cerca posible. Por su parte, la reina se dejó seducir y aceptó su propuesta de matrimonio, principalmente movida por una inagotable ambición de poder, ya que en secreto también aspiraba al trono de Macedonia.

La nueva reina, mujer inteligente y sagaz, no necesitó mucho tiempo de estudio y observación para aprender la manera de operar del Gobierno de su hermanastro, ni tuvo que esperar demasiado a que se presentara una oportunidad para llevar a cabo su plan. Esta vez no actuó sola; ayudada por sus hijos volvió a conspirar contra su nuevo esposo, mientras él se encontraba lejos en una campaña militar. Pero para su desgracia, la trama se descubrió y el mismo rey Ptolomeo Cerauno, en un precipitado viaje de regreso, se presentó por sorpresa en palacio varias horas después de despuntar el alba de aquel fatídico día, después de un fatigoso camino de vuelta sin apenas descansar más que lo estrictamente necesario.

—¿Dónde está la reina? —preguntó nada más llegar.

—En sus aposentos, señor —contestó uno de los sirvientes.

—Avisa de mi llegada y que se presente en la sala del Consejo.

—¡Tú! Ve a buscar a sus hijos y tráelos también a mi presencia —ordenó a otro sirviente.

—Esposo mío; ¿ocurre algo? —preguntó sobresaltada cuando apresuradamente se personó en la gran sala.

Antes ya había avisado a sus hijos de la presencia de su esposo, como si de una premonición se tratara.

—¿Debía ocurrir algo para preocuparme?

—Nada, que yo sepa.

—¿Entonces, por qué esa excitación?

—Estoy sorprendida por tu inesperado regreso; pensé que algo malo te había ocurrido en el campo de batalla.

—¡Tienes razón! Algo malo ha ocurrido.

—¿Qué ha sido?

—¡Información! ¡Ha sido una información que he recibido!

—No entiendo.

—Te voy a presentar a mi más fiel consejero.

—¿De quién se trata? ¿No conozco a todos?

—¡A todos no! Este es especial, trabaja como mejor le place, casi siempre en la sombra, solo para proteger los intereses de mi reino y los míos propios.

Hizo un gesto con la mano, y enseguida se abrieron los grandes portones de madera maciza para dejar paso a un alto y elegante griego, de cabellera larga y barba muy poblada, ambas muy moteadas con extensas canas. Su porte le permitía lucir una preciosa túnica que le cubría desde los hombros hasta los pies. Cuando llegó a una distancia prudencial de los soberanos hizo una reverencia en señal de respeto, y esperó a recibir contestación mientras mantenía una mirada salvaje hacia la reina a través de sus penetrantes ojos verdes.

—Quiero que conozcas al mejor asesor de mi reino. Su nombre es Pirros, lleva conmigo tantos años que ya no recuerdo el día que nos conocimos. Es más, yo diría que nunca he tomado decisión alguna sin contar con sus consejos.

Ptolomeo Cerauno se apresuró en hacer las presentaciones.

—Acércate hasta nosotros.

—Gracias —contestó con voz solemne.

—Cuenta a la reina tus informaciones.

—Bien; los hijos de la reina han conspirado contra tu trono.

—¡Eso es mentira! —contestó airada Arsínoe.

—¡Querida!, déjale terminar.

—¡No puedo permitir semejante calumnia!

—¡Por favor!, continúa —intervino el rey.

—Han hablado con algunos disidentes de las más altas esferas sociales para proponerles una insurrección general contra tu mandato, y les han prometido que a tu muerte formarán parte del futuro Gobierno.

—¡Mis hijos son demasiado pequeños para promover tales desmanes!

—¡Eso es verdad! Por eso han formulado muchas promesas en nombre de la reina, su madre —continuó Pirros.

—¡Es mentira!

—¡Es verdad! ¡Han buscado apoyos para conseguir derrocarte! —levantó la voz Pirros.

—¿Cómo lo sabes, Pirros? —preguntó Ptolomeo Cerauno.

—Ante el hijo mayor de la reina me hice pasar por un contrario a tu Gobierno, y cuando estuvo convencido de mi descontento me propuso dar un golpe de mano contra el rey; me contó que ya había muchos disidentes y que solo esperaban la confirmación de un alto mando militar para iniciar la sublevación y apoderarse de tu reino.

—¡Todo es mentira, lo único que mereces es que se te escupa a la cara por farsante y mentiroso! —le increpó la reina.

—¡Yo solo me debo a mi rey! —contestó Pirros.

—¡Es muy fácil engañar a un muchacho inexperto que solo quiere jugar a ser rey; para eso no hace falta ser tan listo! ¡Si toda tu inteligencia para lo único que te sirve es para poner en aprietos a un joven, mereces que te corten la lengua y que te azoten hasta que mueras! —le sentenció Arsínoe.

—¿Con cuántos hablaron en mi ausencia? —preguntó el rey sin perder la compostura.

—¡Con muchos! —contestó Pirros.

—¡Demasiados para promover un juicio del que no sacaríamos nada en claro! Si les hago venir se eternizarán los interrogatorios, y además contarán todas las mentiras que crean que deseo oír —explicó Ptolomeo Cerauno.

—¿Qué deseas que haga, mi señor?

—¿Quiénes aceptaron sus planes? —volvió a preguntar el rey.

—No lo sabemos; conversaron con muchos, pero no tenemos constancia de quiénes dieron su aprobación o prometieron su colaboración.

—¡No entiendo cómo puedes fiarte de este traidor! —le increpó Arsínoe a su esposo.

—¡Calla mujer! ¡Has de saber que Pirros ha actuado por órdenes mías!

—¿Has sido capaz de espiar a tu propia familia?

—No soy un ingenuo. A estas alturas deberías saber que tu fama te precede a donde quiera que vayas, y no iba a ser una excepción mi reino. No supondrías que iba a alejarme de mi trono sin dejar a nadie encargado de vigilar tus movimientos, ¿verdad?

—¡No te reconozco! ¡No queda nada de aquel joven siempre dispuesto a ayudar!

—Desde que naciste te he visto demasiadas veces manipular a los demás; conmigo no sirven tus ardides; te conozco demasiado bien; recuerda que somos hijos del mismo padre, y eso es lo único que te puede salvar de una muerte horrible.

—¡Más a mi favor para no entender tu comportamiento!

—Ahora me hablas de familia; no creo que se te haya olvidado la manera que tuvo nuestro padre de repudiar a mi madre.

—No lo recuerdo, porque aún no había nacido.

—Gracias a tu familia, la mía sufrió todo tipo de vejaciones; se nos apartó del lado de mi padre y de todo lo que suponía vivir en palacio. Jamás se me permitió conversar con mi padre a solas; siempre tenía que haber un representante de tu familia por si tramábamos algo.

—No tengo constancia de todo esto que cuentas. Además, nuestro padre no era un hombre que se dejara dominar por nadie; dudo mucho que accediera a esas cuestiones si no era por voluntad propia. En todo caso, los menos responsables de esas calamidades que me

cuentas son mis tres hijos. No permitiré que el pago de unas supuestas ofensas recaigan sobre las cabezas de mis hijos.

—¡Supuestas! ¡Dudas de la veracidad de mis palabras! ¡Es lo último que me quedaba por oír en mi propia casa!

—Quiero decir que las apreciaciones suelen ser muy personales, y por tanto, las valoraciones sobre la gravedad de las mismas son siempre contradictorias.

—¡Nunca te ha faltado palabrería! ¡Siempre has tenido una frase oportuna con la que salir de un atolladero! ¡Veremos lo bien que has educado a tus hijos en el arte del engaño!

A una señal del soberano aparecieron en la sala sus dos hijos más pequeños custodiados por varios guardianes.

—¡Soltad a mis hijos! —les ordenó la reina.

—¡En cuanto aclaren las informaciones de Pirros! —contestó el rey.

—¡Son demasiado jóvenes para defenderse de las acusaciones de este vendido! ¡No tienen experiencia alguna para competir contra este espía de colmillo retorcido! ¡No tienen nada que hacer frente a sus falsas acusaciones!

—¡Si han sido lo suficientemente mayores para promover una rebelión, también lo son para contestar a un simple interrogatorio!

—¡Dirás un juicio! ¡Una burda pantomima en la que por tus propias manifestaciones ya existe una firme sentencia condenatoria!

—¡Puedes defenderlos tú misma si lo consideras oportuno, o si tienes algo nuevo que contarnos! —Pirros le hizo la observación mientras esbozaba una cínica sonrisa.

—¡Cobarde! ¡Sabes de sobra que no puedo!

—¡Una lástima! —contestó Pirros.

—¡Falta el mayor! ¿Dónde está Ptolomeo? —se dirigió el rey a los guardias.

—No sabemos, señor. Hemos buscado por todos los sitios pero no aparece.

—¡Buscad sin cesar, le quiero ahora mismo en mi presencia!

—Si te parece, podemos comenzar con estos dos hasta que sea localizado Ptolomeo. Casi es mejor así, para dejar solo al mayor —solicitó Pirros.

—¡Está bien! ¡Comienza!

La reina guardó un doloroso silencio; sabía que no podía inculparse como responsable del conato de insurrección, pues su condena casi con toda seguridad sería la pena capital, que también se haría extensiva para sus hijos, lo que significaba que todos correrían su misma suerte. La única posibilidad que les quedaba para salir con vida de este problema era que ella quedara al margen de las graves acusaciones y que pudiera convencer al rey para que tomara aquello como una travesura de unos adolescentes. Por tanto, debía

permanecer impasible, viera lo que viera, y rezar a los dioses para que su marido fuera indulgente con los arrestados. La inteligente reina enseguida se hizo comprender por sus aterrados hijos simplemente con la mirada, quienes rápidamente comprendieron el significado de sus señas, ya que aquella era una situación que habían previsto y ya la habían ensayado de antemano. En un principio cumplieron su papel al detalle; sin embargo, no tardaron mucho tiempo en desmoronarse ante las insistentes preguntas de Pirros, que cada vez los acorralaba con más fuerza, hasta que terminaron por confesar de plano su responsabilidad en el asunto; eso sí, sin implicar a su madre tal como tenían aprendido. En este punto, siguieron el guion al pie de la letra todos menos Ptolomeo, quien seguía sin aparecer por ninguna parte. Después de formularles muchas preguntas y de conseguir que confesaran entre sollozos su implicación, Pirros cesó con el interrogatorio para dirigirse nuevamente hacia su soberano.

—¡Está bien! ¡No quiero cansar más al rey con inútiles preguntas! Parece que no hay duda sobre su culpabilidad.

—¡Estás en lo cierto! —añadió Ptolomeo Cerauno.

—¿Qué castigo propones? —preguntó Pirros al rey.

—Los hechos son muy graves —contestó el rey.

—¡Esposo mío! ¡Son tus sobrinos! ¿No comprendes que jugaban a ser reyes?

—¡Calla! ¡Mis informadores me dijeron que tú estabas detrás de todo esto! Lo que pasa es que tienes muy bien aleccionados a tus hijos y han conseguido sembrar la duda sobre tu participación en esta trama.

—Si me dejas un tiempo a solas con ellos en las mazmorras, te garantizo que les sacaré la verdad —se ofreció Pirros para volver a interrogarlos.

—¡No! ¡Antes prefiero que acabes con mi vida! ¡Haré lo que me pidas! ¡Haré lo que quieras, pero déjales en paz! —Arsínoe saltó de su asiento como un resorte.

—Ya no hace falta; tenemos sus confesiones y todavía nos falta por interrogar al mayor; seguramente el más activo y peligroso.

—¿Entonces, qué sentencia les impones? —volvió a preguntar Pirros.

—¡Yo, ninguna! ¡Ha sido su propia madre quien se la ha impuesto antes! ¡Me voy a limitar simplemente a ordenar que se ejecute en el acto!

—¿En el acto? —preguntó aterrada Arsínoe.

—¡Sí! ¡Aquí, y ahora mismo!

Ante la madre perpleja, acudieron varios carceleros que de inmediato sujetaron a los reos para aplicarles la sentencia dictada para el perdedor del juicio, tal como había señalado momentos antes la

propia Arsínoe cuando se refirió a Pirros. Los lamentos y lloros de espanto muy pronto se transformaron en gritos desgarradores de dolor, cuando procedieron a estirarles las lenguas con una especie de pinzas, cuyas puntas acababan en ganchos romos, de las que los verdugos tiraban con fuerza. Para cuando sonó el fatídico golpe seco del corte de las pequeñas espadas al chocar sus hojas incandescentes contra una base de madera, para entonces, ya se había desmayado la reina, incapaz de soportar por más tiempo la sanguinaria visión del martirio de sus dos hijos pequeños. Quedó inconsciente recostada sobre su sillón real mientras aquellos inolvidables alaridos retumbaban por todos los rincones del palacio y fueron guardados para siempre en la memoria de los allí presentes. La continuación del castigo culminó muy pronto para ambos, pues los jóvenes estaban tan debilitados por la cruenta pérdida de sangre que apenas aguantaron despiertos unos cuantos latigazos. Después, el silencio se apoderó de la gran sala a excepción del ruido que emitían los golpes del cuero trenzado cuando chocaba contra sus cuerpos en repetidas ocasiones, hasta que fallecieron despellejados y desangrados a manos de sus ejecutores.

Ptolomeo Cerauno ordenó asesinar en presencia de su esposa y hermanastra Arsínoe, a dos de sus hijos, Lisímaco y Filipo. El hijo mayor, Ptolomeo, se salvó momentáneamente del castigo porque a pesar de los esfuerzos no consiguieron encontrarle, o al menos eso fue lo que pensó el rey, quien mantuvo la orden de búsqueda intensa hasta que apareciera. Sin embargo, el condenado a esa horrible muerte no se encontraba muy lejos del lugar de los hechos.

El joven Ptolomeo tenía fama de precoz y de ser muy aficionado al escapismo. En Tracia había tenido como profesores a los mejores magos e ilusionistas del reino, y todos coincidían en que poseía grandes dotes y cualidades para desarrollar esa especialidad tan difícil del transformismo. Le gustaban los disfraces, y disfrutaba mucho con personajes ficticios que su inagotable imaginación creaba para entremezclarse con la gente sin que nadie pudiera descubrir su verdadera identidad. Sus imitaciones y caracterizaciones eran de una calidad excelente, impensable para alguien de su edad. Su cara maleable le daba esa capacidad de adaptación para convertirse en cualquier personaje. Sin embargo, sin disfraces que le camuflaran no podía negar sus orígenes helenos, y mucho menos el sello de la dinastía ptolemaica.

Aquella mañana, el azar se alió con sus magníficas habilidades para pasar desapercibido entre sus más cercanos familiares, e hizo posible que Ptolomeo se encontrara en la misma sala del Consejo camuflado entre los sirvientes más jóvenes. Su idea fue en un principio gastar una de sus habituales bromas a varios consejeros cuando le pidieran que

les sirviera cualquier cosa, preferiblemente un refrigerio. Entonces, en el movimiento que debía hacer para atenderlos, dejaría caer sobre ellos una copa o quizás una bandeja, con la consiguiente mofa ante su inevitable enfado.

En cuanto se percató de la tragedia, no tuvo más remedio que cambiar sus planes sobre la marcha y madurar muchos años en cuestión de pocos minutos. Sus movimientos perfectos, sus ademanes y compostura, no levantaron sospecha alguna entre los asistentes, pero no pudieron evitar que fuera testigo de excepción del trágico final que allí aconteció a sus hermanos. En varias ocasiones incluso sirvió vino a su tío y a Pirros; sin embargo, su sangre fría le hizo ver que no era el momento para desmoronarse, que si quería salvar su vida debía continuar con la parodia que había comenzado y mantenerse firme hasta que todo hubiera finalizado. Posiblemente, en ese día forjó una gélida y pétrea personalidad que le acompañó durante el resto de su vida. En muchos momentos tuvo que cerrar los ojos, e incluso pensar en otras cosas para no oír las extenuadas peticiones de auxilio y clemencia que Lisímaco y Filipo proferían cuando sentían el intenso dolor. Con una ira contenida que jamás había sentido, juró vengar sus muertes, pero fue consciente de que su primera obligación consistía en salvarse a él y a su madre, porque la suerte de sus hermanos estaba ya decidida y nada se podía hacer por ellos, excepto desearles una muerte digna y rápida.

A pesar de la gran pena que sintió en su corazón, aquella mañana aprendió a permanecer impávido ante los más duros acontecimientos, a analizarlos con frialdad y a actuar en consecuencia según sus propios intereses. Descubrió que el ser humano es capaz de aguantar lo que ni él mismo puede imaginar cuando está en juego la propia vida; también aprendió que la venganza es un manjar que sabe mejor cuando se sirve con mucho tiempo de reposo.

Cuando todo concluyó se retiró junto con el resto del servicio, y aguantó como pudo en las dependencias de los criados mientras tuvo que realizar todo tipo de trabajos domésticos hasta que consiguió salir de palacio, camuflado entre un grupo de sirvientes a quienes se les había solicitado varios encargos y recados en el exterior. Una vez fuera, se las ingenió para comenzar a trabajar en la organización de lo que pensó era de primordial importancia para su futuro más inmediato: su fuga del país y también la de su madre.

Desde aquel mismo día, juró que no descansaría hasta conseguir la liberación de su madre y la huida de Macedonia, o moriría en el intento. También se despidió de sus opulentos vestidos y de todas las refinadas costumbres a las que estaba tan acostumbrado, porque entendió que si quería recuperar la libertad para ambos sus ropajes debían ser los mismos que usaban los numerosos muchachos que

trabajaban en palacio.

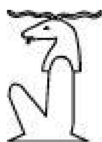
El riesgo de ser descubierto por el responsable del servicio, personaje equivalente a un mayordomo de máximo grado, era muy elevado pues conocía a todos los que servían en las distintas dependencias; debía tener sumo cuidado para no coincidir con él y para no dejarse numerar en los frecuentes recuentos, pues acabaría por darse cuenta de que sobraba un criado. Por eso, pensó que lo mejor sería no acudir nunca con los otros ni para comer ni para dormir; creyó que aunque extremadamente peligrosa, esa era la única manera que tenía a su alcance de llegar hasta su madre para contarle sus planes, y también para obtener un dinero imprescindible que le debía servir para adquirir los medios necesarios y para comprar algunas voluntades y silencios. Pero pronto comprendió que si no encontraba una rápida solución, tarde o temprano terminarían por reconocerle, y ahí acabaría su sueño de libertad.

Se armó de valor, y de nuevo se preparó para regresar con el colectivo de sirvientes al interior del palacio de su tío. Pero unas horas antes de acudir a la plaza donde todos habían sido citados, hizo lo posible para intimar con otro sirviente de su misma edad y apariencia física a quien invitó a unas jarras de vino, con el poco dinero que llevaba encima, con el fin de que le explicara el nivel de celo que el encargado ponía en el control del personal de servicio a su cargo. Cuando creyó que el criado estuvo lo suficientemente borracho, ambos salieron abrazados a la calle y se dirigieron hacia un descampado situado a las afueras de la ciudad, muy conocido por la población por el uso al que habitualmente estaba destinado; concretamente se caracterizaba por la existencia en su explanada de piras funerarias dedicadas en exclusiva a la cremación de cadáveres. En aquellos momentos el lugar estaba solitario y aún quedaban rescoldos de la última incineración practicada. A los muchachos les pareció divertido acercarse por la zona para rastrear posibles pertenencias de aquellos que ya abandonaron el mundo de los vivos. Cuando estuvieron frente a una gran hoguera todavía sin apagar en su totalidad, se quedaron extasiados al contemplar el color rojizo de los leños aún incandescentes y al escuchar el crepitar de los mismos que, retorcidos, parecían revolverse unos contra otros.

Ptolomeo miró hacia todos los lados, y cuando comprobó que no había nadie a su alrededor, comenzó a rastrear con un palo los rescoldos aún humeantes por si pudiera encontrar algo de valor que mereciera la pena para hacer dinero. La fortuna se alió con él y enseguida encontró una pulsera fina de oro que rápidamente se apresuró a mostrar a su compañero. Insospechadamente, quien le acompañaba en la búsqueda intentó tirar de ella para quitársela. Ptolomeo se resistió y recibió como respuesta un puñetazo en el

estómago. Cayó al suelo retorcido por el dolor pero no soltó la joya; sabía que era la única manera a su alcance de obtener un dinero que necesitaría, ahora que se encontraba solo y que no podía contar con nadie que acudiera en su ayuda. El otro muchacho, mucho más fuerte, no cedió en su empeño y se abalanzó contra él para arrebatarle el preciado bien mientras le propinaba golpes por todo el cuerpo. Al ver que no lo soltaba, cogió una piedra medio calcinada que encontró a su lado y la levantó para impulsarla con fuerza sobre la cabeza de su víctima. Sin embargo, el atacante, cegado por el ansia no se percató de que Ptolomeo consiguió coger una daga que llevaba camuflada bajo su cinto. No tuvo dudas; era él o ese que quería matarle para después robarle. Allí mismo, sin mediar palabra alguna, asestó a su compañero de escapada una puñalada en pleno corazón que le sesgó la vida de inmediato, sin que fuera capaz de emitir el más mínimo quejido. Se incorporó como pudo de la paliza recibida, le quitó los ropajes, y acto seguido le precipitó hacia un fuego a punto de apagarse que de inmediato avivó con más ramajes secos para que consumiera lo antes posible el cuerpo ya inerte. Ptolomeo permaneció impasible en la escena de la pelea para comprobar que quedaba completamente irreconocible el cadáver. Después, se puso sus ropas y se marchó del lugar en busca del resto de sus compañeros de trabajo para entrar junto con ellos a las dependencias de palacio; sin haberlo buscado, mientras se reponía del duro castigo, se dio cuenta de que acababa de eliminar el problema de los arriesgados recuentos del responsable del personal de servicio.

Capítulo II



Durante los siguientes días permaneció siempre pendiente, al acecho. Trabajó como el que más con la esperanza de no hacerse notar por su evidente inexperiencia. Esperó con paciencia el tiempo que fue necesario, hasta que en la primera oportunidad que tuvo, por fin, consiguió acceder a la cámara de la reina. La encontró muy desmejorada, abandonada, apática y venida muy a menos; en un estado físico y mental comprensible después de la experiencia tan dura que acababa de sufrir. Al principio, ni su propia madre le reconoció; era tan buena su caracterización, que se tuvo que dar a conocer para que su progenitora reaccionara.

—¡Madre, soy yo! —le dijo mientas se descubrió la cara.

—¡Hijo mío, si ya te daba por muerto!

Se abrazaron y besaron, conmovidos por el dolor de las trágicas muertes de Lisímaco y de Filipo.

—He conseguido escapar.

—No te puedes imaginar lo que me obligaron a presenciar.

—¡Estaba allí mismo!

—¡No pude resistirlo! Ahora, cada vez que lo recuerdo, es como si me clavaran un puñal en el corazón.

—Eso es lo que quiere que sientas mi tío, ese que dice ser tu esposo. Te ha condenado a sufrir en vida, por eso te ha permitido seguir en palacio, para gozar mientras contempla todos los días tu sufrimiento y agonía. El muy canalla quiere verte morir un poco todos los días.

—¡Lo sé!

—¡Tenemos que escapar de aquí lo antes posible!

—Ahora mismo me siento muy cansada, no creo que pueda salir de esta cárcel en forma de palacio.

—¡Tenemos que intentarlo! ¡Mis hermanos no pueden haber muerto por nada!

—¿Tienes alguna idea?

—¡La tengo!

—¿Qué precisamos para llevarla a cabo?

—¡Necesitamos dinero para escapar!

—Coge de esa arca lo que quieras, pero creo que no resultará nada

fácil. Tu tío ha redoblado la vigilancia en las calles hasta que aparezcas; hay muchos guardias que te buscan por todas partes, tendrás que tener sumo cuidado.

—¡Mejor! Cuanto más difícil sea escapar más confiados estarán; esa será nuestra mejor baza para salir de las garras de ese maldito asesino sanguinario.

—Haz lo que consideres oportuno, pero no sé si podré seguirte. Me encuentro muy debilitada por cuanto ha sucedido.

—¡Si te quedas aquí, date por muerta! Yo todavía tengo vida y te necesito a mi lado. Si me quedo, tarde o temprano me descubrirán; prefiero morir en el intento a esperar mi suerte igual que un cordero en el matadero.

—¡Tienes razón! ¡Huyamos y venguemos las muertes de tus hermanos!

Hizo un gran esfuerzo por reaccionar positivamente ante el único hijo que aún le quedaba vivo.

—Deja todo de mi cuenta.

No tuvieron tiempo para más, una rápida despedida y la promesa de regresar en cuanto pudiera con la salida de Macedonia resuelta.

Lo primero que hizo el joven Ptolomeo con el dinero que le entregó su madre fue alquilar una modesta casita en el barrio de pescadores de Tesalónica; necesitaba un lugar que no llamara la atención donde pudiera esconderse y que también le sirviera como lugar para la preparación de la huida de ambos. En poco tiempo, contactó con un comerciante griego que había pasado por serias dificultades económicas y personales por culpa de un valido del rey Ptolomeo Cerauno, quien se prestó a llevarlos a bordo de su embarcación a cambio de una cantidad razonable de dinero. En realidad, nunca supo la verdadera identidad de quien iba a ayudarlos a salir fuera de Macedonia, pero le bastaba con saber que también despreciaba al tirano macedonio. A juzgar por las ropas y el aspecto del muchacho, supuso que se trataba de un sirviente que seguramente fue expulsado de alguna casa rica, o tal vez del propio palacio del rey, y que al no conseguir un nuevo amo decidió buscar fortuna en otro sitio donde la suerte le fuera más propicia. Cuando le dijo que iría acompañado de su madre, las cosas le cuadraron mucho más, pues con el ahorro del trabajo de ambos sí resultaba creíble que pudieran pagar lo que le pidió por los dos pasajes. Esperó hasta que la fase de la luna fuera propicia a las mareas y estas aconsejaran partir de noche, pues esa circunstancia reduciría a la nada el tiempo de espera que ambos debían permanecer ocultos en la casita del barrio de pescadores, desde la huida de palacio hasta el momento de la partida. Cerrado el trato del viaje, solo le restaba conseguir sacar a Arsínoe del palacio sin levantar sospechas, al menos hasta que hubieran conseguido zarpar

del puerto.

La misma noche del viaje se volvió a presentar en su cámara, esta vez cargado con una sorpresa para su madre. Llevaba una especie de madeja hecha a base de lana de oveja negra y paja que había moldeado hasta conseguir la forma de una cabeza humana. Sabía que con la oscuridad de la cámara, y desde lejos, la lana se confundiría con el cabello de su madre, máxime si la colocaba de tal forma sobre su lecho que diera la sensación de que se encontraba con la cara vuelta. El resto del cuerpo lo talló de manera magistral con la ayuda de almohadones confeccionados con trapos y paja, para dejarlo después debidamente tapado con la sábana. Collares y distintos abalorios a los que era muy aficionada la reina Arsínoe, diseminados estratégicamente por el cabecero de la cama, terminaron por contribuir a dar la impresión de que la reina se encontraba plácidamente en reposo sobre su cama. Después, procedió a teñir la cara de su madre del color negruzco que él mismo llevaba, y pintó algunas manchas en su piel para disimular unos rasgos faciales demasiado bien cuidados y muy característicos de alguien que no se dedicaba a servir a nadie, lo que sin duda la delataban. Principalmente hizo hincapié en el color oscuro sobre la zona de las ojeras, que las ennegreció adrede para reducir el color claro de sus ojos, e hizo que se mantuviera el mayor tiempo posible con ellos medio cerrados, en posición cabizbaja, y siempre con la mirada dirigida hacia el suelo, lo más humillada que pudiera. Todos sus ropajes fueron abandonados para vestirse únicamente con aquella saya que le proporcionó Ptolomeo, más propia incluso de una esclava que de una sirvienta. El trabajo lo concluyó con un velo de trapo que le ocultó íntegramente la cabeza y parte de la cara.

—Hijo mío, estoy muy nerviosa.

—Lo comprendo, pero déjame hacer a mí.

—Me preocupo porque si nos descubren te matarán.

—Lo prefiero a continuar de esta manera.

—Lo sé, pero no puedo evitar sentir una responsabilidad hacia ti que me obliga a protegerte con mi propia vida.

—Te olvidas de que gracias a vosotros he estudiado desde hace muchos años el comportamiento humano. Es sorprendente cómo la gente ve aquello que únicamente quiere ver, porque así se lo dicta su sentido común. Te aseguro que los guardias no pondrán ningún impedimento para que salgamos de palacio.

—Me has demostrado que ya eres un hombre. ¡Sigamos con tu plan!

—Tú mantén la cabeza gacha en postura lo más sumisa que puedas, yo haré el resto.

—¡Está bien! Espera un poco que voy a coger todas las monedas que pueda portar.

—¡No!

—¿No quieres que lleve dinero?

—Coge algunas pocas monedas para pagar los primeros gastos hasta salir de Macedonia, el resto deben ser joyas.

—¿Por qué?

—Porque no suenan cuando caminas, pesan y abultan mucho menos, son más valiosas, y en cualquier sitio las cambian sin preguntas.

—Nunca había pensado en esos detalles.

—¡Salgamos ya!

Era noche cerrada cuando ambos comenzaron a abandonar las dependencias reales, cargados con dos bandejas que portaban a la vista ricos manjares de difícil renuncia. En sus costados, a modo de bandoleras bajo las axilas y tapados por las túnicas, portaban sendos hatillos que más bien parecían estar cargados de harapos. El primer cuerpo de guardia los dejó pasar sin mayores dificultades, pero en el segundo fueron requeridos.

—¿Qué portáis ahí? —preguntó uno de los dos guardias.

—Alimentos que la reina ha ordenado retirar de sus aposentos —contestó Ptolomeo con decisión.

—¡Deja que lo compruebe!

—¿Por qué no los quiere? —preguntó el otro guardia.

—Porque ya está saciada —replicó Ptolomeo.

—¡Huelen muy bien! ¡La pinta que tienen es excelente!

—Los voy a llevar a la cocina, seguramente allí los tirarán o se los comerán los esclavos —señaló Ptolomeo.

—¡Debemos evitar que enfermen los esclavos! —comentó uno de los guardias en medio de fuertes risotadas.

—¡Calla, nos van a oír! —exclamó Ptolomeo, a la vez que se hacía el dueño de la situación.

—¡Es verdad!

—Tomad rápido lo que queráis, y no se lo digáis a nadie. Mañana volveré con más comida.

—¡Hecho! Te esperaremos mañana. Ahora volved a vuestros trabajos.

Los dejaron pasar sin ningún contratiempo mientras se hacían con un suculento acopio de reservas que servirían para ayudarlos a soportar de mejor manera la noche en su puesto de vigilancia. Las miradas de los guardias se dirigieron en todo momento hacia el contenido de las bandejas, pero no repararon ni un solo instante en la callada sirvienta que acompañaba a aquel siervo tan generoso y simpático. Con la misma táctica sortearon a todos los centinelas de guardia que encontraron en su camino, hasta que consiguieron llegar frente a la puerta del lugar de reposo de Pirros.

—¡Espera aquí, madre!
—¡Adónde vas! ¡Es la cámara de Pirros!
—¡Lo sé!
—¿Qué quieres hacer? ¡Te van a descubrir!
—¡No puedo irme de Macedonia sin intentar vengar la muerte de mis hermanos!
—¡Es muy peligroso!
—¡No me ocurrirá nada!
—¡No quiero que entres!
—¡Déjame! ¡He jurado por todos los dioses matarle!
—¿Qué quieres que haga?
—Quédate de pie delante de la puerta, y si te pregunta alguien qué hacemos dile que cambiamos el agua para que esté fresca, por órdenes de Pirros.

Ptolomeo entró rápidamente con una copa llena, sobre la que acababa de volcar el contenido líquido de un frasquito que llevaba oculto bajo el cinturón; pero no hizo falta dar explicación alguna, pues apenas transcurrieron varios segundos desde que se introdujo en la cámara hasta que salió con otra copa vacía. Sabía que muchas veces las cosas más difíciles son las que se realizan frente a los demás como si fueran las más sencillas, y esta vez así ocurrió. En este caso, el falso criado llevaba la copa preparada y no tuvo más que cambiarla por la otra ya consumida que estaba sobre una pequeña mesa. La diferencia residía en que la copa que acabada de dejar contenía junto con el agua una mezcla de hierbas aromáticas con un potente veneno, obtenido de una variedad de setas del género amanita muy especiales, que pocos días antes el joven adquirió a un alquimista especializado en obtener combinaciones muy elaboradas que resultaban insípidas al paladar, pero mortales después de su ingestión.

—Si no intento matar ahora mismo a tu marido es por la imposibilidad de burlar a los guardias de seguridad que protegen su sueño. Pero seguro que tendré más adelante mi oportunidad. De momento me conformaré con arrebatarle la vida a su preciado consejero Pirros.

La madre no contestó y se limitó a seguir sus pasos igual que lo haría una sumisa criada. Pensativa y algo decepcionada, acababa de presenciar cómo su hijo asesinaba a sangre fría a un hombre indefenso mientras dormía. No es que pensara que el consejero Pirros no mereciera una muerte cruel, es que le sorprendió ver por primera vez actuar a su hijo con una despiadada necesidad de matar. Sin compasión, sin una mirada cálida, vio entrar a Ptolomeo en aquella estancia para instantes más tarde verle salir de ella con un semblante frío de enorme satisfacción, calculador y seguro de sí mismo. A pesar de lo que acabada de hacer, le pareció distinguir en su boca una

mueca en señal de auto-complacencia con su acto; una justificación, un reconocimiento personal a su propia valía como jamás había visto en ningún hombre después de sesgar la vida de otro. Enseguida recordó el rostro de su hijo al llegar a Macedonia después de una agónica escapada de Tracia, una faz pura y limpia que parecía no alentar en su ánimo mal alguno a pesar de los sufrimientos padecidos. Sin embargo, pudo comprobar que en muy poco tiempo, aquel niño ingenuo se había convertido por obra y gracia del destino en un asesino implacable, en un peligroso enemigo al que había que temer si no se le tenía como aliado. En el fondo de su corazón sabía que su hijo tenía motivos más que sobrados para actuar de esa manera, pero le costaba reconocer que había crecido para convertirse en otra persona que de momento no lograba asimilar en toda su amplitud y complejidad. De lo que sí estuvo enseguida convencida, fue de que a partir de ese momento su hijo ya no necesitaba de los mismos cuidados que hasta entonces había recibido por su parte; ahora él era quien dirigía y ella se limitaba a obedecer sus órdenes.

Ensimismada con estas nuevas sensaciones, junto con los trágicos recuerdos de las muertes de sus otros hijos, no se dio cuenta de que a poco más de varios metros de distancia se encontraba el último obstáculo para salir de su prisión. Dejó actuar a su hijo y permaneció callada tras su figura a la espera de recibir la autorización de salida. En esos momento solicitó toda su ayuda a unos dioses protectores, que le resultaban lejanos y desconocidos, a los que en muy pocas ocasiones había acudido; pero esta vez sí que depositaba en ellos la esperanza de conseguir su complacencia para que evitaran su detención, lo que pondría fin a su aventura y seguramente a sus propias vidas.

—¿Qué os trae por aquí a estas horas? —preguntó uno de los guardias.

—Volvemos a casa —contestó el muchacho.

—¿Tan tarde?

—Venimos de atender a la reina.

—¿Por qué?

—Se ha puesto indispuesta a última hora y hasta ahora no se ha dormido.

—¡Pena que no haya muerto! ¡Esa bruja nos va a dar trabajo hasta que el rey decida mandarla al inframundo!

—¡Es lo mejor que se podría hacer con ella! —contestó Ptolomeo con mucha desenvoltura.

—¡Que nos la deje un rato a nosotros y verá qué buenos resultados obtenemos!

—Nos ha pedido unos ungüentos muy raros que mañana debemos buscar por toda la ciudad antes de presentarnos de nuevo ante ella —contó el joven criado.

—¡Marchad y descansad un rato que falta os hará! —les aconsejó otro de los vigías.

—¡Gracias amigo! —correspondió Ptolomeo.

—¡Suerte! —contestó el otro.

—¡La vamos a necesitar! —se despidió el joven sirviente, mientras arrastraba tras de sí a su madre cogida de la mano de la misma manera que se tiraría de una esclava.

Inmediatamente después de recorrer el corredor donde se ubicaba el último cuerpo de guardia, se les permitió traspasar el formidable portón de seguridad y su correspondiente enrejado, para encontrarse enseguida en el exterior, justo al otro lado de las murallas del palacio real. Ya estaban a una distancia prudencial cuando ambos comenzaron a apretar el paso para llegar cuanto antes al lugar de la cita. Jadeaban, en parte por cansancio, pero sobre todo por la tensión de los nervios y de la mucha ansiedad que portaban en sus cuerpos ante la cercanía de la libertad y el enorme riesgo que corrían si eran detenidos por alguna de las patrullas que permanentemente merodeaban por el interior de la ciudad. Sin ninguna pérdida de tiempo, se dirigieron hacia el puerto donde los esperaba el comerciante griego deseoso de cobrar sus honorarios y partir lo antes posible para aprovechar la marea. Sus pocas pertenencias personales ya se encontraban a bordo, y al tenerlo todo preparado con bastante antelación, no tuvieron ninguna demora sobre el horario previsto.

El pequeño barco zarpó sin oposición ni contratiempo alguno, y el dios Eolo debía de querer beneficiar a los evadidos, porque sopló con fuerza en cuanto fue desplegada la vela.

—¿Quiénes sois? —preguntó el patrón de la embarcación.

—¿Por qué lo preguntas? —contestó Ptolomeo sorprendido.

—Porque debéis de tener a los dioses de cara; es la primera vez que me ocurre esto.

—Solamente somos gente religiosa.

—Eso siempre viene bien en este tipo de viajes.

—Pediremos por ello.

Mientras se alejaron de la costa, disimularon su ansiedad por abandonar aquel maldito lugar; ambos no dejaron de rezar a los dioses para que los ayudaran en la culminación de su peligrosa evasión. Fueron momentos de mucha tensión cuando al zarpar debieron recorrer la entrada Thermaikos, que daba acceso al golfo de Tesalónica. Los puestos de vigías estratégicamente situados a lo largo del recorrido, no parecían haber recibido noticia alguna y dejaban el acceso libre de salida a todas las embarcaciones que surcaban el paso. El único deseo de ambos era que no recibieran orden de bloqueo hasta que no hubieran rebasado sus límites. Su meta más inmediata era alcanzar la península de Casandreia, para después llegar hasta el golfo

de Volos. Luego, en mar abierto, sería mucho más fácil escabullirse para evitar su localización. Cuando se ensanchó la distancia con el litoral macedonio sin que nadie los persiguiera, comprendieron que se encontraban a una distancia lo suficientemente grande como para considerar que habían tenido éxito. Pero aún les quedaba un largo trecho por recorrer, por lo que no pudieron relajarse ni sentirse a salvo.

A la mañana siguiente, cuando despertó el fiel consejero Pirros le apeteció aclarar su garganta reseca de la noche anterior al contemplar la copa repleta de lo que suponía era simplemente agua. Primero la cató y apreció un suave sabor aromático muy parecido a lo que debería de ser una mezcla entre azahar, una pizca de lavanda, algo de tomillo, y quizás romero; le gustó y pensó en interesarse por el artífice de tan exquisito refresco. Bebió hasta que consumió la totalidad de su contenido y a continuación se dispuso para comenzar con sus tareas habituales. Apenas terminó de vestirse cuando comenzó a sentir un leve dolor de estómago que poco a poco fue en aumento, hasta que terminó por apoderarse de su voluntad y le retuvo sentado con retortijones sobre su cama durante un buen rato. Al comprobar que los síntomas empeoraban conforme transcurrían las horas, se procedió a llamar a los médicos reales para que atendieran sus dolencias. Después de una completa revisión al enfermo, se reunieron a requerimiento del propio rey para informarle de su diagnóstico.

—Señor, tu consejero Pirros ha sido envenenado —le dijeron.

—¡No es posible! ¡En mi propia casa! Dadle inmediatamente el antídoto.

—Nos tememos que no existe salvación para él.

—¿Por qué?

—Porque ya le hemos dado los antídotos que conocemos y no ha reaccionado.

—¿Qué le han suministrado?

—Creemos que una especie, desconocida para nosotros, de hongos venenosos.

—¿Qué le ocurrirá?

—Tendrá insoportables dolores de estómago, diarreas y vómitos, e incluso hemorragias internas cuando comiencen a fallar los riñones y el hígado.

—¿Podéis calmar su sufrimiento?

—Le daremos lo más potente que tenemos, pero nos tememos que no será suficiente. Es muy probable que sufra tremendos dolores hasta que muera dentro de dos o tres días.

—¡Acompañadme! ¡Tengo que hablar con él!

Sin tapujos le relató la información que acababa de recibir de los médicos y enseguida Pirros, al comprender la gravedad de su estado,

le solicitó que acabara con su vida de una manera rápida e indolora.

—¿Quién puede odiarte tanto? —le preguntó el rey.

—No tengo ninguna duda, ha sido la reina —contestó Pirros ya retorcido por los intensos dolores que padecía.

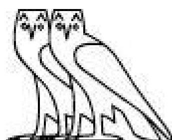
—¡Si eso es cierto la mataré yo mismo con mis propias manos! ¡Lo juro!

El rey albergó las mismas dudas que Pirros sobre la implicación de Arsínoe en su envenenamiento. Por eso se dirigió en persona, cargado de un infinito odio y a toda prisa, hacia los aposentos de la reina, para averiguar si contaba con una coartada lo suficientemente creíble y veraz que pudiera convencerle de su inocencia; porque en su defecto, estaba convencido de cumplir su venganza sobre la responsable de lo sucedido a su consejero. Pero cuando se acercó a su lecho para despertarla, se encontró con el muñeco suplente y descubrió el engaño. Gritó de rabia e impotencia, se rasgó sus propias vestiduras en un ataque de ira y ordenó a sus soldados que si era necesario levantaran los cimientos de la ciudad hasta encontrarla. Arengó a sus hombres al decirles que por lógica no debía de estar muy lejos, que tan solo eran unas cuantas horas las que les llevaba de adelanto. Además, añadió el incentivo de que a quien la llevara ante su presencia se le concedería una recompensa que le haría rico para el resto de su vida. A pesar de las numerosas patrullas que recorrieron los alrededores de Tesalónica, de las inspecciones que se realizaron en el interior de la ciudad, de los intensos registros que se efectuaron sobre todas aquellas casas que se consideraron sospechosas de poder albergarla, y del interés máximo por cobrar el premio prometido, todos los intentos resultaron baldíos. Se investigaron los hechos, se ataron cabos y enseguida relacionaron a los criados que salieron de noche con Arsínoe y su hijo Ptolomeo. La ira del Ptolomeo Cerauno se ensañó sobre los guardias que permitieron su huida, siendo inmediatamente ejecutados; hecho que sirvió como escarmiento general para atemorizar al resto de la guarnición, pero que resultó de todo punto baldío a efectos prácticos, ya que era materialmente imposible enmendar su error.

Los lugares por donde podrían haber escapado suponían numerosos puntos a vigilar, y aunque se cubrieron los terrestres en su mayoría, estaba claro que se reaccionó demasiado tarde, porque era mucha la ventaja concedida. Además, en su caso, al igual que ocurría con otras muchas embarcaciones que habían zarpado con destinos y direcciones diferentes, les llevaban un margen de tiempo que resultaba materialmente insalvable ya que se hacía necesario intervenir e inspeccionar todas las naves. Pese a todo, el rey no escatimó medios para localizar a los evadidos, porque mantuvo la esperanza de encontrarlos antes de que consumaran su intento de fuga.

A pesar de los insoportables dolores, Pirros solicitó que le mantuvieran despierto porque quería presenciar el final de la reina antes de morir. Pero cuando ya no pudo más, y al comprobar que todos los intentos por localizarla fracasaron, no tuvo más remedio que solicitar a su rey una muerte digna. Este, con lágrimas en los ojos tuvo que acceder a sus deseos y consintió que le descabellaran en su cama. Ordenar que sacrificaran a su mejor consejero fue una dura decisión que jamás sería olvidada por el rey durante el resto de su vida. Consentir semejante burla, y además que escaparan sin castigo, era algo que su ego real no podía permitir. Por eso, ordenó una estrecha vigilancia en los lugares bajo su dominio que consideró eran paso obligado para ir a Alejandría; en otros, apostó informadores camuflados dispuestos a delatar por dinero.

Capítulo III



Algunos años antes, cuando Ptolomeo I Sóter contaba con ochenta y dos años de edad, posiblemente al sentir que su final estaba próximo, ya había abdicado a favor de su vástago más joven, Ptolomeo II, hijo de su segundo matrimonio con la reina Berenice, porque pensó que reunía unas características personales más acordes que el resto de sus hermanos para continuar la obra por él mismo iniciada. Sin embargo, con cierta antelación comenzó su despedida de los asuntos de Gobierno mediante una retirada paulatina y constante que fue muy bien recibida por su heredero y también por sus súbditos, al comprobar las buenas maneras que demostraba día a día su sucesor, aquel que fue designado por los dioses y por el primer faraón heleno para ocuparse de esos quehaceres solamente reservados a unos pocos elegidos para la gloria y para el recuerdo eterno.

Dos años después de facilitarle el control absoluto a su hijo, fallecía a los ochenta y cuatro años el anciano rey rodeado de todos sus familiares y de su corte, después de haber conseguido consolidar para su dinastía la Lágida, el reino de los antiguos faraones, así como parte de Siria, la expansión de sus dominios por alianzas encaminadas a conseguir la paz, la hegemonía de la flota egipcia y el protectorado en muchas islas griegas del mar Egeo. Pero no tuvo tiempo para ver terminada su última iniciativa, esa grandiosa obra narrativa con la que pretendió relatar sus memorias y dejarlas en favor del mundo venidero.

En el magnífico palacio real de Alejandría, todo estaba preparado para rendir homenaje al cuerpo sin vida del viejo soberano. La gran estancia contigua a la sala del trono estaba aquella noche especialmente deslucida. A pesar de su rica ornamentación, la tensión que se palpaba en el ambiente empañaba cualquier otra consideración de los allí presentes. La atención de todas las miradas solamente se dirigía hacia los movimientos y las palabras del joven heredero que debía suceder al fallecido faraón.

En el centro de aquel fúnebre lugar, convertido entonces en una improvisada capilla ardiente, sobresalía un majestuoso catafalco adornado con sedas negras bordadas en oro que acogían entre sus

lienzos el cuerpo inerte de aquel que había dirigido el imperio durante los últimos veintidós años como rey, y otros dieciocho anteriores en calidad de gobernador. Engalanado con sus mejores joyas, el longevo dignatario permanecía con los ojos cerrados, circunstancia que ayudaba a mostrar un rostro sereno, una placidez que en nada se correspondía con su ajetreada vida repleta de guerras y convulsiones internas.

Mientras cuatro enormes velones, uno por esquina, esparcían un olor inconfundible a difunto muy penetrante e intenso, las pequeñas llamaradas que de ellos se desprendían aprovechaban el aire que se levantaba al paso de los visitantes que acudían a rendir sus respetos, para juguetear con extrañas formas de dibujos caprichosos que las hacían variar su natural dirección hacia el cielo.

Al lado del magnífico monumento funerario, en respetuosa actitud, Ptolomeo II y su esposa Arsínoe I, saludaban a todas las delegaciones que se acercaban para presentar sus condolencias.

—¿Te encuentras bien, esposo mío? —preguntó la reina cuando asistían apesadumbrados al velatorio del cadáver.

—Sí. Esta es una noticia que hace años esperaba. Soy consciente de que mi padre era ya muy mayor —contestó resignado.

—¿Qué pasará a partir de ahora?

—¿A qué te refieres?

—A nuestros enemigos.

—Los enemigos siempre existirán. Los tuvimos ayer y los tendremos también mañana. De todos modos, aunque hace dos años que gobierno con plenos poderes el reino, debo reconocer que he actuado a la sombra de mi padre; sé que aún soy un soberano joven sin mucha experiencia, pero he tenido buenos maestros que me han enseñado muchas cosas y ya nada me resulta nuevo. Esto también lo conocen nuestros adversarios, y sin embargo, hasta ahora no han dado señales de vida.

—Por el bien de nuestra familia deseo tener una vida larga y sin sobresaltos. Es necesario consolidar definitivamente todas nuestras posesiones para las generaciones futuras.

—Si algo he aprendido es que nada perdura eternamente. Mira el cuerpo inerte de mi padre, detrás en su cara decrépita y desencajada se esconde una vida muy larga repleta de combates, intrigas y traiciones. Su cuerpo que ahora se descompone está marcado casi en su totalidad por profundas heridas de sus intervenciones en múltiples guerras, y también por amores y momentos dulces. Tras ese color pálido acerado de su rostro se esconden bellos episodios de fidelidad y de innegables victorias que le harán pasar a la historia como un gran estratega y como un consumado político. Yo no soy tan buen militar como lo fue él, pero tengo otras virtudes diferentes que me pueden

ayudar a conseguir tantos o más logros. No me conformo con pasar mi momento de gloria como un rey desapercibido para la historia. Tengo que acabar mis días mejor que él, si ello fuera posible, aun con más fama y elogios póstumos. Me gustaría que el pueblo me recordara como un gran benefactor.

—Nuestro anterior soberano eligió bien a su sucesor, eres tan prudente como él; el único capaz de ampliar sus reformas y consolidar la estabilidad del imperio.

—No es fácil contentar a todos. ¡Mírales! Son macedonios, judíos, egipcios y algunos extranjeros, en su mayoría romanos —le susurró al oído haciéndola mirar a su alrededor.

—¿Qué hacen aquí esos romanos? —preguntó extrañada Arsínoe I.

—Son mis invitados.

—Pero, ¿por qué los has invitado?

—Creo que el avance de Roma para hacerse con el control total de la península donde está ubicada es inevitable. Las ciudades griegas establecidas en el sur pronto se verán amenazadas.

—¿Entonces ayudarás a nuestros hermanos?

—¡No!

—¿Qué harás?

—¡Firmaré una alianza con Roma! Estoy convencido de que llegará un día en que será una nación muy potente a la que ya hay que temer —volvió a susurrar en el oído de su esposa.

No pudieron proseguir con la conversación pues se acercaba el primer consejero, Casandro, acompañado por una representación de comerciantes romanos que deseaba saludar a los soberanos y mostrar su pesar por la irreparable pérdida sufrida.

Los funerales, aunque se prolongaron durante doce días y el luto oficial estuvo presente en todos los actos y manifestaciones de palacio, no detuvieron la entrada en el puerto de Alejandría de barcos cargados de mercancías que se apilaban en los muelles a la espera de su posterior traslado hacia los almacenes de destino. Parecía un sueño que aquel poblado de pescadores que hasta no hacía mucho tiempo era llamado Rakotis, situado en el delta del Nilo, se hubiera convertido en esa metrópolis tan influyente y poderosa.

Pero simplemente mantener aquella prosperidad económica alcanzada no le bastaba al nuevo faraón, su sueño era superar a su antecesor. Su incontrolable obsesión consistía en que la historia le reconociera, y sobre todo le recordara como el rey que consiguiera el máximo esplendor para Alejandría, el artífice de colocarla a la cabeza de la civilización.

Finalizado el duelo, en palacio se dieron por concluidos los numerosos actos protocolarios en honor del monarca fallecido, momento a partir del cual aprovecharon los nuevos faraones para

despedir a sus invitados y retirarse a sus aposentos de inmediato. Nada más traspasar el umbral de su cámara el faraón, aunque cansado, hizo una clara insinuación.

—Una muerte tan cercana hace crecer el apetito sexual —exclamó con los ojos clavados en la reina.

—No hay nada más placentero que poder confirmar que la vida aún fluye con fuerza por el interior del cuerpo —contestó ella.

Aparentemente excitada, no dudó en obligar a caer uno de sus velos al suelo, y dejar así al desnudo el pecho que sutilmente cubría.

—Sé que mi padre y maestro ha iniciado el largo camino hacia la morada de los dioses, que tal vez no es el momento más apropiado, pero no puedo calmar estos deseos que embriagan todo mi ser —prosiguió el faraón.

Sin perder tiempo, correspondió al gesto con un suave, casi imperceptible, roce con las yemas de sus dedos pulgar, índice y corazón sobre aquel pezón generoso que orgullosa le mostraba.

—Sabes que me gusta satisfacer todos tus deseos y caprichos, y no voy a hacer ninguna excepción porque tu padre y soberano nuestro haya muerto. Creo que debemos honrar y recordar a aquellos que nos abandonan, pero en verdad nos debemos al mundo de los vivos —añadió Arsínoe I.

—Quiero volver a sentir aquella intensidad de la primera vez, que nos envolvamos de nuevo en la trepidante fascinación de una noche repleta de sorpresas amorosas. ¡Aprovechémosla! —propuso el nuevo soberano.

—Como quieras, lo más importante en estos dolorosos momentos es hacernos olvidar nuestra inmensa pena —contestó complaciente la esposa, mientras adoptaba una postura insinuantemente provocativa.

Ambos, como si creyeran que podría ser la última vez que estuvieran juntos, aquella noche se entregaron a los placeres del sexo sin reserva alguna, quizás influenciados en parte por la intensidad de los acontecimientos vividos, a lo mejor, conscientes de las importantes responsabilidades que a partir de ese momento iban a asumir para el resto de sus vidas, o tal vez, preocupados por las respuestas que pudieran ofrecer los otros reinos vecinos, sobre todo, aquellos contra los que Egipto pugnaba por conseguir la supremacía militar.

Comoquiera que fuere en los primeros meses de Gobierno, a juzgar por los acontecimientos que se produjeron en el reino, no parecía que hubiera empeorado la situación con relación a la etapa anterior. Aunque las fronteras se habían reforzado en prevención de un posible ataque de sus enemigos, las únicas misivas que se recibieron de otros reinos eran las que reconocían a Ptolomeo II como legítimo soberano de Egipto, y a su esposa Arsínoe I como faraona consorte. Por tanto, sin noticias negativas nada hacía presagiar una inminente amenaza

tanto exterior como interior que pusiera en riesgo la estabilidad del Gobierno de los nuevos faraones helenos.

Parecía, por tanto, que la suerte brindaba una oportunidad única para que comenzara un periodo de mucha prosperidad comercial en Alejandría, gracias a su ubicación estratégica en el Mediterráneo y a la implicación de su nuevo faraón, que ambicionaba una posición importante para su ciudad mediante la decidida intención de fundar numerosas colonias griegas, que se deberían establecer por las orillas del mar Rojo, y debrían facilitar la supremacía de Egipto en el comercio entre África, India y Asia. Sin embargo, el mero hecho de poder conseguir aquella posición de privilegio no le resultó suficiente a Ptolomeo II, quien deseaba encontrar más fuentes de riqueza para su reino.

Antes de la celebración de uno de esos frecuentes Consejos de Estado, el primer consejero Casandro acudió con premura a reunirse en privado con el rey.

—Acércate, Casandro —le invitó el soberano.

—¡Gracias, majestad! —agradeció la deferencia.

—Verás, quiero que me expliques en qué nivel se encuentran las arcas reales.

—¡Majestad! Presentan unas reservas extraordinarias, como jamás hemos conocido.

—¡Bien! ¿A qué motivo se debe esta bonanza?

—Pues al floreciente puesto que ocupa Alejandría como cabeza visible del comercio marítimo.

—¡Bien dicho Casandro! Pero dime, ¿se pueden obtener otras fuentes de riqueza?

—No entiendo, majestad.

—Quiero estar preparado para no depender única y exclusivamente del transporte marítimo de las mercancías que otros producen. No quiero que nuestra seguridad esté sometida a una sola actividad.

—Pero es la que nos suministra más cuantiosos beneficios en menor tiempo.

—Es cierto, pero considero que actuar como meros intermediarios del movimiento de ingentes mercancías nos puede poner en una situación muy difícil si alguien decide cortarnos ese suministro.

—¡Perdonad, pero eso es imposible! Nuestras rutas son las más seguras y las más rápidas. A nadie le interesa que las mercancías se pudran en alta mar o que los barcos naufraguen por mares peligrosos.

—¡No temas, Casandro! No quiero decir que vaya a prescindir de ella, lo que pretendo es añadir a la que ya tenemos otras alternativas; ¡y cuantas más, mejor! ¿Comprendes, Casandro?

—Entiendo —contestó el consejero, pero sin estar convencido de la propuesta.

—Quiero que elijas a un equipo de colaboradores y busques por todo el imperio nuevas ideas que nos hagan más ricos y poderosos.

—¿Te parece adecuado invitar a participar también a sabios de otros reinos?

—¡Me parece una magnífica iniciativa!

—Haré que se conozcan tus deseos de convocar a cuantos se sientan con capacidad suficiente para exponer acciones novedosas e interesantes.

—Incentiva la participación con un sustancial premio que recibirán aquellos cuyas propuestas sean seleccionadas de entre todas las presentadas, además de la promesa de participar en la dirección de los trabajos si finalmente son llevados a cabo, lo que también les reportará otra generosa aportación económica adicional.

—¿Analizarás todas, mi señor?

—¡Sí! Preséntamelas todas; no importa que te parezcan descabelladas o inútiles, las estudiaremos y si alguna nos convence la realizaremos. Yo personalmente las apoyaré para que sean llevadas a cabo, diles que tienen mi firme promesa.

—Como desees.

—¡No tengo prisa, pero tampoco deseo mucho tiempo de espera!

—¡Señor! Hoy mismo me pondré al frente de la misión encomendada.

—¡Te deseo suerte! —Le despidió con un gesto significativo con la mano.

Casandro quedó muy preocupado, pues entendió que su señor se precipitaba por querer modificar algo que funcionaba muy bien y que prácticamente hacía rebosar las arcas de Alejandría. Además, el trabajo no faltaba y casi todos los hombres estaban ocupados con tareas relacionadas con los negocios, o con actividades propias del comercio. Si la población parecía satisfecha con ese régimen de vida, entonces, ¿por qué cambiar?

Aquella noche Casandro no pudo conciliar el sueño, sospechaba que debía haber otro interés más importante que el rey no le había contado. De todos modos, desde la mañana siguiente al encargo no quiso perder más tiempo con divagaciones que a nada le conducían, pues su dilatada experiencia como consejero le hacía recordar que lo más prudente era contestar al soberano lo antes posible, porque las esperas nunca son bien acogidas por aquellos que detentan el poder absoluto. Convencido de que una de sus más importantes obligaciones era no cuestionarse nada que le fuera ordenado por el faraón, de inmediato se puso manos a la obra para satisfacer en todo lo que pudiera los deseos de su señor.

En muy poco tiempo, el eficaz consejero se hizo acompañar por los más diversos pensadores del imperio, e incluso algunos sabios

procedentes de otros reinos que desearon aprovechar su invitación para experimentar sus novedosas ideas sobre suelo egipcio. De todas las que se presentaron, fueron varias las iniciativas que a juicio del faraón y de sus consejeros eran merecedoras de una atención especial; y de entre todas, las que más interesaron fueron dos que estaban muy directamente relacionadas con el tratamiento del agua del gran Nilo, fuente incuestionable de riqueza y poder para Alejandría.

Ptolomeo II conocía perfectamente que las civilizaciones más antiguas, longevas e importantes, siempre se habían desarrollado cerca de grandes ríos como el Tigris, el Eúfrates, y por supuesto, no podía faltar el caudaloso Nilo. Sabía que en la etapa de apogeo del antiguo Egipto, ese que ninguno llegó a conocer, la sabiduría estuvo reservada a los sacerdotes. Su poder fue enorme hasta que los griegos consiguieron aseglarizar las ciencias del saber y relegaron la casta sacerdotal a una segunda posición social. En su juventud había estudiado a Tales de Mileto, y en aquella ocasión le tuvo muy presente a la hora de tomar sus decisiones sobre los futuros proyectos que debería acometer en beneficio de su imperio. Se basó en la lección magistral del sabio griego que definía al agua como el principio de todas las cosas. Por eso, conocedor de las carencias de sus territorios, el faraón prestó máxima atención a las ideas relacionadas con el agua.

El primero de los proyectos contemplaba la construcción de un gran canal subterráneo que debía cruzar la ciudad de punta a punta, y que además, fuera capaz de almacenar la cantidad necesaria de agua para poder aguantar sin carencias hasta la siguiente crecida del río. Los trabajos comenzaron de inmediato, porque Ptolomeo II se mostró muy interesado por solucionar el problema del abastecimiento de agua para Alejandría.

Sabía que llevaría cierto tiempo poder recopilar información acerca de la composición del terreno bajo la ciudad, y que sería necesario estudiar innumerables propuestas sobre el trazado más conveniente, así como realizar complicados cálculos relativos a la resistencia de la cimentación de los edificios ya construidos, debajo de los cuales era por donde debería transcurrir y permanecer el agua embalsada en la época en la que el río suministraba una fuente de riqueza incalculable en forma de agua y sedimentos. Pero todos los esfuerzos fueron valorados como insignificantes por el faraón ante lo que parecía la consecución de importantes beneficios naturales que deberían hacer de su capital una de las más importantes del mundo.

En lo relativo a la técnica de suministro fue muy simple; se construyó un ramal para que una pequeña parte del caudal del gran Nilo desviara su curso y pudiera transcurrir por debajo de Alejandría. Cuando el nivel resultaba muy bajo, se cerraban las compuertas del extremo de salida, y después, si era necesario, también la de entrada,

con lo que se obligaba al agua a permanecer embalsada bajo la ciudad. Luego, se dejaba un periodo de varios meses para que se produjera de forma natural la sedimentación de los posos y de las partículas que fueron arrastradas al penetrar la corriente de agua. Pasado cierto tiempo, cuando los técnicos consideraran que el agua ya estaba limpia y se podía consumir sin riesgos para la salud, permitirían su uso público. Así, Alejandría se convertiría en un enorme depósito de agua que cuando era necesario consumía de sus propias reservas hidrológicas; gran tesoro en forma de agua que les debería abastecer hasta la siguiente crecida del río.

El subsuelo fue generoso con los constructores, pues no solo les permitió horadar sin mayores dificultades, sino que además su solidez e impermeabilidad permitieron que las estructuras de los edificios aguantaran los trabajos de excavación y que pudieran preparar las paredes con granito y una argamasa especial, obtenida del limo del Nilo, para evitar las inevitables fugas del agua embalsada y que no se filtrara hacia lugares de imposible uso.

Una vez finalizados los trabajos de refuerzos de los asentamientos en el subsuelo de Alejandría, se procedió a construir un gran canal con pequeños corredores a modo de ramificaciones que se debían dirigir hacia los bajos de las casas y palacios más importantes. Su conjunto haría posible recorrer la ciudad de un extremo a otro sin tener que salir a la superficie. Después, la señal de inicio de los últimos trabajos llegó impuesta por las estaciones de máxima sequía y por el bajo caudal del río, para primero preparar el terreno con sus imprescindibles pendientes y luego conectar el cauce fluvial con la canalización que debería conducir el agua bajo la ciudad.

El momento de máxima expectación ocurrió cuando por fin se derribaron los muros de contención y fueron sustituidos por robustas compuertas que subían y bajaban a voluntad, según las necesidades de regulación. La primera vez que dejaron entrar el agua, la fuerza de su corriente arrastró los últimos maderos y comenzó a inundar el conducto artificial que, a modo de pequeño afluente, recibió tan preciado tesoro. Aquella iniciativa hizo de Alejandría una nueva ciudad que sobresalió por encima del resto de las ciudades egipcias, y la puso en cabeza de las otras que propugnaban su supremacía.

Enseguida, los alejandrinos aprovecharon la terminación del arriesgado proyecto para construir grandes depósitos de agua a modo de aljibes bajo algunas de sus casas y palacios. Unos fueron comunales, mientras otros tenían carácter privado, según la importancia y rango de sus propietarios. Incluso algunos eran accesibles por medio de escaleras que partían del interior de los propios edificios. El tamaño del gran canal era lo suficientemente grande como para permitir que un jinete montado a caballo pudiera

circular libremente por su interior sin rozar con su cabeza el techo en ningún tramo de su longitud. También, cuando el nivel del agua lo permitía, era perfectamente navegable a remo por embarcaciones que precisaban de cierto calado de importancia.

Después, aparecieron las competiciones entre los más ricos del lugar para presumir con las más hermosas decoraciones, incluso subterráneas; aquellas que deberían dignificar la calidad de sus posesiones ante sus vecinos, competidores y amigos. Por eso, aparecieron bajo los suntuosos palacios imponentes columnas y estatuas de colosos que informaban al resto de la población sobre quiénes eran sus dueños y a qué casa ayudaban a suministrar la deseada protección de los dioses. También en otras ocasiones, los grandes terratenientes disponían el levantamiento de esfinges protectoras que indicaban la entrada subterránea a un palacio determinado. Por tanto, como en todas las ciudades opulentas, la riqueza se plasmaba tanto en el exterior de la ciudad como en el interior de las viviendas, y en este caso, también en el subsuelo para lucimiento de sus dueños, mayor gloria de sus faraones y alabanza a sus dioses protectores.

El segundo proyecto fue bastante más sencillo técnicamente, pero no por ello menos importante, porque consistió en establecer un plan audaz y novedoso de canalización e irrigación en el amplio delta del río Nilo que mejoró con creces las iniciativas agrarias del anterior monarca. De esta manera, la agricultura egipcia se convirtió en otro de los pilares básicos de su economía, gracias al incremento de unas exportaciones que pronto comenzaron a aportar relevantes beneficios como consecuencia inmediata del aumento espectacular de la producción.

Pero otra función de orden social persiguió el faraón simultáneamente a la consecución de aquellos magníficos resultados del proyecto anterior; fue la ocupación de la población de origen egipcio en una actividad que les permitiera mantener a sus familias y acallara sus protestas cada vez más intensas y frecuentes debido a la miseria que tradicionalmente padecía esta clase. Aunque pertenecían a la escala más baja y menos valorada del imperio, Ptolomeo II intuyó que en poco tiempo su aportación económica a las arcas del Estado debía ser de las más importantes, por lo que con su decisión contentó a quienes realizaban un trabajo que pocos querían llevar a cabo por su dureza, pero no por ello menos imprescindible que el más digno y cualificado de cuantos oficios se ejercían dentro de sus fronteras. Su acierto en este caso consistió en saber anticiparse a una posible carencia de mano de obra campesina, que se podría haber producido si la población egipcia hubiera dirigido su actividad hacia otros sectores o se hubiera decidido por el éxodo hacia otros lugares. En

este caso, el faraón intuyó hábilmente que si desaparecían de forma masiva los agricultores, prácticamente de inmediato surgirían problemas de orden público, motivados por la imposibilidad de atender unas necesidades primarias que pronto podrían quedar desabastecidas cuando se consumieran las reservas, con el riesgo de una sublevación masiva de la población, independientemente del origen que tuviera.

Con la presentación, acometida y realización de estas actuaciones, el nuevo faraón intentó asentar las bases de su reinado, así como preparar el camino para lo que debería ser el nacimiento de un ambicioso programa de revolución económica y social que entendió traería en poco tiempo a su pueblo una prosperidad hasta entonces desconocida. En ese momento, comprendió que un soberano no se debía a una sola idea o al desarrollo de una sola iniciativa; que no podía entretener su tiempo en una única cuestión, porque tenía la sagrada obligación de estar preparado para acometer imprevistos con los que habitualmente nadie contaba. De una manera involuntaria aprendió su primera lección de novato al frente de un imperio, una enseñanza magistral que le acompañó durante el resto de su mandato y jamás olvidó.

De sus variadas preocupaciones aprendió a seleccionar aquellas que se resolvían con tan solo dejar transcurrir el tiempo, de las que requerían una rápida intervención porque estaba en juego la dignidad y prestigio de un reino. Por eso, y a pesar de las reiteradas advertencias de alto riesgo que recibió de sus allegados, solo cuando fue estrictamente necesario no vaciló en salir con sus ejércitos más allá de sus fronteras a pesar de contar con una evidente falta de rodaje en esas cuestiones; y además, ya no podía contar con la ayuda y el asesoramiento de la larga experiencia de su fallecido padre, verdadero experto en el arte de la guerra. Pese a ello, tuvo la habilidad y la suficiente humildad para dejarse asesorar por magníficos militares, lo que hizo que sus intervenciones en el campo de batalla se contaran por victorias frente a sus enemigos, lo que aportó al Ejército egipcio prestigio y temor de sus adversarios.

Capítulo IV



Luego de una travesía que les pareció muy larga, pero que se desarrolló con total normalidad, los fugados del palacio del rey macedonio consiguieron divisar frente a sí la figura de una redonda isla que más bien parecía un enorme peñote colocado en medio del mar. Se trataba de la pequeña isla de Samotracia localizada en el norte del mar Egeo, entre Macedonia y Tracia; lugar considerado de culto religioso entre los helenos, donde las construcciones que más abundaban eran templos y santuarios para todos aquellos devotos que desearan iniciarse en los misterios de la religión que adoraba a los dioses cabiros, seres inmortales apegados a la madre tierra, dominadores del inframundo, en contraposición directa con las deidades celestiales. Ese era su destino momentáneo hasta que consiguieran otra nave que les permitiera continuar el viaje hacia Alejandría, donde pedirían a Ptolomeo II asilo y cobijo.

Conforme se acercaban, pudieron comprobar su geografía accidentada y su escasez de puertos.

—No me imaginaba la isla así —exclamó Ptolomeo.

—Este lugar me da una sensación de desasosiego como en ningún otro sitio he percibido jamás —afirmó Arsínoe.

—Aquí lo que más abunda son sacerdotes —contestó el patrón del barco.

—¿Dónde vamos a atracar? —preguntó Ptolomeo.

—Solamente existe una bahía en toda la isla resguardada del azote de los vientos; está en un pueblo de pescadores llamado Kamariotissa —contestó el patrón.

Cuando llegaron a la mencionada bahía no encontraron embarcaciones disponibles para proseguir viaje de inmediato, por lo que se vieron obligados a permanecer el tiempo necesario hasta conseguir un medio de transporte que les permitiera acercarse a Alejandría, y a la vez, salir de la zona de influencia del sanguinario rey macedonio. El joven Ptolomeo no había elegido la isla de Samotracia al azar; pensó que el hermanastro y esposo de su madre enviaría patrullas y espías a cualquier lugar hacia el sur que se interpusiera entre Macedonia y Egipto, que necesitaría de todos su

efectivos para abarcar el máximo territorio posible y que muchos lugares deberían ser descartados por considerarlos ilógicos. Ese era el caso de la pequeña isla de Samotracia, que se encontraba en dirección opuesta hacia Alejandría y además carecía de importancia comercial, lo que reducía el movimiento de barcos. Tan solo era un lugar destinado al aprendizaje del culto misterioso y de las ciencias tanto esotéricas como adivinatorias. Un lugar que los marinos preferían bordear, salvo que se tuviera que realizar un sacrificio, una ofrenda o el cumplimiento de una promesa por algún favor recibido.

—Aquí la gente debe de ser muy pobre —señaló Arsínoe.

—Pues intentaremos sobrevivir con las monedas que aún tenemos —añadió Ptolomeo.

—¡Lo sé! No es prudente hacer aquí ostentación de riquezas, pues somos presa fácil para ladrones y asaltantes —contestó Arsínoe.

—Me preocupa la extensa red de espías que tu esposo tiene en todo su reino, estamos demasiado cerca de Macedonia y alguien podría delatar nuestra presencia si nos descuidamos.

—No creo que se atreva a llegar hasta aquí, sería una confrontación bélica con los otros reinos griegos. Esta isla está bajo dominio ateniense y ahora a Macedonia no le interesa una guerra contra Atenas.

—No necesitaría venir a por nosotros, le bastaría con encargar el trabajo. Puede que tengas razón y no se atreva a venir, pero estoy seguro de que si supiera que nos encontramos en Samotracia ofrecería una recompensa a quien nos raptara o le llevara nuestras cabezas —añadió el joven.

—¡Estás en lo cierto! ¡Debemos ser muy precavidos! Los cazadores de recompensas existen por todos los rincones.

Nada más desembarcar, cuando recabaron la información que precisaban y aceptaron que debían esperar por un tiempo indeterminado hasta conseguir el transporte que necesitaban, preguntaron por algún sitio donde pudieran vivir. Los dirigieron hacia una casa particular que alquilaba habitaciones, daba comidas y también hacía las veces de taberna. El estado del establecimiento era muy precario, y más para ellos que estaban acostumbrados a otra forma de vida rodeada de lujos. Presentaba un aspecto excesivamente sucio y desordenado; tanto, que cuando entraron lo primero que sintieron fue una profunda arcada seguida de la inmediata intención de mirar para otro lado y abandonar rápidamente el local. Sin darse cuenta, una pareja algo entrada en años los observaba desde que entraron por la puerta.

—¿Qué queréis? —preguntó el hombre antes de que se marcharan.

—¡Nada! Creo que nos hemos equivocado de sitio —contestó Ptolomeo.

—Por vuestro aspecto parecéis criados finos —continuó aquel que parecía ser el dueño, mientras cruzaba sus brazos por delante de su prominente barriga.

—¡No somos criados! ¡Somos mercaderes! —contestó Ptolomeo contrariado.

—¡Perdonad! Vuestro aspecto me ha confundido —se excusó el dueño.

—Acabamos de llegar y carecemos de nuestras ropas habituales porque las hemos perdido en la travesía —prosiguió el joven.

—¿Y qué os ha ocurrido? —preguntó una mujer de colorados carrillos que no pudieron ver porque estaba tapada tras el corpachón del dueño del local.

—Somos griegos y venimos de Tesalónica, donde habíamos ultimado un buen trato; queríamos aprovechar el viaje para dar gracias a los dioses por nuestra fortuna, y un golpe de viento arrojó al mar nuestras pertenencias. ¡Ya ves las paradojas del destino!

—¡Pues a mal sitio habéis ido a parar! Esto no se parece en nada a la lujosa Tesalónica —afirmó mientras acicalaba sus rizados y cortos cabellos.

—¡Ya lo hemos comprobado! Solo estamos de paso hasta que obtengamos una embarcación que nos lleve a tierra firme.

—Los barquitos que faenan por estas aguas son de los pescadores de la isla, no van a ningún sitio. La mayoría de los forasteros que arriban a esta bahía proceden de las costas de Tracia o de Macedonia y regresan al mismo sitio cuando se marchan. Solo unos pocos barcos de los que atracan aquí, los más grandes, realizan viajes de más duración en dirección hacia Rodas, y algunos, más allá de los límites de Creta, como puede ser Egipto, pero aparecen de tarde en tarde —los informó el desconocido, a la vez que se limpiaba con la mano su achatada nariz.

—¿Y eso cuánto tiempo puede ser? —preguntó Ptolomeo.

—Nunca se sabe. Si los vais a esperar, es mejor que os arméis de paciencia. Mi consejo es que embarquéis en la que os ha traído.

—Esa nave regresa al lugar de donde venimos.

—Comprendo, no queréis repetir en el mismo lugar. —Se tocó la barba blanca.

—Algo parecido, preferimos arriesgarnos.

—¿Tenéis monedas?

—Algunas.

—¿Cuántas?

—¡Algunas! —repitió Ptolomeo visiblemente contrariado, mientras agarró fuertemente por la empuñadura una daga que llevaba al cinto.

—Si queréis, en nuestra casa podéis hospedaros. Ya sé que no tiene un aspecto parecido a las que conocéis en otros lugares, pero os

garantizo que es la mejor de la isla.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó Arsínoe.

—¡Claro! Es la única que hay. Está un poco abandonada porque no tenemos a nadie que nos ayude en las tareas domésticas.

Madre e hijo se miraron y al comprender que no les quedaban muchas más opciones, con un leve gesto aceptaron la propuesta.

—Mi nombre es Teófilo y esta que me acompaña es mi mujer Filomena.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó intrigada Filomena.

—Yo me llamo Antígono y ella es mi madre Dóride —improvisó sobre la marcha.

—Está bien, podéis elegir las habitaciones que más os gusten —les invitó Filomena.

—Sí, pero antes me gustaría ver con qué vais a pagarnos —solicitó Teófilo.

—¿Con qué puedo pagarte? —preguntó el nuevo Antígono.

—¡Con monedas! ¡Claro está!

—¿No aceptarías otra cosa?

—¿Como qué?

—Un pequeño anillo de oro y una piedra preciosa.

—Aquí, una joya solo tiene valor para los sacerdotes porque la utilizan como ofrenda a los dioses. Para el resto no resulta fácil venderla ni cambiarla por nada. ¡Prefiero monedas!

—¡Está bien! Dime una cosa: ¿cuánto tardas en ganar una moneda de oro?

—¿De oro?

—Sí.

—¡Nunca he ganado una moneda de oro!

—Pues yo te daré esta moneda a cambio de un mes de hospitalidad. —Se la enseñó.

—¿Puedo tocarla? —preguntó Teófilo.

—¡Puedes!

—¡Es verdad! ¡Es de oro puro! ¡Mira, Filomena!

—¡Es buena! —contestó la esposa.

—Pero con una condición —añadió quien ahora se llamaba Antígono.

—¿Qué condición?

—No quiero que nadie sepa que estamos aquí y que te hemos dado esta moneda. Podrás hacer lo que quieras cuando nos hayamos ido de la isla, mientras tanto deberás guardar el secreto.

—¡Ya entiendo! No queréis que vengan curiosos a comprobar cuántas de estas tenéis y a ver qué pueden sacaros.

—¡Así es! Además, tú debes ser el primer interesado en que esta información no trascienda, pues si nosotros no estamos seguros,

tampoco lo estará tu familia —amplió los motivos para guardar silencio la mujer que conocían como Dóride.

—Por eso no debéis preocuparos, sabemos ser discretos y contar solo lo imprescindible. Nosotros tampoco queremos recibir visitas de ladrones —contestó Filomena.

—Entonces, estamos conformes. —Antígono cerró el trato y entregó la moneda a Teófilo, a la vez que se cruzaron los brazos derechos.

El local no gustó nada a la reina, pero al menos tenían un sitio donde podían pasar desapercibidos sin levantar sospechas sobre su verdadera identidad hasta que encontraran una manera de salir de la isla. Los primeros días les sirvieron para acostumbrarse a esa nueva vida, aunque fuera de manera provisional. Por la tarde, cuando el sol se ocultaba tras el horizonte, comenzaban a aparecer los clientes, seguramente porque acababan de finalizar sus tareas cotidianas. Siempre los mismos y casi todos pescadores. Unos acudían en busca de un descanso que obtenían mediante el consumo de vino y sardinas previamente saladas que se atravesaban con cañas y se clavaban en la arena de la playa, sobre el calor que desprendían varias brasas; otros, atraídos por veladas que se amenizaban con tertulias que solían tratar cuestiones insignificantes que a casi nadie interesaban, se mantenían entretenidos hasta altas horas de la madrugada iluminados por la luz de varias fogatas que también servían para dar calor a los contertulios.

Curiosamente, aquellos días transcurrieron demasiado lentamente para Arsínoe, mujer poco acostumbrada a este tipo de situaciones. En aquella triste etapa de su vida, sus pensamientos permanecieron siempre al lado de sus hijos fallecidos y con el único aliciente de regresar cuanto antes a su querida Alejandría, donde estaba convencida de que podría atender tanto sus necesidades como las de su hijo. Por el contrario, la sensación que recibió Ptolomeo fue muy distinta. Tal vez intervino mucho la diferencia de edad con relación a su madre; quizás el hecho de ser hombre, o a lo mejor, esas infinitas ganas que tenía por estudiar los distintos perfiles del comportamiento de los humanos. Por eso, aquella estancia quiso tomarla como una nueva experiencia, una oportunidad inmejorable de aprender cosas muy diferentes que seguro no estaría a su alcance en el interior de un palacio, y por tanto, jamás llegaría a conocer si no aprovechaba la ocasión de mezclarse con aquellas gentes humildes y compartir de primera mano sus opiniones y carencias. Supuso para el joven un conocimiento extraordinario sobre la manera de pensar de aquellos que no contaban para nadie, a excepción de sus propias familias.

El joven, al principio, escondido tras la oscuridad de su habitación escuchaba con atención los comentarios de cuantos intervenían en los coloquios, y así obtenía sus propias conclusiones. Después, cuando cogió algo más de confianza, acudió como oyente a las tertulias y se

animó a sujetar una copa de vino en la mano, aunque siempre mantuvo una posición discreta, en un lugar muy secundario, con la única intención de pasar lo más desapercibido posible.

El tedio, el aburrimiento y la inexistente actividad de la isla llevaron al joven Ptolomeo, más conocido en Samotracia como Antígono, a salir muy temprano junto con Teófilo, en una pobre embarcación, para obtener algo de pescado que pudieran servir a los clientes. Aquellas reuniones nocturnas sirvieron de prólogo y complemento a las que al amanecer los dos tenían a solas mientras esperaban a que picara alguna de las abundantes especies que se daban por aquellas aguas. No le importaba que le robaran descanso, pues le hacían olvidar momentáneamente un pasado que de manera constante se le aparecía en sus sueños para arrebatarle una tranquilidad de la que carecía desde el trágico final de su padre y la ejecución de sus hermanos.

—¡Vas a enfermar! ¡Apenas duermes! —le solía regañar su madre.

—¡Ya descansaré en Alejandría! —contestaba Ptolomeo.

En poco tiempo, sin darse cuenta, comenzó a participar de aquellas entretenidas discusiones que a ningún sitio llevaban, pero que sí servían para entretener el ánimo y combatir la ociosa monotonía de los hombres de Samotracia. Algunas veces, a todos sorprendía con unas respuestas ingeniosas que anunciaban la inteligencia que se escondía tras aquella figura endeble de adolescente inquieto. Por el contrario, otras veces mostraba la más tierna de las ingenuidades, propia de aquellos que todavía no han vivido lo suficiente. Comoquiera que fuere, su entrada en aquellas reuniones nocturnas supuso un soplo de aire fresco que rejuvenecía el pensamiento de cuantos allí se citaban cada noche.

—Me da miedo que te escuchen con tanto interés esos desconocidos, en realidad no sabemos quiénes son, y te expones demasiado a ser descubierto —le decía su madre.

—No te preocupes. Es buena gente, todos son vecinos de esta isla y jamás saldrán de ella, es imposible que nos puedan hacer daño. ¡Queda tranquila, madre!

—¡No me gusta que cada noche acuda más gente a conocerte! ¡Te han aficionado a la bebida! —replicó Arsínoe.

—¡No pasará nada, te lo prometo! ¡Lo tengo todo controlado! Para mí, tan solo es una forma de pasar el rato, y de paso, aprendo conductas y formas de pensar que si no fuera de esta manera jamás conocería.

—¡No necesitas conocer algo que no te va a servir en el futuro! ¡Es una pérdida de tiempo y de energía que mañana vas a necesitar! ¡Cuando regresemos a Alejandría no volverás a relacionarte con semejantes individuos! ¡No veo el día de salir de este encierro!

—Es mejor estar vivo aquí que muerto en Tesalónica, ¿no te parece?

—señaló Ptolomeo.

—¡Por supuesto! Me quejo porque llevamos mucho tiempo a la espera y aún no ha aparecido un barco. Ya no me apetece ni tan siquiera mirarme la cara porque ya no me parezco en nada a la que antaño fui.

—Lo entiendo, madre. Pero debes tener paciencia para no desesperar. Piensa que en cuanto podamos hacer uso de nuestras riquezas, tu aspecto volverá a ser el de siempre.

—¡Está bien! Ve a distraerte un poco.

Le despidió para quedarse a solas en la habitación que ambos compartían, y así poder llorar con plena libertad por el desconsuelo que sentía como consecuencia del trance que no tenía más remedio que soportar, hasta que pudiera abandonar aquella maldita isla.

Por el contrario, Ptolomeo comenzó a comprobar que cada vez era más querido y respetado por unos nuevos amigos que le saludaban y le llamaban por su nombre falso; él, que siempre les correspondía con la misma efusividad, enseguida se dio cuenta de que conforme transcurrían los días se sentía más identificado con las gentes de aquel olvidado lugar. Por tanto continuó, en contra de la voluntad de su madre, con su participación activa en aquellas irrenunciables tertulias repletas de anécdotas y vivencias marineras que cada pescador relataba, seguramente la mayoría inventadas, que luego el resto de los participantes se encargaba de cuestionar mediante la aplicación de un severo sentido común a todo lo escuchado.

A raíz de las distintas opiniones que tenían, entre madre e hijo surgieron las primeras diferencias cuando tuvieron la posibilidad de trasladarse hasta la cercana isla de Tassos, a lo que Ptolomeo se negó, mientras que Arsínoe estaba decidida a marchar de inmediato.

—No creo que sea buena idea —expresó su opinión Ptolomeo.

—Cualquier cosa es mejor a permanecer en esta tumba —contestó Arsínoe.

—Pero aquí estamos muy bien camuflados y seguros.

—La isla de Tassos tiene dos puertos importantes donde nos será muy fácil encontrar un barco que nos acerque a Alejandría.

—Precisamente por eso es muy peligroso ir. Estoy convencido de que tu hermanastro piensa lo mismo, y seguro que tiene a alguien apostado a la espera de que aparezcamos.

—Dos viajeros es muy fácil que puedan pasar desapercibidos entre el gentío que generan su mercado de esclavos, las canteras de mármol blanco y los yacimientos de plata.

—Madre, no me fío de tantas facilidades. Además, nos acercamos demasiado a los dominios de Macedonia.

—Esa isla está bajo dominio tracio.

—¡Es lo mismo! Ahora tampoco nos quieren en Tracia. Puede haber

asesinos a sueldo escondidos en cualquier sitio. Lo siento, pero no estoy de acuerdo con tu decisión.

—Pues algo debemos hacer, no quiero permanecer por más tiempo en esta isla que solo sabe hacer ofrendas a los dioses cabiros.

—Te propongo una cosa —se anticipó Ptolomeo.

—Di.

—Me disfrazaré y acudiré a Tassos para inspeccionar la seguridad de sus puertos. Si resulta tal como dices, nos estableceremos allí hasta conseguir que un gran barco nos lleve hacia Alejandría.

—¿Vas a ir tú solo?

—Sí.

—¡No puedo permitirlo! Si estás en lo cierto y te reconocen, te matarán.

—Es la única manera de salir de dudas. Te ruego me permitas hacer el viaje, al fin y al cabo ya tengo experiencias anteriores, pues no es la primera vez que tengo que escabullirme para obtener una información valiosa que nos pueda facilitar la salida hacia la libertad.

A regañadientes consiguió convencer a su madre, quien al final tuvo que reconocer la capacidad camaleónica de su hijo para hacerse invisible cuando quería, pese a que también había heredado unos rasgos muy característicos de la dinastía ptolemaica, que para ella eran signos evidentes de su origen, y por tanto, claras señales para ser reconocido. Pero jugaba a su favor esa edad indefinida en la que los jóvenes todavía están sometidos a importantes cambios en su fisonomía que resulta muy difícil de asimilar para aquellos que están fuera del entorno familiar, como era el caso de los posibles sicarios contratados. También sabía que sin su presencia tenía muchas más posibilidades de éxito, por eso aceptó que viajara en solitario.

Llegado el momento, embarcó en una pequeña nave que debía llevarle a Tassos en cuestión de dos jornadas completas de travesía si los vientos eran propicios. En esta ocasión se demoró un día completo, pero consiguió llegar a su destino tal como estaba previsto. Efectivamente, el movimiento de barcos, soldados, mercaderes, esclavos, artesanos y mercancías de todo tipo era constante, tal como había predicho su madre. En cuanto se percató de ello, y nada más desembarcar, acudió a la primera tienda que encontró para adquirir unos ropajes más propios de un tracio.

—¿Cuánto quieres por este instrumento? —le preguntó al tendero.

—¿Sabes tocar la lira?

—Soy músico consagrado de la isla de Samotracia —le contestó a modo de medio broma.

—Aquí somos muy devotos de los dioses de Samotracia. Si es para glorificarlos te la dejaré a mitad de su precio —contestó el vendedor.

—¡Sea!

—Pero a cambio quiero que cantes alguna canción —le solicitó.

—¡Hecho!

No le resultó difícil entonar bellas canciones que hablaban de amores, guerras, religión, esoterismo, lealtad y otras muchas más cualidades, tanto humanas como divinas, que aprendió cuando era pequeño por boca de su propio padre, el rey Lisímaco de Tracia. En cuanto al instrumento, lo dominaba con soltura porque formó parte de su educación; lo que tampoco le supuso el más mínimo inconveniente para satisfacer la exigencia del comerciante, quien por otro lado, conocía muchas de las estrofas que el joven recitó y enseguida se prestó a acompañarle como muestra de su interés y reconocimiento. Así, de la manera más insospechada, se transformó en un músico tracio comprometido con los dioses cabiros. A juzgar por las reacciones que suscitó en cuantos le rodearon, enseguida comprendió que los músicos estaban muy bien considerados y acogidos entre la población, además de gozar del máximo respeto. Acababa de encontrar la mejor manera de recorrer la isla y de acercarse a quien quisiera sin levantar la más mínima sospecha sobre su verdadera identidad. Lira en mano, durante los siguientes días inspeccionó cuantos lugares quiso, hasta que en una casa de comidas oyó la conversación que mantenían unos cuantos con aspecto de matones que le reveló las intenciones del rey Ptolomeo Cerauno, el todavía esposo de su madre. Hablaban entre ellos sobre lo bien que les vendría cobrar la recompensa ofrecida por encontrar a dos desconocidos, madre e hijo, que habían asesinado al consejero del rey de Macedonia. También comentaron la dificultad para dar con los dos evadidos y la inmensa suerte que debería acompañarlos para que se acercaran por sus puntos de vigilancia, dado que ya eran muchos los contratados para tal misión y muchos los puntos vigilados. Comentaron entre ellos a viva voz las características físicas más peculiares de los buscados, y ciertamente, tuvo que reconocer que una vez que se conocía personalmente a los personajes, sus descripciones encajaban con sus perfiles.

—Es muy difícil que salgan con bien del acoso al que los tiene sometidos el rey macedonio —afirmó uno de los secuaces.

—A mí eso me da lo mismo, solo pido a los dioses que sean benévolos conmigo y los pongan a mi alcance —dijo otro.

—Es un dinero que te puede sacar de la miseria —señaló otro.

—¡Oye, músico! ¡Acércate!

Llamó al joven Ptolomeo uno de los componentes de la cuadrilla allí reunidos, mientras al muchacho le comenzaron a temblar las piernas al pensar que quizás le habían descubierto.

—¿Qué deseas? —contestó con temor.

—¿No eres ese músico que canta canciones dedicadas a los dioses?

—le preguntó.

—Así es —contestó más tranquilo.

—¿Crees que si te damos una ofrenda y nos cantas algo, los dioses te harán caso?

—Es posible. Lo importante para que se concedan los deseos es tener mucha fe.

—¿Quieres ayudarnos en conseguir sus favores?

—Claro; si está en mi mano, cuenta con ello.

—Pues toma estas monedas y recita algo bonito.

Ptolomeo aceptó el encargo y recitó sus mejores poemas que después se convirtieron en aplausos. Luego de haber agotado su repertorio, se despidió no sin antes prometer que sus monedas serían entregadas a los sacerdotes del templo para que también elevaran en su nombre las correspondientes súplicas. El joven Ptolomeo permaneció dos días más en Tassos. Después de comprobar la existencia de demasiados interesados en localizarlos, regresó a Samotracia con el convencimiento de que esa isla no resultaba segura para sus intereses, y que ponía en serio riesgo sus vidas si se acercaba con su madre.

Mientras tanto, esta aguardaba con preocupación su llegada. Cuando se volvieron a reencontrar, se limitó a contar su experiencia y la dejó que recapacitara sobre la conveniencia de recomendar otra aventura parecida.

Ya llevaban dos meses de permanencia en la isla, cuando algo nuevo ocurrió en una de esas noches de viento calmo en la que apenas se producía un suave batir del agua para llegar mansamente a morir contra la arena de la bahía. Estaba Ptolomeo pensativo, ayudado por ese ruido tan apacible del respirar de las olas, cuando una joven mujer se le acercó con la intención de entablar conversación.

—Hola —le saludó.

—Te conozco de haberte visto por la taberna, pero no sé tu nombre.

—Me llamo Helena.

—Bonito nombre.

—Gracias. Soy la hija de Teófilo.

—Eso me parecía —confesó sus sospechas.

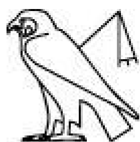
—No quiero que me interpretes mal pero, ¿te gustaría dar un paseo por la playa? Me agradaría hablar contigo.

—¡Encantado! ¡Vamos!

Bordearon el contorno de las hogueras para alejarse hasta que la oscuridad de la playa los acogió con su manto de estrellas como única iluminación. Mantuvieron una larga conversación sobre muchas cuestiones, y al finalizar, Helena quedó desconcertada porque nadie le había hablado tanto y de una manera tan contundente, ni jamás había estado con un hombre que solamente quisiera hablar sin que intentara

acercarse físicamente a ella. En su interior, sintió que acababa de florecer un sentimiento desconocido que nunca había tenido por ningún otro. Sentados en la orilla conversaron de cuantos temas quiso la joven, y juntos contaron las estrellas del cielo mientras el mar comenzó a mojarles suavemente los pies. De vez en cuando, en un sutil intento por llegar hasta sus rodillas, el viento empujaba con un poco más de fuerza el agua, situación que los hacía reír mientras aprovechaban para mirarse con ternura a los ojos. Para ella, suponía la primera vez que un chico de su edad la trataba como a una mujer adulta; para él, su primera cita con alguien que desconocía su verdadera identidad sin interés extra alguno. Aquella chica estaba por voluntad propia en su compañía únicamente por el placer de conocerle; y aquello le hizo sentirse el ser más importante del universo. Después de un buen rato de juegos y sonrisas comenzaron el camino de regreso hacia la taberna en animada conversación. Para cuando quisieron llegar, la muchacha había quedado prendada de Antígono; enseguida supo que en lo más recóndito de su corazón algo había cambiado que le hacía sentir por él una extraña emoción que venía acompañada por revoloteos de mariposas que acariciaban su estómago. Ella todavía no lo sabía, pero acababa de nacer en su interior un amor tan profundo y sincero que le hizo experimentar por primera vez el deseo de estar siempre a su lado; una pasión incontrolable que enseguida se convirtió en necesidad, lo mismo que es el comer o el respirar a pleno pulmón; gratificantes sensaciones a las que no quiso renunciar por lo que tenían de novedosas y por la fuerza desconocida que de ellas recibía. Sus verdaderos sentimientos comenzaron a brotar en compañía de Antígono, y a partir de entonces la acompañaron para el resto de su efímera existencia.

Capítulo V



Durante los siguientes días, Helena, más contenta y cercana, se hizo la encontradiza con Antígono para saludarle y conocerle un poco más intensamente. Mantuvieron cortas pero frecuentes conversaciones que sirvieron para prender definitivamente en ambos la intensa llama del deseo. Aquellos ojos claros de mirada intensa la tenían embobada y hacían que suspirara por las esquinas con las consiguientes burlas de sus amigas. Por las noches, acudía asiduamente a las tertulias con el fin de situarse lo más cerca posible de aquel a quien ya consideraba el mejor hombre que había conocido.

Por su parte, Ptolomeo admiraba la capacidad de aprendizaje de aquella chica de tez morena que movía las caderas como nadie al andar. Sus preguntas y réplicas cada vez le obligaban a dar precisas contestaciones, lo que le sometía a un continuo esfuerzo mientras convertía a la chica en la mejor compañera de viaje para un hombre con vocación de solitario que deseaba sanar cuanto antes sus profundas heridas.

Con la sencillez de aquellos que no tienen nada que ocultar, ambos comenzaron a compartir aficiones comunes que enseguida llamaron la atención de cuantos los conocían. Los cotilleos pronto llegaron a todos los rincones de la isla hasta que advertida por Filomena, la madre de Antígono intervino en el asunto.

—He oído que esa chica con la que sueles verte, cada vez trabaja menos en casa —le informó Arsínoe.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¡No importa! ¡Debes apartarte de ella, o tendremos serios problemas!

—¡No exageres, madre!

—¡Lo digo por nuestro bien y por el suyo!

—Hablaré con Teófilo.

—¡No es con él con quien debes hablar!

—¿Con quién, entonces?

—¡No te contesto! ¡Piénsalo un poco!

—Deja que lo averigüe a mi manera.

—Nos complicas la vida inútilmente.

—No sé por qué dices eso.

—De sobra sabes que esa mujer no es para ti, que pronto estaremos lejos de aquí y tu posición no te permitirá llevarla contigo. Lo único que puedes conseguir es hacerle mucho daño.

—No veo el daño que puede hacerle a alguien hablar. Hasta ahora es lo único que hemos hecho.

—Lo sé, pero ella no está para perder su tiempo conversando contigo, ¿entiendes?

—¡Por supuesto que lo entiendo, madre! ¡Qué cosas tienes! ¡Todavía me consideras un niño!

—Ya sé que no lo eres, pero para todas las madres sus hijos nunca crecen, solo pretendemos protegeros. Aunque únicamente sea por la diferencia de edad que media entre nosotros, creo que merezco al menos que recapacites sobre mis advertencias y actúes en consecuencia.

—¡Está bien, así haré! Pero para mí son muy importantes los impulsos que me dicta el corazón.

—¡Estás equivocado! Para un miembro de la dinastía ptolemaica lo que marca el contenido de sus decisiones es la mente, el raciocinio combinado certeramente con una idea clara de sus intereses. ¡No olvides esto jamás!

—¡Si eso es así, prefiero ser de otra familia!

—¡No voy a tener en cuenta tus palabras, porque de sobra sé que están dichas por quien aún no ha aprendido a modelar sus sentimientos ni a saber calibrar lo que más le interesa! La inexperiencia es una enfermedad que se cura con los años.

Ahí dejaron la discusión por el momento, pero aquello no quedó en el olvido tan fácilmente para Ptolomeo. Una noche la invitó a pasear por la idílica playa hasta que una dulce caricia de la muchacha sobre su rostro le sirvió como excusa para acurrucarse contra su pecho y después comenzar a besarla con una pasión que nunca había sentido. Las palabras cesaron apagadas por tiernos besos que ahogaron sus significados porque enseguida perdieron interés para ambos. Ahora solo debían sentir el roce de sus cuerpos, que enfrentados reclamaban sensualidad por encima de todo. Helena, que parecía más resuelta, llevó la iniciativa. Pero lo hizo de una manera tan sutil, que Antígono percibió que también para ella suponía la primera vez que se entregaba a un hombre; que era la primera vez que se sentía enamorada. Luego de los besos y caricias llegaron las demostraciones de pasión y el éxtasis, para concluir con la definitiva explosión de gozo mientras las perlas del firmamento del muchacho cayeron desgranadas sobre la preciosa cúpula de estrellas de ella.

Para un solitario como Antígono, aquella experiencia fue definitiva para quedar definitivamente prendado por los encantos de Helena.

Después de esa noche, cuando la joven terminaba sus obligaciones, llegaron otras más; ya nada le interesó tanto como estar entre los brazos de su amada. Su pensamiento solo se dedicó a recordar los momentos íntimos que compartió con ella la noche anterior; su voluntad ya no le pertenecía porque acabada de entregar su corazón a un ser que, sin querer, le absorbió por completo el alma. La fuerza del primer amor le hizo abandonar su dormitorio para acudir fiel a la llamada de su nueva dueña, entregado a satisfacer todos sus deseos con una pasión como jamás había conocido.

Posiblemente, aquellos días supusieron el periodo más feliz de la juventud de Ptolomeo, porque junto a Helena consiguió olvidar los terribles acontecimientos que vivió anteriormente, e incluso llegó a pensar que en la vida había otras personas por las que también merecía la pena interesarse y con quien compartir sus inquietudes. Pero llegó el momento de despertar de tan dulce sueño, y el encargado de volverle a la realidad fue Teófilo, el padre de Helena. Aprovechó una de sus salidas conjuntas a pescar para presentarle el problema con toda su crudeza.

—Deseo hablar contigo —le dijo.

—Te escucho —contestó Antígono.

—Creo que mi hija Helena no ha debido informarte de que está comprometida con otro pretendiente.

—Es cierto, no me ha dicho nada.

—Desde niños ambas familias pactamos su boda.

—Si ese es su deseo, me apartaré de su lado.

—¡Ese es el problema!

—No entiendo.

—Pues que ahora dice que no le quiere, que te prefiere a ti.

—Pues si no eres capaz de hacerte obedecer por tu propia hija, no veo que tengas derecho a exigirme absolutamente nada.

—¡No es una exigencia, es un favor que te pido! ¡Por favor, déjala!

—¿Por qué he de hacer eso?

—Porque tarde o temprano te marcharás de esta isla y le romperás el corazón. Lo único que conseguirás es que si se entera de vuestra relación su futuro esposo, la repudie y ya nadie la quiera ni como concubina. Solo te pido que no le hagas daño. Helena, para su desgracia, está enamorada y no renunciará a tu amor. En cambio para ti es un capricho, una manera de combatir el tedio.

—¡No es verdad! Yo también la quiero.

—No te engañes: la olvidarás tan pronto como salgas de aquí.

Ocurrió cuando estaban en plena discusión que divisaron a lo lejos del horizonte un pequeño punto que indicaba la presencia de una gran vela que claramente se aproximaba hacia la isla.

—Esto disipará pronto todas nuestras dudas —comentó Teófilo.

—Mis sentimientos hacia Helena no cambiarán por la presencia de esa nave.

—¡Ya lo veremos! De momento, es mejor que regresemos a tierra.

El acontecimiento enloqueció a la población, pues se hacía necesario conocer el origen de la embarcación por si se debía huir precipitadamente, como en anteriores ocasiones que todavía recordaban los más viejos del lugar, o si por el contrario, su presencia significaba la llegada de marinos que gastarían gustosamente sus ahorros.

—¿Qué clase de nave es? —preguntó Antígono a Teófilo.

—Todavía no puedo distinguirla, está demasiado lejos.

—¿Qué debemos hacer?

—Si son amigos, frotarnos las manos porque ganaremos buenas monedas; si por el contrario son enemigos, correr a escondernos y dejar que se lleven lo que quieran.

—¡Parece sencillo!

—¡Así es! Hasta mañana no desembarcarán sus hombres, pero esta tarde sí estará lo suficientemente cerca como para poder distinguirla. Ese es el margen que tendremos para decidir qué hacemos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he visto hacer otras veces; este litoral es muy accidentado y una equivocación te puede mandar al fondo del mar sin apenas darte cuenta. Ya verás como no se atreven a acercarse de noche.

Los vaticinios de Teófilo se cumplieron tal como predijo, y por la tarde pudieron distinguir claramente que se trataba de una nave comercial con velamen persa.

—¿Cómo sabes que es comercial? —preguntó Antígono muy interesado a Teófilo.

—Por la redondez de su casco, así como por la forma curva de su proa. Si te fijas bien, se puede calcular a ojo lo que debe de medir aproximadamente.

—¡Puede ser! —contestó el joven.

—Si el ancho de la cubierta es aproximadamente la cuarta parte de su longitud, entonces se trata de una nave comercial, porque necesita fondo para almacenar las mercancías. Los barcos de guerra son mucho más afilados y estrechos, además tienen en la proa un ariete para embestir las naves enemigas, también lo hemos visto algunas veces aquí en Samotracia.

—Ese barco debe de tener una longitud de eslora de aproximadamente un *plétron*[1], y parece que su manga sí que puede suponer una cuarta parte de esa medida; entonces, está dentro de los parámetros que me has señalado.

—¡Eso mismo acabo de decir!

—Sabes que es persa porque no es la primera vez que ves esa vela, ¿verdad?

—¡Es cierto! Llevamos a la espera de que aparezca desde hace algún tiempo. Fondeará en la bahía y permanecerá en la isla unos cuantos días. A su capitán le gusta la tranquilidad de nuestra isla y también nuestras mujeres. Aquí tienes la oportunidad que esperabas, si sabes negociar bien, seguro que por pocas monedas puede aproximaros a algún lugar lejano que os convenga.

—¡Corro a decírselo a mi madre!

—¡No hace falta! Seguro que Filomena ya se lo ha contado —contestó.

—¡Debo acudir a esa nave para hablar con su capitán!

—No tanta prisa, que aún se quedarán por unos cuantos días. Es mejor que esperes a que vengan a mi casa a beber y allí podrás negociar lo que quieras.

Aquella misma noche, Antígono planteó a Helena que quería que embarcara con ellos y abandonara para siempre su isla. La joven le expuso mil razones por las que no podía hacerlo, pero ninguna sirvió para convencerle. Insistió de tal manera, le susurró al oído de una forma tan convincente sobre el futuro que imaginaba para ambos, le juró tantas veces amor eterno, que se vio obligada a prometer que los acompañaría sin realizar ninguna pregunta hasta que estuvieran lejos de Samotracia.

Los primeros marineros persas comenzaron a desembarcar y enseguida se dirigieron a la casa de Teófilo y Filomena, lugar que ya conocían de veces anteriores. Antígono los observaba conforme entraban en el establecimiento, y apreció en todos ellos el más puro reflejo de la rudeza y del salvajismo en el ser humano; gente sin respeto alguno, que enloquecida actuaba en pos de satisfacer sus más bajos instintos. Cuando vio que Helena tuvo que acudir, muy a su disgusto, a la llamada de uno de esos bárbaros marineros para servirle de beber, fue cuando por primera vez experimentó la enfermedad de los celos. No pudo resistirse a presenciar tanta humillación para su amada, e intentó intervenir de manera tajante. Pero en su camino se interpuso Teófilo, quien parecía estar preparado para conocer de antemano su reacción; le abrazó con todas sus fuerzas y le sacó como pudo al exterior de la taberna para evitar que presenciara algo que de seguro sabía no le iba a gustar a su joven amigo.

—¡Suéltame! —gritó Antígono.

—¡No voy a hacerlo hasta que te hayas calmado! —contestó mientras le sujetaba con toda su humanidad encima.

—¡Mataré a esa bestia!

—¡Y seguidamente morirás tú, después acabarán con tu madre,

seguirán con todos nosotros, y por último quemarán la taberna con Helena dentro! ¿Es eso lo que quieres?

Aquella contestación pareció calmar al muchacho, quien quedó en silencio tendido sobre la arena de la playa, la misma que noches anteriores había sido testigo de su amor con Helena.

—La vida es dura para todos, también lo es para Helena. Si te ve en este estado le resultará mucho más difícil cumplir con su trabajo.

—¡No puedo soportarlo por más tiempo!

—¡Lo mejor que puedes hacer es irte lejos y olvidar esta isla y a cuantos vivimos aquí!

—¡No puedo, me duele irme sin ella!

—¡El dolor será pasajero, se irá con el tiempo!

—¡No me conoces de nada! ¡No sabes cómo soy en realidad! ¡Te aseguro que Helena no es un capricho de adolescente!

—¡No sé quién eres, es cierto! Pero desde que entrasteis por mi puerta supe lo que no erais. No tengo tu formación ni sé decir las cosas como tú las dices. No he viajado ni he hablado con gentes tan instruidas como seguramente tú sí has hecho, pero conozco mejor que nadie el corazón de los hombres y ya tengo una edad suficiente que me permite anticiparme a muchas cosas antes de que ocurran y luego sea demasiado tarde para enmendarlas. En tu caso, estoy seguro de que hubieras cometido el mayor error de tu vida.

Los siguientes días fueron cruciales para llegar a un acuerdo con el capitán del barco persa, un experto marino llamado Ardaván que entendía mejor que nadie el camino que marcaban las estrellas.

—¿Por qué queréis ir tan lejos? —preguntó el capitán extrañado.

—Porque no nos llevamos bien ni con tracios ni con macedonios, y el mundo es muy grande, podemos vivir en otros sitios más tranquilos para nosotros —contestó Antígono con tranquilidad.

—Pero vosotros sois de origen griego.

—¡Así es! Griegos que no apreciamos a quienes ahora detentan el poder.

—Los enemigos de mis enemigos son mis amigos —contestó el capitán.

—¿Entonces nos llevarás en tu barco? —preguntó Antígono.

—¿Sabéis a lo que os vais a enfrentar?

—¡Dínoslo!

—A más de quince días de navegación continuada sin escalas hasta llegar a Creta, y siempre que los vientos no nos sean desfavorables. Costearemos mientras podamos, pero luego solo podréis ver infinito mar por todas partes. Si no estáis acostumbrados a navegar, pronto sentiréis mareos seguidos de insoportables vómitos que os retorcerán las entrañas. Por las noches, apenas descansaréis por el movimiento del barco y, seguramente, no os apetecerá comer nada porque todo lo

que ingiráis lo expulsaréis por la boca casi de inmediato. Los temidos dolores de cabeza os acompañarán durante casi toda la duración de la travesía y es posible que acabéis sin una gota de agua en vuestro cuerpo. Y lo más importante de todo, no voy a atracar en ningún sitio por vuestras indisposiciones hasta que no lleguemos al puerto de destino.

—¿Eso es todo? —preguntó Dóride.

—Sí —afirmó mientras hacía una mueca en su alargada cara.

—Pues estamos dispuestos a ello —afirmó Antígono.

—No soy de fiar mientras duran las negociaciones en cuestiones comerciales, pero después sé cumplir un trato y mantener la palabra dada. —Ardaván extendió su brazo en señal de conformidad para cruzarlo con Antígono.

—¿Cuándo zarparéis? —preguntó Teófilo.

—En tres días.

—¡Estaremos preparados! —exclamó Antígono con mucha animación.

Arsínoe no compartió la decisión de llevar con ellos a la muchacha, pero conocía la terquedad de su hijo y de sobra sabía que no sería capaz de embarcarle sin ella. Así que después de muchas discusiones al respecto consintió su presencia, porque pensó que con el tiempo acabaría por ser una concubina más de las muchas que debería tener Ptolomeo por la posición que le correspondía ocupar por derecho propio cuando llegaran a Alejandría.

La última noche, a escondidas, Helena comenzó a preparar su escaso equipaje para que nadie notara que se marchaba y pudiera avisar a sus padres de sus intenciones. Sin embargo, Antígono la convenció para que no se llevara absolutamente nada y saliera con él a dar un último paseo por los acantilados de la isla para contemplar el último anochecer.

—Creo que la mejor manera de comenzar una nueva vida es con el abandono de todos los recuerdos anteriores —le dijo.

—Tengo pocas cosas, y algunas llevan conmigo desde siempre. Me gustaría llevarme aquellas que más me gustan.

—Te las cambiaré por otras mejores.

—¡No entiendes nada! Son las mías las que quiero, las que me dicen algo sobre mi pasado, ¿entiendes?

—¡Está bien! ¡Sea como quieras! —Continuaron con la caminata en dirección hacia la plataforma más alta.

Entretanto, el prometido de Helena, un joven pastor llamado Poliperconte que pasaba grandes temporadas en los montes dedicado al cuidado de los rebaños de ovejas de su padre, ya se había enterado de los amoríos entre ambos y marchó a casa de Teófilo y Filomena para pedir explicaciones sobre la realidad de los comentarios que

habían llegado a sus oídos. Cuando entró en la taberna, ambos quedaron muy sorprendidos por lo inesperado de aquella visita, y sobre todo, por lo inusual de su presencia en esa estación del año, cuando sus rebaños debían permanecer en las lejanas majadas. La había buscado por la casa, y al no encontrarla, fue cuando les preguntó por ella. Al no recibir una clara contestación, enseguida comprendió que había salido con aquel que las habladurías decían que rivalizaba en la obtención de sus amores. Salió precipitadamente al exterior y preguntó a sus amigos de siempre, aquellos que le informaron sobre qué camino debía seguir para localizarlos. El joven pastor ya estaba muy enfadado por aquella situación que interpretó le dejaba en evidencia. Pero su ánimo se tornó en agresividad cuando le pareció reconocer en la contestación de sus informadores una leve sonrisa burlona, mitad complacencia mitad mofa lastimera con su desgraciada suerte.

Poliperconte corrió camino arriba hacia la dirección señalada, y tras él, con la velocidad que le permitieron sus piernas, Teófilo le perseguía mientras le gritaba con todas su fuerzas que detuviera su marcha y le esperara para hablar sobre ese asunto que tanto le turbaba la mente. Algo más atrás, Filomena, Dóride y algunos vecinos que se percataron de la gravedad de la situación, quisieron ayudar a calmar al muchacho, pero todos los esfuerzos y razonamientos resultaron estériles, pues el joven pastor ya no atendía a razón alguna. Ninguno de los amigos pudo acercarse a su lado porque enseguida los amenazó con utilizar su cayado contra ellos, arma que sabía utilizar como nadie con sorprendente habilidad y precisión.

En poco tiempo más reconoció a lo lejos, ya en lo alto de uno de los acantilados, a su amada Helena, que acariciaba y besaba a Antígono, quien correspondía sus amores de la misma manera. No pudo soportar tanta humillación, y aceleró las zancadas para llegar cuanto antes a la posición que ocupaban ambos. Cuando le vio aproximarse, por su actitud, la chica avisó a Antígono quien se adelantó, daga en mano, para protegerla de las iras del pastor. Pero no pudo ni tan siquiera acercarse, pues recibió un durísimo golpe en la cabeza que le dejó casi inconsciente, fuera de combate. Helena se percató de que de la cabeza de Antígono manaba abundante sangre, y ante su inmovilidad, pensó que acababa de sucumbir a manos de su anterior prometido. La escena que acababa de presenciar le enfureció el corazón de tal manera, que sin pensarlo dos veces se abalanzó contra el atacante para seguidamente arañarle la cara y patearle donde pudo. Poliperconte soltó su cayado, y sin mediar palabra alguna, la abrazó con todas sus fuerzas, la llevó en volandas hasta el borde del acantilado y se dejó caer junto con ella al vacío, estrellándose contra las puntiagudas rocas sobre las que batían incansablemente las olas.

El resto de los vecinos y testigos que acudieron al lugar presenciaron desde la distancia la terrible escena. Dóride acudió a socorrer a su hijo, que aún permanecía tumbado en la tierra, y Filomena abrazó con intensidad a su esposo, quien todavía no se creía lo que acababa de ocurrir.

—¿Qué será de nosotros? —gritaba de dolor Filomena mientras dejaba escapar grandes lagrimones a lo largo de sus voluminosos y colorados carrillos.

—¡Has traído la desgracia a mi casa! ¡Te lo advertí y no me hiciste caso! —le recriminó Teófilo a Antígono.

Aquella noche nadie durmió en el pueblo de pescadores. Dada la hora de la tragedia resultó imposible recuperar los cuerpos hasta la mañana siguiente, pero hubo que preparar los actos funerarios y sobre todo consolar a los afligidos padres. Sin embargo, ante la sorpresa de todos, Teófilo se dirigió a Antígono y a Dóride con singular tranquilidad.

—No quiero que permanezcáis un día más en mi casa. Mañana zarpa vuestro barco y quiero llevaros personalmente para cerciorarme de que no tenéis ningún contratiempo. Partiremos al alba en cuanto tengamos luz; después iré a recoger el cuerpo de mi hija y de su prometido.

—Yo también quiero ir —añadió Antígono.

—¡No deseo volver a verte jamás! Si en algo aprecias tu vida y la de tu madre, te aconsejo que subas a bordo de ese barco persa y te alejes cuanto antes de esta isla —le contestó tajantemente Teófilo mientras se rascaba su barba blanca y le miraba desafiante a los ojos.

—Hijo, por favor, ¡obedece! —le susurró al oído su madre.

—¡Sea como quieras! ¡Queda en paz! —aceptó Antígono después de permanecer unos momentos en silencio.

—¡Tomad! —Filomena, muy seria y cariacontecida, les entregó algo de queso y pan.

—No podemos aceptar este generoso regalo, seguro que lo has quitado de tu comida de una semana —le dijo Dóride.

—No es el momento de discusiones. Piensa que ahora, con la desgracia que nos ha ocurrido, no pensamos en comer; preferimos cambiar alimentos por recuerdos —contestó secamente Filomena.

Muy temprano, antes de que se despertaran muchos de los vecinos, subieron a la pequeña barquita de pesca de Teófilo quien, hábilmente y en cuestión de muy poco tiempo, los acercó hasta donde fondeaba la nave persa para que pudieran subir a bordo. No hubo despedidas ni recomendación alguna, el viejo se alejó para iniciar su jornada especial de pesca, esta vez en solitario, mientras sus ojos todavía vidriosos le obligaron repetidamente a frotarse con los nudillos de las manos. Cuando el viejo llegó al lugar desde donde se arrojó

Poliperconte con su hija Helena, ya le aguardaban muchos vecinos en sus humildes barquitos que rastreaban tímidamente la zona con la esperanza de localizar sus cuerpos. Todos estaban a la espera de recibir sus instrucciones para iniciar con intensidad los trabajos de búsqueda, actitud que agradeció Teófilo y que sirvió para añadir aún mucha más carga de emotividad a la trágica muerte de los jóvenes.

Por su parte, después de los consabidos saludos con el capitán, y del abono del dinero pactado, a los pasajeros les fueron asignados para su acomodo unos chiscones muy humildes en la bodega de carga. De inmediato, Ardaván ordenó que dieran comienzo las maniobras para alejarse de aquellas costas en dirección hacia la gran isla de Creta. Los dos se situaron en un rincón de la cubierta, un pequeño espacio donde les indicaron que permanecieran para no molestar a los marineros en la realización de sus cometidos. Allí tuvieron un inmejorable puesto de observación, pudiendo contemplar los trabajos de aquellos pescadores para ayudar a Teófilo, mientras poco a poco la nave se alejaba de los acantilados de Samotracia hasta que el enorme peñote desapareció por completo de su vista. Ptolomeo y su madre decidieron no revelar su verdadera identidad, pues desconocían qué reacción podrían tener los marineros, e incluso el mismo capitán, si sospechaban el tesoro en joyas que llevaban escondido entre sus pertenencias.

Al principio, la navegación se hizo muy entretenida porque mientras costearon podían divisar a lo lejos diferentes formas de islas. Después, los días de navegación transcurrieron muy monótonos y aburridos; siempre contemplaron el mismo horizonte vacío de tierra, ya que el capitán Ardaván, hombre cauteloso donde los hubiera, procuraba evitar todo contacto con cualquier otra embarcación, lo que le obligaba en muchas ocasiones a navegar muy alejado de las costas. No parecía tener demasiados amigos por aquella zona, pues no hizo ademán de acercarse a ninguna de las islas que componían su recorrido. Todas sus decisiones apuntaban, tal como les informó cuando cerraron el trato, que continuarían de la misma manera hasta llegar a la isla de Creta sin realizar aproximaciones intermedias en puerto alguno.

El capitán Ardaván, con aquellos pequeños ojos negros, vivaces y redondos como olivas, no perdió detalle de las muchas conversaciones que mantuvieron sus dos pasajeros, pues por sus finas maneras le intrigó conocer con más detalle a quienes llevaba a bordo de su nave. No sabía quiénes eran, pero su forma de expresarse y los amplios conocimientos que ambos demostraron poseer cuando explicaban las cosas le hicieron suponer que debían de haber tenido una muy buena instrucción; un lujo que solo estaba al alcance de los importantes. Hombre curioso y desconfiado por naturaleza, presintió que tarde o

temprano conocería la verdad que se escondía tras aquellos sencillos vestidos, más propios de criados que de señores. Por eso, en cuantas ocasiones tuvo entabló diversas conversaciones con Antígono, quien parecía ser el más dispuesto a comunicarse. Poco a poco, encontraron puntos de interés común, así como temas que a ambos apasionaron. Luego, conforme la confianza se hizo más presente entre ambos, llegó el momento de hacer las obligatorias confidencias familiares y el balance de las diversas ocupaciones que entretuvieron sus años anteriores.

—¿Por qué no atracamos en ningún puerto hasta llegar a Creta? —preguntó Antígono cuando ya había adquirido cierta amistad con Ardaván.

—Llevamos en la nave valiosas mercancías y no quiero arriesgarme a un ataque de los piratas de esta zona, son muy crueles y sanguinarios —contestó Ardaván.

—Parece que los conoces bien.

—No olvides que hasta hace relativamente poco tiempo estos mares estaban bajo el dominio persa. Precisamente fueron los macedonios quienes trocearon nuestro magnífico imperio. Por eso me extraña que hayáis querido embarcar en mi nave, pienso que debéis de tener poderosas razones para asumir tanto riesgo. En cuanto a mí, me ha bastado con saber que Teófilo os recomienda para intentar ayudaros sin hacer ninguna pregunta. Para serte sincero, he de confesar que me tenéis muy despistado; estoy casi seguro que no sois lo que decís, ni tampoco lo que os esforzáis por aparentar. Soy un hombre de palabra y cumpliré con mi parte del trato hasta el final, os llevaré hasta Creta. Pero quiero que sepas que no me importan vuestros motivos ni lo que hayáis hecho en Macedonia, por muy malo y perverso que sea, ya que como te conté en la taberna no me trato con los macedonios; aunque si a la vista hay un buen negocio, podría incluso soportarlos por algún tiempo —le dijo con cierta ironía a la vez que esbozaba media sonrisa sarcástica.

Ardaván esperaba la contestación de Antígono mientras le clavaba sus pequeños ojos chispeantes y se acariciaba su recortada y afilada barba negra, que junto con una prominente nariz aguileña le configuraba una cara excesivamente alargada y huesuda.

—Nosotros no somos macedonios —contestó Antígono para cambiar de conversación cuanto antes.

—Da igual lo que seáis: macedonios, tracios, atenienses, o espartanos; todos sois helenos, por tanto, gente muy extraña.

—¿Por qué?

—Porque os pasáis la vida con guerras internas entre vosotros mismos. Matáis a vuestros hermanos por cualquier motivo, bien sea por riquezas, tierras, venganzas de ofensas o por mujeres. Pero no

podéis consentir que ningún extranjero imponga su ley en vuestros reinos. En ese momento, olvidáis las rencillas y formáis un solo Ejército que se defiende igual que un león herido.

—Curiosa definición, nunca lo había pensado de esa manera —contestó con ambigüedades porque no quiso entablar una ridícula discusión con Ardaván.

—Mi padre fue un alto mando del Ejército de Darío que combatió contra el gran Alejandro, y sus recuerdos de los macedonios no son buenos.

—Son solo los ganadores quienes tienen buenos recuerdos de las guerras. Los perdedores prefieren repetirlas hasta que las ganen. Para ellos, es jugar al doble o nada hasta que la diosa Atenea les permita salir victoriosos —contestó Antígono.

—Siempre te escucho con atención porque, a pesar de tu poca experiencia, no hay un solo día que no me sorprendas con alguno de tus hábiles razonamientos impropios de un simple criado, aunque haya trabajado en alguna casa de buena familia. Te voy a decir una cosa, antes de que acabe nuestra relación comercial he de averiguar por mí mismo quiénes sois —Ardaván no pudo aguantar más las ganas y se lo confesó.

Ptolomeo, o quizás mejor Antígono, quedó en silencio porque acabada de comprender que se había significado demasiado con sus respuestas y explicaciones ante el sagaz capitán, y este tenía mucha curiosidad por conocer su verdadera identidad. Además, estaba seguro de que no descansaría hasta conocer la respuesta. Aquel día, el joven viajero aprendió que la prudencia es un arma poderosa que a quien la sabe utilizar le convierte en invisible. Y algo le debió de notar el capitán, porque enseguida reaccionó para tranquilizarle.

—¡No te sobrecojas! Considérame un amigo que no te desea mal alguno. Debes creerme pues soy un hombre religioso que hace gala de su nombre —le dijo Ardaván al ver su cara de preocupación.

—¿Qué significa tu nombre? —preguntó el muchacho por cambiar el tema de la conversación.

—Quiere decir «el que tiene la verdad».

—Ya entiendo.

—Aunque por tradición familiar casi todos mis antepasados fueron militares, algunos de sus hijos nos inclinamos por el comercio. En mi país, esta actividad está muy reconocida porque desde siempre se ha considerado como un pilar básico de la expansión persa por todo el mundo, tan importante como puede ser la conquista de nuevos territorios por la fuerza de las armas. Nosotros pensamos que después de ganar batallas hay que consolidar los territorios conquistados mediante la generación de riqueza, para que la población se sienta parte del nuevo imperio. Y eso solo se consigue a través de la

potenciación del comercio.

—Pero vosotros no creéis en la libertad de los pueblos, porque doblegáis sus voluntades por la fuerza —apuntó Antígono.

—Dime qué conquista se ha realizado sin el uso de las armas. A nadie le gusta ceder sus territorios.

—Es que es muy peligroso quedar doblegado al gobierno de extranjeros.

—Eso es lo mismo que debieron de pensar todos los pueblos que cayeron bajo la espada del gran Alejandro.

—¿Incluido el imperio persa?

—A mi pueblo le costó mucho sacrificio y un gran número de bajas someterse a los macedonios, y aún las heridas no están cicatrizadas porque quedan muchas deudas pendientes de liquidar. Tuvimos que aceptar que un ejército inferior fuera capaz de vencernos en nuestro terreno y, además, luego decidiera sobre nuestro futuro en contra de nuestras tradiciones. Los persas siempre nos uníamos con los pueblos conquistados que pasaban de inmediato a formar parte del imperio con todos sus derechos y obligaciones. En cambio, los helenos no se mezclan y prefieren mantener una posición dominante sobre los vencidos; ahí radica la gran diferencia entre ambos. Pero a pesar de que tuvimos una durísima experiencia, supimos superarla gracias a un pensamiento común que nos ayudó.

—¿Cuál fue?

—Los persas, desde niños, somos educados en la idea de que todo lo edificado y arrasado por los hombres es efímero: no hay nada que dure una eternidad. Lo que hoy se construye mañana será derribado por otros que llegarán después. En esa seguridad vivimos el presente y procuramos adaptarnos en cada momento a las nuevas circunstancias que marcan el camino hacia un futuro que mañana será pasado. Los persas fuimos educados en la aceptación de que tarde o temprano alguien aparecería para arrebatarnos el imperio que tantas generaciones costó crear y engrandecer. Por eso, cuando llegó el momento todos estábamos preparados para soportar semejante cambio. Como casi siempre en la vida, quienes más tenían fueron los que más sufrieron.

—Pero peleasteis para defenderlo.

—Nadie entrega lo suyo sin ofrecer resistencia, eso no tiene nada que ver con lo que te digo. Antes, muchos lo pretendieron y fueron derrotados, porque nuestra obligación era defender la posesión del imperio con todas las fuerzas disponibles. Pero nuestro carácter negociador se vio reflejado en la gran cantidad de acuerdos y pactos que se sellaron con las diferentes etnias que componían los ejércitos persas a lo largo de su dilatada historia.

—Tú tampoco pareces un simple capitán de barco.

—¡Bebamos por nosotros! Eres el único heleno que me cae bien. —Le invitó Ardaván a levantar su copa.

—¡Bebamos por ello!

1
Antigua medida griega equivalente a 32 metros.

Capítulo VI



Conforme se conocieron mejor Ardaván y Antígono sus conversaciones fueron más comprometidas, sin que nunca surgiera discusión alguna entre ellos por no estar de acuerdo con sus contenidos, circunstancia que ocurría con bastante frecuencia, pero que ambos supieron atemperar para no perjudicar una convivencia tan cercana como lo es la que se tiene en un barco en alta mar con los compañeros de travesía. Ante la más que evidente simpatía mutua que apreciaron en el otro, al finalizar el día procuraban encontrar algo de tiempo para conversar de esos innumerables asuntos que marcaban sus insalvables diferencias y que a pesar de lo que se aplicaban en sus razonamientos, siempre les quedaban pendientes de un día para otro. A pesar de la palpable diferencia de edad que mediaba entre ambos, parecía que se les iba a quedar demasiado corto el tiempo para dirimir sus apasionadas discusiones, algunas veces incluso algo agresivas, pero que sabían controlar porque reconocían en ello una manera muy agradable de dejar transcurrir el monótono tiempo de navegación, y así lo interpretaron los dos nuevos amigos.

Ocurrió al final del décimo día de navegación, cuando parecía que el sol anunciaba el atardecer y la embarcación surcaba las aguas próximas a Rodas. El capitán Ardaván se encontraba en amena conversación con Antígono cuando un grito desde la cubierta los avisó de la presencia de un barco desconocido que parecía perseguirlos con la intención de darles alcance. Ardaván salió al exterior y comprobó que, efectivamente, las informaciones facilitadas por su vigía eran veraces. Permaneció un momento pensativo y en silencio mientras perecía calibrar las características de la misteriosa embarcación, así como la velocidad y dirección de los vientos.

—No sé qué barco es, pero no me gusta —exclamó.

—¿Nos alcanzará? —preguntó Antígono.

—¡Casi con toda seguridad! Nosotros vamos muy cargados y él, en cambio, por su forma de desplazarse sobre el agua, apenas lleva peso. Ese es nuestro verdadero problema

—¿Te orientas bien con las estrellas? —volvió a preguntar el joven.

—¡No lo dudes! Soy el mejor capitán de cuantos surcan estos mares.

—¿Podremos mantenernos a distancia hasta que se haga de noche?

—Sí, pero le tendremos casi a nuestro costado al amanecer.

—Para entonces ya estaremos lejos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigado Ardaván.

—Tengo una idea para librarnos de ese barco.

—¿También sabes navegar?

—No, para eso te tengo a ti.

—¿Entonces, qué quieres hacer?

—Quiero hacer ver al capitán de ese barco que estamos en un lugar distinto. Hay que dirigirle hacia otro sitio para que no tenga posibilidad de alcanzarnos.

—Estás muy seguro de conseguirlo, ¿verdad?

—¡No lo sé! Pero es la única posibilidad de salvar las vidas y tu barco.

Cuando se hizo totalmente de noche, pudieron comprobar que la nave perseguidora había acortado considerablemente la distancia que mediaba entre ambas, señal inequívoca de que era mucho más veloz. Fue entonces cuando Antígono ordenó apagar cualquier luz que le pudiera servir de referencia, e inmediatamente le dijo al capitán que virara la embarcación hacia su lado de babor. El barco perseguidor continuó con sus luces encendidas y en la misma dirección ante la falta de un punto hacia donde dirigirse. Luego de esperar un buen rato, cuando el rumbo de ambas embarcaciones las había colocado a cada una en una dirección distinta, Ardaván mandó volver a encender sus faroles y esperó el tiempo necesario hasta ver la reacción del otro barco. Enseguida pudo comprobar que volvió a cambiar su rumbo en dirección hacia donde se encontraban ellos. Ya no había ninguna duda, aquel barco desconocido iba descaradamente a su caza.

—¡Volved a apagar los faroles! —gritó Ardaván por indicación de Antígono.

Entretanto, Antígono había hecho construir una precaria balsa con unos cuantos maderos entrelazados, a los que clavó sobre su base tres lanzas unidas entre sí con cuerdas para que adquirieran una altura considerable y sobre las cuales, en su parte más alta, colgó un farol encendido. Los hombres de Ardaván depositaron sobre el mar el señuelo, e inmediatamente el capitán volvió a virar su nave, pero esta vez todo lo que le permitió el timón hacia estribor.

—¿No nos alejamos demasiado de la costa? —preguntó uno de los marineros con cierto temor.

—¡Así es! —contestó Ardaván.

—Pero si nos persigue le será más fácil alcanzarnos.

—Para ello tendría que acertar a la primera con nuestra dirección. La única referencia que le hemos dado ha sido nuestra última posición hacia la costa y ahora una balsa en dirección contraria —contestó

Antígono.

—Con un poco de suerte pensarán que nos dirigimos hacia la protección de un puerto, y es muy posible que se mantenga en su nuevo rumbo hasta que alcance la balsa —amplió la información Ardaván, quien enseguida se dio cuenta de la estrategia de Antígono.

—Si yo fuera el capitán de la otra nave la mantendría así hasta recibir una nueva señal de este barco —explicó Antígono.

—Pero lo que no sabe es que hasta que amanezca no tendrá ninguna otra posibilidad de avistarnos, salvo la luz del farol que hemos dejado a la deriva —concluyó Ardaván.

—Espero que para entonces hayamos desaparecido de su vista y no sepa dónde buscarnos. Ahora estamos en manos de tu pericia como navegante, capitán. —Le invitó Antígono a cumplir su promesa.

—Yo no miento. Mañana, antes del amanecer, no habrá rastro de nuestros perseguidores.

—Si eso es así, estaremos salvados —intervino por primera vez la mujer que conocían con el nombre de Dóride, la madre de Antígono.

Aquella noche fue demasiado larga, y nadie quiso dar una cabezada ni siquiera por un instante. Ninguno de los curtidos marineros se atrevió a hacer el más mínimo ruido, y mucho menos poner en tela de juicio las instrucciones del nuevo amigo de su capitán. Le vieron tan decidido y seguro, que todos pensaron que no existía ninguna posibilidad de equivocación por su parte. Ayudados por los remos, dirigieron el barco donde mejor les convino y según las órdenes de Ardaván, quien no cesaba de mirar al cielo para continuar por el camino que le marcaban las estrellas. Un mutismo general se adueñó de todos ellos porque el silencio parecía ser el antídoto más eficaz contra la ansiedad que en aquellos momentos padecían.

Sabían que no había más remedio que continuar el viaje si querían librarse del barco misterioso que durante horas los persiguió. Luego, pudieron ver a lo lejos cómo se unieron sus luces con el farol de señuelo que dejaron adrede sobre la balsa, inequívoca señal de que acababan de descubrir el engaño. Después oyeron voces muy entrecortadas, e incluso varios movimientos de rastreo con los que evidentemente obtuvieron un resultado estéril. Más avanzada la noche, dejaron de ver las señales luminosas del barco perseguidor, y por último, solo percibieron desde la cubierta de su nave una cerrada penumbra, una tenebrosa oscuridad que bien pudiera haber sido preámbulo del destino final que para ellos tenían preparado los dioses del mar.

Sin embargo, cuando comenzó a levantar el alba del nuevo día, no consiguieron ver, tal como había prometido Ardaván, la silueta de ninguna vela de otro barco que se encontrara por la zona. Aquel amanecer les pareció el más alegre de cuantos habían vivido en sus

vidas; efectivamente, las reacciones positivas no se hicieron esperar y pronto comenzaron a oírse tímidos silbidos en señal de alegría que con el avance de las horas diurnas se hicieron más sonoros y acompañaron el trabajo de los marineros. Después, más adelante, surgieron algunos comentarios jocosos que dieron paso a las frecuentes y habituales bromas que solían levantar el ánimo de cuantos las presenciaban o compartían, porque los marinos desearon olvidar cuanto antes aquella terrible experiencia en la que se vieron sumidos la noche anterior.

—¡Estoy en deuda contigo! ¡Has salvado el barco y nuestras vidas! —reconoció Ardaván mientras le estrechaba por el brazo diestro.

—¡Todos nos hemos salvado! En caso de caer apresados hubiéramos corrido la misma suerte que vosotros —contestó Antígono.

A los cinco siguientes días de navegación avistaron la costa de Creta con el consiguiente regocijo de los que formaron parte de la expedición, incluida Dóride, quien quiso felicitar al capitán por sus atenciones con un beso en la mejilla.

—¡Ya hemos llegado a nuestro destino! —exclamó Ardaván.

—Para ti seguro que así es; en cambio, a nosotros todavía nos queda un largo trecho por recorrer —le informó Dóride.

—En Creta es muy fácil que encontréis algún medio de transporte que os lleve a donde queráis ir —contestó Ardaván.

—Pero no conocemos a nadie en Creta de quien podamos fiarnos. Esta isla está compuesta por demasiadas razas muy distintas entre sí —apuntó Antígono.

—El problema radica en que el poder se encuentra dividido en cuatro ligas internas que rivalizan unas con otras, y cada una se muestra proclive a la influencia de un imperio cercano diferente. Eso puede acabar en una guerra civil en Creta con la consiguiente intervención militar de los reinos implicados, que casi con toda seguridad querrán establecer bases militares y comerciales en este territorio para asegurarse su supremacía en este lugar tan estratégico. De momento, solo hay leves movimientos muy incipientes y apenas sin fuerza de protectorados que tienen una presencia más bien testimonial y simbólica, pero esa situación tiende a extenderse con mucha más fuerza por toda la isla.

La mujer que conocía como Dóride le amplió la información de una manera tan sobresaliente que le dejó apenas sin palabras. Nunca había hablado tanto durante la travesía y hasta le pareció al curtido capitán Ardaván otra persona distinta.

—Efectivamente, así es.

Ardaván no supo qué contestar al verse sorprendido por la demostración de tales conocimientos en poder de aquella mujer, que presuponía solamente la simple acompañante de su hijo. De inmediato, comprendió que acababa de descubrir el verdadero rostro

de quien estuvo escondida tras esa humilde apariencia y que ahora se mostraba a la luz tal como era en realidad.

—¿Cuánto piensas permanecer en Creta? —volvió a preguntar la madre de Antígono.

—Varios días, el tiempo que necesite para descargar el barco y esperar a que surja otro cargamento hacia otro destino.

—No hace falta que busques otro cargamento, ya lo has conseguido.

—¿Cuál es?

—Nosotros.

—¿Vosotros? —preguntó extrañado.

—Has cumplido fielmente tu palabra y has demostrado tener honor, ahora sé que eres un hombre de fiar.

—Gracias, pero no entiendo dónde quieres ir a parar.

—¿Cuánto tardarías en llegar a Alejandría?

—Normalmente, si no se producen imprevistos suelen ser diez días de navegación; pero las naves egipcias son muy celosas de la preservación de sus mares y de su zona de influencia comercial. Por eso, es muy peligroso adentrarse con vela persa. Debes saber que no nos llevamos bien con los Ptolomeos desde que nos expulsaron de Egipto.

—¡Lo sé muy bien!

—¡Razón de más para no querer navegar por sus costas!

—¿Y si te lo pedimos como un favor especial hacia nosotros? —preguntó Antígono.

—¡No sabéis lo que decís! Contra una nave de guerra egipcia no tenemos ninguna oportunidad de salvación; primero nos abordarán y luego nos mandarán al fondo del mar sin ninguna compasión.

—¡Por eso no te preocupes! Nosotros también somos gente de palabra y te garantizo que no tendrás ningún problema con las naves egipcias que encontremos en nuestro camino.

—Reconozco que os debo la vida y la de mis hombres, por no hablar también del barco; pero creo que es una verdadera locura.

—Nuestra necesidad de llegar a Alejandría es vital —continuó Dóride con las explicaciones

—¿De verdad queréis que os lleve a Egipto?

—¡Queremos que nos lleves a Alejandría! —contestó Dóride con rotundidad.

—¿Estás segura?

—¡Como que hay sol y luna, cielo y tierra! ¡Llévanos a Alejandría y te haré un hombre rico!

—Pero en Creta debe de haber muchos barcos dispuestos a llevaros a Alejandría.

—¡A ninguno conozco y de ninguno me fío! Pero ten por seguro que si decides declinar mi oferta conseguiré otro que haga el trabajo —

contestó con contundencia la mujer.

—Estoy en deuda con vosotros, y me gusta pagar todo lo que debo.

—¿Entonces nos llevarás? —volvió a insistir Antígono.

—¡Os llevaré!

—¡No te arrepentirás! —prometió Dóride.

—¿Quiénes sois? ¿A quién he llevado en mi barco?

—¡En Alejandría lo sabrás! Si aceptas y cumples tu parte del trato te aseguro que no te arrepentirás. ¡Recuerda que los próximos días van a marcar el futuro del resto de tu vida!

Ardaván acababa de presenciar la transformación de Dóride en Arsínoe, era la primera vez que mantuvo una conversación de cierta duración con aquella a quien apodaban sus hombres la Mujer Muda. Pero le bastó esa muestra para reconocer en ella una arrolladora personalidad, impropia de alguien que se dedicaba a servir a los demás, por muy importantes que fueran. Algo se escondía tras aquellas fachadas, y en ese preciso momento le quedó muy claro que ambos no eran, ni de cerca, quienes dijeron ser; pero aún le quedaba por desvelar su verdadera identidad, información que pensó debía de ser muy valiosa, a juzgar por el secretismo con que madre e hijo manejaron la situación tanto en Samotracia como en su barco.

El capitán quedó tan sorprendido por aquella inesperada reacción, que esta vez solicitó su permiso a la señora para retirarse a meditar sobre la manera de cumplir con su propuesta; estaba convencido de que a pesar de las promesas solo tendría de margen una oportunidad para terminar con éxito esta nueva aventura. También sabía de antemano que su curiosidad por averiguar el final de aquel misterio jugó un papel muy importante a la hora de decidirse, lo que unido a la promesa de una vida colmada de riqueza, compensaba con creces el elevado riesgo de perder la vida por adentrarse en aquellas aguas tan peligrosas.

Por todo ello, como no podía ser de otra manera, Ardaván comunicó a su tripulación el nuevo encargo, que aceptaron a pesar de los riesgos que conllevaba porque también se sentían en deuda con Antígono. Asumieron con valentía el reto en nombre propio, a cambio de la promesa de obtener una buena recompensa si la operación finalizaba con éxito.

Tres días bastaron para reparar los pequeños desperfectos sufridos por la embarcación en la última travesía y para hacer acopio suficiente de víveres y agua. La madrugada del cuarto día fue la señal del inicio del último tramo que les quedaba para arribar hasta Alejandría; un viaje que debía marcar un antes y un después en las vidas de cuantos participaron en aquella aventura. Todos supieron desde que abandonaron Creta que iniciaban un juego peligroso de azar contra un destino incierto que solo los dioses conocían, y que según se

comportaran, permitirían que salieran victoriosos o muertos. Esta vez no cabía la posibilidad de quedarse en algún punto intermedio; era ganar o sucumbir.

Los primeros días de navegación transcurrieron con mucha calma y apenas surgieron inconvenientes dignos de mención. Pero conforme se acercaban a las costas egipcias, los nervios iban apareciendo y las discusiones entre los marineros, incluso por las cosas más nimias, comenzaron a ser habituales a la hora de realizar sus trabajos. El sexto día divisaron a lo lejos un punto en el horizonte que les hizo temer lo peor; efectivamente, se trataba de un barco de guerra egipcio que en cuanto los avistó se dirigió a toda velocidad hacia ellos ayudado por los potentes brazos de sus fuertes remeros. Los miedos no tardaron en hacerse presentes entre la asustada tripulación cuando comprobaron que podían embestirlos con aquel temible ariete que sobresalía amenazante de su proa, como aguijón en busca de una presa sobre la que descargar su mortífero ataque.

Cuando avisaron de su presencia a la señora, no pareció que le preocupara en absoluto la situación. Salió de su estancia hacia la cubierta, esta vez adornada con una impresionante colección de joyas reales a cual más valiosa, y ordenó al capitán que recogieran el velamen, que colocaran la embarcación al pairo y que la dejaran hacer a ella. Obedecieron de inmediato y angustiosamente esperaron a ser interceptados por la nave egipcia. Cuando estaban lo suficientemente cerca, Arsínoe se encaramó a la parte más alta del costado de babor para que pudiera ser bien vista con la suficiente antelación por el capitán de la nave atacante. Enseguida reconoció aquellas joyas que brillaban como soles, y ordenó aminorar el empuje, hasta que quedaron a la altura de la embarcación de Ardaván.

—¡Soy la reina Arsínoe, hermana de vuestro faraón Ptolomeo II, hija de Ptolomeo I Sóter! Solicito escolta para llegar cuanto antes a Alejandría.

—¿Por qué viajas en una nave persa?

—He huido con mi hijo mayor de Macedonia por razones importantes de Estado, y el capitán de esta embarcación ha sido el único que se ha prestado a ayudarme. El faraón debe de estar muy preocupado por nuestro paradero, pues hace muchos meses que no tiene noticias nuestras, necesito llegar cuanto antes a presencia de mi hermano.

—¡Así se hará, mi señora! —contestó el capitán egipcio con solemnidad.

—¡Ardaván! Continúa el viaje hasta Alejandría, cuando llegues a puerto ya habré arreglado tu entrada para que no tengas ningún problema.

—¡Mi señora! Quién podría haber imaginado esto —contestó

emocionado.

—¡No es el momento de explicaciones! ¡Para eso ya tendremos tiempo! Ahora lo importante es que nos sigas como puedas hasta el puerto.

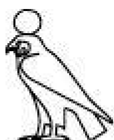
—¡Al instante, mi señora! —contestó Ardaván.

La nave de guerra partió en cuanto subieron Arsínoe y su hijo Ptolomeo. En un intento por cumplir fielmente sus órdenes, el capitán egipcio ordenó a los remeros que dieran lo mejor de sí mismos para llegar en un tiempo récord a su destino. No obstante, con el primer barco de semejantes características que se cruzaron volvieron a realizar el trasvase de los ilustres pasajeros para aprovechar la frescura de los remeros. La primera embarcación de guerra egipcia volvió sobre su estela para escoltar la nave de Ardaván y evitar así que tuviera el más mínimo contratiempo con cualquier otra que se encontrara en la zona, y que por desconocimiento de lo sucedido pudiera atacarlos.

Arsínoe llegó a divisar la costa alejandrina con dos días de antelación sobre Ardaván. Cuando tuvo de frente el grandioso delta del Nilo lloró de emoción; por fin después de tantos años y de tantas penalidades podía sentir que estaba nuevamente en casa. Tuvo tiempo más que suficiente para contar lo sucedido a su hermano y para dejar preparado el mejor recibimiento al capitán persa en señal de eterna gratitud y sincera amistad.

Ardaván y su tripulación quedaron muy sorprendidos cuando se encontraron con una multitud de falúas y otros pequeños veleros que, situados a lo largo de las inmediaciones del delta del gran Nilo, lugar por el que presumiblemente debían de acceder al Puerto Real de Alejandría, los esperaban desde hacía muchas horas para saludarlos en señal de bienvenida y reconocimiento por la ayuda prestada a la hermana y el sobrino del faraón. Al arribar fueron recibidos con grandes honores, cumpliéndose así las promesas que les hizo Arsínoe en Creta.

Capítulo VII



Los relatos que Arsínoe refirió a su hermano desde que salieran de Tracia le enfurecieron sobremanera, hasta tal punto que ordenó la urgente preparación de un gran ejército para vengar los crímenes de su hermanastro, el rey de Macedonia. Pero a pesar de las premuras con que se iniciaron los encargos no tuvo tiempo de llevar a cabo su castigo, pues tan solo unos meses después de que se produjera el regreso a Alejandría de su hermana y su sobrino, el faraón recibió la noticia de la muerte de Ptolomeo Cerauno en una batalla contra el ejército galo. Para entonces su evadida esposa, y también hermanastra, contaba con treinta y siete años de edad, mientras que su hijo Ptolomeo había alcanzado los quince.

Era una vieja disputa por el control de los territorios situados en el norte de Macedonia, que se alargaba tanto en el tiempo que la memoria no recordaba el origen de tales rivalidades, las que históricamente mantenían galos y macedonios. Las zonas fronterizas siempre fueron causa de altercados que se saldaban con incursiones de mayor o menor intensidad, dependiendo del número de soldados empleados en cada campaña y de la respuesta del ejército enemigo.

Sorprendentemente, en esta ocasión el propio rey macedonio quiso participar de manera muy activa en la acción militar a pesar de su escasa experiencia en tales asuntos. Muchos de sus más allegados comentaron que tal vez quiso alejarse de la corte en busca de un necesario olvido, motivado por la inesperada muerte de su consejero Pirros, con quien sin duda le unía algo más que una relación meramente institucional. Como quiera que fuere, Ptolomeo Cerauno encabezó sus columnas y dirigió personalmente el ataque contra el ejército galo. Pese a las reiteradas recomendaciones de sus generales, sin hacer caso a ninguno de ellos, presentó batalla en campo abierto a una caballería más potente y más descansada que los esperaba escondida entre los bosques donde camuflaron su número real de efectivos.

Los galos le atrajeron hacia el lugar que consideraron más conveniente a sus intereses mediante el uso de su infantería, que maniobraba muy lentamente para servir de señuelo. Cerauno entró en

una llanura que tenía forma de fondo de saco: una sola entrada donde parecía que le aguardaba el ejército galo, rodeada de frondosos bosques por doquier.

—¡Hay más caballería enemiga oculta en la espesura de esos bosques! —afirmó uno de sus generales.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el rey.

—Porque los galos son famosos por poseer una potente caballería y aquí solo nos muestran una pequeña parte. No es creíble que pretendan hacernos frente con tan pocos jinetes a caballo.

—Pues yo creo que no la tienen; lo más que pueden esconder tras esos árboles son arqueros que no llegarán a nuestros hombres porque no nos acercaremos tanto a sus posiciones. Quiero entablar batalla en el centro de la llanura.

—¡Es un engaño! ¡No te dejes sorprender! —volvió a aconsejar el general.

—Según tu criterio, frente a nosotros se encuentra una torpe infantería, ¿verdad?

—Así es, mi señor.

—¡Pues bien! Envía a la nuestra para ver cómo reaccionan.

La infantería macedonia avanzó, y en poco tiempo hizo verdaderos estragos entre las filas del ejército galo que retrocedió como pudo hacia los bosques. Ptolomeo Cerauno dejó que sus tropas avanzaran hacia los bosques y en cuanto llegaron a la distancia de tiro idónea comenzaron a recibir impactos de flechas enemigas.

—¡Ahí tienes la respuesta! ¡Ordena que retrocedan nuestros hombres! —exclamó el rey macedonio visiblemente satisfecho por acertar en sus predicciones.

—A pesar de todo, continúo sin fiarme —contestó el general.

—¡Con tanta precaución no se ganan las batallas! Si por ti fuera, nos quedaríamos aquí hasta que se agotaran nuestras reservas y nos vencieran por hambre y sed.

—Mi señor, pienso que es una trampa.

—¡Está bien! Deja que recompongan sus líneas y vuelve a repetir el ataque de la misma manera —ordenó el rey macedonio.

La estrategia se repitió con idénticos resultados que la vez anterior, circunstancia que terminó por convencer al macedonio, aunque no así a sus generales, quienes por miedo a sus conocidos ataques de ira callaron respetuosamente cuando ordenó el avance del grueso de sus fuerzas al centro de la llanura, después de que sus enemigos volvieran a ocupar sus posiciones y reemplazaran a los caídos entre sus filas.

—Mi señor, no es buena idea que debilites el único punto de salida franca que tiene esta especie de ratonera —aconsejó el único general que hasta ahora se había atrevido a exponer sus opiniones.

—¡Ya estoy cansado de tanta prevención, si no te conociera pensaría

que es cobardía! —contestó el rey muy enojado.

—De sobra conoces mi lealtad y que quiero ganar como el que más esta batalla, pero no deseo que te expongas inútilmente. Por favor, no abandones la seguridad de esta loma que en caso necesario puede salvarte la vida.

—¡Son ellos quienes deben pensar en salvar sus vidas! —contestó el rey.

—Pero al menos deja aquí fuerzas suficientes para proteger este punto.

—¡Necesito de todos los hombres para acabar hoy mismo esta batalla! Si continuamos con esta estúpida estrategia vamos a eternizarnos, que es lo que ellos quieren, y a lo que yo no estoy dispuesto. A lo sumo dejaré un grupo reducido.

—¿Pero no comprendes que desproteges la retaguardia?

—¡Estoy harto de tus consejos inútiles y miedosos! ¡Orden de avance total!

El ataque masivo de las tropas macedonias se produjo al mediodía, cuando el sol estaba en lo más alto del cielo. Sus falanges avanzaron a paso firme mientras sus movimientos hacían relucir sus grandes escudos, que aquella luminosa mañana brillaban como espejos. Las largas lanzas apuntaron hacia el corazón de las posiciones enemigas que, parapetadas tras sus escudos, los aguardaban para defenderse de su brutal empuje con todas las armas que tenían a su alcance; sabían que gran parte del éxito de esa campaña se basaba en la medida que fueran capaces de aguantar sus terribles envites. Bajo unos cerrados cascos que los cubrían hasta más abajo de las orejas, casi hasta llegar a tapar todo el cuello, los hombres sudorosos por los nervios de los instantes previos a la batalla se preparaban para materialmente deshacer la formación de las posiciones enemigas.

Después de un intenso combate cuerpo a cuerpo, las fuerzas galas se vieron desbordadas, lo que les obligó a un repliegue y ajuste total de sus líneas. Aquella demostración de poderío dejó muy a las claras que la fortaleza de las falanges macedonias era muy superior a la infantería gala. Luego fueron los arqueros quienes mantuvieron un cruce de flechas contra las fuerzas galas ocultas en el interior de los bosques. Cuando la caballería gala inició los movimientos de ataque a los arqueros e infantería macedonios, Ptolomeo Cerauno ordenó lo propio a su caballería, quien en retaguardia esperaba pacientemente entrar en combate para proteger al resto de sus compañeros cuando intervinieran los jinetes enemigos.

En el preciso instante que quedó prácticamente desguarnecida la salida, un importante contingente de fuerzas galas acabó con la resistencia de unos pocos soldados macedonios que quedaron encargados de la custodia del paso a modo de retén simbólico. En muy

poco tiempo, ocuparon rápidamente la loma y procedieron a taponar la única vía de escape y sus zonas laterales con empalizadas móviles de madera de varias líneas de fondo donde muchos arqueros se apostaron para evitar que fueran derribadas por el empuje de los hombres a caballo del rey Ptolomeo Cerauno. Para cuando el rey macedonio se quiso dar cuenta del engaño fue demasiado tarde, con su error había llevado a una muerte segura a sus hombres y ya no había manera de solucionar su nefasta decisión, a pesar de los consejos de su general. La situación se convirtió en dramática, pues se había dejado atrapar en el centro de una gran llanura donde su ejército apenas podía maniobrar. Intentó abrir una brecha por la loma recién ocupada por las tropas enemigas, pero estas habían fortalecido de manera muy especial este punto y contaban con demasiados hombres para protegerla. Además la estrechez de la salida beneficiaba a los galos, quienes con muchas menos fuerzas pudieron mantener a raya a unos desconcertados macedonios que tenían que repeler continuos ataques por todos los frentes, lo que les comenzó a ocasionar importantes pérdidas entre sus filas.

El día terminó con los macedonios exhaustos por el titánico esfuerzo realizado, pero sin haber conseguido los resultados que esperaban. Parecía como si los galos tuvieran soldados de sobra para ocupar los puestos de aquellos que caían al repeler sus durísimos ataques. Aquella noche, la plana mayor del ejército macedonio, con su rey a la cabeza, debió permanecer en el centro de la llanura junto con el resto de sus tropas a la espera de conseguir doblegar la resistencia de los galos. Sin embargo las siguientes horas se repitieron de la misma forma y manera, pero cada vez con sus reservas mucho más mermadas por la carencia de suministros y la pérdida de un importante número de tropas ante el mortífero efecto de las flechas enemigas. Estaba muy claro que el grueso del ejército galo se había concentrado para taponar la salida, lo que hacía prácticamente inviable abrir brecha por ese sitio. Cuando conseguían derribar una de esas empalizadas, otra aparecía tras ella, incluso con más hombres para protegerla. Solo quedaba la posibilidad de adentrarse en los bosques bajo una lluvia permanente de arqueros apostados, o bien esperar en el centro a que el enemigo los atacara, cosa que no se produjo.

Enseguida los generales macedonios comprendieron que la estrategia gala se basaba en dejar que se debilitaran poco a poco, por lo que aconsejaron a su rey que negociara una rendición honrosa. Pero al verificar la más que comprometida situación de debilidad del ejército macedonio, los galos no quisieron parlamentar. Solo deseaban exterminar a un ejército que durante mucho tiempo les había ocasionado demasiadas bajas entre sus líneas. Para ellos, aquello significaba su particular venganza y el final del poderío militar

macedonio. Después de muchas intentonas estériles, con multitud de cuerpos mutilados esparcidos por el campo que se desangraban bajo lamentos ante el intenso dolor que soportaban y bajo la amenaza de contagios por la falta de agua; diezmadas sus tropas por los continuos combates, y ante la negativa gala, Ptolomeo Cerauno en un último esfuerzo supremo, esta vez se dejó aconsejar por sus generales y ordenó probar suerte en el interior de uno de los frondosos bosques que los rodeaban. Eligió aquel que les pareció más pequeño para iniciar una huida desesperada antes de sucumbir como ganado que se envía al matadero. En formación de cuña, se adentró con el resto de su ejército en busca de otra salida que le fuera más propicia y que les permitiera escapar de aquella trampa mortal. Los jinetes fueron los que sufrieron con más intensidad el castigo de los arqueros enemigos y sus monturas quedaron esparcidas en un área muy extensa. El propio rey recibió un flechazo en el hombro que le dejó malherido.

Pese a todo, un importante número de soldados macedonios consiguió atravesar aquella entramada red de árboles, ramas, zarzas y otra diversa vegetación que les impidió el paso y los obligó a realizar un desgaste de energías titánico, siempre acosados por la intervención de las fuerzas enemigas que también perdieron cuantiosos combatientes de entre sus filas. Cuando salieron extenuados a campo abierto creyeron haber solucionado el problema, pero nada más lejos de la realidad. Allí los esperaba el grueso de la caballería gala que de inmediato inició unas mortales cargas con la ayuda de carros griegos, con terribles aristas muy bien afiladas en sus ruedas, que los barrió como si fueran hombres de barro. Al finalizar el día, todos los soldados del ejército macedonio, incluido su rey, acabaron muertos y diseminados a lo largo de la franja de terreno que bordeaba el bosque, por donde salieron los que inicialmente sobrevivieron al constante acoso al que fueron sometidos. Los pocos que aún permanecían con vida fueron rematados sobre el mismo lugar donde cayeron, porque la consigna fue no hacer prisioneros.

Una vez muerto Ptolomeo Cerauno, Arsínoe intentó recuperar el trono para su hijo. Pero en aquellos momentos de desajustes importantes, su permanencia no estaba asegurada en Macedonia porque había otros candidatos muy poderosos que se aliaron para ocupar el puesto vacante y a los que no era recomendable hacer frente ni con la ayuda de su hermano el faraón, lo que hizo que fracasara en sus deseos y no tuviera otra alternativa que permanecer en Egipto de por vida.

En lo referente a los marineros persas que los ayudaron a llegar hasta Alejandría, permanecieron una larga temporada en tierras egipcias, entretenidos con todo tipo de actividades que fueron preparadas especialmente para ellos. Pero suele ocurrir que los

hombres de la mar pronto se cansan de la permanencia en tierra porque lo consideran una inactividad injustificable, por lo que prefirieron regresar a las tareas propias de la navegación.

—Me quedaría mucho más tiempo con sumo agrado entre vosotros, pero creo que ha llegado la hora de partir —Ardaván anunció su intención de abandonar los dominios del faraón.

—¿Dónde irás? —preguntó Arsínoe.

—Me marcharé a mi ciudad de origen, donde quiero comenzar una nueva vida.

—Puedes quedarte en Egipto toda la vida si lo deseas —le ofreció Arsínoe.

—Agradezco de todo corazón tu ofrecimiento pero soy persa y, por tanto, viajero en todos los reinos donde me encuentre. En el único sitio donde los persas sabemos quedarnos quietos es en la ciudad que nos vio nacer; allí, con el tiempo, siempre acabamos reunidos con nuestros padres y hermanos. Es nuestro destino, y además, así es como nos gusta.

—¡Está bien! ¡Sea como quieras! —contestó Arsínoe.

—¿Por qué has de irte? —preguntó el joven Ptolomeo.

—Porque tengo familia muy lejos de aquí que también quiere saber de mí.

—Puedes traerla a vivir aquí a Egipto.

—No creo que fuera buena idea.

—¿Por qué?

—Nuestros pueblos son enemigos y todavía quedan muchas heridas que aún no han cicatrizado.

—Eso pasó hace muchos años.

—Es cierto, pero para los persas no es tiempo suficiente para olvidar.

—¿Tan rencorosos sois?

—No, simplemente fuimos los perdedores.

—¿Volveremos a saber de ti?

—No lo creo, cuando salga de Egipto regresaré a mi tierra para establecerme definitivamente. Ya no soy aquel hombre de antaño con toda su fuerza y vitalidad. Reconozco que estoy cansado de tanto viaje de un sitio para otro; creo que ha llegado la hora de descansar en tierra firme, de buscar una joven y buena mujer para crear una familia. Ya ves, ahora a mis años es cuando pienso en asentar esta loca cabeza.

—No te olvides de que aquí dejas a unos verdaderos amigos. No nos importa tu origen ni tampoco si nuestros pueblos están enfrentados. Para nosotros solo cuentan las personas —le dijo el faraón cuando se enteró de su marcha.

—Quedo muy agradecido —contestó Ardaván emocionado.

—Te daré escolta hasta el puerto de Salamina, en la isla de Chipre, es el límite hasta donde podemos llegar sin ocasionar ningún conflicto bélico. A partir de ese punto, tendrás que apañártelas sin nuestra protección —le comunicó Ptolomeo II.

—Te agradezco el ofrecimiento. —Se despidió del faraón con una reverencia.

A los pocos días, todo estaba preparado para que la tripulación persa y su capitán pudieran abandonar Alejandría en su nave. El joven Ptolomeo quiso despedirlos en el puerto, pues sabía que jamás volverían a cruzar sus caminos. Después de ver partir a Ardaván, Ptolomeo regresó a palacio y tuvo una conversación con su tío, el faraón.

—Dime Ptolomeo, ¿qué quieres hacer en Egipto?

—Quiero servirte como mejor dispongas.

—Magnífica respuesta diplomática. Pero quiero que le hables a tu tío, y no al faraón.

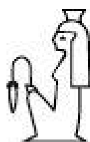
—La verdad es que todavía no me he planteado nada. Creo que me gustaría conocer mejor el imperio y a sus habitantes. Pero tan solo es una idea a falta de otras que a lo mejor pudieran ser más interesantes.

—Sé que has pasado por un trance que muy pocos hubieran podido superar, y que necesitarás algún tiempo para recuperarte definitivamente y asentar tus ideas. Pero quiero que sepas que ante mí has demostrado poseer una valentía, inteligencia y habilidad muy especiales, gracias a las cuales conseguiste salvar la vida de tu madre y la tuya propia. No quiero que las abandones, más bien todo lo contrario. Debes potenciarlas, porque estoy seguro de que algún día tendrás que volverlas a utilizar. Este mundo está diseñado para que triunfen los audaces y aquellos que sobresalen del resto de los demás mortales. En tu caso, creo que se cumplen ambos requisitos. Has madurado mucho más que cualquier joven de tu edad y por eso tendrás mi apoyo para cualquier iniciativa que decidas acometer. Periódicamente, quiero que tengamos este tipo de conversaciones para que me mantengas informado de todas tus ideas y progresos. Si necesitas cualquier cosa, o quizás un consejo, no dudes en acudir a mí. A partir de ahora seré el padre que desgraciadamente ya no tienes.

Efectivamente, las reuniones entre ambos se prodigaron con cierta continuidad, y siempre que las ocupaciones del faraón así se lo permitieron. De todos modos, el joven Ptolomeo aprendió a crecer en solitario y a saborear el gusto por la independencia, condiciones innatas en su persona que pronto dieron de qué hablar entre los miembros de la corte, porque no era frecuente aceptar una personalidad tan fuerte y especial en una persona con tan pocos años de edad. Pero ese era el carácter del protegido del faraón, y no había más remedio que aceptarlo, pesara a quien pesara. Con el tiempo, se

ganó un lugar de privilegio al lado de su tío, quien gustaba de consultarle infinidad de cuestiones de Estado; unas veces por el simple placer de ver trabajar su ocurrente imaginación; y otras por la ayuda que, sin saberlo, le suministraba con la sola observación de su aplastante lógica. No sabía cuál era la razón, pero Ptolomeo comenzó a sentir un interés creciente del faraón hacia su persona, algo que le llenó de satisfacción porque vio en su tío no tanto al mismísimo faraón de Egipto, sino a un hombre muy cercano que se preocupaba de sus problemas e inquietudes; un amigo con el que podía mantener esas conversaciones íntimas que con su madre no tenía.

Capítulo VIII



Fue inmediatamente después de aceptar su perpetua permanencia junto a su hermano, cuando Arsínoe comenzó a fijarse en él como hombre, a sentir una atracción por su elegante figura y, en especial, por todo lo que simbolizaba. Pero al igual que en veces anteriores, tenía frente a sí a una competidora que no le dejaría llevar a cabo sus propósitos sin presentar dura batalla. Por eso, en poco tiempo maquinó una acusación de intento de magnicidio contra su propia cuñada, la esposa de Ptolomeo II. Mediante la utilización de infames artes, muy mejoradas por la amplia experiencia adquirida en sus dos reinados anteriores, logró convencer a su hermano de la culpabilidad de la acusada, quien finalmente fue repudiada y exiliada. Pero aquella maniobra siempre fue recordada por el primogénito del matrimonio roto, quien años más tarde fue el sucesor de Ptolomeo II, y pasó a ocupar su lugar en la historia bajo el nombre de Ptolomeo III.

Durante aquel largo y complicado proceso de depuración interna, Arsínoe pudo averiguar, para su satisfacción, la enorme influencia que poseía sobre su hermano y la pasión que este le demostraba con continuas e inconfundibles muestras de algo muy parecido al amor que dos amantes se profesan. Una pasión que iba más allá de lo fraternal y más lejos de lo meramente terrenal; tan intensa que superaba con creces cualquier otra sensación experimentada con anterioridad por cada uno de ellos con sus respectivas parejas.

Por su parte, ella se mostró muy interesada en que su hermano supiera apreciar sin ningún género de dudas que le correspondía con un profundo sentimiento, más firme y seguro que cualquier devoción que jamás hubiera sentido por hombre alguno. Un amor que también sentía muy cercano a su corazón y que quería demostrarle en la misma medida. Por primera vez en su azarosa vida, la reina de Tracia y Macedonia estaba perdidamente enamorada; el único problema era que el enamorado se trataba de su propio hermano.

Despejada la vía de posibles rivales, la desconsolada viuda de Lisímaco de Tracia y de Ptolomeo Cerauno de Macedonia contaba con recursos más que suficientes para convertirse en el centro de todos los pensamientos de su hermano. Las múltiples manifestaciones de

complicidad en presencia de sus cortesanos, dejaron de sorprender al poco tiempo a todos aquellos que anteponían el bienestar de sus casas y palacios a cualquier otra consideración. Los más puristas, aquellos que solo deseaban la riqueza para el imperio, al comprobar que los objetivos generales se cumplían con creces, si no les gustaba lo que veían miraban para otro lado y continuaban con sus quehaceres cotidianos.

En muy poco tiempo, si de algo no había ninguna duda en Egipto era de que ambos hermanos se sentían profundamente atraídos el uno por el otro y actuaban en todo momento como fieles enamorados.

Desde el primer día de su idilio, Arsínoe emprendió una decidida colaboración con su hermano para ayudarle en la administración de las cuentas del impero. Enseguida se reveló como una excelente controladora, hecho que no pasó desapercibido ante el faraón, quien cada día se enamoraba más de ella y de sus inagotables y sorprendentes habilidades.

Una tarde, cuando ya comenzaba a ocultarse el sol, Arsínoe inició una interesante conversación con el rey mientras despedían al poderoso astro desde la terraza de la estancia real.

—Querido hermano, me entristece comprobar lo solo que algunas veces te encuentras. Ese estado de melancolía que presentas cuando se despide el día no puede ser bueno. Necesito saber qué puedo hacer para aliviar tu soledad.

—Harás bien en encontrar una solución a mi problema, porque si no eres tú, no creo que nadie sea capaz de calmar mi soledad —contestó el monarca.

—Creo que necesitas una compañía femenina fiel y duradera, alguien en quien poder confiar que te ayude y te libere de la pesada carga que supone dirigir un imperio.

—¿Y dónde encontrar esa maravilla de mujer?

—Quizás está mucho más cerca de lo que te imaginas.

—¿Más cerca que tú?

—A lo mejor me refiero a mí misma, ¿No lo has pensado nunca?

—¡Claro que lo he pensado! Pero no sé cómo puedo legalizar una situación tan especial ante mis súbditos. ¿Cómo conseguir que te acepten como su señora sin que se produzca una sedición?

—Por eso no te preocupes, Casandro encontrará la mejor manera de oficializar nuestro amor. Recuerda que eres el actual faraón egipcio y antiguamente el incesto era una práctica muy habitual en el imperio. Al fin y al cabo, lo único que hacemos es garantizar la estabilidad del reino al dotarlo de una fuerza dinástica de la que todavía carece. Seguro que el pueblo está acostumbrado a este tipo de relaciones, y si las ha olvidado, ¡ya es hora de que las recuerde! No importa que nuestro origen sea heleno, ahora estamos en Egipto y juntos

gobernaremos para mayor gloria de este reino; solo debemos hacerles comprender que nuestro enlace dará continuidad al imperio y también a las costumbres de antaño.

Conforme explicaba sus razonamientos, se desnudó un pecho para dejarlo a la vista de su hermano. Seguidamente, se lamió sensualmente los dedos para acariciarse intensamente el pezón a fin de ponerlo aún más duro y terso, como conocía era el gusto de su hermano, porque deseaba que la visión le fuera placentera. Cuando comprendió que el objetivo estaba cumplido, tomó la mano al rey para colocarla sobre el pecho que se acababa de acariciar. Esta era su señal de complacencia, la demostración fidedigna de que su cuerpo y todo su ser pertenecían a su único señor, que su voluntad era la suya y que sus deseos serían satisfechos hasta las últimas consecuencias.

Complacido por esa actitud de total sumisión, el monarca comenzó a desnudarla mediante pequeñas rasgaduras sobre los innumerables tules que la cubrían, que al caer poco a poco sobre el frío mármol de color verde turquesa que adornaba lujosamente el suelo de la estancia, dejaron entrever a media luz los más íntimos encantos del cuerpo de aquella que ahora solamente deseaba ser su amante. Tumbada bocarriba sobre el lecho, con los brazos extendidos detrás de la nuca, esperaba pacientemente a que su hermano terminara completamente la sensual tarea que se había encomendado a sí mismo. Después, cuando todas las barreras desaparecieron, se entregaron el uno al otro para comenzar un sensual y excitante juego amoroso. A pesar de sus tres embarazos, Arsínoe aún mantenía intacta su lozanía de juventud, lo que sin duda gustó a su hermano cuando radiante la contempló con todos sus encantos al descubierto.

Cogida por los tobillos, enseguida notó que su cuerpo comenzaba a deslizarse por las sedas que cubrían la cama mientras a la vez era girada de posición hasta quedar con la cabeza apoyada sobre la parte opuesta al cabezal. Su hermano, también desnudo, se situó impaciente a los pies de la cama para explorar levemente con sus labios y dientes todo el cuerpo de su amada. Comenzó con suaves y repetidas presiones sobre el lóbulo y ternilla de las orejas, continuó con el mismo proceso por la nariz, y luego, con besos por ojos y boca. Para cuando alcanzó el cuello, su hermana se encontraba en visible estado de excitación, lo que ayudó a aumentar su interés por continuar con la exploración del resto de aquel hermoso cuerpo. Conforme lo recorría, para potenciar aún más el placer, con su propia lengua se humedecía los labios, y en especial, aquellas zonas erógenas en las que deseaba incidir con más intensidad. Todo era pasión y abandono. En aquellos íntimos momentos, para ellos solo existía sobre la tierra el otro ser que los acompañaba en aquellos instantes de entrega total y absoluta. Ambos intuían que a partir de la muerte de su padre era posible que el

futuro les deparara cualquier situación extraña o complicada, por inimaginable que pudiera parecerles ahora. Quizás, los dos quisieron aprovechar al máximo una velada que dieron en considerar como la primera de otras muchas más que se repetirían si su amor salía reforzado después de la conclusión de esa especial experiencia, que de resultar un fiasco, posiblemente jamás se volvería ni tan siquiera a intentar de nuevo. Por ello, ninguno quiso hacer la más mínima interrupción con comentario temeroso alguno. Enseguida comprendieron que aquella noche se presentaba muy larga, bastó que se miraran a los ojos para que sin hablarse los dos quisieran ser cómplices de su amor y solo reservaran las fuerzas para gozar intensamente de la magia del sexo.

Aquella misma semana Casandro fue convocado por el monarca. Cuando se presentó en la cámara de recepciones encontró a los dos hermanos sentados en el trono a la espera de su llegada.

—Mi fiel Casandro, quiero que seas el primero en conocer nuestra intención de contraer matrimonio —le informó Ptolomeo II mientras cogía de la mano a su hermana Arsínoe.

—Perdona mi atrevimiento, pero esta decisión la considero muy peligrosa.

—¿Por qué?

—Porque desconozco la reacción del pueblo cuando se entere de esta decisión tan inusual.

—No será una noticia extraña para el pueblo egipcio —dijo Arsínoe.

—¿Piensas que puede existir una insurrección de las familias poderosas? —preguntó el faraón.

—¡Pudiera ser!

—¿No crees que preferirán continuar con sus espléndidos negocios a interferir en las decisiones del faraón? ¿No consideras que ese deseo de las familias más influyentes de querer residir en Alejandría sea la decisión más acertada? ¿Es que acaso no se les ha permitido construir esas suntuosas y enormes mansiones que bien pueden competir con el mismísimo palacio real? —el faraón le presentó nuevos interrogantes.

—¡Es cierto!

—¿No han querido en su mayoría establecer delegaciones en Alejandría, precisamente porque reconocen su supremacía comercial? ¿Entonces, qué temes?

—Hay otros sectores que pudieran incitar a una rebelión armada.

—¿Cuáles?

—Sabes que hay una fracción importante del Ejército que mantiene con orgullo su distinción por ser de origen heleno, que seguramente no aceptará tu propuesta.

—¡Nosotros también somos helenos como ellos! —contestó airada Arsínoe.

—Quiero que entendáis que me pongo en el peor de los casos para evitar una tragedia.

—¡No te preocupes, lo entendemos! —intervino el faraón.

—Bien es verdad que otra parte muy importante del Ejército está compuesta por egipcios que quizás no seguirían una revuelta por tal motivo. Pero entonces el problema sería doble, pues cabría la posibilidad de que se produjera una segregación militar que podría llevarnos a una guerra civil, situación que sin duda alguna intentarían aprovechar nuestros enemigos para asestarnos un golpe mortal.

—¿Quiénes se atreverían a retarnos? —preguntó Arsínoe.

—Mi señora, el imperio de Egipto mantiene buenas relaciones con reinos que son fieles aliados, pero siempre ha estado en guerra con otros muchos por cuestiones de soberanía de territorios, de dominio sobre los mares, o por la supremacía de Alejandría frente a ciudades que se muestran al mundo como sus competidoras naturales. Además, no olvidemos los permanentes conflictos con los sirios y sus múltiples alianzas con otros reinos para disputarnos el control de fronteras e incluso colonias de gran valor comercial.

—Pero esas son acciones que provienen del exterior, no debemos considerarlas como conflictos internos —contestó Arsínoe.

—¡Lo sé! Pero si por desórdenes internos nos debilitamos, no tengo ninguna duda de que los aprovecharán en beneficio propio —amplió su respuesta Casandro.

—Comprendo tu mensaje, pero olvidas que gracias a la mejora del control de recaudación de impuestos, tanto la monarquía como los súbditos macedonios que han formado sus familias en nuestro país han sido muy beneficiados. No existe otro lugar donde puedan vivir mejor que aquí. ¡Mis súbditos no son estúpidos! Por tanto, no considero factible que se rebelen contra una decisión que no les perjudica; no creo que estén dispuestos a perder su magnífica posición por oponerse al establecimiento de una tradición tan antigua como la misma existencia de un imperio que ahora les proporciona tantas riquezas.

—¡Deseo fervientemente que estés en lo cierto! En cuanto a los campesinos, no creo que hubiera problemas pues son egipcios y entenderán esta decisión si se les presenta como una manera de honrar una tradición de sus antepasados. Además están muy contentos con la ejecución de los nuevos planes de regadío, porque hemos mejorado los métodos de recolección y se han ampliado los terrenos de explotación agrícola, lo que también ha incrementado sus rentas.

—¿Y el resto de la población? —preguntó Arsínoe.

—Son en su mayoría artesanos, comerciantes, servidores del imperio, colaboradores de las grandes familias y esclavos. No veo ninguna amenaza por parte de ninguno; pero si se inicia un conflicto

interno, seguro que huirán los primeros.

—¿Y qué pasaría? —preguntó Arsínoe.

—Ellos son las piezas fundamentales del funcionamiento del complicado engranaje social egipcio. Si por miedo a su seguridad abandonan sus cometidos, Egipto quedaría sumido en un caos de convivencia y nadie podría ni tan siquiera garantizar la regularidad de los suministros. De nada serviría una buena cosecha si no hay quien la distribuya.

—¿Se pudriría en los campos, verdad? —preguntó Arsínoe.

—¡Así podría ser!

—¿Qué movimientos pueden hacer otros reinos? —intervino Ptolomeo.

—Los amigos lo son unas veces por temor y otras veces por intereses comerciales; las más por alianzas familiares conseguidas mediante matrimonios convenidos, y también por el establecimiento de pactos de colaboración contra agresiones de terceros que convienen a ambas partes. En cuanto a los enemigos, lo seguirán siendo, toméis la decisión que sea. Por tanto, tampoco creo que este asunto les haga cambiar de opinión a ninguno de ellos. Al fin y al cabo, a mi entender, vuestra unión debe presentarse como la manera más idónea de potenciar la idea de que la responsabilidad del reino recae sobre el mismo núcleo familiar, con el objeto de asegurar mejor su continuidad sin mayores sobresaltos, como tristemente ya conocemos de otras épocas. Al final, creo que la respuesta a este matrimonio vendrá dada más adelante en función de vuestro comportamiento como soberanos de Egipto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Arsínoe.

—Que todos estarán expectantes a partir del día siguiente a la boda real para analizar y controlar los resultados de vuestras decisiones como faraones. Os darán un margen de confianza, y aquellos que no se sientan protegidos por la nueva pareja se marcharán u organizarán alguna revuelta para expulsaros de Alejandría. Si la resistencia al cambio es muy fuerte por las partes enfrentadas, se puede iniciar una secesión en el imperio que pudiera acabar con la dinastía en su segunda o tercera generación. En cualquier caso, independientemente del resultado final, si hay confrontación será a un coste demasiado elevado que creo no nos podemos permitir. En cambio, si la gestión al frente del imperio resulta ser beneficiosa, de seguro que podréis consolidar vuestra estirpe para muchos años venideros, porque encontraréis en el pueblo un respaldo definitivo.

—Este es un gran dilema que solo se puede conocer de una manera —señaló Ptolomeo II.

—¡Así es, mi señor!

—¡Está bien! Agradezco tu sinceridad. No hables con nadie sobre

este asunto y vuelve mañana cuando caiga el sol para que te hagamos saber nuestra decisión final.

El consejero abandonó la sala de inmediato, pero en realidad ya conocía de antemano la respuesta que iba a recibir al día siguiente, porque recordó que cuando regresó a Alejandría en la nave del capitán persa, creyó reconocer en Arsínoe un distanciamiento y una actitud más propia de una mujer fría y calculadora que solo poseía un ferviente afán por detentar el máximo poder; y ahora parecía que se iban a cumplir sus aspiraciones. Tampoco le pasó desapercibida la nueva manera que el faraón ahora utilizaba para hablar, siempre en plural y con la evidente intención de hacer copartícipe de todos los asuntos oficiales a su hermana, quien parecía tener muy asumido el papel que iba a jugar como futura reina de Egipto. Con todo, no dejaba de pensar que aquella repentina y peligrosa incorporación de Arsínoe en el trono significaba un cambio radical en la forma de gobernar el reino, además de ser una prueba de máximo riesgo que podría derrumbar la estructura más sólida sobre la que se sustentaba el imperio, la comunidad macedonia que quizás no aceptara esa unión incestuosa entre hermanos y se rebelara contra ellos. Pero la presión que ejercía sobre su hermano era demasiado fuerte como para interponerse; por eso, prefirió dejar que los acontecimientos siguieran su propio curso y dieran o quitaran la razón a los faraones.

Efectivamente, Casandro no se equivocó; tal como estaba programado, al día siguiente recibió la orden de realizar los preparativos pertinentes para llevar a cabo la celebración del matrimonio en el plazo de seis meses. Quedó algo extrañado porque se fijara, a su juicio, con tanto margen la boda real; pero con lo que no contó el fiel consejero fue con la eficacia y eficiencia cortesanas de la futura reina, por rara, una excelente cualidad que más adelante tendría motivos más que sobrados para comprobar por sí mismo.

Arsínoe enseguida se hizo con los mandos de las relaciones sociales; también dio muestras de una inteligencia natural extraordinaria para llevar los asuntos oficiales y de unas enormes inquietudes intelectuales desconocidas. Convenció a su hermano y futuro esposo de que la mejor idea era contentar a todos los escalafones importantes para que reconocieran su valía personal y la aceptaran como la futura reina, sin que sintieran que aquella boda se les ofrecía como una imposición.

Gracias al ingenio de su hijo Ptolomeo, quien siempre estuvo detrás de gran parte de sus iniciativas, pronto se notó una gran mejoría en los trazados de las calles. Sobre el suelo de Alejandría se comenzaron proyectos destinados a la construcción de nuevos templos para honrar todas las religiones existentes en Egipto, ya que la futura reina entendía que facilitar y reconocer el culto a los dioses eran dos bazas que podrían otorgar muchos adeptos a su causa. También se iniciaron

las obras de importantes monumentos conmemorativos, escuelas, mansiones y suntuosos palacios. Las actividades culturales se multiplicaron gracias a las invitaciones cursadas a numerosos sabios griegos que vieron en Ptolomeo II y Arsínoe los nuevos mecenas del arte, de la cultura y del saber. La noticia corrió por todo el mundo; todo aquel que quería enseñar su ciencia tenía garantizado un sitio en Alejandría. Para acoger debidamente aquella gran afluencia de profesores y alumnos que comenzaba a suponer una corriente investigadora de considerable tamaño como jamás se había conocido, se inició en un tiempo récord la ampliación del palacio real, del museo y también la potenciación de la biblioteca alejandrina. Los textos y pergaminos llegaban de todos los rincones del mundo, y Alejandría comenzaba a convertirse en uno de los focos más importantes del saber, de las artes y de las ciencias.

El desenfrenado movimiento de ciudadanos procedentes de todos los reinos conocidos, junto con la creación de muchos negocios destinados a dar satisfacción a cuantos llegaban a la ciudad, dio una alegría hasta entonces desconocida para el pueblo, e hizo que el tiempo transcurriera demasiado deprisa; tanto, que sin apenas darse cuenta ya se anunciaban los festejos de la boda real. A pesar de los temores iniciales, no parecía que nadie se opusiera, ni tampoco se detectaba corriente alguna contraria a sus intenciones. De todos modos, esa falta de información también les alteraba el ánimo y les hacía albergar sospechas de cualquiera, en especial de la comunidad macedonia porque era la más poderosa y la que retenía en su poder el mando del Ejército.

Los dos hermanos quisieron ofrecer una imagen de tranquilidad, y por eso pensaron que el lujo y las demostraciones de poder no debían faltar, como correspondía, en un acontecimiento tan importante. Pero en realidad, en secreto habían preparado concienzudamente una serie de actos y celebraciones protocolarias que iban acompañados de promesas y regalos que debían dejar satisfechos a todos aquellos que pudieran suponer algún contratiempo en el cumplimiento del deseo de los futuros faraones.

En vísperas a la unión de ambos, hicieron llamar a Casandro para pedirle que hiciera público un importante regalo que querían hacer a los ciudadanos egipcios de origen heleno, consistente en la exhumación de la tumba de Alejando Magno, que se encontraba en Menfis, para ser transportada hasta Alejandría, donde ocuparía un lugar de privilegio que de inmediato se construiría para tal efecto; una necrópolis que evitaría para siempre la profanación de su cuerpo; un monumento destinado a rendir culto permanente al gran conquistador, que haría enorgullecerse a todos los griegos y que pensaron convertiría la importante ciudad portuaria en un punto de encuentro

para todo el mundo griego.

—Insospechada petición, aunque reconozco que muy inteligente —comentó un sorprendido Casandro.

El fiel consejero desconocía que aquella idea se obtuvo de una conversación que ambos mantuvieron con el joven Ptolomeo en la que este les hizo ver la conveniencia de crear en Alejandría un punto común de unión y peregrinación para los griegos, y nada mejor que utilizar como reclamo la figura del gran conquistador, a quien todos respetaban, reconocían y veneraban como a un dios.

—¿No ves problema alguno? —preguntó Ptolomeo II.

—No solo no lo veo, ¡me molesta que no se me haya ocurrido antes a mí!

—¡Me agrada que lo apruebes! —indicó Arsínoe.

—Te pido humildemente perdón —contestó Casandro.

—¿Por qué? —preguntó extrañada.

—¡Porque te he subestimado! ¡Eres mucho más lista que todos nosotros juntos! ¡Por favor, tómalo como un halago! —amplió sus comentarios ante la mueca de sorpresa de la futura reina.

—¡Gracias, Casandro! —reaccionó de inmediato Arsínoe.

—¡Majestad! Independientemente del resultado final de este matrimonio, creo que no podéis encontrar mejor consorte para el reino. ¡Sinceras felicidades para ambos!

—¡Muchas gracias! —contestaron al unísono.

El consejero había captado muy bien que el traslado del cadáver de Alejandro suponía una enorme satisfacción para los macedonios, quienes anteponían su profunda gratitud y admiración por la figura del conquistador ante cualquier otra consideración. Aquello significaba un reconocimiento oficial a su casta que jamás olvidarían unos reconocidos compatriotas, y por tanto, el fortalecimiento de una alianza que garantizaba la seguridad y la estabilidad del imperio.

El día señalado para el enlace real se preparó con sumo esmero, y las celebraciones se prolongaron durante los quince días siguientes, con asistencia de muchas delegaciones de otros reinos amigos que quisieron sumarse como testigos de tan señalado día. Después de la solemne ceremonia que tuvo lugar en el palacio real, por expreso deseo de los faraones, hubo mucho interés porque participara muy directamente el pueblo egipcio de la mayoría de los actos que se llevaron a cabo, tanto en la capital como en otras muchas ciudades del imperio. Las fiestas se iniciaron con una parada militar que recorrió las calles de Alejandría, donde cien mil soldados a pie y a caballo, ataviados con sus más vistosos uniformes, desfilaron en presencia de los faraones y de sus invitados, así como para el resto de la población que pacientemente aguardó la llegada de las tropas imperiales para jalearles al compás de sus estruendosos tambores, que perfectamente

se unían al son que marcaban aquellas largas trompetas de cobre estratégicamente situadas al frente de cada compañía. Sus armas relucieron como nunca cuando el sol incidió sobre ellas, reflejando potentes destellos de luz que emocionaron a los asistentes.

El momento más esperado fue la presencia de los enormes elefantes africanos que transportaban sobre sus lomos plataformas bellamente decoradas con telas de múltiples y llamativos colores en las que varios arqueros imitaban un combate contra fuerzas enemigas desde sus atalayas de observación. Después hubo muchas atracciones para satisfacer todos los gustos, entre las que no pudieron faltar las demostraciones de las fuerzas navales egipcias frente a las costas alejandrinas.

Los distintos ágapes estuvieron acompañados por derroche de comida y bebida para todos los ciudadanos y repletos de atracciones. Desde bailarinas africanas, mínimamente tapadas con pequeñas pieles de leopardos que dejaban entrever insinuantes sus encantos más sensuales al ritmo de sus eróticas canciones, hasta conjuntos musicales de mujeres que cantaban y también dominaban instrumentos tan variados como liras, arpas, flautas, oboes, laúdes y panderos. En los obligados recesos de los banquetes solían acudir luchadores con espadas y escudos que simulaban famosos combates de héroes legendarios, así como luchas entre fieras enjauladas. Por la noche, fueron frecuentes las coloridas cabalgatas que recordaban el esplendor egipcio de tiempos pasados y el beneficio de su unión con el pueblo heleno. En todas ellas, siempre estuvo presente una estatua de Serapis, dios del poblado cercano de Rakotis y patrón de Alejandría, cuyo culto fue establecido por el padre de los novios, Ptolomeo I. Se decía que el monarca fallecido le eligió de entre todos los dioses porque conciliaba la doctrina griega con la egipcia, ya que era una mezcla entre Osiris y Apis, y por tanto, unía en su figura ambas religiones.

Pero aún quedaba una gran sorpresa por desvelar, la mayor de las que ofrecieron en los interminables festejos. Fueron los propios faraones quienes quisieron anunciar un regalo muy especial, conmemorativo de la boda, que ofrecieron a la ciudad de Alejandría. Consistió en la promesa del inicio inmediato de la construcción de una torre, la más alta y hermosa del mundo, en cuya cúspide un fuego permanente señalaría a los marineros el camino en las tenebrosas noches. Sería una gran obra de ingeniería civil que debía guiar desde muy lejos las naves que surcaran sus costas, un reclamo que haría imposible no visitarla para maravillarse de su grandeza, el instrumento que distinguiría por encima de todos el puerto más importante del mar Mediterráneo y la ciudad más comercial y erudita, aquella que tenía más movimiento de personas y mercancías que ninguna otra, la más rica jamás conocida.

Comoquiera que fuere, aunque existían muchas familias que se oponían a ese incestuoso matrimonio, lo cierto es que ninguna se atrevió a significarse, y los actos se produjeron tal como se habían preparado. Ahora, les quedaba por delante la difícil tarea de cumplir las promesas, y sobre todo, que los resultados pudieran ser comprobados lo antes posible por quienes confiaron en los nuevos gobernantes. La hermana desposada adoptó el nombre oficial de Arsínoe II. No cabía duda de que conocían la importancia de los valores tradicionales para su pueblo y la estrecha relación que existía entre el poder político y religioso; por eso, precisamente por eso, para fortalecer su poder no dudaron en instituir la antigua costumbre egipcia de considerar como deidades a los faraones en vida, aunque también era cierto que suponía una práctica novedosa para las dinastías helenas. Sin embargo el pueblo, quizás por ridiculizarlos de una manera despectiva, o tal vez por hacer mayor énfasis en un comportamiento que llamó su atención por encima de cualquier otro que podían haber tenido, pasó a denominarlos como los reyes filadelfos (hermanos que se aman).

Muy implicado en aportar nuevas ideas, y también en colaborar con los proyectos ya iniciados por los faraones, el joven Ptolomeo quiso comprobar por sí mismo, gracias a sus especiales habilidades para el camuflaje, el grado de respuesta de los súbditos conforme se cumplían las promesas reales, porque estaba muy interesado en recabar la opinión que de ellos se tenía en las calles de Alejandría y en las otras ciudades importantes de Egipto. También quiso conocer de cerca el carácter del pueblo egipcio, porque pensó que así era mucho más fácil gobernarle.

—¿Por qué quieres viajar de incógnito por medio Egipto? —le preguntó su madre.

—Porque es la mejor manera de conocer la verdad. La garantía de la estabilidad de vuestro reinado vendrá reflejada en las opiniones del pueblo llano.

—Para eso ya tenemos a los informadores, no hace falta que te arriesgues a viajar en solitario por el imperio.

—La información que esos nos facilitan siempre está rebajada según sus criterios e intereses. He podido comprobar muchas veces que no se ajusta a la realidad de las gentes.

—¡Tu hijo tiene razón! —manifestó su opinión el faraón.

—No me gusta que te expongas a peligros innecesarios —afirmó la madre sus recelos.

—No me pasará nada. Debes entender que si llevo escolta no podré moverme libremente.

—Eso es precisamente lo que más me preocupa —añadió Arsínoe.

—Quiero que sepas que respaldo totalmente tu iniciativa y que la

considero como una acción a nuestro favor que te honra y que jamás olvidaré. Tómate el tiempo que necesites para recabar la mejor información posible y regresa cuando consideres que has finalizado el trabajo, aunque te anticipo que ya espero con impaciencia el resultado de tu investigación —le dijo el faraón a su sobrino.

Con esa rotunda afirmación real quedó zanjada la discusión, y Ptolomeo obtuvo vía libre para cumplir con sus deseos. En realidad, el faraón también estaba convencido de que sus informadores le facilitaban unos datos que estaban adulterados y de los que no podía fiarse para sopesar la opinión de su Ejército y de su pueblo, sobre todo en esos momentos de transición que podrían definir su futura reacción, y por consiguiente, el comportamiento de los habitantes del imperio.

Ptolomeo se había endurecido mucho desde que se produjera su forzada salida de Tracia junto con sus familiares más directos, pero la experiencia de Macedonia había dejado marcado su carácter para siempre. En Egipto se sentía muy bien tratado, y las atenciones que continuamente recibía servían para suavizar la amargura que sentía por la pérdida de sus hermanos, aquellos que fueron sus compañeros de juegos, sus incondicionales amigos de la infancia. Sin embargo, jamás volvió a ser el mismo de antes; en su corazón se instaló de manera permanente un poso silencioso que, poco a poco, le hizo ver la vida desde otro prisma muy diferente, mucho más serio y maduro al de cualquier joven de su edad.

En una colaboración tan personal como la que comenzó a realizar, directamente relacionada con las tareas de Estado, vio una inmejorable oportunidad para dedicar su tiempo a las asignaturas que mejor conocía; aquellas habilidades innatas en las que no tenía rival que estuviera a su altura. Con ello, buscaba una intensa ocupación que le mantuviera entretenido el mayor tiempo posible para evitar que le consumieran los recuerdos de otra época pasada; vivencias que se quedaron enterradas en otras ciudades y en otros lejanos reinos.

Por entonces, Ptolomeo se había perfilado como un digno sucesor de los rasgos faciales más característicos de la dinastía ptolemaica, recibidos sin duda por herencia de su propia madre. Pero sus magníficas dotes para cambiar de aspecto le facilitaron poder moldear su cara a conveniencia y poder así camuflarse en los ambientes que más le interesaron. También aprendió a divertirse en solitario, hasta tal punto, que si podía elegir prefería la soledad a la compañía de cualquiera. No tuvo amigos conocidos ni intentó buscarlos en ningún sitio. Siempre quiso ser fiel a sí mismo, por encima de cualquier otra consideración, y se aceptó tal como era en realidad, sin necesidad de ninguna explicación y sin complejos; un conocimiento personal que, por su total hermetismo hacia los demás, guardó en lo más profundo

de su ser.

Pensaba que mostrar las debilidades a terceros acarreaba problemas más adelante, cuando los amigos en quienes se confía se convierten de imprevisto en acérrimos enemigos como consecuencia del deterioro que el simple transcurrir del tiempo provoca en las relaciones humanas. Por eso, decidió que lo mejor era fingir permanentemente el estado de ánimo que más interesara y solo enseñar aquel que resultaba más conveniente para cada situación. El verdadero sentimiento, el que realmente merecía la pena, ese, era el que se debía consumir en soledad como el mejor de los vinos, como ese tesoro que no se quiere compartir con nadie.

Arsínoe, que compartía la misma opinión que su hijo, al darse cuenta de la paulatina y constante transformación de Ptolomeo la potenció sobremanera, pues pensó que mientras ella se mantuviera al lado de su hermano llevaba mucha ventaja con relación al resto de los posibles candidatos al trono. Ningún otro miembro del reducido entorno familiar del faraón quiso llamar la atención sobre su comportamiento introvertido y solitario; unos por miedo, al tratarse del protegido real, otros porque entendieron que ese era el carácter que le gustaba a Ptolomeo II que tuviera su sobrino. El resto, porque estaba demasiado ocupado con sus obligaciones de Gobierno para fijarse en el hijo de la hermana del faraón; ese extraño personaje que gustaba de estudiar esas ciencias tan desconocidas como la adivinación, el escapismo, el transformismo y similares; de quien se decía que podía estar al lado del elegido como blanco de sus intrigantes manejos sin que este se diera cuenta, ni aun siendo espiado de manera inmisericorde. No resultaba una actividad agradable de la que alguien se pudiera fiar, quizás ese fue el motivo por el que no caía bien entre sus coetáneos.

Pronto adquirió mucha fama en la corte por sus habilidades, que hizo que unos le temieran, porque nunca se sabía lo que le rondaba por la cabeza cuando dirigía esa mirada penetrante que helaba la sangre de cualquiera, mientras otros no querían tenerle cerca por si se enteraba de informaciones que los pudieran comprometer. Por eso, recelaban de asistir a cualquier acto oficial cuando conocían de su presencia en el lugar. Todos le odiaban por la intranquilidad que les producía esa superioridad con la que se mostraba en público, las pocas veces que se dejaba ver. Actuaba de la misma manera que si conociera un secreto inconfesable que estuviera a punto de hacerlo público para conseguir el destierro del interesado. Posiblemente, quién sabe, era solamente un juego que gustaba mucho a Ptolomeo pero que exasperaba demasiado al resto de los miembros y sirvientes de la casa real egipcia. El único que parecía divertirse con esas difíciles situaciones era el mismísimo faraón Ptolomeo II, quien le animaba

para que continuara con sus aficiones y mantuviera en vilo a sus atemorizados súbditos. Le trataba con un cariño especial, por todos reconocido, porque se hacía cargo de la dureza del trance por el que tuvo que pasar cuando vio morir a sus hermanos a manos de otro miembro de su propia familia. El faraón creyó intuir que ese tipo de actividades que llevaba a cabo, únicamente eran el fiel reflejo de una permanente queja hacia el mundo por haber tenido que soportar, en una edad muy temprana, algo que muchos adultos no habrían sido capaces de aguantar de la manera que hizo su sobrino, amén de la valentía que demostró al conseguir huir con su madre de las garras del rey macedonio. Desde que se estableció con su madre en Alejandría solo recibió del rey permanentes muestras afectuosas de simpatía y admiración que le valieron el sobrenombre de el Protegido Real. El conjunto de estas circunstancias personales hizo que el temor de la corte por su presencia se asociara a la esperanza de tener una oportunidad para quitarse de encima al molesto personaje que tanto les complicaba la existencia; apreciaciones que al final acabaron por convertirse en odio hacia tan peculiar personaje, dotado de un carácter imposible de estudiar y mucho menos de entender.

—¡El vibrar del corazón, aunque sea por miedo, es lo que hace sentirse vivo al hombre! —le decía con frecuencia el faraón a su sobrino.

Ptolomeo aprovechó esta misión que se había encomendado a sí mismo para conocer a fondo ese Egipto que seguro desconocían en el palacio real. Pensó que esa aventura, a parte de facilitarle unos conocimientos de gran valor que le servirían para el futuro, también le proporcionaría un valor añadido ante su tío, el faraón, quien no solo la aceptó con gran agrado, sino que además se mostró muy complacido con el detalle de su ofrecimiento, que valoró en alta estima.

El faraón Ptolomeo II le dio plena libertad para que actuase como mejor creyera, y todas las garantías posibles a su esposa para que se quedara tranquila de que su hijo siempre estaría protegido de cualquier percance que le pudiera suceder por nimio que fuera. Parecía que viajaba solo, pero tras él, una patrulla de la Guardia Real, también camuflada, no le perdía ni un solo instante de vista. Desde el primer momento, su sobrino decidió incidir mucho más en sus observaciones sobre las gentes humildes de los lugares que visitaba que sobre las castas dominantes.

Recorrió incansable los lugares más importantes del imperio con el fin de recabar toda la información que consideró que era importante para la realización de su cometido. En una ocasión, se hizo pasar por mercader extranjero en Tebas para escuchar los comentarios despectivos en contra de los grandes comerciantes egipcios que un

asentador de trigo le manifestó abiertamente en su almacén, porque consideraba que los poderosos fijaban a su antojo el precio de los granos y se quedaban con una buena parte de las ganancias que no declaraban. Otra vez, fue soldado griego de fortuna en busca de un trabajo bien remunerado en las poblaciones cercanas al delta del gran Nilo, porque quiso conocer de primera mano la opinión que sus camaradas egipcios tenían sobre sus mandos, las necesidades reales de los puestos fronterizos, la lealtad del Ejército y los cambios que esperaban de la nueva pareja de faraones. También navegó en falúa hasta la primera catarata disfrazado de mielero para escuchar las necesidades y quejas de las aldeas ribereñas, esas que siempre fueron olvidadas por las grandes ciudades y cuyos habitantes eran considerados de segunda línea. Cantó en una plaza de Menfis bellas baladas de alabanzas en honor a Alejandro Magno, mientras varios sacerdotes se disputaban la propiedad de un collar de oro que un fiel agradecido depositó como ofrenda; eran aquellos que horas antes exhortaban a sus devotos seguidores para que rindieran culto al gran conquistador en claro menosprecio hacia los nuevos dioses filadelfos, sin evitar duras críticas hacia la boda real, a la que consideraban una ruptura con las costumbres helenas. En Alejandría, unos días fue recitador de poemas de Homero; y otros, un pobre mendigo en busca de algo que llevarse a la boca. Habló con cuantos se cruzaron en su camino y escuchó conversaciones ajenas y críticas al orden establecido. Preguntó con intención a quienes se quejaban de la situación por la que atravesaba Egipto; todo valía con tal de averiguar el sentir verdadero del pueblo egipcio hacia sus nuevos soberanos y lo que esperaban de ellos.

Cuando dio por concluido su trabajo, regresó a palacio en medio de mucha expectación, en especial por parte de su madre Arsínoe y su tío Ptolomeo II, quienes estaban deseosos de conocer las conclusiones obtenidas.

—Tengo mucha información detallada y peculiaridades que sería bueno analizar con más detalle. Pero en líneas generales, he llegado al convencimiento de que el pueblo os quiere porque habéis permitido que una parte de las riquezas llegue hasta ellos en forma de mejoras en su vida cotidiana, a través del incremento de negocios que han florecido como consecuencia del aumento del volumen de mercancías. Los agricultores están contentos con los planes de regadíos porque obtienen más y mejores cosechas. En cuanto al Ejército, está más unido que nunca y os apoya ciegamente. Los sacerdotes han perdido mucha fuerza de antaño y eso los tiene bastante contrariados, pero mientras tengan importantes lugares donde dirigirse a los fieles se darán por satisfechos. En cuanto a las familias poderosas, a parte de las desviaciones de cantidades importantes al control oficial, son muy

temerosas porque son las que más tienen que perder si Egipto se resquebraja; no son de preocupar porque no harán nada que perjudique sus intereses. Las ciudades y aldeas menores tienen muchas carencias y necesitan ayudas especiales para salir de la miseria. No podemos olvidar que todas juntas forman un apoyo muy importante para el imperio, y se sienten olvidadas y abandonadas a su suerte. Además, se encuentran desprotegidas de los frecuentes ataques que sufren de asaltantes del desierto que esquilman las caravanas que recorren sus rutas.

—¿Propones algo para mejorar sus condiciones? —preguntó el faraón.

—Una rebaja de parte de sus impuestos sería una muestra del interés que el faraón tiene porque superen sus dificultades. Si además se establecen guarniciones que velen por la seguridad de las rutas comerciales que transitan por el desierto, daremos más seguridad a los mercaderes e incrementaremos el comercio en esos puntos tan deprimidos, con lo que es muy posible que se consiga aumentar su riqueza de la misma manera que ha ocurrido en la capital —contestó Ptolomeo, quien seguramente ya llevaba preparada la respuesta.

—¡Así se hará! —contestó tajante el faraón.

—Sin embargo, me ha llamado mucho la atención que todos tienen algo en común, independientemente del lugar social que ocupen, según sus distintos cometidos. Están orgullosos de pertenecer al poderoso imperio egipcio y se hace patente que ahora necesitan que muestras visibles de ese poderío resalten por encima de las de otros reinos. Por otro lado, Alejandro es venerado como un dios, y quien sepa captar para sí esta fuerza desbordada del sentimiento religioso se perpetuará en el poder. Por todo ello, creo que se hace necesario acelerar las obras de la torre luminaria y de la necrópolis del conquistador. Ambas construcciones serán el emblema de vuestro reinado y quedarán en la memoria de la historia grabadas para siempre; serán las obras que os perpetuarán en los siglos venideros, vuestras marcas indelebles por las que seréis recordados por las generaciones futuras.

—¡Bien dicho, sobrino! Estoy gratamente sorprendido, te felicito.

A parte del excelente trabajo realizado y de las numerosas muestras de interés y entusiasmo demostrados con la causa común emprendida por los faraones, algo especial y bueno debió de captar el monarca en él. No fue solamente el hecho de que Ptolomeo tuviera algunos años más que su propio hijo mayor lo que enseguida le postuló como el mejor candidato para ser su mentor, también necesitaba a alguien muy cercano y con la importante responsabilidad de ganarse su confianza para más adelante pasar a ser considerado como su mejor amigo, ese en quien poder confiar a ojos cerrados. Cuando el faraón le

dio a conocer abiertamente su deseo de que congeniara y se interesara por las cosas de su hijo primogénito, también llamado Ptolomeo y que era fruto de la unión con su primera esposa Arsínoe I, no pudo por menos que agradecer y aceptar tan alta distinción. Aunque tal vez, si hubiera conocido de antemano los quebraderos de cabeza que le iba a producir el cumplimiento del encargo real, posiblemente habría declinado tan envenenada invitación.

Pese a sus ímprobos esfuerzos por cumplir con la voluntad de su tío, enseguida comprendió que existía una barrera entre los dos que no permitía su acercamiento, y mucho menos el nacimiento de una amistad íntima. Pero no quería decepcionar a quien tan bien se comportaba con él, y en numerosas ocasiones buscó puntos de coincidencia con el fin de crear un clima de mayor confianza entre ambos. Sin embargo, el único pago que recibió del hijo del rey fue su más absoluta indiferencia. Un día, harto de soportar sus continuos desprecios, le preguntó directamente el motivo de ese trato hacia su persona.

—¡Tú y tu madre soy dos oportunistas! —le contestó.

—¿Por qué dices semejante cosa?

—¡No te hagas el inocente conmigo! ¡Desde que llegasteis a Alejandría lo único que habéis conseguido es apartar a mi padre de mi madre con falsas acusaciones! ¡Y tú en concreto solo deseas ocupar mi puesto en el orden sucesorio al trono del imperio!

—¡Eso es totalmente falso! ¿Quién te ha contado esas patrañas?

—¡No te esfuerces por disimular, todo el mundo lo sabe en Egipto! ¡Quieres ser mi amigo porque así te lo ha ordenado mi padre para que me contente con lo que ha de venir, con las migajas que me queráis dar! ¡Tu único interés es tener contento al faraón para que te elija en mi lugar, ese que me corresponde solo a mí por pleno derecho!

—Hablas muy bien para los pocos años que tienes —le dijo mucho más sereno para intentar apaciguar los ánimos.

—¡No necesito de tus adulaciones! Todo lo que sé lo he aprendido de mis maestros, no olvides que he sido educado para ser faraón de Egipto, y no voy a permitir que un extraño me arrebate lo que es mío.

—Te aseguro que no estoy interesado en gobernar Egipto.

—¡No te creo! No tienes más que ver la manera de inmiscuirse de tu madre en los asuntos de Estado. Si ella desea gobernar, seguro que tú también lo quieres porque sois la misma serpiente pero con dos cabezas. Podréis engañar a mi padre pero al resto del imperio te aseguro que no, todos están conmigo. Por mucho que lo intentéis, cuando muera mi padre yo seré quien herede su Corona y vosotros, si no queréis perder la vida, os marcharéis muy lejos de aquí. Vuestro tiempo terminará con el de mi padre, hasta entonces os vigilaremos y aguantaremos vuestra presencia. No tengo nada más que decirte, si es

posible quiero evitar tu presencia cerca de mí, pues mis amigos te temen y no se acercan cuando estoy contigo. No nos resultas grato, para nosotros eres un extranjero que ha venido a robarnos, y por desgracia mi padre lo consiente. Pero tarde o temprano eso acabará y os las haremos pagar todas juntas. ¡Por cierto! Si le cuentas algo a mi padre lo negaré todo y quedarás como un mentiroso. ¡Piénsalo antes de hablar!

Ptolomeo quedó muy sorprendido por aquella reacción, nunca había conocido a nadie con tanto odio acumulado. Era un adolescente, y sin embargo, sus ojos enrojecieron de ira como si tuviera muchas deudas atrasadas que saldar. Se podía ver reflejada en su cara la pura imagen del deseo de la muerte, algo insólito para alguien que de seguro carecía de experiencia en esas cuestiones. Tenía frente a sí a un muchacho que se expresaba como un viejo combatiente, un comportamiento inusual para un joven de su corta edad. A pesar de las amenazas, y aunque efectivamente no contó nada a su tío, sí que quiso reunirse con su madre para ponerla al corriente de lo sucedido, por si acaso a su primo se le ocurría hacer lo mismo con su padre, pero con la versión del relato que mejor conviniera para sus intereses. Después de escuchar en silencio Arsínoe II le dijo:

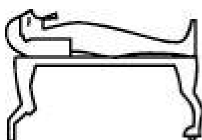
—Mira hijo, no me cuentas nada que no supiera con anterioridad. Tu primo es otro que también te tiene miedo, pero en su caso, aunque está celoso, todavía se siente protegido por su padre, por eso te ha hecho frente. En realidad, su único deseo es que nos marchemos cuanto antes y le dejemos vía libre a él y a sus seguidores, porque no tiene claro que termine por ser faraón. Eso será el tiempo quien lo tendrá que decir. De momento, yo soy quien rige los destinos del imperio junto con tu tío, y eso, por mucho que no le guste a él ni a sus seguidores, seguirá así espero que por muchos años más. Mi consejo es que olvides esa conversación y continúes con tu vida como si no hubiera ocurrido nada, y si mi esposo pregunta algo, ya le diré lo que deba conocer sobre este desagradable asunto. No olvides que los lazos de sangre unen mucho y desgraciadamente en este caso juegan en nuestra contra; esta es una circunstancia que nos afecta muy directamente, y por tanto, no debemos pasar por alto. No te preocupes y deja que yo me encargue de aclarar con tu tío todo este embrollo.

Aquella conversación no pasó a mayores, y en poco tiempo prácticamente todo quedó en el olvido. Las aguas parecían que se habían calmado, y por su parte, el faraón no volvió a proponer a su sobrino nuevas actividades conjuntas con su hijo. Sin embargo, para Ptolomeo su primo acababa de mostrarle, al más puro estilo de la dinastía a la que él también pertenecía, las rivalidades por la consecución de un trono; algo que se juró a sí mismo no olvidar jamás. Aquel muchacho le hizo conocer a un personaje que aglutinaba en su

carácter todas las ansias de poder, y lo que podría llegar a hacer con tal de conseguir sus deseos. Desde ese preciso momento supo que debería guardarse de su primo porque claramente nunca serían amigos, y que lo más sensato sería que ambos se mantuvieran lo más apartado posible.

Aunque ambos tenían unos rasgos físicos muy parecidos, por llevar en su sangre el mismo sello de procedencia, uno parecía estar dispuesto a todo por evitar la pérdida del trono que entendía le pertenecía por nacimiento, y el otro se veía como victorioso de antemano mientras su madre controlara a su tío, el faraón.

Capítulo IX



Tal como le aconsejó su hijo, para la reina Arsínoe II una de las primeras preocupaciones reales fue el inicio inmediato de la construcción de la prometida torre iluminadora; quería que sus súbditos entendieran que las promesas reales eran sagradas. Para desarrollar el proyecto se llamó a Dinócrates de Rodas, arquitecto que en su juventud había diseñado la inicial estructura urbana de Alejandría.

—¿Puedes encargarte de esta fastuosa obra? —le preguntaron los faraones una vez que le explicaron sus deseos.

—¡Bien quisiera! Pero este cuerpo no tiene la vitalidad de antaño, ya estoy muy mayor y los otros encargos que me habéis pedido copan al completo mi capacidad de trabajo. Sin embargo, estoy seguro de que quedaréis totalmente satisfechos si se encarga de la obra mi mejor discípulo.

—¿De quién se trata? —preguntó la reina.

—¡De mi propio hijo! ¡Es el mejor ingeniero que conozco! Y como arquitecto es tan bueno como yo.

—¿Estás seguro de que podrá llevar a cabo esta misión? —preguntó Ptolomeo II.

—¡Tengo fe ciega en su trabajo! Se ha formado conmigo y en muchos aspectos ya ha superado al maestro. ¡Respondo por él!

—¡Está bien, vuelve con tu hijo para que le conozcamos! ¡Si confías tanto, no seremos nosotros quienes nos opongamos a su designación!

Poco tiempo después, padre e hijo acudieron a entrevistarse con la pareja real. El discípulo más avanzado de Dinócrates ya conocía de antemano el tipo de obra que le iban a encargar.

—Acércate. ¿Cómo te llamas? —le preguntó Ptolomeo II.

—Mi nombre es Sóstrato de Cnido.

—¿Te ha hablado tu padre de nuestro proyecto? —preguntó el faraón.

—Así es, majestad.

—¿Qué experiencia tienes en este tipo de obras? —preguntó Arsínoe II.

—No existe arquitecto que tenga experiencia alguna en proyectos

parecidos a este. Sin embargo, desde hace años mi hijo se ocupa de la dirección de la mayoría de mis encargos —contestó con rapidez Dinócrates.

—¿Te crees capacitado para llevarlo a cabo? —preguntó Arsínoe II.

—Estoy convencido de que quedaréis muy satisfechos del boceto que os traigo.

—¿Ya has empezado el trabajo? —Se sorprendió el faraón por el entusiasmo.

—No he podido evitarlo, este encargo me ha fascinado.

—Comprendo. Pero dime, ¿qué nos traes preparado?

—Aquí está, mis señores.

Comenzó a desplegar planos sobre una gran mesa de mármol mientras intentaba explicar las características más importantes de su boceto. Pero la entrada en la sala del hijo de Arsínoe le silenció momentáneamente.

—¡Acércate, sobrino! Quiero conocer tu opinión sobre este trabajo que nos presenta Sóstrato —le invitó a participar su tío, el faraón.

—¡Me gusta la idea! —contestó después de estudiar los planos durante un rato.

—¿Los has entendido? —preguntó muy extrañado el joven arquitecto.

—Lo suficiente para comprender los aspectos más relevantes de esta maravillosa obra. Has diseñado una torre de unos quinientos pies de altura que está soportada por una base cuadrada de unos cien pies de longitud por cada uno de sus lados. A juzgar por la existencia de aberturas en forma de ventanales, has pensado que dentro de la base se acomoden dependencias, seguramente para abastecer la torre de todas sus necesidades y para que acoja también a un cuerpo de guardia que velará por su seguridad. ¿No es así?

—¡Me sorprendes! ¡Todo es correcto! —contestó Sóstrato.

—Te agradezco el cumplido. Pero dime, ¿a qué distancia se podrá distinguir su fuego? —preguntó el joven Ptolomeo.

—Según mis cálculos, en noches despejadas sus destellos se podrán distinguir a una distancia máxima de doscientos mil pies.

—¡Impresionante! —exclamaron los faraones.

—Esta obra significará un notable aumento de la seguridad en la navegación en esta zona del Mediterráneo —comentó Sóstrato.

—¡Eso está muy bien! Pero además debe ser la muestra del gran poder del imperio egipcio —añadió el joven Ptolomeo.

—¿Te gustaría colaborar con Sóstrato en su realización? —preguntó el faraón a su sobrino.

—¡Me encantaría! Pero no sé en qué le puedo ayudar, mis conocimientos son muy limitados en estas cuestiones.

—Yo creo que sabes mucho más de lo que te imaginas. Tienes una

intuición fuera de lo común —le animó su madre.

—Puedes ocuparte de los remates finales decorativos, esos en los que más se fijan los profanos y que precisamente resultarán más interesantes que llamen la atención del resto del mundo —propuso el faraón.

—Si a Sóstrato no le importa, me gustaría dedicarme a dirigir ese cometido.

—¡Me encanta la idea! Yo me encargaré de los cálculos y de los aspectos técnicos, y tú del embellecimiento de la torre y de sus dependencias.

—¡Pues que así sea! ¿Cuándo comenzáis? —intervino el faraón.

—¡Mañana! —Ambos se miraron y sin hablar concretaron a la vez, con el mismo entusiasmo, el inicio de las obras.

Desde el primer momento, la relación que mantuvieron fue excelente y siempre procuraron complementar sus cometidos con permanentes reuniones encaminadas a una puesta al día sobre la situación de las obras. Para los dos fue muy importante el trasvase de información, porque se obligaban a exponer sus ideas, así como las dificultades que todos los días encontraban conforme avanzaban los trabajos. Para resolverlas y agilizar la recepción de nuevas ayudas, Ptolomeo también se prestó a servir de enlace entre el arquitecto y las más altas esferas egipcias, lo que al eliminar muchos intermediarios, sin duda aceleró la finalización de proyecto en un tiempo que al principio nadie hubiera imaginado. Todos conocían el enorme interés de sus faraones por terminar esta grandiosa obra cuanto antes, y además sabían que el protegido real se ocupaba personalmente de la dirección de parte de la obra, motivo más que suficiente para no retrasar ningún pedido y atender de inmediato sus peticiones.

—Considero muy acertada la elección que has tenido del lugar de ubicación de la gran torre en la pequeña isla de Pharos, porque tiene un alto valor estratégico y se podrá contemplar desde cualquier punto de la ciudad —comentó Sóstrato a Ptolomeo en una de sus habituales reuniones.

Con las obras del faro ya iniciadas, muchas familias ricas se animaron a seguir el ejemplo y se dispusieron a colaborar en dotar a la urbe de un soberbio aumento en su suntuosidad urbanística. Por ello, en cuestión de meses se comenzaron otras obras, a cual más ricamente decorada, que ayudaron a ennoblecer gran parte del trazado de sus calles y plazas. Los mercados parecían basílicas por su enormidad y esplendor; los baños y gimnasios formaban parte imprescindible de la vida cotidiana de la población adinerada, e iban en consonancia con los grandes edificios públicos; la construcción de templos daba satisfacción a todas las religiones; el museo acogía cada vez a más alumnos y sabios, así como la biblioteca y el jardín botánico

que recibían de continuo nuevos ejemplares para sus extensas colecciones; y por encima de todo ello, sobresalían las figuras de los faraones filadelfos. Todos daban por hecho que aquella emblemática obra atraería aún mucha más riqueza a la ciudad, lo que les llenaba de gozo. Los esclavos y encargados de cuadrillas que participaron en los trabajos fueron escrupulosamente seleccionados por el capataz general, quien respondía de su lealtad y silencio con su propia cabeza. A Ptolomeo además se le ocurrió la idea de cubrir con grandes telas la estructura de la gran torre, con lo que llenó de secretismo su figura final y creó un ambiente de curiosidad y expectación entre los ciudadanos de Alejandría como ningún otro edificio lo había conseguido jamás. Era la primera vez que se desataba tanto interés por conocer el resultado final de una obra en la gran ciudad del Mediterráneo, pues las noticias habían traspasado sus dominios y formaban parte habitual de las conversaciones de los gobernantes de otros reinos.

Cuando las obras estuvieron concluidas, todavía el gigantesco paño de tela cubría su estructura y nadie había conseguido apreciar su figura al completo. Fue una apuesta muy arriesgada de Ptolomeo, quien no permitió que ningún humano tuviera una información completa de la decoración exterior de la gran torre. Ni los obreros que participaron en su construcción la conocían, pues a cada uno de ellos se les encomendó un trabajo muy concreto en una parcela muy determinada, lo que hacía que ignoraran las tareas de los otros compañeros. En cualquier sitio donde se reclamara información siempre se conseguían habladurías sin fundamento; noticias parciales que querían acercarse a una verdad imaginada por quien la contaba, porque la conjura era mantener el secreto hasta el momento oficial de su puesta en funcionamiento.

El día de la inauguración, los faraones presidieron el acto acompañados de todo su séquito y de los ciudadanos alejandrinos que quisieron acudir. Por supuesto no faltaron Ptolomeo y Sóstrato quienes, orgullosos, se mostraban muy nerviosos por dar cuanto antes la orden de cortar las cuerdas que sostenían aquella funda oscura que, durante meses, mantuvo a la población envuelta en un mar de dudas y comentarios de todo tipo sobre la forma y el embellecimiento que tendría tan magna obra. La expectación era enorme, como ninguno de los presentes recordaba que hubiera ocurrido jamás con ningún otro edificio.

Estaba a punto de caer el sol, el calor sofocante del día se había aligerado bastante. En el instante convenido los faraones dieron su permiso. De seguido, cayó el telón que durante tanto tiempo había servido de antifaz al rostro definitivo de la gran torre iluminaria, para dejar al descubierto el secreto mejor guardado de la misteriosa

construcción. Extasiados ante la colosal torre, maravillados por asimilar lo que se apareció antes sus ojos, los asistentes guardaron un estremecedor silencio; nadie se atrevió a hacer el más mínimo comentario, incluso de admiración, ni siquiera cuando el velo negro quedó tendido completamente sobre el suelo para mostrar en toda su belleza aquella magnífica muestra de perfecta combinación entre ingeniería y belleza.

El conjunto reposaba sobre una explanada de tierra recubierta de fina arena del desierto, protegida por una muralla defensiva y que se alzaba por encima de una escollera artificial levantada sobre el mar y conseguida por simple acumulación de grandes bloques de piedras que le servían de base de cimentación, sobre la cual acababan por morir las interminables olas que batían incansables en su parte más baja. En el centro del recinto, había un edificio de base cuadrada de dos alturas y cuya fachada estaba terminada con grandes cubos de granito veteado en tonos rosas que le daba un empaque de enorme consistencia, a la vez que le otorgaba una fina elegancia impropia de un edificio de aspecto tan pesado debido a sus características constructivas y a los materiales empleados. Las dependencias estaban perfectamente bien definidas, con varias entradas individuales protegidas y decoradas por estatuas representativas de dioses, situadas a ambos lados, y también trabajadas sobre granito. La simbología del fuego purificador era la que más se repetía en esa zona. Por ello, grandes receptáculos metálicos separados a la misma distancia unos de otros bordeaban el perímetro de la construcción, mientras en su interior se consumían lentamente unos pequeños fuegos que deberían permanecer encendidos permanentemente como señal de su buen funcionamiento. Grandes ventanales otorgaban al interior del edificio una luminosidad extraordinaria. En cada una de las cuatro esquinas de la explanada, existía una garita del mismo material dedicado a la permanencia de un par de vigías que día y noche deberían velar por la seguridad del recinto amurallado. En el medio del lado que daba directamente frente al mar, se encontraba la estatua de una mujer extraordinariamente bella, de tamaño natural. También estaba tapada, lo que suscitó la curiosidad del faraón. A una orden del joven Ptolomeo, se procedió a descubrirla muy poco a poco de abajo hacia arriba. Estaba confeccionada sobre granito oscuro y se mostraba en pie como una diosa. A medida que la destaparon, quedaron al descubierto los pliegues de un precioso velo que cubría su cuerpo, pero que a la altura de sus encantos más íntimos se mostraban con una sutileza tal, que parecía imposible conseguir semejante efecto a juzgar por la dureza y pesadez del material empleado para su cincelado. El aspecto que ofrecía la estatua era de admirable volatilidad, de apariencia etérea, casi fugaz. Conforme la destaparon

completamente, su silueta pareció mecerse al mismo ritmo del oleaje que iba a morir casi a sus pies. El velo que la cubría le tapaba hasta la altura de los hombros y dejaba su cabeza al descubierto. Parecía desplegarse graciosamente alrededor de su contorno, lo que le daba un atractivo muy especial, prácticamente como si tuviera movimiento humano. La mujer miraba de frente hacia el mar y parecía sonreír. Por la pose, su actitud era serena, altiva, firme y segura de sí misma.

—¿A quién representa esa figura de mujer? —preguntó interesado el faraón.

—Pretende simbolizar la larga y tensa espera de las mujeres por sus hombres cuando salen a enfrentarse con el peligroso mar; temores que para ellas se han convertido en virtudes a fuerza de aguardar pacientemente su regreso —Ptolomeo contestó.

—¡Bonito detalle! —añadió Arsínoe.

—¿Queréis acercaros para apreciarla con más detalle? —les invitó Ptolomeo.

—¡Vamos! —dijo el faraón.

Cuando se aproximaron, Arsínoe no pudo evitar emocionarse al comprobar que la cara de la estatua era la suya propia.

—Conforme la tenía más cerca, me parecía que se trataba de una persona viva que nos recibía con todos los honores; era como si nos invitara con gestos para que acudiéramos hacia ella. ¡Estoy muy sorprendida! ¡No sabes qué ilusión me ha hecho esta sorpresa! —exclamó Arsínoe.

—¡Ten por seguro que nunca olvidaré este insospechado regalo que has creado para tu madre! —corroboró su aceptación el faraón mientras abrazó a su sobrino.

La torre, también de planta cuadrada y que contaba con unas dimensiones muy considerables para facilitar su buen asentamiento, se alzaba majestuosa por encima de cualquier otro edificio de la ciudad. Una sola entrada de acceso, bien guardada por una estatua del dios Serapis para prevenir los posibles ataques de malos espíritus, invitaba a penetrar en su interior para ascender por una interminable sucesión de escalones hasta llegar a su parte más alta, donde existía una plataforma balconada, a modo de mirador, coronada por una colosal estatua erigida en honor al dios del mar, Poseidón. En el centro, un receptáculo de enormes proporciones albergaba una gran cantidad de leña y otros productos inflamables dispuestos para comenzar a arder en cuanto los responsables de mantener encendido permanentemente el fuego recibieran la orden oportuna.

Antes de subir, los faraones quisieron rodear la torre para contemplar más de cerca las magníficas escenas de grandes batallas que estaban representadas a lo largo del perímetro de toda su fachada, rematada en mármol blanco. Las escenas de las partes más bajas

conmemoraban famosas victorias de Alejandro Magno e incluso la fundación de la ciudad de Alejandría. Conforme se alzaba la vista sobre las paredes de la torre, se podían observar distintas confrontaciones bélicas ganadas por los faraones ptolemaicos, cada vez más grandes en el tamaño de los personajes representados para que se pudieran apreciar mejor desde la distancia. Luego, más arriba, se encontraban sus bustos y los de las esposas consortes, para finalizar en la parte más alta de la fachada con figuras de dioses griegos y egipcios, que parecían compartir el mismo objetivo de perpetuar el imperio por los siglos venideros. Estratégicamente situadas, ventanas alargadas divididas en dos mitades por delgadas columnas acanaladas, se repartían a lo largo del ascenso, de tal forma, que permitían la entrada de claridad solar suficiente para mantener iluminado el interior. Dentro de la torre, a los lados de cada ventana, sendos receptáculos permitían la colocación de antorchas que facilitaban la visión nocturna.

Casi cuando la oscuridad de la noche ya no permitía reconocer más escenas labradas, Sóstrato dio la orden de encender la gran hoguera de la plataforma superior, a la vez que se giraron unas placas metálicas muy pulidas que abarcaban casi toda la superficie disponible trasera y lateral alrededor de la gran pira, que hicieron las veces de espejos que dirigieron su resplandor hacia la oscuridad del mar, como si de un potente haz de luz se tratara. Miles de barcos apostados en las oscuras aguas a la espera de ver por primera vez su funcionamiento, al contemplar sus destellos, encendieron millares de faroles para festejar el nacimiento del nuevo faro de Alejandría. El espectáculo fue indescriptible para quienes fueron testigos de la grandeza de aquel edificio, que luego se calificaría como una de las maravillas del mundo. Aquella noche, Sóstrato de Cnido pasó a formar parte del selecto y exclusivo grupo próximo al entorno de los faraones. En cuanto a Ptolomeo, fue reconocido por el propio faraón como la mente más preclara del imperio, y recibió la promesa de ocupar a perpetuidad un puesto muy relevante a su lado que le permitiría desarrollar todas las ideas que llevaba dentro.

Pasaron algunos meses, y en ese tiempo, la amistad entre Ptolomeo y Sóstrato se hizo patente. Ambos conversaban con bastante frecuencia y se intercambiaban variada información según las inquietudes de cada uno. Una mañana, Ptolomeo propuso al arquitecto una nueva aventura constructiva.

—Me ha dicho mi madre que le gustaría que nos encargáramos de la construcción de la necrópolis que quiere levantar para albergar los restos del gran Alejandro —le dijo.

—Me parece bien, lo único es que hay que trabajar hacia abajo en vez de hacia arriba —contestó Sóstrato.

—Sí, pero he pensado alguna variante adicional.

—¿De qué se trata?

—¡Verás! Quiero que seas capaz de unirla con las dependencias del faro mediante un pasadizo subterráneo que nadie deberá conocer, a excepción de mi madre y yo. ¿Podrás hacerlo?

—Técnicamente todo es posible; de todos modos, antes de contestar necesitaré contar con más información.

—¡En eso no hay problema! Pero, ¿podemos contar con tu discreción?

—¡Tienes mi palabra!

Ptolomeo facilitó al arquitecto todo lo que le solicitó, y este se puso a trabajar enseguida, pues el proyecto le corría cierta prisa a la reina, y además le llamó poderosamente la atención; era un verdadero reto, al igual que lo fue el faro. Cuando se sintió preparado, convinieron una reunión de trabajo y allí le expuso sus avances.

—He pensado que la necrópolis se puede construir bajo esta loma cercana. Excavaremos lo necesario hasta comunicar ambas edificaciones por una especie de pasadizo o conducto —comenzó con sus explicaciones, a la vez que se ayudaba con un plano de la ciudad.

—¿Por qué este trazado paralelo al canal subterráneo que recoge las aguas del Nilo? —preguntó Ptolomeo.

—Porque es el más corto de todos los posibles; además, creamos una vía de acceso independiente, tanto para el faro como para la necrópolis, que se puede utilizar indistintamente a conveniencia.

—Pero lo que queremos es que la necrópolis tenga difícil acceso para preservar la tumba de Alejandro. Así se puede entrar por dos sitios.

—Este corredizo estará camuflado.

—¿Ese pasillo secreto, cómo se comunicaría con la torre? —preguntó Ptolomeo.

—Por debajo de la plataforma cuadrada que soporta el peso de toda la construcción, incluidas las dependencias.

—¡Pero eso supone excavar por debajo del mar!

—¡Casi! El primer tramo no será necesario, porque iniciaremos los trabajos desde la necrópolis e iremos en descenso hasta llegar a una cota muy similar a la de la escollera artificial, para que nuestro pasillo subterráneo culmine bajo las dependencias del faro en paralelo al nivel del mar y por encima del acceso natural a la isla de Pharos; esa lengua de terreno que previamente también habremos levantado y camuflado por acumulación de tierras compactadas, nos ayudarán a conseguir mayor consistencia para un terreno que tendrá que soportar el paso de pesados materiales. El resto del trazado, conforme nos adentremos en el subsuelo de la ciudad, irá en ascenso hasta llegar al punto de conexión elegido en el interior de la necrópolis.

—¿Y la seguridad de la tumba de Alejandro?

—¡No supone problema alguno! Además, he ideado una cámara mortuoria secreta similar a la de las antiguas pirámides. —El arquitecto señalaba un punto concreto dibujado en uno de sus planos.

—¿Esta es la entrada principal? —preguntó Ptolomeo.

—Así es.

—¿Por qué es tan pequeña?

—¡Por discreción!

—No queremos pasar desapercibidos, deberá ser el mejor y más conocido acceso a monumento funerario alguno; queremos que todo el mundo lo conozca para mayor gloria y grandeza de la memoria de Alejandro y de la ciudad más importante que fundó.

—Sin embargo, esta entrada solo conducirá a una gigantesca estancia donde podrán rezar los macedonios que deseen venerar su memoria, porque los restos del gran conquistador estarán depositados en otra sala contigua mucho más pequeña donde oficialmente se encontrará su sarcófago.

—¡Eso pensarán todos! Sin embargo, tampoco permanecerán ahí ya que en realidad su cuerpo estará oculto en esta cámara secreta que habilitaremos desde el pasadizo secreto. —Ptolomeo señaló un nuevo punto sobre los planos de Sóstrato.

—De esta manera, todas las tentaciones se desviarán hacia el lugar principal.

—¡Así es! Por tanto, para conseguir el efecto de camuflaje, el monumento que todos admirarán deberá ser suntuoso, propio de un dios —añadió Ptolomeo.

—Porque serán muchos los que acudan, en especial los griegos, quienes seguramente lo convertirán en un lugar de oración y peregrinación.

—Has entendido correctamente mi razonamiento. Por eso, creo que debemos estar preparados para no defraudar a todos aquellos que decidan acudir a visitar su templo. Pero se me acaba de ocurrir una idea conforme hablábamos que deseo trasmitirte —añadió Ptolomeo.

—¡Cuéntame!

—Ganaremos seguridad y mucho tiempo si nos ahorramos la construcción del tramo de pasadizo que discurre en paralelo al canal, que además es el más largo, si somos capaces de utilizarlo a nuestra conveniencia. Entonces, solo tendremos que horadar una distancia desde un punto de la necrópolis hasta el canal por un extremo, y otra similar desde el propio faro.

—Entonces ambos accesos estarán conectados por el propio canal.

—Accesos que se construirán en secreto, y además contaremos con una tercera vía que serán las dos salidas de la ciudad que desembocan en el Nilo. Creo que así, en caso necesario, también se podrán utilizar

las compuertas para tener otras salidas alternativas. Si alguno de los corredores fuera descubierto, a nadie sorprenderá porque se interpretará como una vía para recoger agua embalsada, de la misma forma que se hace en los distintos palacios de la ciudad. Igualmente ocurrirá con el tramo del faro, pues se pensará que sirve para abastecer sus necesidades de agua potable. Nunca se sospechará de su interconexión.

—¿Cuándo comenzamos? —preguntó Sóstrato.

—¡Ya hemos iniciado el trabajo!

Mientras continuaban las obras a una velocidad imparable, los reyes debieron ocuparse de otros asuntos que requirieron su atención, por lo que dejaron plena libertad a Ptolomeo para que decidiera cuanto quisiera respecto a la necrópolis. Se excavó una profundidad similar a dos plantas en forma circular, y luego cada una de ellas se expandió para adoptar un dibujo irregular según las dificultades del terreno que encontraron. En la primera se dispuso la sala de oración y ofrendas junto con la cámara mortuoria, que quienes quisieran podrían visitar; tras ella, en una pared falsa, la verdadera cámara que contenía los restos de Alejandro. La segunda se habilitó para nichos, y algunas familias relevantes pagaron cuantiosas cantidades de dinero para obtener una plaza que les permitiera reposar junto con el conquistador macedonio. Allí, en un lugar discreto en el interior de un panteón reservado, tras una lápida sin nombre, se encontraba oculta la entrada secreta que daba acceso al túnel. En su recorrido se encontraron algunas cuevas desconocidas, cuyos huecos, por orden expresa de Ptolomeo, se aprovecharon para crear en su interior distintas dependencias. Todas sus entradas fueron camufladas con diferentes mecanismos cuya ubicación y clave solo conocía el propio Ptolomeo.

El traslado de los restos de Alejandro se efectuó desde la ciudad de Menfis, bajo la atenta protección de un destacamento macedonio que se encargó de controlar en todo momento la seguridad de la comitiva. Delante, un grupo de sacerdotes encabezaba la procesión y avisaba al pueblo, con sus cánticos y rezos, del propósito de su marcha.

La entrada al mausoleo esperaba su llegada para ser abierta. Estaba compuesta por un pequeño edificio circular en cuyo interior estaban representadas, sobre paredes de piedra pulida, diversas escenas de Alejandro en todas y cada una de las etapas de su vida. Para iniciar el descenso, tal como se concibió la bajada, era de obligado cumplimiento recorrer todas las paredes hasta completar el círculo. Después de una serie de escalones, se llegaba hasta la gran sala de oración y ofrendas, cuyas paredes estaban decoradas con paneles de oro de donde colgaban las diferentes armas y armaduras que Alejandro había utilizado en sus campañas, y en el centro, un altar de sacrificios en oro macizo. Guardias separados entre sí a tres metros de

distancia vigilaban por la seguridad del recinto. Más allá, la sala de Alejandro estaba velada por cuatro soldados con uniforme de guerra al más puro estilo heleno, uno por cada esquina de su catafalco. Cuando concluyó todo el proceso, la reina Arsínoe se sintió muy satisfecha porque creyó haber cumplido sobradamente sus promesas a los alejandrinos.

Sin embargo, no todo fueron grandes momentos de felicidad y éxitos, porque apenas doce meses después de la finalización de los trabajos y del traslado de los restos, murió Arsínoe II cuando contaba con cuarenta y seis años de edad. En el tiempo que duró la unión matrimonial con su hermano, ambos se demostraron una pasión fuera de cualquier duda y límite. Su figura fue recordada por su viudo el resto de su vida, tanto, que fundó muchas ciudades en su honor y dio su nombre a muchos distritos. El faraón Ptolomeo II, aunque le sobrevivió veinticuatro años más, nunca se volvió a casar; era evidente que el recuerdo de su querida esposa y hermana le hizo vivir el resto de sus días en un estado de permanente melancolía.

El monarca muchas veces recordó públicamente el contenido de una de las últimas conversaciones que mantuvo con su esposa desde la terraza de su cámara. Relataba que una tarde, abrazados pudieron contemplar con verdadera admiración el resplandor del majestuoso faro que alargaba su bellísima figura hacia el cielo. La reina ya no se encontraba físicamente bien y se apoyaba constantemente sobre su hombro. Él, aunque no desconocía la gravedad del problema, hacía lo imposible por animarla. Los criados ya no podían separarse ni un instante, pues debían acudir permanentemente en su ayuda.

—¿Crees que durante todos estos años hemos gobernado con inteligencia? —preguntó la reina.

—La historia nos contestará dentro de muchos años.

—Sé que mi final está muy cerca.

—¡No digas cosas raras!

—Tengo que hacer balance de mis actos. Quiero que sepas que siempre me ha movido el bien para mi pueblo, y sobre todo, el gran amor que siento por ti.

—¡Lo sé! —contestó afligido Ptolomeo.

—Pero por encima de todo, lamento no haberte dado hijos.

—Nos hemos tenido el uno para el otro. Con hijos tal vez nuestro amor hubiera sido diferente.

—¡Ya nunca lo sabremos!

—No ha sido una cuestión que me haya obsesionado.

—Me preocupa que te quedes solo. Quiero que a mi muerte busques una mujer que mitigue tu soledad y que sea la más idónea para compartir con ella las cuestiones de Estado.

—Mucho me pides. Esa mujer ya la tengo; además, tampoco quiero

cambiar de reina.

—No puedo dejar de mirar el resplandor que emite la torre, ilumina el puerto con la misma luz que si fuera de día. Me gusta que desde lejos parezca una gigantesca antorcha. Es hermosa, ¿verdad?

La reina cambió radicalmente de tema de conversación, pues los lagrimales se le inundaron y apenas podía articular palabra.

—¡Muy hermosa! Ha sido un magnífico trabajo. Me cuentan los nautas que en las noches sin luna su presencia se percibe desde muy lejos —contestó Ptolomeo.

—Has trabajado mucho para conseguir que Alejandría sea la ciudad más poderosa. Estoy muy orgullosa de ti.

—¡Hemos trabajado los dos por igual! Sin tu ayuda nunca lo hubiera conseguido —la besó tiernamente en la frente.

Tuvieron que recogerse pues Arsínoe comenzó a sentir cansancio y la noche, en su avance, se presentaba algo fresca. Su marido tuvo que convencerla porque no quería desperdiciar lo que podría ser una de sus últimas veladas. Todo este tiempo atrás, desde aquel espléndido mirador donde se encontraban, no había valorado en su justa medida la impresionante vista que le ofrecía sobre Alejandría. Ahora, cuando comprendió que el número de atardeceres sobre el mar Mediterráneo tocaba a su fin, aprendió a deleitarse con aquellos pequeños detalles que antaño le pasaron completamente desapercibidos. Aquellas últimas tardes rojizas, como consecuencia de la puesta del sol, la entretuvieron largo tiempo con la mirada perdida. Unas veces miraba hacia el teñido y lejano horizonte, otras, hacia el infinito espacio de la nada. Gustaba de extasiarse con la simple contemplación del trazado lineal de sus calles, siempre con cruces en ángulo recto, en los que una gran plaza y una avenida sobresalían por su tamaño en relación con el resto de la configuración de la zona. Aquellos últimos días hasta disfrutaba con la majestuosidad de esos edificios y palacios que parecían respirar por sí mismos en las noches calmas de mareas suaves. Nunca percibió fuerza alguna en aquellas suaves brisas marinas, que apenas movían sus ensortijados cabellos, hasta que pudo comprobar su potencia a través del movimiento que producía sobre las llamas permanentes del faro, cuando a su paso las acariciaba el dios del viento. Era como si Eolo sintiera envidia de la formidable pira construida por los hombres, esa que señalaba la posición exacta del Gran Puerto y del puerto del Buen Regreso, pero que por vanidad no quería reconocerlo ante los demás dioses. Por eso, tenía que intentar apagarla con bostecitos casi inapreciables que jugueteaban incansablemente con las alegres llamaradas, que poco a poco desaparecían envueltas entre la oscuridad para volver a resurgir de improviso aún con más virulencia, casi mágicamente, desde el interior de los incandescentes rescoldos de la gran hoguera.

Pero de lo que jamás se enteró Ptolomeo II Filadelfo, fue del contenido de una conversación que Arsínoe II mantuvo con su hijo Ptolomeo cuando comenzó a presentir que su final estaba muy cercano.

—Hijo, quiero que me escuches con mucha atención. He vivido lo suficiente entre candidatos que optan al trono para saber que mientras yo viva a ti no te ocurrirá nada malo. Además, como bien sabes, cuentas con el agrado y el favor del rey. Sin embargo, cuando él muera, si no desapareces a tiempo habrá una gran pelea interna por la sucesión en la que irremediablemente te verás envuelto, lo quieras o no. Recuerda la conversación que tuviste con tu primo sobre este asunto.

—Madre, yo también tengo mis bazas que jugar en cuanto a la sucesión del trono de Egipto, y no veo por qué he de renunciar a nada.

—¡Estás equivocado!

—¡Recabaré apoyos!

—¡Dudo que los encuentres! Además, los que hoy te adulan, mañana te traicionarán si piensan que hay otro más fuerte para ocupar el trono de Egipto. Hoy te siguen por miedo a lo que puedas contar de ellos y porque estás muy próximo al trono por ambos lados. Pero mañana, ese cariño desaparecerá como agua entre las manos. Sé que todos te quieren fuera de Egipto porque te temen. Por favor, fíate de tu madre.

—¡Yo soy el sobrino del rey!

—¡Pero tu rival es su propio hijo!

—¡A mí me quiere más que a nadie! ¡Me lo ha demostrado muchas veces!

—¡Es verdad, pero quiere más a su hijo! ¡Es de su propia sangre!

—¡Yo también!

—Si te enfrentas con tu primo por la sucesión del imperio, perderás la vida.

—¿Por qué estás tan segura, madre?

—Porque conozco mejor que tú a mi familia; tengo muchos más años, y por tanto, más experiencia. Ya lo he vivido en otras ocasiones y créeme, ¡cuando llegue el momento, estarás muerto!

—¿Entonces, qué quieres que haga?

—¡Desaparecer, salir del entorno familiar y perderte para siempre!

—¿Pero cómo?

—¡Por eso no te preocupes! Tengo ahorrado suficiente dinero para que puedas iniciar una nueva vida en otro lugar.

—¡Pero mi sitio está aquí, contigo!

—¡Tu sitio está donde no te maten!

—¿Es que no te fías de Ptolomeo II, tu propio hermano?

—De él sí, pero no puedo decir lo mismo de su otra familia. Mi

esperanza era haber engendrado hijos con él, pero desgraciadamente no los hemos tenido y eso te deja demasiado al descubierto ante peligrosos y fuertes hermanastros. Entiende que es por tu bien, es porque quiero salvarte la vida.

—¿Cuándo me tengo que ir? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—¡Cuanto antes!

—¿Y qué diremos al rey?

—Que te mando a conocer mundo; déjalo en mis manos, que él aceptará lo que yo diga.

—¿No te volveré a ver, madre?

—Me temo que no.

—¡No es justo!

—Nada relacionado con el trono de Egipto es justo.

—¡Madre, no quiero ir a ningún sitio sin ti!

—¡Lo sé, pero no hagas más duro este trance de lo que ya de por sí me supone!

—¿Y si renuncio a mis derechos sobre el trono?

—Ante tus primos, nunca has tenido derecho alguno. Por tanto, no sirve para nada renunciar a algo que no se posee o no se te reconoce, ¿lo entiendes?

—¿Entonces, para qué irme?

—¿Es que no te das cuenta que para evitar una confrontación entre egipcios que pudiera debilitar las estructuras del imperio, lo mejor es eliminar a un solo hombre?

—Si es necesario, mataré a mi primo antes de que atente contra mí.

—Eso es precisamente lo que piensa él también, y te aseguro que cuenta con muchos más fieles que tú, dispuestos a obedecerle ciegamente.

—Pues sigo sin entender esta prisa porque me marche cuanto antes.

—Porque presiento grandes peligros para ti en Alejandría. Tu primo crece en estatura y en seguidores; el momento de desaparecer es ahora que nadie seguirá tus pasos porque todavía no representas para ellos ningún riesgo insuperable.

—¡No te entiendo, madre!

—Si esto mismo lo hicieras dentro de unos años, cuando el faraón estuviera muy mayor, te aseguro que no dejaría de rebuscar por todos los rincones de la tierra hasta encontrar tu cuerpo. No se contentarían con darte por desaparecido. Esta es la baza que debemos jugar; anticiparnos con mucho margen a los acontecimientos venideros para que den por buena tu muerte, aunque no encuentren una prueba fehaciente.

—¿Y qué será de ti si muere antes Ptolomeo II?

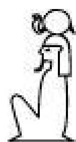
—Por eso no te preocupes, lo importante es que te pongas a salvo. Si tú vives, yo viviré contigo.

—Haz cuando quieras los preparativos, te obedeceré aunque no comparto la misma opinión.

—Gracias, hijo mío, no sabes la felicidad que me has dado.

Quedaron abrazados por largo rato, mientras las lágrimas fueron sus únicas compañeras en aquellos intensos momentos de dolor compartido. Eran conscientes de que aquello significaba una despedida entre madre e hijo, porque ambos sabían que todo lo conocido desaparecería para el joven Ptolomeo en cuanto abandonara la seguridad del palacio real. Su único objetivo a partir de ahora sería alejarse de las intrigas palaciegas, y olvidar el pasado para iniciar una nueva vida alejado de su verdadera familia.

Capítulo X



Arsínoe II no perdió el tiempo, y a los pocos días tuvo todo preparado para que su hijo pudiera iniciar ese viaje. La misión de transportarle fue encargada a una de las naves reales a fin de garantizarle una travesía cómoda y segura. El día de la partida, la mañana amaneció con una rara calima bochornosa que hizo aumentar la sensación de calor. El cielo comenzaba a estar demasiado gris por culpa de unas densas nubes, posiblemente muy cargadas de agua, que se acercaban por el horizonte y amenazaban lluvia de un momento a otro. A media mañana los pronósticos se cumplieron, y en cuanto el joven se encontró en el muelle de atraque dispuesto a subir a bordo, comenzó a lloviznar de manera intermitente, preludio de lo que más adelante se desataría en forma de tormenta como pocas veces se había visto en Alejandría.

Aunque madre e hijo ya se habían dicho todo en la intimidad del palacio, Arsínoe quiso acompañarle a pie de la embarcación. Se despidieron de manera muy emotiva; Ptolomeo porque intuía que tendrían que pasar muchos años hasta que las cosas se calmaran y pudiera volver a ver a su madre, y Arsínoe porque sabía que aquella era la última vez que vería a su hijo.

Un vez que ya estaba situado sobre la cubierta de la nave, enseguida le ofrecieron cobijo en su interior para que se resguardara de una lluvia que comenzaba a arreciar, pero Ptolomeo declinó la invitación para permanecer impasible en la proa; no quiso dejar de mirar la silueta de su madre, que también permaneció a la intemperie agitando su brazo derecho en señal de despedida, mientras el viento movía sus velos y tules de un lado para otro. Cuando la distancia le impidió reconocer la figura de su madre, solo le quedó admirar la grandeza del símbolo más representativo de un imperio que estaba a punto de abandonar posiblemente para siempre. A cara descubierta, aguantó estoicamente el torrencial que se le vino encima sin perder en ningún momento de vista la ciudad en la que se había sentido más feliz. A pesar de que los marineros no dejaban de mirarle de reojo, ninguno se percató de que sobre su rostro, junto con el agua de lluvia que le caía, también se entremezclaban dolorosas lágrimas de pena motivadas por

una combinación de sensaciones de abandono, impotencia e injusticia que le consumían el ánimo conforme se alejaba de la costa.

Arsínoe abandonó su posición cuando dejó de distinguir a su hijo sobre la cubierta del barco, pero permaneció con las ropas empapadas en el interior de su palanquín hasta que la vela de la embarcación se difuminó entre la inmensidad del mar.

Al faraón se le informó de que se trataba de un periplo de formación para su sobrino, y no tuvo inconveniente alguno en que se marchara con las oportunas y necesarias credenciales reales, aquellas que nunca llegó a utilizar, pues tan pronto desembarcó en el puerto de Cirene, tal como le aconsejó su madre, hizo desaparecer sus huellas para no dejar rastro alguno de su presencia; y en eso, el joven Ptolomeo era un verdadero especialista.

Para su primo, el primogénito del faraón, aquel viaje supuso una liberación pues se quitó de encima a un serio competidor al trono, que además departía de continuo con su padre y le robaba el poco tiempo que él mismo podía permanecer al lado de su progenitor. Pero sus consejeros enseguida le hicieron ver la inoportunidad y la importancia de ese aumento de formación de cara a las aspiraciones reales del usurpador al trono que legítimamente le correspondía. En su opinión, aquella decisión supuso una elección en cubierto que dejó bien a las claras las preferencias de su padre; situación que junto con sus asesores más íntimos, decidieron habría de ser corregida de inmediato en cuanto regresara a Alejandría el agraciado de lo que *a priori* consideraron era una clara designación anticipada.

Lejos del palacio real los componentes de su escolta, cansados de esperar en el puerto su regreso, comenzaron a buscarle incansablemente por todos los lugares y rincones de Cirene. Pero sus esfuerzos resultaron estériles pues reaccionaron demasiado tarde, y para entonces ya había puesto mucha tierra por medio gracias a sus magníficas dotes para la caracterización. Abatidos y desesperanzados, sin saber muy bien lo ocurrido, y mucho menos qué información iban a contar a su señor, no tuvieron más remedio que regresar a Egipto con la triste noticia de la desaparición del hijo de la reina en circunstancias aún no aclaradas y completamente desconocidas para ellos. El mensajero tuvo la feliz iniciativa de contárselo al faraón en privado para evitar el disgusto de la madre, y los médicos de Ptolomeo II aconsejaron ocultar a Arsínoe II lo acontecido para no agravar su ya más que evidente deteriorado estado físico.

El faraón volvió a enviar al lugar a sus mejores rastreadores, pero también regresaron con idénticos resultados. Parecía que la tierra se lo había tragado, pues nadie facilitó la más mínima información acerca de su paradero ni nadie le había visto jamás. Al final, no tuvieron más remedio que darle por muerto e intentar olvidar aquella tragedia para

evitar mayores sufrimientos a la reina, aunque muchos personajes cercanos al faraón sintieron un gran alivio cuando por fin se quitaron de encima al molesto protegido real.

Ante la sorpresa de familiares y de cuantos servían a los faraones, la reina Arsínoe II se mostró con gran entereza cuando se enteró de la triste noticia de la desaparición de su hijo. En la corte fue muy comentado que Ptolomeo II parecía mucho más afectado que incluso la madre, observación que le hizo comprender a su primogénito, Ptolomeo III, que casi con toda seguridad su primo pudiera haber sido el elegido por su propio padre para secundarle en el trono de Egipto, lo que le llenó de odio y envidia.

Después, como si aquello hubiera supuesto una señal para que su cuerpo ya pudiera relajarse por haber culminado una labor importante, la reina comenzó a experimentar un paulatino empeoramiento sobre su estado de salud, que sus médicos achacaron a la fuerte impresión que recibió por la noticia. Antes de permanecer en reposo total confinada en su cámara, le hizo prometer a su esposo y hermano, que no levantaría ningún monumento conmemorativo en honor a la memoria de su hijo desaparecido.

—¿Pero, por qué no quieres que tu hijo sea recordado? —le preguntó su marido.

—Porque las cosas cambian demasiado deprisa, y si levantas algo que recuerde su presencia, puede venir otro detrás que lo considere inaceptable y humille su memoria. Prefiero que su recuerdo quede entre nosotros dos, será nuestro mejor secreto —contestó Arsínoe.

—Mientras gobernemos Egipto nadie se atreverá.

—Ya lo sé, pero el problema surgirá cuando faltemos los dos.

—No lo entiendo, pero acepto tu decisión.

—No sabes lo que me hubiera gustado que ese hijo hubiera sido nuestro —se sinceró la reina.

—A mí también; desde que le conocí aprecié en él unas enormes cualidades para ser un digno sucesor al trono, pero el destino así lo ha querido.

—Te agradezco lo mucho que le quisiste mientras vivió en palacio.

—Espero que esa misma sensación le haya acompañado en su viaje.

—De seguro que así fue. Muchas veces me comentó lo contento que estaba por poder conversar contigo.

—Triste final para alguien que sufrió tanto desde una edad tan temprana.

—Quizás su destino ya estaba escrito en las estrellas desde que nació.

—¡Los dioses sabrán la respuesta!

—¿Crees que el pueblo nos recordará cuando ya no estemos? —preguntó Arsínoe.

—¿Por qué te preocupa ahora el pueblo?
—Porque me queda poco tiempo.
—¡Últimamente solo hablas de muerte!
—Quizás sea porque la veo muy cercana.
—¡No quiero hablar de esas cosas! ¡Traen mala suerte! —se enfadó el faraón.
—Te agradezco y reconozco lo mucho que me has querido.
—¡Siempre te querré! Además, vas a ser una viuda muy guapa.
—¡Qué mal mientes!

A los pocos meses, concretamente en el año 270 a. C., se cumplieron sus presagios y la reina murió de una grave dolencia que los médicos no supieron atajar. La muerte le sobrevino en su lecho mientras dormía, y al menos no sufrió agonía alguna. Para su esposo y hermano, aquella pérdida le supuso un durísimo revés del que nunca pudo sobreponerse, hasta tal punto, que incluso influyó notablemente en una dejación de su política de Gobierno, pues claramente hubo un antes y un después de la presencia de Arsínoe II.

Cuando la noticia llegó a oídos de su hijo, que ya contaba con veinticuatro años de edad, todavía se encontraba escondido por las inmediaciones de Cirene, donde permaneció durante algún tiempo después. Lleno de dolor e ira, puso a los dioses por testigos de que no descansaría hasta hacer pagar con creces las humillaciones recibidas de aquellos que le habían obligado a escapar de Alejandría e impedido estar en el lecho de su madre en sus últimos momentos. Con su desaparición reconoció que ya nada le unía a la corte de Egipto, a nadie rendiría cuentas jamás, ni debería preocuparse por ninguno de los que allí quedaron. A partir de aquel momento, juró que sus movimientos solamente irían encaminados hacia la consecución de una cumplida venganza.

El desaparecido descendiente de la dinastía ptolemaica, por aquel entonces contaba con inequívoco aspecto de griego que le delataba por donde quiera que fuera. Su máximo temor siempre fue que sus rasgos faciales le relacionaran con la saga egipcia. Pero por fortuna heredó un gran parecido físico con su padre, Lisímaco de Tracia, lo que le ayudó a modificar en gran medida esta cuestión con la aportación de importantes trazos de dureza en su cara. Sin embargo, a pesar de sus forzados intentos por disimularlo en público, nunca pudo evitar ese porte de alta distinción que le confería su origen. Para ayudar a cambiar su rostro también se dejó crecer la barba, lo que le ayudó notablemente a modificar radicalmente su aspecto, e intentó en lo posible cambiar de costumbres y se dedicó al comercio, actividad muy propia para un heleno. Por último, decidió que era imprescindible cambiarse de nombre. Por eso, y en honor a la isla que los acogió cuando huyeron de la corte macedonia de Ptolomeo

Cerauno, en reconocimiento al lugar donde conoció por primera vez el amor, eligió uno que le acompañó para el resto de sus días. Se hizo llamar Antígono de Samotracia.

Sentirse huérfano de esa forma tan inesperada le supuso conocer una desagradable sensación con la que no había contado ni en sus peores presagios. Saber que jamás volvería a rozar sus cabellos, que nunca podría abrazarla ni reconocer su elegante silueta conforme caminaba por los pasillos de palacio, le consumieron el ánimo hasta tal punto, que en aquellos momentos una fuerza interior de odio mucho más potente que el propio dolor, alimentó una sed de venganza desconocida que le obligó a sobreponerse del abatimiento que padecía por la terrible noticia de la muerte de la persona a la que más quería.

Pero el corazón de Antígono albergaba deseos de revivir tiempos pasados que le recordaran a su madre y a su amada Helena, las dos únicas mujeres a las que había querido de verdad. Por eso, el primer lugar que decidió visitar fue aquel que pensó mejor simbolizaba la búsqueda del recuerdo de su madre, aquel último lugar donde estuvo con ella y fue feliz antes de llegar a Alejandría. Ese deseo le llevó hasta su querida isla de Samotracia, donde esperaba encontrar una señal que le iluminara sobre las acciones a emprender para conseguir sus deseos de revancha.

Llegó en su propia nave un atardecer de un mes de junio, cuando los días son mucho más largos que las noches. La cálida bahía no había cambiado su aspecto en nada; sin embargo, no reconoció a ninguno de los curiosos que se acercaron a contemplar el desembarco de tan importante señor. Su primer deseo fue tomar una copa de vino en la taberna del puerto, y hasta allí se dirigió. Al llegar, antes de penetrar en su interior, unos desconocidos salieron para realizar las consabidas salutaciones, ofrecerle sus servicios y ayudarle en todo cuanto pudieran. Esperó con paciencia la presencia de Teófilo y de Filomena, pero ninguno de los dos apareció.

—¿Qué fue de los viejos que antes trabajaban aquí? —preguntó.

—Murieron —contestó el tabernero.

—¿Hace mucho?

—No lo sé. Cuando llegué a la isla el establecimiento estaba cerrado.

—¿De dónde eres?

—Soy de la isla de Thíra[2].

—No la conozco.

—Es la más bonita de las islas Cyclades.

—¿Entonces, por qué estás aquí?

—En algún lugar he de ganarme la vida; en esta isla es más fácil

porque la vida está mucho más barata y se pueden hacer muchas más cosas con menos dinero.

—¿Están muy lejos tus islas?

—Para quien tiene una embarcación como la tuya no hay distancias largas.

La claridad y sencillez con que le habló aquel hombre le proporcionó la idea básica que buscaba para iniciar su andadura en solitario. Sobre la marcha, por aquella simple conversación, decidió que se dedicaría al mundo del comercio, que comenzaría por usar como primera base la isla de Samotracia, posiblemente la más desconocida y pobre, y por tanto, la más discreta y poco interesante.

Mientras sus hombres se divertían, observó con cierto disimulo a los otros que por allí deambulaban y creyó recordar a alguno de entre ellos. Ninguno le reconoció, y apenas se atrevían a mirarle de reojo por un temor ancestral, que les habían inculcado sus padres desde niños, hacia los extranjeros ricos. Sus caras, más tristes y consumidas que cuando estuvo hospedado en la casa, presentaban unas profundas arrugas; signos evidentes de la terrible combinación del paso del tiempo y de la dureza de sus trabajos, siempre bajo el sol y a la exposición permanente a las inclemencias del caprichoso mar.

Sentado frente a la playa, rememoró a su amada Helena en una chica que corría a medio vestir hacia su posición desde un lugar de la oscuridad que no dejaba apenas distinguir su figura. Mas cuando se acercó, resultó ser una de aquellas muchachas que provocaban el deseo de sexo de sus posibles clientes, que venía perseguida entre alegres risotadas por un complacido hombre ya entrado en edad. Reflexionó que incluso las prostitutas que parecían más jóvenes se ajaban en muy pocos años, clara evidencia de la corta duración de su profesión, y ya nadie reclamaba sus servicios porque muchas de ellas habían sido sustituidas por otras más lozanas, algunas sin experiencia en esos menesteres, que evidentemente eran las más solicitadas. En cualquier caso, se dio cuenta de que aquel negocio se basaba en la calidad de las mujeres, y que mientras no se solucionara este asunto, los asiduos siempre estarían a la misma altura del género ofrecido. La taberna de antaño había ampliado el negocio con un burdel de mala muerte que ahuyentó a la buena clientela, si es que algún día esa isla la tuvo. No obstante, su precaria situación benefició los intereses de Ptolomeo que rápidamente entabló conversación con el dueño del negocio.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Solón.

—¡Apropiado nombre!

—¿Para qué?

—Para que hablemos más detenidamente sobre algo que tengo en

mente.

—Yo de aquí no he de moverme, el único que tiene barco eres tú.

—¡Bien dices! De momento sirve buen vino a mis hombres y proporciónales el placer que quieran.

Después de dos días de permanencia en Samotracia, una mañana le hizo una proposición a Solón que no pudo rechazar.

—¿Quieres ser rico?

—¡Por supuesto!

—Pues trabaja para mí y obedéceme en todo lo que te diga. Nunca me traiciones o perderás la vida, y sobre todo, déjame hacer las cosas sin preguntar.

—¿Qué me propones?

—Hoy mismo me venderás la taberna y guardarás ese dinero para que no pases jamás estrecheces. Luego pasarás a ocuparte de todos mis negocios en Samotracia, y de ellos también ganarás una parte.

—¿Por qué he de hacer eso?

—Porque solo roba aquel que pasa necesidad. Quien tiene algo que proteger se vuelve conservador y mucho más cobarde a la hora de arriesgar su riqueza.

—¡Estoy dispuesto! —contestó sin vacilar.

—¡Recuerda! Si me traicionas o intentas engañarme, te mataré.

—Si voy a ser rico, ¿para qué engañar a quien me puede proporcionar esa riqueza?

—Espero por tu bien que te dure para siempre esa lógica y no te conviertas en un rico codicioso.

—Nunca he sabido lo que es ser rico; pero sin embargo, sí que he conocido la penuria y he visto la muerte de cerca en muchas ocasiones. Te aseguro que tengo muy buena memoria y no olvido las cosas, sobre todo aquellas que me interesan recordar.

—¡Está bien! Esto es lo que haremos: comprarás con el dinero que te daré las propiedades que te diga, y al precio que te marque.

—¿No quieres aparecer en ningún sitio, verdad?

—¡Así es! Esa es la mejor manera de conseguir los mejores precios.

—¿Por qué?

—¿Ya comienzas a preguntar?

—¡Son ganas de conocer las cosas!

—¡Te lo diré por esta vez! Porque cuando la fama de gastar dinero te precede, las ofertas se convierten en pagos muy por encima de lo que se podría haber conseguido si nadie te conoce.

—Veo que tengo todavía mucho que aprender, y presiento que sabes más de lo que estás dispuesto a contar.

—¡Me gusta la gente lista! ¡Haremos buenos negocios!

Enseguida se apresuró a comprar la taberna y al poco tiempo realizó más adquisiciones de casas. Acto seguido, dejó a su nuevo encargado

al frente de las propiedades adquiridas, ante la perplejidad de los habitantes de su vieja isla, sobre todo entre las familias más pudientes, que desconcertadas no acertaban a explicar ese repentino ataque de riqueza que padecía Solón.

Mientras Antígono viajó por todas las islas griegas con la intención de localizar a las mejores prostitutas en conocimientos, que no a las de más corta edad como era lo normal, Solón se ocupó primero de preparar las casas, luego, de rematar un precio de compra muy a la baja, aludiendo a los pocos meses de uso que les quedaban a las seleccionadas hasta que fueran despreciadas por la clientela.

Una vez adquiridas las prostitutas más experimentadas, aquellas que ya no podían trabajar, fueron llevadas a una de las propiedades de Samotracia donde Solón inauguró la primera gran escuela para mujeres que desearan ejercer aquel oficio con la clientela de la más alta categoría, según sus aptitudes y habilidades, además de garantizarles un trabajo de por vida a todas ellas. Durante su permanencia, las mayores debían enseñar sus conocimientos y técnicas a las jóvenes alumnas. En sus casas, tenían asegurada cama, comida y asistencia sanitaria. Como decía el propio Antígono, había ideado lo más parecido a una escuela de atletas, pero para mujeres.

Al principio, la captación de las de mayor edad, pero también más expertas, no levantó sospecha alguna para sus dueños. Es más, pensaron que hacían un magnífico negocio al desprenderse de las que muy pronto tendrían que dejar de trabajar por falta de interesados en ellas. Seguidamente, pasaban por la casa matriz de Samotracia que para entonces ya se había convertido en el cuartel general. Sin embargo, el ascenso que experimentó el negocio fue tan impresionante que pronto sus escuelas comenzaron a tener presencia en los mejores puertos donde estaban ubicadas las más prósperas colonias griegas. En cada centro de instrucción se nombró a una encargada, generalmente la más dispuesta, capaz y experimentada, que se responsabilizó de velar por el cumplimiento de las normas establecidas por el propio Antígono para garantizar el buen funcionamiento de su organización. Luego, cuando las mayores ya no tenían más conocimientos que enseñar, y habían perdido sus fuerzas, eran cuidadas por las más jóvenes, que debían turnarse para atender sus necesidades. De esa manera, lo que al principio parecía que iba a ser una imposición que costaría establecer entre ellas, y ante la perplejidad de Antígono, todas reaccionaron de una manera sorprendente; estuvieron encantadas de realizar esa labor, porque también se aseguraban esas atenciones para su propia vejez. Es más: aquel punto fue definitivo para animar a las mejores prostitutas a formar parte de ese colectivo.

Unas enseñaban a otras el oficio más viejo del mundo, y a la vez se complementaron mutuamente con nuevos conocimientos que

aportaban gracias a la revelación de inconfensables experiencias secretas con personajes importantes de toda escala social y condición, cuya información, cuando merecía la pena, Antígono supo aprovechar en su propio beneficio. Las mismas prostitutas hicieron correr la voz de su existencia y de sus magníficas condiciones de vida entre las mujeres del gremio, y muchas liberadas decidieron acudir para formar parte de aquel próspero negocio, porque su dueño, por boca de Solón, dio a conocer al mundo que todas tenían cabida en su proyecto.

Antígono también introdujo importantes mejoras en la calidad del servicio que fueron muy bien acogidas por cuantos frecuentaban sus locales. Ideó vajillas y copas con representaciones, muy detalladas, de cientos de posturas y placeres sexuales que fueron recibidas como verdaderas herramientas para potenciar los deseos de la clientela. Ordenó que en el dintel de la puerta de cada sala se escenificaran con pinturas los servicios que se ofrecían en la misma, lo cual ayudó a que se comprendieran sin necesidad de utilizar una palabra, iniciativa que causó sensación entre los extranjeros. Estableció que en sus locales también se pudieran degustar comidas eróticas que se servían sobre platos muy insinuantes y cuyos manjares adoptaban formas caprichosas de órganos sexuales, como penes que reposaban sobre grandes pezones, vaginas de las que colgaban testículos que simbolizaban la aproximación de ambos sexos, labios internos inferiores sujetos en sus bordes por pequeños dientes que los estiraban para desplegarlos sobre lechos de lenguas… y cuantas ideas se le ocurrían al cocinero de turno, que además de ser bueno en su oficio, debía de gozar de una inagotable imaginación contrastada.

Tanto las mujeres como los hombres que trabajaban en los burdeles tenían la obligación de presentar un aspecto impoluto y envidiable. Jóvenes atléticos y musculosos, completamente rapados y sin apenas barba, que con el torso desnudo paseaban por las distintas dependencias comunes y se prestaban a realizar cualquier juego que la fantasía del usuario exigiera. Bellas mujeres que lucían largos vestidos escotados con insinuantes pliegues que resaltaban sus mejores atributos, dispuestas a satisfacer cualquier deseo de la selecta clientela. Juegos amorosos y desenfadados envueltos entre dulces baladas musicales que creaban un ambiente de tranquilidad en pos de conseguir la relajación y el desahogo necesarios de aquellos que acudían en su busca.

Pronto se pusieron de moda sus lupanares, y para cuando quisieron reaccionar los antiguos proxenetas, les resultó demasiado difícil presentar alguna alternativa válida que hiciera competencia a las escuelas de Solón, que cada vez eran más frecuentadas por magnates que exigían la exclusividad de sus preferidas o preferidos, y por ello pagaban importantes sumas de dinero. Materialmente, las ideas de

Antígono se habían impuesto en el mercado de la prostitución porque en muy poco tiempo se convirtió en su máxima referencia.

De continuo, sus escuelas suministraron los mejores hombres y mujeres a sus propios burdeles, y estos cada vez eran más visitados por clientes dispuestos a dejar allí parte de sus riquezas. También, de vez en cuando, se solía dar el caso de que algunas de las alumnas eran compradas por clientes, quienes perdidamente enamorados pagaron grandes sumas de dinero para convertirlas en sus concubinas.

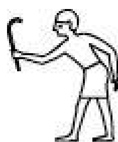
La secuencia final se completó con la información privilegiada de todo tipo de negocios que a diario se obtenía en los burdeles, ya que se puso de moda entre los grandes comerciantes negociar allí ese tipo de cuestiones. En ocasiones Antígono no dejaba pasar la oportunidad de hacer un buen negocio, y se anticipaba rematándolo con gran habilidad para que nadie sospechara la procedencia de su fuente, lo que también le producía enormes beneficios extras.

Comerciante y viajero infatigable, obtuvo importantes ganancias que supo colocar a buen recaudo en esos incesantes viajes que aprovechaba para conocer a fondo todas las colonias griegas del mar Mediterráneo y sus importantes subdivisiones, compuestas por los mares Egeo, Jónico, Adriático, de Creta, Tirreno y Liguria; lugares donde estableció puntos de representación con titularidad independiente a Solón para que nadie pudiera relacionar ambos negocios. Poco a poco, consolidó las bases de una próspera organización comercial que se dedicaba a negocios muy variados, y que conforme transcurrieron los años adquirió un tamaño muy considerable. Después, a la vista de los demás, aparecía como un rico comerciante que después de hacer una importante fortuna adquirió por mimetismo esas buenas costumbres y maneras que tanto le caracterizaban, además de una vasta cultura al alcance de pocos. Pero con el tiempo consiguió que su excesivo refinamiento dejara de sorprender a cuantos le conocían por primera vez, ya que en muchas ocasiones, y a pesar de no quererlo, su fama comenzó a precederle. Luego, el poder del dinero hizo el resto y nadie cuestionó jamás ni su origen ni el lugar de su nacimiento, pues todos dieron por hecho que su sobrenombre resultaba de lo más explicativo.

2

Actual Santorini.

Capítulo XI



Los siguientes catorce años estuvieron dedicados con intensidad al comercio por todos los mares con influencia helena y al establecimiento de unas sólidas bases que le permitieron emprender nuevas iniciativas complementarias a sus múltiples actividades y que le convirtieron en un hombre extremadamente rico. Pero intensamente solo, porque jamás supo llenar el vacío que sentía en su corazón ante la carencia de un amor verdadero. Se divirtió como el que más; tuvo en su lecho a las mejores mujeres que un hombre podía conseguir, no careció absolutamente de nada, y sin embargo, cada día se sentía más fracasado en lo personal.

Esa dura sensación, unida al enorme rencor hacia sus parientes egipcios, con los años le terminó por consumir la alegría y le envolvió en un sufrimiento interno del que pensó que saldría únicamente cuando tomara cumplida venganza. Para él, aquello suponía una gran desgracia de la que responsabilizaba en exclusiva a la dinastía ptolemaica. Lo único que podía hacer para olvidar en parte aquella terrible situación era continuar con sus largos viajes en busca de algo; una señal, un motivo que aún desconocía, y que quizás le devolviera la ilusión perdida. No fue capaz de fijar una residencia estable en ninguno de los muchos sitios que conoció, y en los que tenía propiedades, porque no se encontraba a gusto en ninguna parte, ni aguantaba la compañía ajena por más de una semana. Su destino era deambular de un lado para otro con el fin de ocupar todo su tiempo y así tener la cabeza entretenida para no pensar en su terrible desgracia; una maldición que si no encontraba solución para atajarla, le acompañaría durante toda su existencia.

Ocurrió que en uno de sus múltiples desplazamientos, terminó por regresar a Cirene, aquel lugar donde muchos años atrás le dieron por desaparecido cuando aún se hacía llamar Ptolomeo. Desde entonces no había vuelto, y cuando arribó a sus costas no tuvo la sensación de que hubiera cambiado sustancialmente en su ausencia. Sin embargo, sus percepciones fueron muy diferentes a las que sintió la primera vez que conoció la ciudad. Pronto comprendió que fue su actitud la que era diferente. Antes se presentó como un prófugo, un personaje que

debía desaparecer para fugarse del ámbito de los Ptolomeos; pero ahora llegaba como un rico mercader con capacidad suficiente para adquirir lo que quisiera. Por tanto, reconoció la zona con ojos diferentes y aquello le hizo permanecer entre sus gentes por más tiempo del que inicialmente había previsto.

Un día, la ciudad amaneció especialmente engalanada para festejar a sus dioses. Todo era alegría, cánticos, música, bailes y otras muchas diversiones que se prepararon para honrar a sus patronos. Antígono acudió a presenciar una especie de competición abierta, en la que cualquiera se podía apuntar para demostrar sus habilidades con armas en diferentes pruebas, que formaba parte de las fiestas locales. El premio consistía en una bolsa de monedas que las autoridades ofrecieron para el vencedor, lo que hizo que se apuntaran muchos candidatos de muchos otros lugares. Antígono la presenció como un ciudadano más con el único interés de divertirse un rato. Pero enseguida le llamó poderosamente la atención uno de los participantes por encima del resto, porque parecía que se jugaba mucho más que los otros, que en el resultado le iba hasta la propia vida. Se trataba de un hombre moreno, muy fornido, que manejaba el arco con una velocidad y precisión asombrosas; nunca antes había visto en nadie semejante demostración práctica, lo que le hizo pensar que quizás aquel desconocido bien podría servirle para llevar a cabo sus planes de venganza. Efectivamente, aquel hombre ganó sobradamente la competición y recibió el dinero prometido, inmediatamente después Antígono aprovechó para acercarse a conversar con él.

—¡Nunca he presenciado tanta destreza con el arco! —le dijo.

—¡Gracias! —contestó secamente.

—¿Dónde has aprendido a manejarlo?

—¡En las montañas!

—¿Quién ha sido tu maestro?

—¡Yo mismo! —le contestó con cierta molestia por tantas preguntas.

—¿Te apetece que te invite a una copa de vino para celebrarlo?

—¡Nunca rechazo una invitación!

—¡Pues vamos! ¡Llévame a la taberna que más te guste! —le dijo Antígono.

Callejearon unos minutos y enseguida encontraron un pequeño local, muy humilde, con unas cuantas mesas en su interior, cuyo dueño, otro fornido personaje, salió a saludarlos y a dar la enhorabuena al arquero, sin haber preguntado antes ni tan siquiera el resultado.

—Mucha confianza tiene en ti este hombre —comentó Antígono en voz alta.

—Le conozco desde hace algunos años, y sé lo que es capaz de hacer

con un arma entre las manos —contestó el dueño del local mientras se alejaba.

—¿Es amigo? —le preguntó Antígono.

—¡Mejor! ¡Es compañero de otros tiempos!

—Me ha dado la sensación de que deseabas la victoria más que ninguno de los contrincantes, me han llamado la atención tus ganas de vencer —le dijo.

—Me jugaba mucho en este torneo.

—¿Por qué?

—Porque he apostado por fuera a mi favor contra todos ellos.

—Comprendo, eres también jugador.

—¡Cualquier vicio que se te ocurra, seguro que me gusta! —le contestó el arquero.

—¡Por cierto, mi nombre es Antígono de Samotracia!

—A mí se me conoce como Idrias.

—Yo soy mercader, ¿y tú?

—Soy lo que quiera que sea quien me pague en ese momento. Pero siempre relacionado con asuntos de armas, ¿entiendes?

—¡Perfectamente!

—¿Me quieres contratar para algo? —le preguntó Idrias.

—¡No! ¡De momento, no!

—Pues cuando me necesites, búscame en esta taberna.

—¡Así haré!

En el poco tiempo que estuvieron juntos, Idrias consumió una gran jarra de vino que su antiguo compañero le sirvió mientras Antígono solo bebió una copa. Estaba claro que a parte de jugador, vicioso y posiblemente mercenario, también era gran bebedor. Después de esa somera conversación, le bastó a Antígono para reconocer que se trataba de un hombre rudo y sin modales, pero decidió que podría estar interesado en alquilar sus servicios. Antes, quiso poner a prueba a Idrias para comprobar cómo reaccionaba ante las más variadas situaciones, por hostiles y comprometidas que fueran; quería saber cómo respondería ante un desafío límite. Para ello, ideó una manera sutil de reconocer su valor. Se le ocurrió organizar una prueba de lucha, a imagen e imitación de las que se realizaban en Etruria, que obligaba a poseer a los participantes grandes dosis de habilidad, destreza y fuerza, y cuyo premio era una bolsa repleta de monedas de oro, algo que jamás se había ofrecido en Cirene. Todo valía para ganar, a excepción de matar al oponente. Para salvaguardar la identidad del patrocinador, el premio debería ser entregado por las propias autoridades, quienes se sintieron sumamente agradecidas e interesadas por la nueva experiencia.

Como no podía ser de otra manera, tal como esperaba Antígono, la noticia acaparó enseguida todos los corrillos de la ciudad, y ante tan

suculento premio, muchos quisieron participar en la convocatoria. Uno de los primeros en mostrar su interés fue Idrias, quien no dudó en apuntarse. Ahora, podría verle combatir por conseguir una pequeña fortuna, tendría la oportunidad de comprobar qué mella le hacían los nervios en su comportamiento frente a otro hombre cuando algo muy importante estaba en juego. Se presentaron guerreros de otras ciudades mucho mejor preparados, se combatió a espada corta, con las manos desnudas, con lanza e incluso con el escudo griego solamente. Pero el resultado fue idéntico, Idrias volvió a salir victorioso.

Convencido Antígono de que aquel era el hombre que necesitaba, se las ingenió para volverse a reunir con él, en el mismo lugar donde conversaron la primera vez.

—Me has impresionado en los combates —le dijo.

—¿Por qué?

—Esa fiereza de tu mirada cuando peleas desprende un espíritu libre que debes de tener oculto dentro de ti, que se revela ante quienes intentan perjudicarte. Recuerdo que cuando en varias ocasiones los contrarios consiguieron tumbarte, lejos de rendirte, hacías ademanes por devolver cada uno de los golpes que recibías, mientras a la vez intentabas protegerte de sus ataques. Aquella actitud enfureció mucho más al resto de tus enemigos que pararon sus peleas para animar a tu oponente. No pararon de gritar: «¡Dale más fuerte!». Pero aquello, lejos de amedrentarte, te animó para seguir con la pelea hasta el final. Estaba clara la desventaja que tenías, y sin embargo, pareció no importarte. Luchaste hasta que conseguiste quedar el último en pie.

—Lo explicas muy bien. Me gusta oírte hablar. ¡Ojalá yo supiera!

—Tengo buen ojo para distinguir a las personas especiales.

—Espero que no te equivoques conmigo. Pero, ¿qué quieres de mí?

—¡Contratar tus servicios!

—¡Eso es sencillo!

—¡Lo que yo necesito no es fácil de conseguir!

—¿Por qué? ¡Solo tienes que decir lo que quieres y fijar un precio por ello!

—Porque pondré mi vida en tus manos, y eso requiere una confianza ciega que de momento no tengo.

—¡Es mejor que busques a otro! —contestó Idrias.

—¡No me sirve cualquiera! —replicó Antígono.

—¡Pues a mí no se me ocurre nada para convencerte! Además, no sé si me va a gustar trabajar para alguien tan raro.

—¿Te ha gustado la bolsa de monedas de oro que acabas de ganar?

—¡Sí!

—¡Pues hay otras iguales reservadas para un hombre como tú!

—¡Ya entiendo! Has sido tú quien ha pagado el premio, ¿verdad?

—¡Así es!

—¿Por qué?
—Para ver cómo reaccionabas en una situación límite.
—¡Mucho he de interesarte para gastar esa fortuna!
—¿Tienes casa, o familiares?
—¡Vivo solo! Mi padre tiene una pequeña casa en las montañas cercanas a Cirene, pero hace mucho tiempo que no voy a visitarle.
—¿Por qué?
—No aprueba mi conducta ni mi modo de vida, y siempre acabamos en discusiones cada vez que nos vemos.
—¡Llévame hasta su casa!
—¿Para qué? ¡No es buena idea! Además, ¿qué te importa mi padre? —contestó muy molesto Idrias.
—¡Déjame que le conozca, eso me ayudará a tomar una decisión!
—Está muy mayor, no sé si querrá incluso recibirme. La última vez que nos vimos le dije que jamás volvería.
—¡Más a mi favor! Aprovecha esta ocasión para hacer las paces con él, porque es muy posible que cuando quieras verle sea demasiado tarde.
Quedó pensativo Idrias por unos instantes; luego, cuando Antígono había perdido toda esperanza de conseguir su objetivo, le contestó afirmativamente.
—¡Está bien! Te llevaré, pero con una condición.
—¿Cuál?
—No debes contarle nada sobre mis actividades.
—¡Te doy mi palabra!
Partieron de inmediato y a las pocas horas, casi ya anochecido, divisaron una pequeña finca en lo alto de un cerro cuya casa aún mantenía encendido un pequeño fuego, y unas pocas ovejas y cabras deambulaban por sus alrededores en busca de unas pocas hierbas. Los mirtos rodeaban su perímetro; más alejados, espesos matorrales guardaban celosos innumerables flores blancas de la jara, que todavía se mostraban abiertas con su pequeño corazón amarillo en el centro, y se perdían a lo lejos a la vez que moteaban el paisaje. Un olor intenso y penetrante a tomillo y romero impregnaba todo el aire de aquella escarpada loma.
Al llegar, Idrias se adelantó para comprobar el estado de ánimo de su padre mientras Antígono aguardaba afuera. El saludo entre ambos fue algo frío y distante, pero no hubo reproche alguno. Cuando el anciano supo que tenían visita, salió a recibir al invitado en señal de buena cortesía.
—Te presento a mi padre, se llama Demetrio, pero todos le conocen como Demetrio el Cireno. Padre, este amigo que me acompaña es Antígono de Samotracia —Idrias realizó las presentaciones.
Aquella noche se quedaron a cenar en la casa de Demetrio, y

después hablaron de las muchas cosas intrascendentes que durante tanto tiempo padre e hijo llevaban sin decirse, pero que a ambos les llenaba el corazón, aunque fueran repetición de las que siempre se contaban. La presencia e intervención en muchas ocasiones del invitado resultó muy beneficiosa para que ambos pudieran disfrutar de una velada como ninguno recordaba. Para cuando quisieron levantar aquella larga tertulia, ya era muy tarde y decidieron quedarse a dormir allí mismo, ante la terca insistencia del anciano.

Para Antígono, resultó ser una señal reveladora esa experiencia, pues era la primera vez en mucho tiempo que se alejaba de sus hombres de máxima confianza, quienes quedaron a la espera en Cirene, pues no quiso que ninguno le acompañara en este desplazamiento. Sin embargo, en compañía de Idrias se sintió totalmente protegido y confiado. A la mañana siguiente, Demetrio pidió a su hijo que matara al mejor cabrito para asarlo en señal de fiesta por tan distinguida visita. Mientras Idrias se marchó para cumplir con su encargo, Demetrio aprovechó para hablar a solas con Antígono.

—Soy ya muy viejo, pero en otro tiempo, en mi juventud, fui un mercader con algo de suerte y otro poco de éxito, que ganó lo suficiente para poder comprar esta casa y vivir ahora de sus ahorros. Mi desgracia siempre ha sido mi hijo, pues debo reconocer que nunca me he entendido con él. Su madre murió cuando era muy pequeño y claramente está a la vista que no he sabido educarle —comenzó a hablarle con sinceridad.

Antígono enseguida se dio cuenta de que Demetrio tenía mucha más preparación que su hijo, que era un hombre sencillo de buen corazón, pero que por los indescifrables designios del destino, engendró a alguien a quien gustaban cosas que no se correspondían con su forma de vida ni con su procedencia. Por su actitud, comprendió que dejó engolfarse a Idrias y aquello ya no tenía remedio.

El bueno de Demetrio le reconoció que con el tiempo sintió en su corazón que su hijo tarde o temprano le abandonaría para ir en busca de algo que por las noches le consumía en aterradoras pesadillas, pero pensó que quizás podría convencerle para que se quedara con él para siempre si le enseñaba su propio oficio, y así intentó proceder. Pero desconocía que la ira se había instalado en el alma de su hijo, hasta tal punto que no le dejaba interesarse por cualquier otra cosa que no fuera satisfacer sus oscuros vicios. La enorme algarabía que sintió su alma por recibir ese regalo en forma de vástago se disipó con el tiempo, cuando con poco más de quince años tomó el camino de la perdición. No quiso aceptarlo y voluntariamente se cegó, lo que le impidió ver la realidad de lo que pronto iba a acontecer. Pero cuando quiso reaccionar, fue demasiado tarde, pues el joven se había

convertido en un adulto que ni tan siquiera quería contemplar la posibilidad de convivir con él en su casa. Por desgracia para Demetrio, se forjó demasiadas ilusiones, demasiados planes de cara a un futuro inmediato. Por eso, cuando llegó el inevitable momento de la dolorosa despedida no se encontró preparado para semejante disgusto y no supo reaccionar, se quedó paralizado y nunca más volvió a ser el mismo de antes. Abandonó los negocios y se retiró de toda actividad social. Ahora, con el transcurrir de los años, se imaginaba las peores cosas a las que se podía dedicar, pero prefería desconocerlas para no hacerse más daño inútilmente.

—¡Tú no eres amigo de mi hijo! —le dijo después de contarle lo que sabía que más le interesaba a su visitante.

—¿Por qué dices que no soy su amigo?

—Idrias no sale con gente de tu elegancia y cultura. Se nota que tienes prestancia, y por tanto, mucha riqueza. Soy viejo pero no tonto, ni ciego. He conocido a mucha gente parecida a ti, y siempre tenían mucho más dinero que yo. A él le gusta mucho más deambular por las calles en busca de esas actividades que prefiero olvidar. Si no eres su amigo, y eso a la vista está, no cabe más posibilidad que seas alguien que desea contratar sus servicios para algo muy especial, algo que requiera una plena confianza que aún no tienes. Por eso has venido a conocer a su padre, quieres que te facilite una señal, que te cuente algo que te convenza definitivamente de lo acertado de tu decisión al elegirle. Pero dime, ¿qué deseas de mi hijo?

—¡Que me ayude a cumplir con un juramento de justicia y de venganza! —contestó sorprendido por esa demostración de clarividencia.

—Idrias no entiende de palabra ni de juramentos. No es a quien buscas.

—¡Basta con que me obedezca y haga lo que le diga sin preguntar!

—¿Qué te han hecho, que tanto odias?

—¡Me han quitado mi pasado, mi identidad y a mi familia!

—¡Es curioso el destino, quieres que te ayude alguien que no cree ni en su propia familia!

—¡Ahora asumo la vida de otro que no existe! ¡Te aseguro que lo he intentado, pero no puedo resignarme!

—Te podría preguntar el riesgo que corre mi hijo al ir en tu compañía, o quizás, lo que va a sacar en claro si te ayuda. Pero lo cierto es que poco me importa, pues la experiencia me dice que hará lo que quiera. Me gustaría cambiarle pero es voluntad de los dioses que sea así, y ya han decidido por nosotros. Ahora, solo nos queda cumplir con sus deseos.

—¡Sé mejor que tú que cuando los hados nos requieren, no hay fuerza humana que pueda evitarlo!

—Te puedo contar que cuando era pequeño, su manera de vengarse de los malos tratos que recibía en la escuela era con la apropiación de algo que perteneciera a sus compañeros o profesores, daba lo mismo lo que fuera, no importaba si le servía o no, si se podría desprender del objeto o sería descubierto, el caso era robarles algo. Recuerdo que en muchas de nuestras conversaciones me confesaba que robarles algún objeto de uso personal era como tener en su poder una parte de sus almas. Entonces fue cuando comencé a entender su comportamiento y supe que abandonaría los estudios muy pronto, como así ocurrió. Aprendió sin ayuda a disparar el arco, y se enroló en muchos barcos solo por conocer el arte de la navegación. Si tiene una buena cualidad, esa es la lealtad para quien le ha hecho bien, es muy valiente y no se amedrenta ante nada ni ante nadie. Antes de partir hizo las veces de protector cuando tuve problemas con algunos delincuentes que comenzaron a robarme; no sé cómo lo hizo, pero la verdad es que solucionó el problema. Pero él es así y no puede cambiar. Si le das la libertad se queda contigo, si se la quitas intenta huir mientras le quede un soplo de vida.

¿Entonces, si lo sabías, por qué se fue de tu lado?

—¡Por puro aburrimiento! Yo me daba cuenta de que se marchitaba día a día encerrado entre estas cuatro paredes, pero hasta que no estuvo convencido de mi seguridad, jamás me abandonó.

—¿Trabajaría para mí?

—¡De seguro que no! ¡Trabajaría contigo! Él es un ser libre que no quiere pertenecer a nadie. Si yo se lo pido, y le das esa acción que yo no he sido capaz de proporcionarle, no tengo duda alguna en que aceptará de inmediato. Si le tratas bien, te lo devolverá multiplicado con creces. Si hay un hombre en la tierra de quien te puedes fiar, ese es Idrias; tanto para lo bueno como para lo malo. Él es así y no cabe ninguna otra explicación, le aceptas o le rechazas. Es una decisión que no admite términos medios porque en su caso nace de los más profundos sentimientos del fondo de su corazón. Puede que sea excesivamente primitivo, pero si eres su amigo te querrá para siempre; si en cambio eres su enemigo, te odiará para el resto de su vida. Que sea una cosa u otra, solo dependerá de vosotros.

—Yo soy algo mayor que él, creo que unos diez años; a lo mejor, eso puede servir para que me respete como a un tutor.

—¡Puede! Pero no estoy muy seguro. Idrias no siente respeto por nada ni por nadie. Estará contigo mientras se divierta y tenga dinero suficiente para gastar con sus amigos.

—¡Todo eso lo tendrá!

—Entonces no es conmigo con quien debes hablar.

No pudieron continuar con la conversación, pues apareció Idrias con el encargo ya realizado y tuvieron que cambiar inmediatamente de

contenido para pasar a otro mucho más distendido y menos interesante.

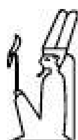
Permanecieron algunos días por la zona, y luego marcharon hacia la ciudad. Mientras Antígono representaba la cautela e inteligencia combinada a la perfección con una frialdad fuera de lo común, Idrias simbolizaba la fuerza, la fe ciega en los suyos, el carácter indómito y la lealtad hasta sus últimas consecuencias. El primero se mostraba en todo momento elegante y distinguido, el segundo parecía disfrutar con un salvajismo escandaloso al que jamás quiso renunciar. Aquel descaro, que para otros hubiera sido motivo más que suficiente para perder la vida, en cambio, a Idrias, le servía como argumento para hacer nuevas amistades que enseguida aprendían a compartir sus excesos, gracias a una embaucadora sonrisa que magistralmente lucía cuando la situación así lo requería, a la vez que mostraba una blanca y fuerte dentadura que camuflaba tras una barba corta, morena y rizada, en idénticas condiciones que el resto de su cabello.

Después de esta primera aproximación, a Demetrio le quedó muy claro que ambos harían muchas cosas juntos, porque fue testigo de excepción de un tácito y sorprendente reconocimiento mutuo de las valiosas cualidades de cada uno; mientras uno supo que debía canalizar esa apasionada dedicación por caminos más seguros, el otro aceptó de buen grado que debía dejarse asesorar para no cometer nuevas imprudencias que le conducirían a la muerte.

Sin embargo, había una connotación en Idrias que adivinó el sagaz Antígono y que con toda seguridad desconocía el viejo Demetrio. Por su manera de hablar sobre algunos temas muy concretos, por la forma de expresar sus opiniones en cuestiones muy delicadas que a otros escandalizarían, por su mirada perdida en busca del recuerdo de una inolvidable experiencia cuando se refería a momentos ya vividos, el aventurero le dejó demasiado a las claras a Antígono que ya había sentido el placer de la muerte; que había probado el arte de matar y que sin duda aquello le había gustado. Ese poder interno que le ofreció la posesión de la vida de otros semejantes, era algo a lo que difícilmente pudo renunciar desde que conoció por primera vez esa dulce atracción de la sangre ajena caliente entre sus manos.

Lejos de amedrentarse por ese secreto, a Antígono le sirvió esa información para valorar aún mucho más sus futuras colaboraciones. Rápidamente, pensó que tenía a su servicio al prototipo de hombre que necesitaba a su lado, el fiel guardaespaldas que todo rey desearía tener; un luchador infatigable dispuesto a entregarse por salvar a quien le pagaba por ello. Enseguida reconoció que Demetrio estaba en lo cierto, con Idrias se conseguían mejores resultados si se utilizaba la miel que si se le daba hiel.

Capítulo XII



Idrias permaneció al servicio de Antígono de manera provisional por unos meses para ver si encajaba en su operativo. Su nuevo jefe también necesitaba tiempo para decidir qué debía hacer con su recién contratado guardaespaldas. Esperaba que se produjera algo que definitivamente confirmara la utilidad de sus capacidades, o por el contrario, le hiciera ver que debía desistir de contar con sus servicios.

En una ocasión, hubo que visitar un famoso lupanar en una localidad cercana a Libia que se renombró como Berenice [3] en honor a la hija del rey Magas de Cirene, la que más adelante fuera la esposa de Ptolomeo III, faraón de Egipto, que adoptó para la posteridad el nombre de Berenice II.

El local tenía fama de poseer las mujeres más dulces y complacientes de toda África, y se especulaba que podía desbancar con facilidad a las escuelas de Solón, aquellas que estaban esparcidas por casi todas las factorías griegas. La noticia enseguida fue conocida por los consumidores más importantes de sus servicios, quienes quisieron conocer la veracidad de esas afirmaciones, lo que hizo que el negocio se resintiera al producirse una emigración hacia ese lugar que se había puesto tan de moda.

Aquella era una comprobación que debía hacer personalmente Antígono, quien perfectamente acudió como cualquier cliente rico. En esta ocasión, aprovechó un viaje de negocios en el que tuvo que recorrer los alrededores de la zona para llevar consigo solamente a Idrias y así no llamar la atención. Las transacciones comerciales salieron mejor de lo esperado, y ya de regreso, aprovecharon su buena suerte para gastar en el burdel una pequeña parte de las ganancias obtenidas. Situados a las afueras de la ciudad, después de preguntar por la dirección correcta a seguir, enseguida encontraron el lugar con facilidad, pues no tuvieron más que dejarse llevar por la algarabía que escucharon a muchos pasos de distancia. Se trataba de un grupo de lujosas jaimas adosadas a modo de campamento que ofrecían diferentes servicios según los deseos de los clientes. Primero, tuvieron que entrar en una gran explanada vigilada, a modo de redil, donde

pudieron dejar sus cabalgaduras mientras varios sirvientes se acercaron hasta ellos para hacerse cargo de sus pertenencias. A juzgar por la calidad del resto de los animales allí reunidos, sus propietarios debían de pertenecer a una elevada escala social.

—¿Te has fijado en esos ejemplares? —señaló Idrias.

—¡Son magníficos! —contestó Antígono.

—Creo que hemos venido a un sitio demasiado importante. ¿Qué tengo que hacer?

—¡Entrar conmigo!

—No sé si estaré a la altura.

—¡Pues tendrás que hacer un esfuerzo! —contestó enérgico Antígono.

En la entrada de lo que parecía ser la tienda principal, esperaban varios esclavos que les facilitaron sendas palanganas con agua aromatizada y algunos lienzos para que pudieran asearse convenientemente. Ya en el interior, los recibió una voluminosa mujer de apariencia excesivamente amable y educada, que no cesaba de organizar el acomodo para los recién llegados. Gesticulaba con los brazos abiertos de par en par, y daba órdenes a puro grito a la vez que balanceaba unos enormes pechos que los clientes podían admirar gracias a su generoso escote. Vistosamente engalanada con un vestido de preciosas sedas rojas, lucía un pesado collar que hacía juego con las pulseras que llevaba sobre ambas muñecas, en las que claramente se podía apreciar un valioso contenido sobre la base de diversas monedas de oro, procedentes de lugares diferentes, que rozaban unas contra otras conforme se movía y emitían un inconfundible sonido a modo de cascabeles que llamaban la atención de los impacientados clientes.

—Esta debe de ser la regente —señaló Antígono.

—¡Yo me conformaba con ella! —contestó Idrias.

—¡Espera a entrar; después revisa el género, y luego elige!

—¡Sed bienvenidos a La Jaima Roja! —los interrumpió la regente.

—¡Lógico! —contestó Antígono.

—¿Cómo dices, forastero? —No entendió la respuesta la mujer.

—¡Digo que está muy bien este lugar!

—¡Muchas gracias! ¡Tenemos todo lo que un hombre puede desear, solo tenéis que pedir según vuestras apetencias!

—¡Primero queremos observar a las mujeres, luego decidiremos! —aclaró Antígono.

—¡No hay inconveniente, mirad cuanto gustéis!

Con una palmada llamó la atención de un esclavo que inmediatamente se puso al servicio de los recién llegados para acomodarlos y servirlos en todo lo que le solicitaran. El bullicio era tan sonoro que apenas podían comunicarse entre Antígono y Idrias, pues los panderos no cesaban de sonar al ritmo de unas alegres

canciones que hablaban de amores correspondidos entre guerreros venidos desde muy lejos y prostitutas que los esperaban para saciarlos con sus encantos.

La tienda estaba decorada con una combinación de estilos que sorprendió e interesó a Antígono, pues aunque una parte le resultó familiar, por corresponder a la decoración propiamente helena, había piezas que no era capaz de reconocer a simple vista. Picado por la curiosidad, hizo llamar a la regente para preguntar sobre esa cuestión, mientras daba tiempo a que se prepararan las mujeres que iban a bailar para ellos.

—¿De dónde son estas alfombras que cubren la totalidad del suelo?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque tienen unas formas y dibujos muy simples, tanto, que parecen haber sido confeccionadas por niños; y sin embargo, los colores son tan vivos que no es posible apartar la mirada de ellas.

—¡Muy observador! Sin duda eres hombre muy peligroso.

—¡Pero dime! ¿De dónde son? —insistió Antígono.

—Son tradicionales beduinas y están confeccionadas por las mujeres de las tribus.

—¿Hay beduinos por aquí?

—Vienen con frecuencia a vendernos cosas.

—Pensé que no salían de Seir, por la península del Sinaí; aquella zona montañosa y de desierto que forma parte de la porción de terreno que discurre entre el mar Muerto y el mar Rojo.

—¡Señor, no son prisioneros! ¡Son nómadas y viajan donde el viento los lleva! ¡Hay tribus beduinas diseminadas en pequeños grupos por todos los desiertos!

—No he dicho que sean esclavos o prisioneros, me refiero a que no les gusta salir de sus dominios.

—¡Eso no es cierto! Todo esto antes era su territorio, y lo recorrían a su antojo.

—Me parece que te equivocas. Los nómadas son tribus desperdigadas que vagan por el desierto. Por eso es muy difícil someterlos, porque no tienen normas, no siguen a nadie ni reconocen a ningún líder, ya sea espiritual o humano.

—¡Qué equivocado estás! ¡Se nota que no conoces a ningún beduino!

—¡Pues tú parece que los conoces muy bien!

—A los que te refieres son de la tribu Thamud; ellos mismos dicen que son los primeros beduinos, que aunque su origen está en la región de Seir, creen que tienen que recorrer la tierra por imposición de un mandato divino que luego se convirtió en una obligación impuesta que deben cumplir porque esa es su forma de vida tradicional; eso es lo que les diferencia del resto de las tribus. Es así como ellos se sienten

más realizados e independientes que los demás.

—No sabía que fuera un clan tan antiguo.

—¡No es un clan, es una raza! Los thamudíes son los verdaderos «bedus», los más antiguos. Ya estaban establecidos antes de que los faraones fueran fuertes y dominaran el desierto. Cuando los hebreos estaban cautivos en Egipto ya había beduinos establecidos en el Sinaí.

Antígono comprendió enseguida, a juzgar por la amplia información que le facilitó la voluminosa regente y por la pasión con que se empleó en las explicaciones, que se trataba de una mujer beduina. Pero de repente apareció un grupo de mujeres muy jóvenes que comenzaron a danzar al son de pequeños tambores que hizo imposible que pudieran comunicarse, lo que interrumpió súbitamente la conversación. Tanto Idrias como el resto de los hombres que allí acudieron en busca de placeres sexuales permanecieron en silencio mientras seguían con mucha atención el contoneo de las bailarinas, en un intento por descubrir cuál debía ser su mejor elección. Sin embargo, Antígono, aunque también las observaba, mantuvo todo el tiempo su mente puesta en otro sitio; no podía dejar de pensar en la conversación que acababa de mantener con la regente del local. Su curiosidad no quedó saciada y necesitaba continuar con aquellas explicaciones que ahora tanto le interesaban.

Cuando finalizaron los bailes, cada cual se emparejó con quien le pareció la más adecuada; todos a excepción de Antígono, quien permaneció impasible, en silencio y con los ojos clavados en la regente.

—¿No te complace ninguna? ¿Prefieres otra cosa? —Se acercó la regente preocupada.

—¡Ya tengo hecha mi elección!

—¿De quién se trata?

—¡De ti!

—¡Mis servicios no están a la venta! ¡Mi trabajo aquí es otro! —contestó enfurecida.

—¡Todavía no me has preguntado qué quiero!

—¡No me hace falta! ¡Todos pretendéis lo mismo!

—¿Cuánto pides por media noche de conversación?

—¡En este local la especialidad no es la conversación! Por eso no cobramos cuando la damos. Pero también es voluntaria y no se puede exigir, ¿comprendes?

—¡Está bien! Entonces quiero comprar tu tiempo de medianoche para hacer con él lo que me plazca.

—¡Te repito que ni yo ni mi tiempo están a la venta! ¡Si no vas a consumir debes marcharte!

—¡Elige a una mujer por mí!

—¡Escojo a esta!

La regente seleccionó a una muchacha de no más de catorce o quince años que había quedado desparejada, posiblemente la que resultó menos apetecible de aquel harén, quizás por su excesiva delgadez, o tal vez, porque fue la que peor bailó en los prolegómenos.

—¡Me parece bien! ¡Llévala junto a mi acompañante!

—¡Tu amigo ya está con otra!

—¡Eso le da igual, puede con las dos! ¡Llévasela de mi parte y cóbrame el precio de ambas!

Quiso pagar al instante para evitar cualquier suspicacia y permaneció inmóvil frente a su mesa a la espera de que reapareciera Idrias cuando hubiera terminado. Sabía que podría transcurrir toda la noche, pero no pareció importarle lo más mínimo la cuestión del tiempo. Antígono mantuvo en todo momento la misma actitud de presión sobre la regente, a quien no cesó de observar en todos sus movimientos y gestos. Parecía que su única motivación se centraba en estudiarla y aquello terminó por incomodarla, pero la mujer evitó acercarse a su lado para impedir cualquier posible nueva discusión. Sin embargo, muy sorprendida por aquel insólito interés que demostró por ella aquel extranjero, tampoco pudo evitar mirarle continuamente de reojo, mientras terminaba de recolocar a las últimas chicas que aún esperaban su turno en la trastienda para salir a bailar y organizaba las atenciones de los clientes en cuanto a comida, bebida y música. Aquella mujer, a pesar de su tamaño, generaba una energía difícil de imaginar antes de verla trabajar, lo que de alguna manera indicó a Antígono la fortaleza de su carácter.

Al cabo de un buen rato, la regente había conseguido clientela para todos sus chicos y chicas, mientras que el resto de los clientes departía alegremente en sus sitios al calor de una buena copa de vino. Tan solo uno permanecía con la misma actitud arrogante que la desafiaba una y otra vez. Mujer de temple, había tenido tiempo suficiente para decidir qué hacer con aquel incómodo cliente que no hacía más que mirarla como si le exigiera una explicación de algo que no quería contar.

Después de asearse un poco, pues por debajo de la diadema dorada que portaba ya comenzaban a asomarse sus cabellos morenos ondulados completamente mojados por el sudor de una noche de trabajo, se presentó con nueva vestimenta delante de Antígono y acompañada de varios sirvientes armados para que en medio de aquella gran jaima, frente a frente, resolvieran definitivamente sus diferencias.

—¡A ver! ¡Quiero saber qué problema tienes conmigo! —le dijo.

—¡No tengo ningún problema contigo!

—¿Entonces, por qué llevas toda la noche sin parar de mirarme?

—¡No te miro, te estudio!

—¡No me gusta que me estudien! ¡No soy ningún bicho raro!

—¡Sí que eres una mujer muy especial!

—¿Especial? ¿Para qué?

—Como ya te dije antes, para conversar —contestó sin inmutarse por la presencia de sus acompañantes.

—¿De qué quieres hablar?

—Del pueblo beduino.

—¿Qué te hace pensar que yo puedo saber algo de ese pueblo?

—Que eres beduina.

—Aparte de raro, además, estás loco —le contestó a la vez que hizo una señal para que se retiraran los sirvientes.

—¡Ya! Por eso has hecho que se retiren tus hombres; así no escuchan nada que pueda comprometerte, ¿verdad?

—¡No digas más tonterías! Hago que se vayan para que te sientas más cómodo. Quiero que digas lo que tengas que decir, y te vayas cuanto antes sin levantar ningún revuelo, porque eso sí que podría perjudicar mi negocio.

—Lo entiendo, pero no tienes nada que temer de mi comportamiento. Reacciono muy bien ante una buena conversación, sobre todo si me interesa.

—¡Eso espero!

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Antígono cuando se quedaron solos.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero conocer las costumbres de los beduinos.

—Eso es fácil, no tienes más que adentrarte en el desierto y esperar a que ellos te encuentren.

—¿Acaso crees que no lo he intentado ya?

—¡Ah, claro! Nunca los has visto, ¿verdad?

—¡Así es! Es posible que haya tenido mala suerte, pero la verdad es que nunca he podido comunicarme con ellos a pesar de haberlo intentado en varias ocasiones.

—¿Has llevado compañía en tus desplazamientos por el desierto?

—¡Naturalmente!

—Esa es la razón de no haberlos visto nunca. Te aseguro que los beduinos sabían de tu presencia en todo momento.

—No entiendo.

—¡Es muy sencillo! Las tribus beduinas son celosas de su independencia y de su forma de vivir. Aunque son nómadas, mantienen unas estrictas costumbres ancestrales que respetan a lo largo de toda su vida. Su experiencia acumulada de generaciones les dice que cada vez que se adentra en sus dominios un grupo armado es para reclutarlos como guías o para exterminarlos.

—¿Quieres decir que para conocerlos debería ir a su territorio solo y desarmado?

—Así es la única manera de verlos, pero tampoco te garantiza que sobrevivas a la experiencia, pues bien pudiera ocurrir que sean ellos quienes te maten.

—No me dejas muchas alternativas, me pones demasiado difícil conseguir mi propósito.

—Pero, ¿por qué tienes tanto interés en hablar con ellos?

—Desde que sé de su existencia necesito entenderlos, aprender de su forma de pensar para intentar adaptarla a la de un heleno como yo. Estoy convencido de que de la combinación de ambas maneras de entender la supervivencia se podría obtener un resultado espectacular, es una información que necesito saber para modificar el sentido a mi vida. Los admiro, y deseo conocer de dónde sacan esa fuerza tan especial que les permite soportar lo que ningún otro hombre es capaz. Han sabido convertir sus grandes necesidades en la verdadera virtud de su casta. Desde que supe de su existencia he intentado localizarlos, pero siempre han sido meros fantasmas que he perseguido por el desierto sin resultado positivo alguno. Sin embargo, en muchas ocasiones he tenido la impresión de que se encontraban muy cerca, diría que demasiado cerca.

—No sigas por ese camino, pues lo único que encontrarás será una muerte anticipada. Los thamudíes se muestran cuando quieren y siempre si están seguros de que no corren peligro.

—¿Por qué son tan precavidos?

—Ahora están en franco retroceso. Les hizo mucho daño la helenización de Egipto y del antiguo imperio persa. Nunca han sido sometidos, pero han perdido casi todos sus territorios y a muchos de sus miembros en batallas que libraron en clara minoría de hombres y de medios. Nunca fueron combatientes, siempre se dedicaron a cuidar de sus animales y a viajar por el desierto con sus pocas pertenencias. Algunas veces, un grupo reducido suele acercarse a aldeas que ya conocen para vender sus alfombras o los aperos que ellos mismos realizan, mientras el resto de la tribu los espera camuflada entre las dunas o en cuevas de difícil acceso.

—Pues entonces, la única posibilidad que me queda es convencerte para que me cuentes lo que sepas.

—Lo único que te puedo contar es que la mujer beduina es considerada la responsable de su tienda, y todas ellas componen la base del funcionamiento de un campamento. En cambio, los hombres son los que protegen y velan por la seguridad.

—Eso ya lo sé, y no difiere en nada del comportamiento del resto de los pueblos que conozco.

La mujer permaneció en silencio durante unos interminables segundos, hasta que se decidió a romper su hermetismo.

—¡Tienes razón! Mi nombre verdadero es Kamala y efectivamente

soy beduina de la raza Thamud. He compartido gran parte de mi vida con mi familia en el seno de un campamento nómada que recorre el desierto líbico.

—¿Qué pasó? ¿Cómo es que estás aquí? —preguntó emocionado.

—Un día decidí que no me gustaba esa forma de vivir, que prefería mantenerme estable en un lugar y me aparté de mi tribu.

—¿Así de fácil?

—¡No fue nada fácil! Antes tuve que sufrir y llorar mucho tiempo. Aquella fue una decisión que no compartió ninguno de mis familiares y al final comprendieron que solamente tenían dos caminos: dejarme hacer mi voluntad o acabar con mi vida. Decidieron la primera, y como castigo por mi desobediencia me vendieron a un mercader libio al que serví fielmente. Con los años se enamoró de mí y me convirtió en su esposa. Al principio todo parecía marchar bien, pero enseguida surgieron las primeras dificultades en los cobros por culpa de las penurias de las guerras que sufrieron sus clientes. Luego, mi esposo quiso recuperar lo perdido con negocios muy arriesgados que le hicieron perder mucho más, hasta que acabó arruinado. Una mañana encontraron su cuerpo sin vida en un prostíbulo; se ahorcó después de gozar de los amores de una joven negra. A partir de aquel instante, los acreedores me acosaron y persiguieron hasta que se quedaron con casi todo. Después de liquidar las deudas, tuve que decidir deprisa qué debía hacer para ganarme la vida. Recordé que en lo último que pensó mi esposo antes de suicidarse fue en acudir a un lupanar, y eso me hizo pensar que seguramente fue el único consuelo que le quedó antes de enfrentarse a la muerte. Esta fue la razón por la que decidí montar La Jaima Roja, con la intención de aportar alegría en la vida de los ricos desesperados. Me da igual la forma ni con quién se haga; para mí, lo importante es que salgan satisfechos y con nuevas energías para continuar esa eterna batalla contra los problemas cotidianos. Con los años me he dado cuenta de que todos los hombres buscan lo mismo, independientemente de las riquezas que posean; ahí es donde reside el secreto del éxito de este negocio.

—¡Interesante historia la tuya! —contestó a sabiendas de que le acababa de mentir en todo.

—Una cosa debe quedarte muy clara; los beduinos nómadas, si quieren, se hacen invisibles en el desierto. Es imposible que los encuentres si ellos no se dejan ver.

—¡Entonces iré solo!

—¿Tan loco estás?

—Lo mío no es locura, es necesidad.

—¡Escúchame bien! Jamás repetiré lo que voy a contarte, ni quiero que tú se lo cuentes a nadie.

—¡Tienes mi palabra más solemne!

—Durante los años que viví con mi familia, lo primero que aprendí en cuanto tuve edad suficiente fue a integrarme en el desierto, a formar parte de un entorno que aunque parecía hostil para muchos, supuso la garantía de la supervivencia para mi raza, y por tanto, la seguridad de evitar su rápida extinción con la aparición de nuevos conquistadores. Con el tiempo he llegado a pensar que la clave está en el respeto que sentimos por el viento, y no en el agua como habitualmente se cree.

—¿Qué quieres decir?

—Que para los beduinos, la fuente de vida es el propio viento; es al que debemos dejar entrar y que fluya en nuestras vidas, porque es el encargado de trasladar de un sitio para otro esas nubes cargadas de lluvia que luego traerán riqueza en forma de agua y de comida. También deja que los sonidos fluyan a través de los valles rocosos. Desde el principio de los tiempos, mi raza ha aprendido a escuchar al viento y a seguirlo por donde quiera que vaya. Es nuestro mejor aliado, él es quien nos avisa del cambio de las estaciones, de la llegada de las temidas tormentas de arena, de la localización de los escasos pozos que guardan ese preciado bien en sus entrañas, y de la presencia de los extranjeros que se atreven a adentrarse en nuestros dominios. La vida del beduino gira en torno al viento y vamos donde él nos lleva. No entendemos de fronteras ni de reinos; solo sabemos que a nuestro aliado es imposible retenerle, al igual que ocurre con nosotros mismos. En las silenciosas noches del desierto, cuando la temperatura baja hasta valores muy dispares a los del día, se pueden oír los más diversos sonidos que seguramente corresponden a otros seres vivos que se encuentran a mucha distancia. Saber diferenciar a qué corresponde cada ruido ha sido sin duda alguna lo que ha salvado a mi raza de una extinción segura.

—¿Dónde puedo aprender a distinguir esos sonidos?

—¡No basta con eso!

—¿Qué más necesito saber?

—¡No es cuestión de saber! Consiste en renunciar.

—¿A qué he de renunciar?

—¡A todo aquello superfluo que retrase tu marcha por el desierto!

—¡No entiendo a qué te refieres!

—¡Lo sé! Para entenderlo debías haber nacido beduino. Nosotros no contemplamos las posesiones de la misma manera que lo hacéis vosotros. Para nosotros son simples herramientas que nos ayudan a continuar hacia la siguiente etapa. No sentimos aprecio por nada, porque nada nos sirve para mañana. Por eso no tenemos el sentido de la propiedad tal como lo entendéis los helenos; nuestra medida viene dada en función de la utilidad que obtenemos de las cosas para mantenernos con vida un día más. Lo importante es llegar al siguiente

pozo, al siguiente oasis donde podamos recuperar las fuerzas consumidas y continuar hacia ninguna parte. Conocer nuestras costumbres no significa ser beduino, aunque te comportes de la misma manera. Lo que marca la diferencia con el resto de las razas de la tierra es la actitud hacia una forma de vida muy comprometida con el desierto que desprecia el poder establecido venga de donde venga. Las arenas junto con las dunas y montañas son nuestras casas, y es ahí precisamente donde nos sentimos cómodos, en lugares que representan el infierno para casi todos los seres vivos. Por eso nunca podrás entenderlo, porque ya has probado las mieles de la comodidad y del lujo, porque convivir con un beduino supone renunciar a todo aquello por lo que tanta sangre habéis derramado desde época de vuestros antepasados; quedarían sin sentido esos grandiosos sacrificios y perderíais esa identidad que os ha llevado a conquistar el mundo. Eso sería como intentar retroceder en el tiempo. Mírame atentamente, tienes ante ti el mejor ejemplo de lo que te digo. En mí no verás más que a una mujer ambiciosa que desea acaparar riquezas, y cuantas más mejor. Soy consciente de que desde que conocí esta forma de vida, en mi cuerpo anidó el veneno del deseo incontenible de poder absoluto sobre personas y cosas. He conocido ambos lados de la moneda y he elegido el tuyo, forastero. Por tanto, no quieras averiguar lo que te está vedado porque no te servirá para nada, y además, es seguro que morirás en el empeño.

—¡Te agradezco la recomendación! Pero, ¿me ayudarías a encontrarlos?

—¡Jamás! ¡He perdido el tiempo contigo! ¡No has entendido nada!

La mujer se levantó bruscamente y desapareció tras una alfombra de seda muy ligera que hacía las veces de cortina, mientras Antígono se quedó en silencio contemplando la forma tan airada de desaparecer de su lado. Meditaba sobre las advertencias de Kamala, cuando se dio cuenta de que comenzaba a amanecer. No tuvo tiempo para más, pues enseguida apareció Idrias, quien mostraba una amplia sonrisa de satisfacción.

Ambos salieron al exterior para tomar sus caballos, y enseguida se alejaron de vuelta por el mismo camino que los condujo hasta La Jaima Roja. Espolearon a sus monturas pues se les había hecho muy tarde y debían encontrarse con el resto de su séquito en el campamento del puente, lugar donde quedaron citados a la salida de la ciudad de Berenice. Durante el trayecto, Antígono relató lo sucedido y le hizo conocer su intención de trasladarse a la franja de Seir, en las cercanías del mar Muerto, a fin de localizar a una de esas tribus para que le enseñaran cuanto sabían, a pesar de las serias advertencias de la regente.

—¿Por qué tan lejos? —preguntó Idrias.

—Lo he intentado por el desierto líbico y no he obtenido nada. Quizás, si acudo a la zona que ellos consideran la cuna de su origen, tal vez me hagan más caso.

—O a lo mejor, te dejas allí la vida.

—¡No lo creo!

—No me parece buena idea que vayas solo, y más después de lo que ha dicho esa mujer —contestó Idrias.

—No te preocupes, no me pasará nada. Seguramente lo ha dicho para meterme miedo en el cuerpo.

—¿Te acompañaré?

—Déjame que lo piense con más detenimiento.

—Llévate al menos a un par de hombres contigo.

—Si me ven con gente no acudirán. Eso es lo que ha ocurrido en veces anteriores.

—No se dejarán ver si te ven con un ejército, pero con dos acompañantes no les importará.

—¡Está bien, elígelos tú mismo!

—¿Qué recorrido vas a hacer?

—Quiero embarcar rumbo hacia el lugar más próximo que pueda de Seir, en las proximidades de la ciudad de Gaza. Pero antes has de hacer un encargo muy especial. Yo seguiré camino con los hombres hasta Cirene pero tú debes regresar a La Jaima Roja.

—¿Qué quieres que haga allí?

—¡Secuestrar a Kamala y llevarla contigo hasta Cirene! Para cuando regreses tendré preparado mi barco para zarpar. Me acompañará a Gaza y me servirá para localizar a su pueblo. Toma este collar de oro, enséñaselo y dile que es un regalo de mi parte, que quiero pedirle excusas por mi comportamiento de esta noche, pero que estoy tan avergonzado que no me he atrevido a entrar, que he preferido esperarla en ese pequeño oasis cercano a sus jaimas. Allí nunca hay nadie y es donde deberás apresarla; te será fácil engañarla, porque te seguirá donde vayas con tal de quedarse con el collar.

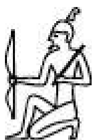
—Como quieras. —No hizo preguntas.

El verdadero motivo del interés de Antígono era otro muy distinto. Quería conocer a los thamudíes porque tenía que hacerles una proposición muy importante. Sabía de su existencia, pero no de la manera de acercarse hasta ellos. Fue Kamala quien le dio la idea mientras hablaba con ella. Su sagacidad le indicó que aquella mujer era mucho más que una simple desertora thamudí que un buen día decidió abandonar su poblado para conocer otra forma muy diferente de vida. No era posible creer que le permitieran abandonar su pueblo si no existía una poderosa razón. Durante los muchos años que estudió sus costumbres, sus extraordinarias cualidades que los hacían invisibles en el desierto y los territorios donde solían deambular, llegó

a la conclusión de que aquel pueblo no hacía las cosas sin una buena razón. Tenía que encontrar el motivo de la presencia de Kamala en La Jaima Roja, y aprovecharlo en su favor. En los numerosos viajes que hizo por los desiertos libio y sirio, nunca consiguió ni tan siquiera verlos de lejos. Pero ahora tenía la ocasión de conocerlos, una oportunidad única que aquella noche decidió aprovechar con todas sus consecuencias.

3
Actual Bengasi.

Capítulo XIII



Idrias cumplió el encargo de su jefe exactamente como le indicó. Aquel enorme collar de oro macizo hizo maravillas ante una sorprendida Kamala, que no dudó un solo instante en acompañarle a un pequeño oasis cercano compuesto de algunas palmeras, arbustos y cactus. Con lo que no contó Idrias fue con la compañía de tres sirvientes armados que los acompañaron en el corto viaje. En cuanto se aproximaron al lugar donde se suponía esperaba Antígono y comprobó que estaba vacío, comenzó a llamarle y a saludarle con gritos y grandes aspavientos.

—¿Dónde está? —preguntó Kamala.

—¡Allí! ¿No veis que también nos saluda? —contestó Idrias.

—¿Dónde? —volvió a preguntar Kamala.

—Bajo aquella duna de la derecha, al pie del grupo de palmeras de fondo.

Todos miraron hacia el lugar para intentar agudizar más la visión, momento que aprovechó Idrias para lanzar con ambas manos sendos puñales que hicieron blanco en dos sirvientes. Para cuando quiso reaccionar el tercero, ya tenía desenvainada su espada y estaba a punto de asestarle un golpe mortal en el cuello. Kamala espoleó a su caballo para huir de aquella trampa, pero sus esfuerzos resultaron estériles, pues fue alcanzada en apenas treinta metros de distancia. Intentó resistirse, pero nada pudo hacer ante la fuerza de su agresor.

—¿Qué pretendes?

—¡Cumplir con mi trabajo!

—¡Asesino! ¡Cobarde!

—¡Si no te callas te golpearé!

—¿A dónde me llevas?

—¡Con mi jefe Antígono! ¡Si no haces tonterías no te pasará nada! ¡Si me comprometes o me creas dificultades te llevaré a la fuerza, cueste lo que cueste! ¡Ya has visto lo que soy capaz de hacer!

—¡Está bien, te acompañaré! Pero antes dime qué quiere de mí.

—Te aseguro que no lo sé.

—En cuanto me echen de menos, mis hombres nos perseguirán.

—Para entonces, espero estar muy lejos de aquí. Ahora todo

depende de ti.

A los tres días llegaron a Cirene. Antígono tenía todo preparado para zarpar hacia ese punto de la costa más cercano a Seir, en la parte correspondiente al mar Muerto, para luego continuar por tierra su viaje. Efectivamente, esperaba en su barco deseoso de partir cuanto antes cuando apareció Idrias con Kamala y con dos de sus mejores amigos que había seleccionado para que los acompañaran en este viaje, quienes debían cumplir fielmente con su papel de sirvientes, aunque llevaban camufladas sus armas para hacer frente a cualquier eventualidad que pudiera surgir a lo largo del camino, o bien para que les sirvieran de protección, una vez establecidos en el lugar del desierto que eligieran como campamento para quedar a la espera de que aparecieran los beduinos thamudíes.

—¿Te has vuelto loco? —le dijo Kamala nada más verle.

—¡Llevadla al interior de la nave! —ordenó a sus hombres sin contestarle.

Pronto se inflaron las lonas blancas para dejarse empujar por el viento, mientras la quilla de la embarcación se deslizaba sobre el agua para cortarla, a la vez que jugaba con las pequeñas pompas de espuma que levantaba con la proa y las hacía un poco más grandes, cuando se mezclaban con la estela que dejaba tras la popa la presión que ejercía el timón sobre las pequeñas olas que levantaba la propia embarcación en su desplazamiento. Los cabos estaban completamente tensos y se enfrentaron al viento en un intento por no perder el control sobre las velas, que parecían quererse ir con este nuevo amigo que las empujaba desde un costado hacia el horizonte y las engordaba en la parte central de su superficie; esa que en aquellos momentos era la zona que más resistencia le ofrecía.

En cuanto se alejaron de la costa libia, Antígono quiso mantener una conversación con su prisionera.

—Quiero que me ayudes a encontrar a tu pueblo —le dijo.

—¡No sabes lo que haces!

—¡Es posible! ¡Ya veremos!

—¿Pero qué quieres de mí? —le preguntó enérgicamente.

—¡Ya te lo he dicho! Quiero que me lleves hasta tu pueblo.

—¡Morirás por esto!

—No tengo ninguna intención de hacerte daño, pero si me obligas no dudaré. Solo pretendo tener una conversación con el jefe de tu tribu para hacerle una proposición que seguro le interesará.

—Los thamudíes no negocian con extraños, deberías al menos saber eso.

—No negociarán con ningún extraño. ¡Lo harán contigo!

—¡A mí no me conocen de nada!

—¡Basta de hacerme perder el tiempo! Te diré de lo que estoy

convencido para informarte en sus justos términos. No sé el nombre del jefe de tu tribu, pero si no eres su hija, debes de estar muy próxima. Están a una distancia lo suficientemente lejana para que nadie sospeche nada de tu presencia en La Jaima Roja ni te relacione con ella. Sin embargo, si lo ves desde otro punto de vista, también están tan cerca como para presentarse por la zona en cuestión de varias semanas. Tiempo suficiente para atacar esas caravanas que transitan por el desierto libio que esporádicamente reciben ataques de desconocidos que aún nadie ha visto. Tú eres su informadora y quien los avisa de la preparación de las caravanas o de su recorrido, para que luego ellos actúen según mejor les convenga. No tengo ninguna duda de que sabes escuchar muy bien todo lo que se cuenta en tus jaimas. Seleccionas la información, y luego avisas a tu pueblo. Esa es la verdadera razón por la que tus gentes han conseguido sobrevivir al empuje griego sin haberse rendido todavía, porque además de sus innegables habilidades para desaparecer en el desierto, también tienen una fuente de riqueza extra.

—¿Qué quieres? —volvió a preguntar, esta vez resignada ante lo que parecía una rotunda evidencia.

—¡Ya te lo he dicho antes!

—Si quieres dinero, te lo daré. Si me deseas, haré lo que me pidas. Pero no me fío de ti ni de tus intenciones. ¡Prefiero estar muerta a traicionar a los míos!

—Tenemos un largo viaje por delante, espero convencerte para que cambies de opinión antes de que lleguemos.

—¡Jamás! Nunca pondré en juego la vida de mis hermanos.

En la ciudad de Gaza adquirieron nuevos caballos de refresco, pero ante la negativa de Kamala de colaborar, y después de múltiples intentos por contratar a un guía, al final consiguieron convencer a un pastor de la zona llamado Samir para que los llevara a través del desierto a cambio de una buena suma de dinero, que seguro solucionaría su precaria situación familiar. No encontraron a ningún otro que quisiera acompañarlos, porque además de las muchas supersticiones que corrían acerca de los fantasmas que allí habitaban, no gustaba recorrer la zona por el elevado número de caravanas que habían desaparecido sin dejar huella alguna. Sin embargo aquel hombre contaba con siete hijos, de catorce años el mayor y el pequeño recién nacido, que quedaron huérfanos con el nacimiento de este último hermano. Hombre de poca estatura y de menos palabras, tenía marcado sobre su piel el azote implacable del viento en forma de profundas arrugas que recorrían la totalidad de su cara, solamente camufladas por una corta barba blanquecina que le añadía aún muchos más años a su apariencia, y que contrastaba con su tez morena abrasada por el sol ardiente del desierto. Sus pequeños ojos

negros, ocultos tras unas pobladas cejas muy canosas, apenas parecían poder abrirse, y sin embargo, no perdía detalle de nada. Enjuto, consumido por el tipo de vida que llevaba, enseguida comprendió el lugar donde querían ir los extranjeros, y no se sintió muy conforme con sus deseos. Pero era tanta la necesidad, y tan pocas las oportunidades de salir de aquella miseria, que a pesar del riesgo aceptó el encargo.

—No sois vosotros quienes me habéis convencido, han sido las miradas de mis hijos cuando salgo muy temprano en busca de algo que llevarles a la boca —les dijo en el momento de acceder a acompañarlos.

—No te arrepentirás —contestó Antígono.

—Lo que te pido es que les dejes la mitad de lo prometido por si no regreso.

—¡Hecho!

Antígono se dirigió en privado a Idrias, y le ordenó que se quedara en la ciudad por un par de días a la espera de averiguar si alguien los perseguía.

—¿Pero no es mejor que uno de los hombres se quede? —preguntó algo contrariado.

—Me han dicho que ninguno de ellos sabe seguir un rastro. Si los dejamos en Gaza, luego no sabrán encontrarnos; hasta es posible que se pongan nerviosos y hagan alguna tontería o hablen demasiado. Prefiero que te encargues de esto y nos alcances cuando estés seguro de que no corremos ningún riesgo.

Cuando se adentraron en las inmediaciones del desierto por la zona de la franja de terreno que separaba el mar Rojo del mar Muerto, comenzaron a distinguir a lo lejos unas masas rocosas amenazantes que parecían ser su destino. Al principio, las tierras parecían fértiles y el clima muy suave; pero conforme avanzaron se tornaron estériles y secas. También les impresionó la extraña combinación de arena por doquier sobre la que de repente, en algún altiplano, se mostraban oteros aislados que parecían ser los guardianes de estrechos desfiladeros, que a su vez daban acceso a formaciones de grandes cañones por donde muchas veces debían discurrir a lo largo de su recorrido, mientras hacían todo el ruido posible con el fin de llamar la atención de aquellos que no querían ser localizados. Las noches, siempre frías, no dejaban otra opción que no fuera encender un fuego para intentar calentarse a la intemperie, pero siempre permanecieron expectantes a la posible aparición de algún grupo de beduinos. Y en cada momento de la jornada, siempre viento; un molesto compañero perenne de viaje que les cegaba y en muchas ocasiones les hacía confundirse de camino, pero que a Antígono le servía para recordar las advertencias de Kamala, quien permanecía en permanente silencio

desde que llegaron a Gaza aunque en sus grandes ojos negros se reflejaba el inmenso odio que sentía por su raptor.

Habían transcurrido varios días y ya parecía que pudieran tocar aquellas montañas que al principio vieron tan lejanas. Los cerros comenzaron a motear con más frecuencia el paisaje árido, señal inequívoca de la proximidad de la soberbia cadena montañosa que se alzaba frente a ellos, igual que si de una muralla inexpugnable se tratara, y que parecía hacer las veces de límite de aquel gigantesco corredor natural por el que debían transitar.

—¡Ahora comprendo el sentido del viento para los beduinos! —exclamó Antígono.

—¿Por qué? —preguntó uno de los acompañantes.

—¡Porque si no aprendes a servirte de él, acabas loco!

Sin embargo, conforme se acercaban a lo que inicialmente creyeron iba a ser su meta final, pudieron comprobar la existencia de profundas gargantas que los conducían hacia parajes fantasmales que los dejaron muy impresionados.

—¡Señor, esto es una ratonera! —señaló uno de los acompañantes.

—¡Si nos atacan aquí, no podremos ni defendernos! —indicó el otro.

—¡Tenéis razón! ¡Debemos salir cuanto antes de estos desfiladeros! —ordenó Antígono mientras espoleó a su montura.

Después de un rato en que forzaron a los caballos para que fueran al galope a través de estrechos desfiladeros, se encontraron al otro lado con una planicie desolada que se perdía más allá de lo que la vista era capaz de abarcar, pero con una sorpresa que ninguno habría imaginado al comenzar el viaje. Sobre algunas de las caras ocultas de la cadena montañosa localizaron varias casas y un edificio que se parecía a un templo, todos picados sobre la misma roca, que en tiempos debieron de servir a alguna tribu que dominó aquel territorio.

—Parecen estar abandonadas —señaló uno de los acompañantes.

—Es lo que queda de una gran civilización que se asentó aquí en la noche de los tiempos, cuando los hombres eran errantes —los informó el guía Samir.

—¿Podemos entrar?

—Yo nunca me he atrevido.

—¡Vamos! Pero tened sumo cuidado no vayamos a caer en una emboscada —les indicó Antígono.

—¿Qué temes? —preguntó Samir.

—Que ahora nos observen y que interpreten que profanamos sus casas y templos. Si eso ocurriera, seguramente no viviríamos para contarlo mañana.

—Yo no he visto a nadie —dijo un acompañante.

—Yo tampoco —añadió el otro.

—Eso es precisamente lo que más me preocupa, que no hemos visto

ni oído nada ni a nadie. Eso quiere decir que alguien está muy cerca. Pero tampoco puedo resistirme a pasar de largo sin inspeccionar el interior de estas construcciones. ¡Vayamos! —los animó Antígono.

—¡Razón no te falta! Muchos años he pastoreado por aquí, y jamás he visto a nadie. Sin embargo, sí que he sentido la presencia de extraños —añadió Samir.

—¡Si entráis, moriréis! —les advirtió Kamala.

Se situaron delante de una gran roca sobre la que se había horadado una bella fachada similar a cualquier templo de los muchos que ya conocían, con la salvedad de carecer de los huecos correspondientes a ventanas. Una sola entrada era el único acceso posible, el resto era pura talla decorativa sobre la misma piedra. Ayudados por varias antorchas se adentraron para inspeccionar su contenido.

—¡Aquí no hay nada, esto lleva muchos años abandonado!

—Es mucho menos profundo y más pequeño su habitáculo de lo que parece desde fuera —dijo Samir, quien entraba por primera vez.

—Da la impresión de que estas construcciones importaban a sus dueños en cuanto a sus fachadas, porque estaban hechas para ser admiradas desde afuera. De todos modos, se nos ha hecho muy tarde y creo que es mejor que nos quedemos aquí. Este lugar nos servirá para pasar la noche al resguardo —les indicó Antígono.

El viento silbaba con fuerza cuando chocaba contra los bordes de los muros o penetraba a través de la abertura de acceso. De vez en cuando, aparte del crepitar de las ramas secas de la pequeña hoguera que encendieron para calentarse e iluminar el recinto, se oían ruidos extraños que en el silencio nocturno, y ayudados por la inevitable imaginación, parecían cuerpos que se arrastraban hacia su posición; parecían enemigos que estuvieran a punto de entrar para apresarlos.

—¿Habéis oído eso?

—Sí.

—¿Qué será?

—¡No os preocupéis! Son los desprendimientos de la erosión que produce este espantoso aire. Si nadie se preocupa de mantener estas fachadas, terminarán por desaparecer y no quedará más que un triste recuerdo de lo que llegaron a ser en una época remota —les explicó Antígono.

A la mañana siguiente continuaron el viaje. De vez en cuando, localizaban algunas otras construcciones similares, pero todas con el mismo resultado de abandono, incluso, en mucho peor estado de conservación. Pero al menos, sabían que algunas noches tendrían un lugar donde podrían cobijarse.

Ocurrió que en el octavo amanecer desde que se adentraron en el desierto, al intentar salir de uno de los provisionales refugios que localizaron en una de las abandonadas excavaciones realizadas sobre

aquellas grandes masas de rocas, se encontraron delante de la apertura con una docena de individuos montados en camello que los esperaban en formación de semicírculo, lo que taponaba cualquier intento de salida o de huida. Iban cubiertos de pies a cabeza por mantos que se cruzaban entre sí, lo que solo permitía dejar al descubierto la zona de los ojos. Era la primera vez que veían semejantes atuendos por lo que tuvieron un momento de vacilación, amén de la sorpresa inicial de la que todavía no se habían repuesto. Después de unos minutos de incertidumbre, tomó la palabra Antígono.

—Saldré a hablar con ellos —dijo.

—¡Espera! ¡Iré yo! Es posible que alguno de ellos me reconozca de mi época de pastoreo por esta zona y quiera hablar conmigo —intervino Samir.

—No me parece buena idea, si algo te ocurriera no sabríamos regresar —afirmó Antígono.

—Si los convenzo de que somos gente de paz tendremos alguna posibilidad de salir con vida; en caso contrario, moriremos atrapados en esta madriguera porque nos cazarán como a conejos en cuanto intentemos escapar —contestó Samir.

—¡Dejadme que salga yo para hablar con ellos! —solicitó Kamala.

—¡De ninguna manera! ¡Si te dejamos salir, en verdad que estaremos muertos mañana! —contestó Antígono.

—Tenemos comida y bebida para aguantar algunos días —indicó uno de los acompañantes.

—Saben que somos cuatro y una mujer; pero además, ellos necesitan para subsistir la cuarta parte que nosotros. Tened en cuenta que están descansados porque se turnan para vigilar y reponer fuerzas —indicó Samir.

—¡Pues nosotros vamos a hacer lo mismo! —comentó uno de los amigos de Idrias.

—Solo tienen que esperar a que desfallezcamos. No se atreven a entrar porque algunos de ellos caerán en el ataque; en cambio, prefieren que intentemos salir para que seamos nosotros quienes nos pongamos al descubierto. Es cuestión de tiempo que caigamos en su poder como fruta madura —reflexionó Antígono.

—¡Hay que hacer algo! —exclamó el otro acompañante.

—¡Está bien, sal! Pero quiero que les digas que admiramos su fortaleza y la forma de enfrentarse a las inclemencias del desierto, que venimos con respeto para aprender de sus costumbres y de su forma de vida —le indicó Antígono.

—Así les diré —contestó Samir.

—¡Acompáñale! —ordenó Antígono a uno de los sirvientes.

El hombre se dispuso a coger una espada que llevaba camuflada entre sus pertenencias, pero Antígono le hizo una señal negativa con

la cabeza para que la dejara en su sitio. Enseguida comprendió que si acudía armado sería mucho más difícil que creyeran en sus buenas intenciones. Salieron los dos hombres muy despacio mientras eran observados por el grupo de beduinos, quienes no hicieron el más mínimo gesto. Samir se acercó con cautela y comenzó a explicarles quiénes eran y el motivo de su presencia en sus territorios. Le dejaron hablar todo el tiempo que quiso, después uno de ellos le contestó y le hizo un gesto para que se marcharan con los que aguardaban en el interior de la construcción. Cuando se volvieron, acribillaron a flechazos al acompañante, quien de inmediato quedó tendido sin vida sobre aquel pedregal arenoso que servía de rellano a la entrada de la abandonada edificación. Samir aceleró el paso pues pensó que sería el siguiente en caer; sin embargo respetaron su vida, quizás para que les sirviera de intérprete, o tal vez, porque le reconocieron algunos de los hombres enmascarados.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué te han dicho? —preguntaron los dos que permanecieron en el interior, asombrados por la reacción de los beduinos.

—Uno de ellos me ha dicho que todos los que se han interesado por sus costumbres y por sus secretos luego han querido someterlos por la fuerza. Que por culpa de extranjeros como vosotros han perdido a tantos familiares que las tribus están diezmadas y al borde de la desaparición. Que la mejor manera de proteger lo que les queda es evitar que vuestros ejércitos tengan guías que los traigan hasta sus dominios. Lo último que me ha dicho es que sin agua no hay victoria posible en el desierto.

—¡Estamos perdidos! ¡Nunca nos dejarán salir! —exclamó el sirviente que quedaba con vida.

—Ellos saben que podemos aguantar aquí dentro un máximo de tres días; ese es el plazo que esperarán, y seguramente alguno más hasta cerciorarse de que no nos quedan fuerzas para defendernos cuando entren —señaló Samir.

—Pues ese es el plazo que tenemos para encontrar una vía de escape —los animó Antígono.

—¡No te esfuerces! No hay otra salida —dijo Samir.

—¿Cómo lo sabes, si nunca habías entrado en estas construcciones? —le preguntó intrigado Antígono.

—Lo sé porque en ninguna de las que hemos visitado he sentido sobre mi piel el menor roce de ventilación, eso quiere decir que si no hay corriente de aire, entonces no existe otra salida. No tengo conocimientos, pero en cuestiones de supervivencia soy el mejor —contestó Samir.

—¿Y si excavamos desde dentro? —preguntó el sirviente.

—Tienes tres días para trabajar sobre piedra dura, no creo que

llegues muy lejos —contestó Samir.

—¿Podemos negociar? —preguntó Antígono.

—No quieren llegar a ningún acuerdo, su respuesta la tiene en su espalda ese pobre infeliz —contestó Samir señalando al sirviente muerto.

Los dos primeros días de reclusión forzosa en el interior de la roca discurrieron con bastante tensión, pues no hubo ninguna comunicación por parte de los beduinos. Sus planes parecían cumplirse tal como lo había anunciado Samir; su única estrategia era la espera. Permanecer inmóvil bajo el sol en las horas centrales del día debía de resultar abrasador, y sin embargo, ninguno de aquellos hombres se movía de su posición. Solamente cuando comenzaba a atardecer se turnaban en guardias para controlar que los prisioneros no abandonaran su encierro, porque sabían que con la llegada de la noche sus posibilidades de escapatoria se reducían enormemente.

—Creo que nuestra única posibilidad es atacarlos de noche, que es cuando nos vigilan pocos efectivos —opinó Antígono.

—Tenemos las mismas posibilidades que por el día. Los beduinos siempre duermen vestidos cerca de sus monturas; sin animales que nos lleven nos cazarán cuando quieran. Es posible que nos dejen vagar hasta que el agotamiento y la sed acaben con nosotros, porque les divierte ese juego de ver morir a sus enemigos ante las dificultades que presenta su territorio; eso les hace sentirse mucho más fuertes. Desde luego, ninguno se arriesgará a sucumbir en una pelea —contestó Samir.

—Yo prefiero morir fuera —opinó el sirviente.

—También yo —secundó Antígono.

—¿Qué proponéis? —preguntó Samir.

—Mañana por la noche, antes del amanecer, saldremos armados y acabaremos con los que estén de guardia; luego, tengamos o no los camellos en nuestro poder, cada uno partirá en una dirección diferente para obligarlos a que tengan que dividirse —propuso el sirviente.

—No me parece buena idea —observó Antígono.

—¿Por qué?

—Porque también dividimos nuestras fuerzas; los tres juntos aún podríamos defendernos, pero por separado no tenemos ninguna oportunidad. Ellos conocen mejor que nadie el desierto y mucho más su territorio; conocen la ubicación de los pozos y a dónde nos conducen cada una de las direcciones que podemos tomar desde aquí, además son cuatro para cada uno de nosotros. No veo posibilidad alguna de éxito —explicó Antígono.

—¿Entonces?

—¡Prefiero acabar aquí y cuanto antes! Al menos les causaremos algunas bajas y nos evitamos el padecimiento de morir bajo el sol por

falta de agua. Si alguno puede salir con vida de este infierno, ese eres tú —se dirigió a Samir.

—El pozo más cercano está a dos días completos a camello en dirección hacia el Oriente; como ves, es imposible llegar a pie —informó Samir.

—¡Lo haremos en el próximo amanecer y los dioses decidirán sobre nuestro destino! —los arengó Antígono.

—¿Y tú no dices nada? —preguntó Samir a Kamala.

—Lo que yo diga ahora carece de importancia. Ya os avisé de esta imprudencia.

—Podías al menos ayudarnos —reprochó el amigo de Idrias que quedaba con vida.

—Me habéis obligado a elegir entre vosotros y mi pueblo; este es el resultado.

Después de maniatarla, los tres hombres estaban preparados para salir de un momento a otro a enfrentarse contra sus carceleros; esperaban a que hubiera un poco más de claridad para ser lo más certeros posible en los primeros golpes, pues quizás no tendrían una segunda oportunidad. De todas formas, eran conscientes del grado de dificultad que tendrían tan solo para acercarse hasta sus posiciones.

—Me preocupan sus arcos, para evitarlos debemos salir rápidamente y cada uno se dirigirá hacia ellos por un lado diferente, así crearemos algo de confusión. No debéis permanecer quietos en ningún momento, pues acertar un blanco móvil es mucho más difícil. Tampoco debéis ser previsibles en la dirección a seguir, moveros en zigzag —les aconsejó Antígono.

Les temblaban las manos y piernas antes de salir al exterior, los nervios atenazaban sus dedos y apenas podían mantener sus espadas con las puntas hacia el frente.

—¡Qué bien me vendría ahora un escudo macedonio! —exclamó el fornido acompañante que había elegido Idrias.

—¡No pienses en ello! ¡Concéntrate en el arma que tienes y en lo que puedes hacer con ella! —le sugirió Antígono.

—No te preocupes por mí, sabré estar a la altura —contestó.

—¡Suerte! —les deseó Antígono.

Estaban a punto de salir cuando Antígono los frenó en seco.

—¡Esperad! Dejadme que eche un último vistazo para ver sus posiciones.

Antígono medio se asomó desde dentro para no dejarse ver y así poder jugar con el factor sorpresa en su ataque. Pudo comprobar la existencia de tres centinelas de guardia y que el resto descansaba bajo unas tiendas muy precarias que se habían preparado para resguardarse del relente de la fría noche. La distancia que los separaba de los centinelas resultaba ser lo suficiente como para que pudieran realizar

un disparo con los arcos antes de que llegaran hasta ellos. Si sus carceleros no acertaban a la primera, podrían tener alguna posibilidad de entablar pelea con ellos, pero el problema consistiría en la reacción de los que descansaban. Avisó a sus compañeros, y acto seguido se prepararon para coordinar una rápida salida; después, una vez fuera, tendrían que valerse de sus fuerzas para vender caras sus vidas.

—¡Cuando estemos en el exterior, que sea el destino quien decida sobre nuestro futuro! —fueron las últimas palabras de Antígono antes de abandonar el interior de la construcción.

Sus compañeros salieron tras él todo lo deprisa que pudieron, en el más absoluto de los silencios, pero los gritos de los guardias enseguida despertaron a los otros. No se inmutaron por tal circunstancia, ya que habían tenido en cuenta esa adversidad, por lo que siguieron adelante sin detenerse lo más mínimo; sabían que los primeros instantes de confusión eran cruciales para realizar su estrategia con alguna posibilidad de éxito, tal como la planeó Antígono. Enseguida debieron sortear un primer flechazo, y después corrieron lo más rápidamente que pudieron hasta llegar a la altura de los centinelas para no darles opción a una segunda intentona, con quienes iniciaron un combate cuerpo a cuerpo con sus respectivas espadas. Los que dormían, todavía iluminados por los destellos de la hoguera que les sirvió para calentarse durante la noche, se incorporaron rápidamente para coger sus armas; no pudieron utilizar sus arcos por miedo a herir a sus propios compañeros, por lo que decidieron acudir en su ayuda con las armas cortas, en una pelea que se presentaba de todo punto desigual en su favor. En ese preciso instante, antes de que se pudieran incorporar, dos de ellos recibieron, casi simultáneamente, sendas heridas mortales producidas por saetas que los alcanzaron en el tórax y los dejaron tumbados sobre el improvisado lecho que habían utilizado para descansar. Al ver a sus compañeros caídos, la confusión entre los thamudíes fue total, pues no sabían desde dónde eran atacados ni por quiénes. No obstante, lo primordial era armarse convenientemente y protegerse de ese inesperado ataque. Dos de ellos volvieron a sucumbir ante aquella precisión mortal que hizo blanco sobre sus espaldas y les obligó a desplomarse encima de la hoguera y en el lugar donde tenían atados a los animales respectivamente. El sol ya había levantado ligeramente su ángulo de inclinación, por lo que los últimos disparos fueron claramente localizados; provenían de unas rocas cercanas en su retaguardia, a una escasa altura, un poco por encima del nivel del campamento, y más bien parecían haber sido efectuados por un solo hombre extremadamente rápido en el uso del arco. Con más luz natural, a los cinco que aún quedaban en pie les dio tiempo para montar sobre sus camellos, en un intento por eliminar a quien tanto daño causó entre sus filas. Pero el arquero no estaba

dispuesto a dejarles tomar su posición, y en apenas unos instantes, volvió a realizar dos nuevos disparos, esta vez dejándose ver, que impactaron de lleno en el cuerpo de dos de los jinetes quienes, aunque no cayeron de sus monturas, quedaron heridos e incapaces para proseguir con el combate. Aquella demostración de habilidad disipó todas las dudas de los atacantes. Dos de ellos tiraron sus armas al suelo, se pusieron delante y levantaron los brazos en señal de rendición; pero aquel truco lo conocía demasiado bien el arquero, pues lo que querían en realidad era taparle la visión para que el tercero diera inmediatamente la vuelta y así pudiera escapar. Quien tan providencialmente los había ayudado, quiso salir tras el que pretendía huir, pero prefirió controlar a los que se habían rendido. Enseguida, Antígono y sus acompañantes se hicieron los dueños de la situación y apresaron a los guardias, que al verse en minoría prefirieron imitar a sus compañeros y abandonar la lucha. No obstante, hasta entonces no se percataron de que el amigo de Idrias no los había advertido de que llevaba una flecha clavada en un costado que no tenía buena pinta. A pesar de los intensos dolores, los tres quisieron agradecerle la oportuna intervención a ese desconocido, que aún no había desmontado de un precioso caballo negro azabache. Era un hombre totalmente cubierto desde la cabeza hasta los pies y se acercaba con bastante lentitud, impropia de alguien capaz de realizar la proeza que acababan de presenciar, sin dejar de apuntar con su arco a los beduinos, quienes parecían estatuas de sal. Después de maniatarlos, cuando se encontró frente a ellos, Antígono comenzó a hablar con su salvador.

—¡Te debemos nuestras vidas! ¡Tu ayuda ha sido providencial! ¡Manejas el arco con la misma destreza que alguien que conozco!

—¡Por todos los dioses que así lo puedes jurar! —contestó el arquero.

—¡Esa voz! —exclamó Antígono.

—¡Sí, soy yo! —contestó el desconocido a la vez que se destapaba la cara.

—¡Idrias! —gritó de alegría Antígono al reconocerle.

—¡Menos mal que dejasteis un rastro capaz de seguir un niño!

—¡Esa era la idea! —contestó Antígono.

—¡Hemos tenido mucha suerte, pero aún corremos mucho peligro! —los informó Samir.

—¡Lo sé! El que ha escapado volverá con más hombres —aseguró Antígono.

—Los beduinos suelen dejar escondido a un hombre que se encarga de avisar si las cosas van mal. Por tanto, si han actuado así, tenemos a dos que han escapado. Uno nos seguirá los pasos, mientras que el otro correrá a avisar de lo ocurrido —los informó Samir.

—Entonces, tendremos que darnos prisa para salir de aquí cuanto antes. Me contaréis por el camino de vuelta qué os ha ocurrido —dijo Idrias.

—¡No vamos a salir de este desierto! —contestó Antígono.

—¿Cómo? Pero ahora debemos salir cuanto antes de aquí, no sea que vuelvan los beduinos con refuerzos —los informó muy extrañado Samir.

—No creo que vuelvan, su campamento debe de estar demasiado lejos —contestó Idrias.

—Nadie sabe dónde acampan los thamudíes —insistió Samir.

—Tu hombre lleva clavada una flecha en el costado, y si no conseguimos sacarla ahora mismo morirá por el camino —le informó Antígono.

Mientras calentaron agua y quemaron las hojas de varios puñales, los más finos que pudieron encontrar, con la intención de extraer la punta de la flecha, Antígono soltó a Kamala. Le puso al día de los últimos acontecimientos y también le explicó la delicada situación en que se encontraban. Ella permaneció callada, pero salió al exterior para ver con sus propios ojos el estado de los beduinos abatidos. Comprobó que cuatro estaban muertos, cinco apresados, dos heridos y uno huido. Enseguida se dispuso a atender a los hombres de su propia raza, sin que nadie le opusiera la menor resistencia.

—Dime, Samir, ¿a cuánto está el pozo más cercano? —preguntó Idrias.

—A dos días. Pero ellos conocen pozos secretos y otras maneras de obtener agua.

—¡Está bien! Pero tenemos que extraer la punta de la flecha antes de que se mezcle con su sangre y muera sin remedio —indicó Antígono.

—¡Yo se la sacaré! —contestó Idrias.

—¡Puedo hacerlo yo también! —indicó el propio Samir.

—¿Qué experiencia tienes? —le preguntó Idrias.

—He curado muchas veces a mis ovejas de heridas de flechas —contestó el guía.

—Pero esto no es una oveja, es un hombre que además es amigo mío. Ya he perdido a uno y no quiero perder a otro, ¿lo entiendes? —replicó Idrias visiblemente molesto.

—Solo quiero ayudar, no pretendo contrariarte —contestó Samir con humildad.

—¡Lo sabemos! Disculpa a Idrias pues está muy enfadado —intervino Antígono.

—Creo que es mejor que me encargue yo —tomó la palabra Kamala.

—¿Eres de fiar ahora? —le preguntó Idrias.

—No tienes muchas más opciones. No tengo nada en contra de este

hombre; además, piensa que me interesa que viva porque así os retrasará la marcha y mi pueblo os alcanzará antes —contestó Kamala con una frialdad impresionante.

—¡Tiene razón! No le conviene que muera, hará todo lo posible porque viva —intervino Antígono.

—¡Hazlo! —le invitó Idrias.

—Te ayudaremos en lo que necesites, intenta que pierda poca sangre para que pueda viajar. Recuerda que te vigilo muy de cerca —contestó Antígono.

Sin embargo, y a pesar de los múltiples intentos por llegar hasta la punta de la flecha, resultó misión imposible, ya que se encontraba alojada demasiado profundamente y las costillas no permitían su manipulación sin tener que destrozar otros órganos vitales que comprometían la vida del herido.

—¡No puedo hacer nada por ti! —le dijo Kamala después de varios intentos que resultaron inútiles.

—¡Ya me he dado cuenta! ¡No sigas hurgando porque no sé si podré aguantar más dolor! De todos modos, ya he vivido lo suficiente y me he divertido más que muchos de los que conocemos, ¿verdad? —contestó a la vez que miraba a su amigo Idrias, quien asentía con la cabeza.

—¡No quiero engañarte! ¡No llegarás a tiempo a ningún sitio con esa fea herida! Has perdido mucha sangre y no se ha conseguido taponar del todo la hemorragia que tienes por dentro —le informó Antígono.

—¡No pienso quedarme aquí! Os acompañaré mientras aguante. Luego, cuando ya no pueda más, me dejáis bajo una buena sombra, en algún lugar donde pueda esperar a que venga a buscarme la muerte.

—¡Pues si así lo quieres, partamos cuanto antes! Aquí corremos peligro, porque este sitio tiene mala defensa —le informó Idrias.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Kamala al herido al darse cuenta de que aún no conocía su nombre.

—¡Me llamo Anastasios!

—¡Tu herida es mala!

—¡Lo sé!

—¡No puedo hacer nada para aliviarte los dolores!

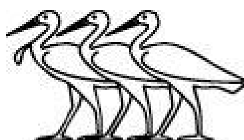
—No te preocupes, pronto cesarán.

—¡Eres en verdad un hombre valiente!

—¡Gracias!

Anastasios contestó resignado, pues era perfectamente consciente de la realidad de su estado físico, e interpretó aquel piropo como una despedida anticipada de una mujer que quiso ser amable con él y hacerle lo más llevadero posible los últimos momentos de vida.

Capítulo XIV



Acompañados de sus prisioneros los cinco se alejaron lentamente del lugar, instante que aprovechó Antígono para preguntar a Idrias sobre lo inesperado de su presencia en pleno desierto, justo en el lugar en el que más se le necesitaba.

—Todavía no puedo creer que hayas aparecido en este recóndito lugar. Tienes que explicármelo todo con detalles.

—¡Debes saber que no estoy dispuesto a perderte! Eres el mejor jefe que jamás he tenido, y además, me pagas muy bien. Cuando me dejaste en Gaza, tal como me pediste, esperé dos días para comprobar si alguien nos seguía la pista. En el puerto permanecí a la espera de que llegaran otros barcos pero solo trajeron mercancías, ninguno preguntó por Kamala ni por ti. Tampoco me encontré con patrullas que os buscaran, por lo que decidí seguiros el rastro. Tu idea de venir solo hasta aquí no me gustó, aunque estuve tranquilo al conseguir que aceptaras como acompañantes a mis dos mejores hombres.

—¿Has venido solo? —preguntó Antígono.

—¡Sí! Si hubiera venido acompañado me habrían localizado igual que a vosotros. Por eso, cuando encontré vuestras huellas me limité a seguiros a cierta distancia. He procurado viajar de noche, de día me he escondido para evitar que descubrieran mi posición. Ha sido fácil, pues los thamudíes estaban muy confiados y no he tenido más que seguir el resplandor de vuestras hogueras y también las de ellos. Creo que a partir del quinto día de adentraros en el desierto comenzaron a vigilaros. Luego, dejaron que llegarais hasta las construcciones; después os bloquearon y se sentaron a esperar vuestra salida o a que se os acabaran las provisiones.

—¿Dónde estabas tú?

—Me extrañó durante los últimos días ver solo el resplandor de una hoguera, y además, no se movía del lugar para avanzar. Pensé que algo había sucedido; pensé que tal vez era la vuestra y que los beduinos no querían hacer fuego para no ser localizados porque estaban demasiado cerca. Entonces tuve que ir con más cuidado por si me descubrían. Cuando llegué hasta aquí, todavía era de noche y se divisaba muy bien su fogata. Llevabais dos jornadas completas

retenidos y me acomodé lo mejor que pude a su espalda para esperar, al igual que ellos, vuestra reacción. Si había un hombre escondido, no conseguí localizarlo, pero él tampoco a mí. Sabía que algo tendríais que hacer para no fallecer inútilmente sin presentar combate; esperaba una iniciativa por vuestra parte que los mantuviera entretenidos el tiempo suficiente para que yo pudiera actuar desde fuera. El factor sorpresa jugó a nuestro favor, algo que nunca imaginaron los beduinos. El resto ya lo conoces.

Al cabo de las dos jornadas siguientes llegaron con Anastasios, ya muy agotado, casi moribundo, hasta una formación caliza que en su parte central presentaba un conjunto de grandes rocas apoyadas entre sí, formando una especie de aljibe natural en cuyo interior encontraron una enorme reserva de agua perfectamente protegida de la dureza del clima. A la entrada dos grandes palmeras, como si de dos colosos protectores se tratara, marcaban el camino de acceso hacia el preciado bien. Nada más penetrar, enseguida notaron un cambio de temperatura; un frescor que facilitaba una mejor conservación del agua y potenciaba el crecimiento de una gran variedad de plantas que convertía en un vergel aquel escondido recinto.

—No veo mejor lugar para esperar a lo que tenga que llegar —señaló Anastasios.

—No me gusta abandonarte a tu suerte tan pronto, todavía puedes aguantar —contestó Idrias.

—Ya estoy muy cansado, no puedo continuar por mucho más tiempo. Me gusta este sitio para esperar. A lo mejor tengo suerte y aparecen beduinos antes de que cierre definitivamente los ojos. Si vienen, intentaré proteger vuestra huida el tiempo que pueda; les haré creer que estáis conmigo y de paso alguno me llevaré por delante. La entrada es pequeña y con un arco puedo hacerme fuerte —los quiso convencer Anastasios.

—Todo el margen que nos consigas será fundamental para salvarnos —le indicó Samir.

—¡Marchaos ya! —les dijo Anastasios.

—¡Me encargaré de que mis hijos conozcan tu sacrificio y te recuerden en sus oraciones para siempre! —le prometió Samir.

—Te lo agradezco, esas cosas siempre vienen bien para un hombre como yo que ha estado tan apartado de los dioses —contestó Anastasios agradecido conforme se estrechaban los brazos.

—¡No os despidáis todavía! —los informó Antígono.

—¿Por qué? —preguntó Samir.

—¡Porque nos quedamos aquí!

—¿Cómo? Si nos quedamos nos localizarán enseguida. Este pequeño oasis es muy conocido por los thamudíes y seguro que vendrán hasta aquí para coger provisiones de agua.

—¡Eso es lo que espero! —replicó Antígono ante el silencio del resto.

Todos permanecieron en silencio, porque ninguno entendió aquella decisión tan ilógica; todos a excepción de Kamala, que por primera vez se le acercó con cierto tono amistoso, aunque no por ello creó confianza en su ánimo.

—Quiero agradecerte que hayas tratado bien a tus prisioneros, mi pueblo lo sabrá valorar, pues no estamos acostumbrados.

—Me gustaría que así lo interpretaran.

—¡Eres un hombre extremadamente raro y complicado! Pero después de convivir contigo algunos días, y de verte actuar, me he dado cuenta de que no haces las cosas sin tener un buen motivo. Sé que ahora también lo tienes, y me gustaría que lo compartieras conmigo.

Aunque Antígono ya no se fiaba de Kamala, decidió que nada se perdía si le contaba la verdad, quizás porque podría servir de intermediaria para que aceptaran una propuesta que quería ofrecerles.

—Necesito hablar con el jefe de los thamudíes y convencerle para que actúe en el desierto egipcio.

—¿Por qué ha de hacer tal cosa?

—Porque está mucho más cerca de Seir, que es su base de operaciones, que el desierto libio, y porque las caravanas que lo transitan son mucho más ricas que las libias y sirias juntas.

—Pero las tropas egipcias controlan mejor su territorio; han dotado al recorrido de muchos puntos de vigilancia y han destinado a muchos soldados para la protección de las caravanas.

—¡Ahí es donde entro yo! Los informaré de cuáles son las que merecen la pena y las que hay que dejar pasar. Actuaré como tú lo haces en Libia; pero con mi ayuda, vuestras ganancias se multiplicarán por cien. Soy capaz de generar información de primera mano muy valiosa, que para un grupo de hombres que sepan moverse en el desierto puede ser de vital importancia. Tu pueblo, conmigo volverá a ser fuerte y poderoso. Tengo planes de cara a un futuro próximo. Tarde o temprano entraré en Alejandría como un hombre rico, y esa será la señal para aumentar nuestras intervenciones sobre las caravanas que pretendan cruzar por territorio egipcio. Hasta que eso no se produzca, los primeros ataques se realizarán de una manera esporádica y se limitarán a seguir mis instrucciones. Nos servirán como muestra para conocernos mejor y comprobar si podemos colaborar conjuntamente.

—¿Por qué un griego quiere que mi pueblo intercepte caravanas en terreno de los Ptolomeos, que al fin y al cabo, también tienen su mismo origen? ¿Es que no sois todos helenos?

—¡Tengo mis razones! De todos modos, los reinos de origen heleno,

como bien dices, si pudieran matarían al vecino con tal de quedarse con sus riquezas sin plantearse ninguna duda sobre la inconveniencia del acto por tener una misma procedencia.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—¿Conoces a alguno de este pueblo?

—¡Yo soy Kamala! La hija mayor del jeque thamudí, Darak El Harti, el máximo responsable del pueblo «bedu» en Seir. Sus dominios se extienden por la península del Sinaí, desde el mar Muerto hasta el mar Rojo. Nadie jamás ha conseguido conquistar este territorio, ni el mismísimo Alejandro Magno ni anteriormente los persas ni ahora los Ptolomeos o sirios.

—No he querido dudar de tus palabras. Pero si eso es verdad, te pido que me ayudes para convencer a tu padre. ¡Cuéntale la verdad de mis intenciones! Que lo medite el tiempo que necesite y que luego decida. ¡Estoy dispuesto a esperar el tiempo que sea preciso!

No tuvieron que esperar demasiado tiempo para ser localizados por un grupo perseguidor de beduinos. Kamala enseguida reveló su verdadera identidad e hizo las veces de intermediaria. Gracias a su intervención consiguió que acudiera al lugar su propio padre. Se trataba de un hombre alto y fornido, dotado de una mirada profunda por el tono azulado de sus ojos, con fuertes mandíbulas y una boca de gran tamaño con labios muy finos que dejaban traslucir unos enormes dientes blancos, que resaltaban por el contraste con su oscura piel. Sobre su labio superior, un pequeño bigote poco poblado le daba un cierto aspecto de dignidad tribal. Aquel hombre, gracias a ser un magnífico conocedor de la vida en el desierto, tenía perfectamente bien asumidas sus costumbres ancestrales, y ahora dirigía los pasos de su pueblo por caminos desconocidos para los extranjeros con el fin de convertirlos en beduinos invisibles ante la presión de los ejércitos de los grandes conquistadores; aquellos que cuando entraron en sus perdidas aldeas solamente encontraron terreno baldío y unas cuantas tiendas vacías. Una raza de hombres y mujeres con una capacidad infinita de sacrificio que fueron capaces de soportar condiciones adversas hasta el límite de lo que es humanamente soportable. Si el jeque Darak El Harti tenía una connotación especial que le distinguía del resto de los thamudíes, era que sabía explicar con muy buen criterio las características más destacables de su raza y de las gentes de sus pueblos. Las conocía muy bien y jamás se llevaba a engaño; presumía de sus grandes virtudes, pero también renegaba de sus enormes defectos, los aceptaba en su conjunto como si fueran parte de un juego mortal en el que su pueblo se debatía, desde hacía muchas generaciones, entre la vida y la muerte; entre el subsistir o el extinguirse para siempre.

Padre e hija se saludaron muy efusivamente, pues llevaban muchos

años sin verse. Fue entonces cuando Kamala le relató todo lo que sabía de Antígono y le hizo saber su proposición.

—Ese hombre tiene razón en lo que dice, pero jamás he conocido a un heleno que quiera hacer tratos con beduinos —contestó el jeque.

—Este tiene algo especial que no sabría decir qué es —contestó Kamala.

—¡Quiero conocer a ese hombre! ¡Asegúrale que sus vidas no corren peligro!

Kamala se prestó a quedar retenida para darles mayor confianza y garantía de su seguridad, bajo la protección de la formación rocosa en el interior del pequeño oasis, mientras su padre y Antígono se reunían en el exterior bajo la protección de una jaima preparada para tal encuentro. Para cuando se pudo celebrar, ya había fallecido el herido Anastasios.

—¿Podemos fiarnos de sus promesas? —preguntó Idrias.

—Los beduinos siempre cumplimos con nuestra palabra —contestó Kamala.

—No tenemos muchas más alternativas —les dijo en privado Antígono a sus hombres.

El primer regalo que recibió Darak El Harti cuando se conocieron fue la entrega de los prisioneros beduinos que Antígono mantenía retenidos.

—Agradezco mucho este detalle —afirmó el jeque.

—Lamento que cuatro de tus hombres hayan caído —le dijo Antígono.

—No tienes por qué disculparte. Luchaste por tu vida y ganaste. Tiene mucho mérito vencer a mis hombres en nuestro terreno. Para nosotros es una bendición caer en combate. Sus familias, aunque llorarán en privado las pérdidas, también estarán contentas porque tienen la seguridad de que se volverán a reencontrar para siempre en el paraíso. Por otro lado, en términos mundanos, cometieron un error de exceso de confianza que espero haya servido de lección para el resto de los guerreros. No nos podemos permitir estos fallos pues nos jugamos nuestra propia supervivencia. Incluso las derrotas pueden servir como victorias si se aprende de ellas —razonó Darak El Harti.

—¿Te ha explicado tu hija el motivo de mi presencia en tus territorios?

—Sí, pero no los he entendido muy bien.

—Necesito de tus guerreros para cumplir una venganza contra los faraones Ptolomeos. Sé que nunca tendré un ejército capaz de enfrentarse a los soldados egipcios, por eso quiero golpear donde más daño puedo hacerles: en los envíos de las mercancías más valiosas que puedan debilitar su economía, y que esto a su vez desprestigie la capacidad de Alejandría de garantizar la seguridad de las caravanas

que transitan por su territorio. Los mercaderes afectados procurarán desviar sus productos por otras rutas más seguras, y Egipto perderá su hegemonía comercial. ¡Haré sufrir al faraón y a su familia todo lo que pueda!

—¡Mucho debes de odiar para arriesgarte tanto!

—¡Bien dices! Pero te aseguro que estoy decidido, he valorado el riesgo y lo asumo con todas sus consecuencias.

—¿Cómo quieres que colaboremos?

—Te facilitaré con tiempo suficiente la información de todos los detalles de los envíos que merezcan la pena para que puedas prepararlos. Luego, serán tus hombres quienes actuarán y desaparecerán como fantasmas en la noche. Aquí en Seir nadie se atreverá a perseguiros, este será tu mejor refugio, donde podrás guardar las riquezas que consigas para hacer más grandes y poderosos a los thamudíes.

—¡Déjame el plazo de tres días para contestarte! Mientras tanto, quiero que vengáis a mi poblado para ser mis invitados. No tenéis nada que temer, tienes mi palabra.

—¡Es más que suficiente!

Antígono aceptó encantado porque comprendió que aquel hombre era de fiar y su palabra significaba mucho más que cualquier pacto escrito.

Después de dos días de viaje llegaron hasta el lugar donde el jeque tenía ubicado el mayor de sus campamentos; una agrupación circular de tiendas de color blanco que se encontraban protegidas del azote de los vientos y de largas exposiciones al calor del sol gracias a la existencia de una formación rocosa cuya base era bastante más pequeña que su cima, lo que les permitía levantar sus viviendas bajo los huecos que quedaban al pie de lo que parecía una montaña de roca y arenisca. Un camuflaje perfecto, pues desde arriba no se los veía, y desde abajo era necesario recorrer una distancia muy considerable de desierto abierto que delataba la presencia de cualquiera que transitara por aquellas arenas. Un sitio que además contaba con la existencia de un pozo de inagotable agua que les permitía permanecer ocultos el tiempo que fuera necesario.

Antígono enseguida se dio cuenta de que coincidía en bastantes cosas con la manera de actuar y de pensar de Darak El Harti, por lo que no dudó en preguntarle en la primera oportunidad que tuvo sobre la forma de vida de su pueblo y por otras cuestiones mucho más personales. El jeque se sintió halagado por su interés y fue la primera vez que los asombrados componentes de su guardia personal le oyeron mantener una conversación continuada con un extranjero.

—Mi familia siempre ha mantenido una existencia que combina el poder y algunos sobresaltos, porque tanto el padre de mi abuelo como

mi abuelo y mi padre, fueron también grandes jeques. Aunque no te lo creas, lo cierto es que mi raza siempre ha estado ligada, de una manera u otra, al reino de los antiguos faraones. Nosotros creemos que ya estábamos aquí cuando se estableció el primer reino faraónico. Luego, los egipcios se hicieron más fuertes e intentaron invadir nuestros territorios, pero perdieron demasiados soldados en estas tierras estériles. Al principio, intentamos prosperar en otros sitios, pero enseguida fuimos temidos y perseguidos por nuestra resistencia ante la fuerza del desierto. Para no llamar la atención, nos hemos visto obligados a diseminarnos en pequeños grupos por los desiertos limítrofes. La mayor concentración de beduinos thamudíes está aquí, en Seir, quizás porque es el único lugar de la tierra donde a pesar de sus importantes inconvenientes nos encontramos seguros. Cuando nos invadió el ejército persa, una parte de mi raza huyó y otros nos quedamos en nuestros asentamientos con la esperanza de que su rey Darío nos considerara un pueblo independiente y nos apoyara con nuestras antiguas reivindicaciones. Pero los vencedores nunca entienden de justicia ajena. Más adelante, cuando apareció Alejandro Magno con sus tropas, tampoco nos escuchó y se limitó a cruzar por nuestro territorio, pues lo consideró extremadamente caluroso y pobre.

—El macedonio debió de pensar que aquel que sabe soplar y se quema la lengua es porque quiere. Por eso se alejó sin molestaros —contestó Antígono.

—Así han pasado unos y otros, pero ninguno se ha quedado. Gracias a sus idénticas reacciones, comprendimos que aquí era el único sitio donde no nos perseguirían; el único lugar de la tierra que no quieren para vivir.

—¡Interesante reflexión! —exclamó Antígono.

—¡Pero basta de conversación! Tengo una sorpresa para ti y tus hombres —le invitó a sentarse alrededor de un gran fuego.

—Dime una última cosa —se dirigió a él Antígono.

—¡Pregúntame!

—¿De dónde viene ese color azulado de vuestros ojos?

—Nadie lo sabe. Solo te puedo contar que la tradición nos ha enseñado que mi raza es la más antigua de la tierra. Unos dicen que somos los primeros descendientes de los dioses, y como señal de ello nos pusieron en los ojos una tonalidad azulada para diferenciarnos del resto de los mortales.

Tal como les había anunciado, la sorpresa estaba a punto de aparecer. Un grupo de mujeres thamudíes se dispusieron a bailar para los invitados y también permitieron que las observaran un poco más de cerca. Mientras se desprendían de los velos y tules transparentes que complementaban sus coloridas túnicas, se contoneaban al son de

una música dulzona que emitían unos extraños instrumentos de cuerda acompañados por primitivos tambores, panderos y palmas. Para hacer el espectáculo más sensual bailaron descalzas, y así provocaron el entusiasmo de todos los asistentes con aquellos movimientos rítmicos y relajados de manos combinados a la perfección con la pelvis y las caderas, mientras mostraban sus vientres desnudos. Inolvidable visión que a más de uno de los invitados les hizo olvidar que pronto llegaría el momento de regresar.

—¿No reconoces a ninguna de ellas? —le pregunto el jeque a Antígono.

—¡Esa es Kamala! —contestó después de fijarse más detenidamente.

—¡Es la primera vez que mi hija baila para alguien! ¡Eso es mucho honor!

—Y así se lo he de agradecer en cuanto tenga ocasión.

—¡No creo que me hayas entendido!

—Por tu última observación, acabo de caer en la cuenta. Te mentiría si te dijera que no me interesa tu hija. Pero dime una cosa, ¿en qué lugar podríamos encajar los dos juntos? Yo viajo por todo el mundo heleno, y ella permanece al frente de La Jaima Roja.

—Kamala es muy intuitiva, ha debido de apreciar algo en ti que te hace diferente a los demás.

—¿Pero es suficiente?

—No sé si es suficiente, pero he decidido que solo te ayudaré si sellamos nuestra asociación con lazos familiares. Por eso, quiero que te cases con mi hija.

—¡Pero Kamala me odia!

—Ya he hablado con ella y te garantizo que no es odio lo que por ti siente. Debes comprender que ha intentado proteger a los suyos y jamás ha querido traer hasta aquí a extranjero alguno. También sabe que no regresará si no se une contigo. Por su parte, está conforme con mi decisión.

—¡Pero eso suena a una obligación más que a un consentimiento por su parte!

—Nuestras mujeres saben estar a la altura de sus obligaciones, están educadas para hacer lo que más conviene a nuestro pueblo. Al principio, todas protestan seguramente para no demostrar a sus padres ni al resto sus verdaderos sentimientos, pero a la larga son las mejores esposas. Solo hay que tener un poco de paciencia con ellas.

—Pero sin la existencia del amor es muy difícil la convivencia en pareja.

—Esa es una cuestión que debéis solucionar entre los dos, nadie puede intervenir en las cuestiones del corazón. Sí que te diré que no es lo mismo ayudar a un amigo reciente que a un futuro yerno. Nuestras costumbres solo exigen un compromiso formal que se da con la

palabra, el resto ya es cuestión de la pareja. Ya ves que las formalidades no nos gustan demasiado.

—¡Sois muy rápidos en tomar decisiones!

—Debe ser así, porque la vida en Seir no suele ser excesivamente larga. ¡Es uno de los precios que debemos pagar por ser libres como el viento!

El baile terminó, y Kamala se acercó al sitio donde estaba su padre junto con sus invitados para recibir las inevitables felicitaciones. Rápidamente, Antígono cogió su mano para agradecer esa deferencia. La mujer sonrió y procedió a sentarse entre ambos, pero enseguida intervino el jeque Darak El Harti.

—¡Debéis hablar de cosas importantes! Creo que es mejor que abandonéis la fiesta.

—¡Como quieras, padre!

—¡Hasta mañana! —los despidió el jeque.

Se alejaron unos cientos de metros del campamento para poder hablar más tranquilos. Kamala se comportó mucho más complaciente que nunca, y decididamente intentaba mostrar sus sentimientos sin ningún tipo de rubor hacia un Antígono muy sorprendido. Este, que tampoco quiso ocultar que coincidían con los suyos, razonaba de una manera mucho más cerebral que aquella mujer explosiva poseedora de todo un carácter apasionado, tanto para lo bueno como para lo malo. Antígono hablaba sin cesar de los inconvenientes insalvables de una relación en la distancia, y ella solo quería cumplir la voluntad de su padre, y quién sabe si también la suya propia. Durante un rato largo, él hablaba de planes y realidades mientras la mujer solo quería convencerle de sus verdaderos sentimientos. Un atónito Antígono acabada de presenciar cómo una mujer voluptuosa, de férrea voluntad y firmes convicciones, se había transformado, en unas pocas horas, en un ser completamente diferente que ahora le quería demostrar un amor que decía llevaba guardado en su corazón por encima de cualquier otra consideración.

Ante aquella dudosa y posiblemente interesada, pero más que evidente, demostración de pasión, nada pudo hacer el raciocinio de Antígono, quien también se encontraba muy receptivo y deseoso de cerrar un importante acuerdo, por lo que terminó aceptando aquella situación y decidió sucumbir definitivamente a su presión. Quizás la declaración de Kamala fuera absolutamente cierta, aunque tal vez influyó mucho su deseo de salir del desierto de sus padres. En la decisión de él, en cambio, pesó el deseado ejército de guerreros invisibles del jeque Darak El Harti. Lo cierto fue que según las costumbres ancestrales thamudíes, se acababan de comprometer y aquello era motivo más que suficiente para considerarse una pareja en todo el amplio sentido de la palabra. Mañana tendrían tiempo para

confirmar y hacer públicos sus deseos, pero esa noche decidieron hacerla suya para culminar sus promesas con un inconfundible acto de amor.

Ambos se refugiaron en una tienda que las mujeres habían preparado especialmente durante la tarde, sabedoras por experiencia propia de cómo solían terminar este tipo de cuestiones; y en esta ocasión tampoco se equivocaron. Cuando la pareja penetró en su interior, les esperaban lujosos tules de seda que adornaban sus paredes, mientras que el suelo estaba cubierto de gruesas alfombras de múltiples colores y diferentes formas geométricas que trataban de hacer muy confortable su estancia. Una canasta con algunos alimentos y bastantes piezas de dátiles y frutos secos estaban complementados por un pequeño fuego en el centro que servía para mantener caliente la tienda y una tetera que desprendía su inconfundible aroma. Unos lienzos de tupido algodón y unas pieles curtidas esperaban extendidas la presencia de los nuevos amantes. Por entonces, Antígono debía de tener alrededor de unos treinta y ocho años de edad, mientras Kamala entre diez y doce años menos. Sin embargo, se llevó una gratísima sorpresa cuando poco a poco apartó sus numerosos velos para descubrir en su totalidad el cuerpo de Kamala. Si bien era cierto que poseía unos pechos voluminosos, también lo era que mantenía una proporción exuberantemente equilibrada con unas formas redondeadas muy sensuales en caderas, vientre y nalgas. Enseguida se dio cuenta de que tenía frente a sí a una mujer que ganaba muchos enteros al desnudarse, pues los ropajes escondían sus encantos en vez de resaltarlos. Recordó que cuando la conoció en La Jaima Roja le pareció algo gorda; en cambio, ahora que podía contemplarla en toda su hermosura, no podía dejar de reconocer lo sobresaliente que se mostraba en su conjunto.

Dotada de una extremada suavidad en la piel, en contraposición a lo que inicialmente había pensado, esta era de tono claro y contrastaba con el color oscuro de sus ojos y cabellos. La acarició con emoción contenida por el sorprendente descubrimiento que acababa de presenciar; enseguida comprobó para su satisfacción que sus carnes estaban tremendamente prietas y duras, e iban en consonancia con la tiesura de sus pechos, que se mantenían firmes y dejaban admirar en todo su esplendor sendas areolas de buena superficie que contenían unos pezones de importante tamaño. Aquella noche, por indicación de la propia Kamala, Antígono los lamió repetidamente con su lengua a la vez que los succionaba, mientras Kamala se los apretaba para facilitarle la labor, imaginándose que su macho obtenía de ellos el pretendido manjar. La mujer estaba muy excitada y enseguida comenzó a segregar un fluido desde su vagina, que a su hombre le pareció de olor dulce y agradable, circunstancia que ella aprovechó

para restregarse contra las ingles y el pene erguido de su hombre, mientras emitía sonoros gemidos de placer de la misma manera que lo haría una gata en celo.

A la mañana siguiente todo fueron parabienes y buenos deseos dedicados a los recién constituidos como pareja, quienes aceptaron de muy buen grado los presentes que cada cual aportó en la medida de sus posibilidades. Pero de todos los regalos, el más importante fue sin duda el que les entregó el padre de la novia: el compromiso de poner a su disposición a cuantos guerreros thamudíes necesitara para cumplir su venganza. Con la complacencia de Antígono, todavía permanecieron por algún tiempo más en el campamento de Seir, hasta que decidieron que había llegado el momento de regresar para organizar su futuro en común. La despedida del jeque Darak El Harti con su hija fue muy emotiva, posiblemente porque ambos estaban convencidos de que sería muy difícil que volvieran a encontrarse, a pesar de las intenciones que ambos se prometieron. Por su parte, Antígono estaba muy contento porque por primera vez podía afirmar que tenía la ayuda de un ejército dispuesto a sacrificar cuanto fuera necesario por ayudarle. Ya solo le restaba encontrar la forma de llevarla a cabo.

Capítulo XV



Transcurrieron diez años desde que se unieron como pareja, y durante esta década Kamala se volcó desde el primer día en la causa de Antígono, además de colaborar en las actividades que le pidió. No tuvieron hijos, pero la actividad era tan frenética para ambos que ni se pararon a pensar que les hacía falta engendrar alguno. En cuanto a La Jaima Roja, quedó en un segundo plano atendida por un hombre de confianza de ambos, pues con las selectivas intervenciones que les proporcionaba la información de Antígono, el jeque Darak El Harti multiplicó con creces las riquezas que antes obtenía con muchos más ataques, y por consiguiente, asumiendo mayores riesgos. Idrias, por su parte, se convirtió en el máximo responsable de la seguridad de Antígono, y a partir de la experiencia en el desierto de Seir, pasó a ser su inseparable sombra protectora.

Por entonces, ocurrió que en una mañana del final del verano libio, Demetrio el Cireno, el padre de Idrias, comenzó a encontrarse indispuesto. Hizo llamar a su hijo y esperó recostado su llegada sobre un mullido lecho compuesto en su mayoría por paja y heno, además de una buena cantidad de borra mezclada con lana de oveja que hacía las veces de relleno y le daba mayor consistencia y comodidad. Algo debió de presentir el anciano mercader, pues era la primera y única vez que había actuado de esa manera. Efectivamente, su estado de salud empeoró a las pocas horas, y esta vez parecía que los intensos dolores le iban a terminar por consumir antes de que le diera tiempo a su hijo de acudir a su llamada. Aquel día, como tantos otros, había acompañado a su jefe para ultimar unos negocios, por lo que no se encontraba cerca de la casa de Demetrio.

La noticia la recibió en compañía de Antígono, quien sin dudarlo organizó rápidamente las cosas para que pudieran salir de inmediato hacia Cirene. Antes de entrar, los dos se fijaron en que los mirtos que flanqueaban la hacienda de Demetrio no presagiaban nada bueno; esa noche no desprendían su aroma balsámico inconfundible. A pesar de la época del año, todavía estaban muy floridos; y sin embargo, los pétalos miraban hacia el suelo, seguramente porque presentían la llegada de la fatídica muerte de su mejor jardinero. Antes, ya desde

lejos, notaron que algo extraño ocurría en la casa por el inusual movimiento de esclavos, que corrían cargados con grandes ánforas de un lado para otro, y también por el elevado número de antorchas que alumbraban sus exteriores. Estimularon a sus monturas para llegar lo antes posible, porque un presentimiento de intranquilidad los embargó. No se dijeron nada, pero ambos sabían que los dioses reclamaban con insistencia la presencia de Demetrio el Cireno. Pensaron que quizás, con su último soplo de vida, estaba a punto de dar la bocanada final de despedida al mundo de los vivos, por lo que entendieron que tendrían que darse más prisa si querían llegar a tiempo. Iniciaron una alocada carrera cuya meta final era el lecho donde yacía Demetrio. Cuando llegaron aún los esperaba el viejo mercader con los ojos abiertos; había tenido tiempo suficiente para meditar sobre el contenido de lo que debían ser sus últimas recomendaciones. Idrias insistió a Antígono para que le acompañara, porque conocía la gran estima que le profesaba su padre, y este accedió sin reparos.

—¡Pasad y sentaos a mi vera!

Les pidió con voz cansada, pero a la vez se mostró contento por verlos juntos.

—Creo que esta conversación va a ser la última, y quizás también sea muy breve.

—Si hubiéramos sabido que no te encontrabas bien, jamás nos habríamos ausentado —exclamó Antígono.

—¡No tiene importancia! ¡Las enfermedades de los viejos solo sirven para hacer perder el tiempo a los jóvenes!

—¡No hables así! ¡Me duelen tus palabras! —exclamó Idrias con rudeza.

—¡La culpa ha sido mía, pues llevaba varios meses sintiéndome mal y no quise deciros nada!

—¿Pero por qué? —volvió a intervenir Idrias.

—Veros juntos me ha dado mucha felicidad, y de eso es de lo que quiero que hablemos.

—¡Te escuchamos! —intervino Antígono.

—Quiero que me prometas que seguirás los consejos de Antígono y que le protegerás con tu propia vida. Ten fe en sus recomendaciones porque es muy listo y seguro que encontrará la mejor salida para tus problemas. En cuanto a ti, Antígono, solo te ruego que no abandones a Idrias a su suerte cuando yo desaparezca. A lo largo de todos estos años de existencia, lo único que he aprendido ha sido a valorar la importancia que tiene rodearse de gente que te proteja. Este es el principio del éxito y lo que realmente diferencia a los hombres triunfadores del resto de los mortales. Compartir el mérito de las victorias es lo que os hará mucho más grandes que a los demás.

Demetrio dejó de hablar por unos instantes, pues se sentía extremadamente cansado. Cuando se repuso un poco del esfuerzo, pidió que le acercaran un precioso tul que siempre tenía depositado sobre la cabeza y hombros de una estatua que representaba a la diosa Artemis, de la que era muy devoto el viejo mercader. Se trataba de una réplica de la túnica de la diosa en color azafrán con ribetes rojos, que una vez colocada en toda su extensión le llegaba a la estatua hasta las rodillas. Pidió a Idrias y Antígono, su ya hijo adoptivo, que juntaran sus manos derechas con la suya y entrelazó las tres con la preciosa túnica de fina seda.

—Ahora debéis jurar que cumpliréis fielmente mi última voluntad.

—¡Así se hará! —juraron al unísono.

Estaba visiblemente agotado por lo que le dejaron descansar, aunque ninguno quiso apartarse de su cabecera. Al poco tiempo se quedó adormilado, como si hubiera caído en una especie de letargo del que ya no se recuperó. Transcurrieron varias horas más, y aunque el enfermo ya no volvió a conversar, permaneció en todo momento con los ojos cerrados mientras mantuvo una entrecortada y jadeante respiración indicativa de que aún le quedaba un hilo de vida en su interior.

—¿Qué tiene? —preguntó entristecido Idrias.

—¡Nada!

—¿Nada?

—¡Vejez! ¡Solo tiene vejez! Simplemente se acaba su tiempo porque los dioses le reclaman para que acuda a su presencia —contestó con firmeza Antígono.

—Cuando Demetrio muera, ya nada me retendrá en este lugar —afirmó Idrias.

—Mantendrás todo tal como está, todo esto serán tus posesiones.

Aquella noche se presumía muy larga. De madrugada, casi al alba, dio sus últimos suspiros el Cireno. Antígono miró por última vez el cadáver de Demetrio y dispuso que dos esclavos de máxima confianza procedieran a su incineración. El acto se realizó en su huerto, en la más estricta intimidad y sin ningún tipo de ceremonias. Aquello sorprendió a Idrias, quien pensaba en unos fastuosos homenajes.

—Será como si aún estuviera vivo, solo lo sabremos nosotros y los sirvientes a quienes aleccionaremos convenientemente para que callen su muerte —señaló Antígono.

—¿Pero por qué tanto misterio? —preguntó Idrias.

—Tengo importantes planes para los que conviene que Demetrio permanezca vivo por muchos años más. ¿Podremos fiarnos de los sirvientes?

—¡Sí! ¡Saben que les va la vida en ello! —contestó Idrias.

Mientras ultimaron los diversos preparativos, Antígono prefirió

quedarse a solas para velar por unos instantes el cuerpo de Demetrio. Miró hacia todos los rincones de la estancia e intentó conservar en su memoria el mayor número de detalles que pudo, así como del resto de la hacienda. Sabía que jamás volvería a pisar aquel lugar, y por eso quiso despedirse a su manera. La última acción que ambos realizaron en la casa de Demetrio fue prender con sus antorchas la pira funeraria que los esclavos prepararon para despedir a su amo. Antes, colocaron una moneda de un óbolo en cada uno de los ojos del fallecido para pagar al barquero el coste del pasaje al mundo de los muertos.

A lo largo de esta década, Egipto entró nuevamente en guerra contra su eterna enemiga Siria. Por entonces, Alejandría había adquirido todavía más poder económico y ya era considerada como la cuna del saber, de las ciencias y de las artes. Precisamente entre estas últimas actividades fue donde Ptolomeo II se sintió más identificado con sus súbditos y encontró el mejor refugio para consolar su pena por la pérdida de su amada esposa. Pero el resultado no fue el esperado, y tuvo que recurrirse a la habilidad diplomática del soberano egipcio para compensar las nefastas campañas militares en este nuevo enfrentamiento. Fue entonces cuando Ptolomeo II, a imitación de su propio padre, convenció al rey sirio Antíoco II Theos para que repudiara a su esposa Laodice I y contrajera matrimonio con su hija Berenice Syra, fruto de su primer matrimonio con Arsínoe I, y por tanto, hermana de Ptolomeo III, quien estaba llamado a sucederle en el trono de Egipto. Gracias a los pactos que firmaron ambos reyes, Ptolomeo II obtuvo la parte de Siria meridional y el compromiso de Antíoco II Theos de que los hijos que tuviera con Berenice Syra serían los herederos al trono en detrimento de los dos que ya tenía con la repudiada primera esposa. Fue demasiado tentadora la oferta para rechazarla, y de esta manera se llegó a un pacto que garantizó la paz y la estabilidad entre ambos imperios. Pero el destino muchas veces es caprichoso y se empeña en dirigir los designios de los hombres por caminos que solo conocen los dioses. Por eso, en el momento de la estampación de los sellos reales de cada uno de los firmantes, ambos desconocían que morirían ese mismo año.

Tal vez fuera la pena, o quizás su estado de permanente melancolía, quién lo sabe, pero lo cierto fue que a pesar de su interés creciente por coleccionar todo tipo de plantas, animales exóticos e infinidad de pergaminos con las más diversas teorías; a pesar de su firme deseo por adquirir nuevos conocimientos, Ptolomeo II Filadelfo murió a la edad de sesenta y cuatro años, en el año 246 a. C., bastante más joven que su antecesor, y veinticuatro años después de la muerte de su hermana y esposa Arsínoe II. Posiblemente, con su fallecimiento desapareció el miembro de la dinastía ptolemaica más poderoso y que más engrandeció la ciudad de Alejandría.

Su yerno, Antíoco II Theos, falleció siete meses después al ser envenenado por su primera mujer, la repudiada Laodice I, quien quiso hacer valer los derechos al trono de su hijo Seléuco II Calínico. La viuda, Berenice Syra, que estaba embarazada de su primer hijo, al sospechar que la mano de Laodice I estaba detrás del asesinato de su marido, pidió ayuda a Egipto.

Para entonces, la sucesión del imperio, a falta de otro candidato, recayó en el heredero natural del fallecido Ptolomeo II; su hijo Ptolomeo III, hermano de Berenice Syra, quien cuando tuvo conocimiento del problema preparó sus ejércitos y marchó contra Siria. Antes de partir se casó con su prima, la reina Berenice II de Libia, quien se hizo cargo del Gobierno de Egipto hasta su regreso. Desgraciadamente, al llegar Ptolomeo III encontró que los partidarios de la rival habían asesinado a su hermana, a su sobrino nonato y a todos los egipcios que formaban el séquito real de acompañantes. Lleno de ira y de cólera, declaró la guerra a sus eternos enemigos y arremetió contra el recién coronado Seléuco II Calínico. En una fugaz campaña conquistó Siria y ocupó Babilonia. Sin embargo, en Egipto se produjo una sedición que no pudo atajar la reina y no tuvo más remedio que regresar con urgencia sin consolidar las victorias conseguidas.

A su regreso, Ptolomeo III conoció de primera mano que su reino había padecido importantes inundaciones del Nilo y que como consecuencia directa se habían perdido gran parte de las cosechas. Después de comprobar las grandes necesidades alimenticias, no tuvo más remedio que distribuir una parte de lo requisado en pago por la victoria de la última campaña militar, en concreto trigo obtenido en Siria, para mitigar el hambre que padecía la población. Esta cantidad no resultó suficiente y así se lo hicieron saber sus consejeros; pero a pesar de sus insistentes peticiones, no consiguieron que el faraón autorizara un mayor reparto de granos de las reservas reales procedentes del botín de guerra conseguido de la dinastía seléucida. Por el contrario, al ver que sus más directos colaboradores cuestionaron sus decisiones, desató su ira contra lo que consideró una rebeldía de la población, y ordenó que las revueltas fueran sofocadas con excesiva crudeza, lo que le supuso el odio permanente de su pueblo hasta el final de su reinado.

Con los excedentes conseguidos en las siguientes estaciones, poco a poco, se solventó el problema y con el tiempo volvió la calma al imperio, circunstancia que aprovechó el faraón para dedicarse con intensidad, al igual que hizo su padre, a lo que realmente le gustaba: el estudio y el mecenazgo. Tanto fue así, que aumentó el número de volúmenes de la biblioteca alejandrina, se interesó por la reconstrucción de numerosos templos y por la edificación de otros

nuevos, también por el aumento en la ciudad de monumentos conmemorativos que competían entre sí en tamaño y belleza. Toda aquella labor creativa e intelectual tenía copado casi todo el tiempo del monarca, por lo que las cuestiones de Estado fueron delegadas sobre su esposa y el equipo de consejeros del trono. Pese a todo, su reinado estuvo marcado por la prosperidad ya que bajo su Gobierno, por primera vez desde hacía más de mil años, Egipto volvió a ser la primera potencia del mundo civilizado. Sin embargo, con sus últimas y controvertidas decisiones la desconfianza anidó en el fuero interno de algunos de sus súbditos más cercanos, e hizo que perdieran esa fe ciega que antes le profesaban; algo que, en secreto y de manera inconfesable, haría cambiar el curso de la historia.

Durante este tiempo, Antígono se había empleado a fondo en conocer personalmente todas y cada una de las islas donde tenía establecido algún negocio por pequeño que fuera, y siempre ayudado incondicionalmente por su esposa Kamala.

En uno de sus viajes, cuando conoció la isla de Thíra de donde era originario Solón, y ante el ofrecimiento de aquella belleza salvaje que inesperadamente se presentó delante de sus ojos, no pudo resistir la tentación de permanecer muchos más días de los que inicialmente había previsto. La luz que el sol irradiaba sobre el mar otorgaba un reflejo azul intenso a sus aguas cristalinas, y cuando se navegaba sobre el cráter de aquel volcán, ahora dormido, daba la sensación de que un monstruo marino estaba a punto de salir con la boca abierta desde las profundidades del océano para devorar la frágil embarcación. Por eso, cuando los marineros surcaban su gran laguna central les resultaba imposible evitar que no se hiciera presente en su pensamiento la sensación de pequeñez del ser humano frente a la fuerza imparable de la naturaleza. Aquellos curtidos hombres, sobrecogidos y en silencio, intentaban llegar a puerto sin despertar la ira de los dioses a su paso por la isla con forma de media luna.

Ya al divisarla desde lejos, se podían apreciar las escarpadas cumbres acantiladas de aspecto agreste y de una altura muy considerable, que se combinaban con pequeñas casitas blancas que las salpicaban y parecían que estaban suspendidas entre los precipicios de las laderas. Normalmente, ese espectáculo solía dejar impresionado al viajero, y como no iba a ser menos para alguien con su sensibilidad, también llamaron poderosamente la atención de Antígono y Kamala. Hasta tal punto, que tuvieron empeño por contemplar la panorámica que ofrecían aquellos muros naturales que parecían haber sido picados por la mano de un gigante. No quedaron defraudados porque tuvieron la oportunidad de presenciar los más bellos atardeceres con los que jamás soñaron; algo bastante distinto a los paisajes del tórrido desierto de los thamudíes de Seir. Ese momento mágico del ocaso del sol

parecía una señal divina que paralizaba la actividad de los habitantes de la isla; no había tarea importante capaz de impedir que acudieran a los acantilados para admirar la despedida de otro día ya consumido, que envuelto entre tonalidades anaranjadas y rojas, prestaba por unos instantes esos mismos colores al mar y a los islotes cercanos. Luego, poco a poco, comenzaban a desaparecer tapados por sombras pardas que al igual que tupidos velos cubrían sus siluetas para que pudieran descansar durante la oscura noche hasta el siguiente amanecer. Algunas veces, solo se distinguía una gran y luminosa luna llena que, colgada en el cielo, hacía las veces de representante del sol porque servía para recordar a los hombres que mañana volvería a iluminar el día con toda su fuerza y esplendor.

Fue allí, mientras paseaba por sus extrañas playas de arena negra volcánica, y también de color rojo, cuando recibió la noticia de la muerte de su tío el faraón Ptolomeo II. Después de contemplar uno de esos atardeceres irrepetibles en el mirador de la casa donde vivían provisionalmente, Antígono esperaba la llegada de unos ricos mercaderes, de quienes sus informadores le habían notificado que contaban con excelentes credenciales, por lo que deseaba ver la posibilidad de colaborar en algún importante negocio con ellos. Mientras apuraba con su esposa una copa de vino bajo la tenue luz de unas antorchas, para hacer tiempo a su llegada se entretuvieron con la luz que comenzaban a desprender otras teas que encendidas señalaban las posiciones de las casas que iluminaban. Antígono expresó en voz alta un pensamiento de rechazo que le vino a la cabeza sobre la condición humana, por ser capaz de empañar todo aquello que la madre naturaleza ofrecía en forma de dones; comentario que acaparó el contenido de una conversación entre ambos cónyuges y que quedó interrumpida cuando se oyeron repetidos golpes en la puerta que sirvieron para anunciar la presencia de sus invitados.

Aparecieron tres hombres de apariencia distinguida, muy bien engalanados, que enseguida se presentaron como comerciantes helenos; si bien, uno de ellos, el llamado Dionisos, manifestó que provenía de la gran Alejandría y representaba los intereses de un grupo importante de mercaderes egipcios que pretendían ampliar sus negocios más allá de sus fronteras, para lo cual buscaban la colaboración de buenos contactos que los ayudaran en sus deseos. Aquellas palabras interesaron sobremanera al anfitrión quien, lejos de demostrar cualquier sobrecogimiento, aparentó total indiferencia por la ciudad aludida. En aquellos momentos lo más importante era agasajar a los recién llegados, por lo que después de las presentaciones los condujeron hacia una sala balconada donde los aguardaba una mesa dispuesta para acoger los mejores manjares.

Los entrantes ya estaban servidos, por lo que tras los saludos de

rigor se sentaron para compartir lo que debía transcurrir como la comida más importante de la jornada, además de una amena velada en la que, con un poco de suerte, se podría convenir algún acuerdo que interesara a todas las partes. Pero Antígono era consciente de que sus invitados ya se habían informado sobre él; y aunque lograron averiguar una pequeñísima parte de sus negocios, tenían base más que suficiente para presuponer que poseía una indudable fortuna. Para su desgracia, llevaba el tiempo suficiente en la isla y la imaginación de sus contrarios en las negociaciones ya jugaba en su contra, porque su fama comenzaba a precederle por donde quiera que fuera, y cada vez le resultaba más difícil ultimar nuevos proyectos sin que le relacionaran con ellos, tuviera participación o no. Como en otras muchas ocasiones, y en otros muchos lugares, esa era la señal inequívoca de la necesidad de abandonar el sitio para buscar nuevas oportunidades que acometer; pero en este caso no quiso marcharse hasta no intentar cerrar una operación que mereciera la pena. Enseguida, el anfitrión introdujo su copa en el interior de una ánfora de barro, bellamente decorada con motivos helenos, de donde extrajo vino tinto que de inmediato consumió en presencia de sus acompañantes, quienes repitieron en señal de agradecimiento la acción con el mismo gesto, no sin antes chocar entre todos las copas con fuerza, para que también se mezclara el líquido después de haber estado en contacto con el interior del pequeño recipiente que cada uno sostenía entre las manos, y que permanecería en su poder durante toda la velada.

—¡Por los dioses que tienes la mejor vista de Thíra! —exclamó Dionisos mientras consumía un par de higos secos que enseguida regó con un buen trago de vino tinto.

—Creo que estás en lo cierto —confirmó Apeles mientras engullía unas castañas.

—Pues el vino no tiene desperdicio; su sabor está aromatizado con canela, ¿verdad? —preguntó Fidias.

—¡Muchas gracias por vuestros halagos! En realidad está un poco rebajado con agua y se le ha añadido, efectivamente, canela junto con un poco de miel y algo de tomillo para dejarlo más aromatizado —contestó Antígono.

—¡En verdad es excelente! —confirmó Dionisos.

—¡Por favor! Probad este licor de la planta de anís —los invitó Kamala.

—Es mejor dejarlo para el final —aconsejó Fidias.

—No sé, dicen que tiene propiedades afrodisíacas —señaló Apeles.

—Bueno, eso también puedo arreglarlo.

Contestó Antígono, en medio de una carcajada general, mientras cogía con los dedos un trozo de queso que estaba bañado con una

pizca de aceite mezclado con ajos tiernos, acompañándolo con una torta de trigo que hizo las veces de pan. Después de unos momentos de animosa conversación, que sirvió de preámbulo para conocerse un poco mejor, a una palmada del anfitrión comenzaron a llegar los siguientes platos que componían el principal de la comida.

Los tres parecían muy satisfechos con la cena que les habían preparado, y todo parecía indicar que a los postres comenzarían a exponer sus propuestas, así como sus condiciones, para sentar las bases de futuras colaboraciones con Antígono en operaciones conjuntas. Pero en realidad, lo que más deseaba el anfitrión era que Dionisos le contara novedades sobre Alejandría. No quería demostrar entusiasmo, por eso debía iniciar una conversación que diera pie a que sus invitados hablaran de sus respectivas ciudades, y que no pareciera que tenía un interés desmedido por una de ellas en especial.

—¿Por qué tenéis tanto empeño en ampliar vuestros negocios fuera de vuestras fronteras? —preguntó Antígono a la vez que se servía un muslo de pollo aderezado con aceitunas verdes.

—Resulta raro que alguien de quien dicen posee negocios en muchas islas griegas haga esta pregunta —señaló Apeles mientras degustaba un plato de cangrejos de mar.

—Veo que vienes preparado, pero no debes creer todo lo que te cuenten —contestó Antígono con el rictus serio.

—Queremos expandirnos porque creemos que si nos estancamos quedaremos a merced de otros arriesgados mercaderes que, como tú, decidan ampliar sus campos de operaciones en nuestros territorios —intervino Fidias para dar satisfacción al dueño de la casa y apaciguar los ánimos.

—Comprendo. Pero lo que me gustaría conocer es si tenéis problemas en vuestros lugares de residencia.

—¿A qué problemas te refieres? —preguntó Apeles.

—Pues a dificultades producidas por ordenanzas desfavorables de altos mandatarios, de nuevas leyes promulgadas por los reyes que sean contrarias a la potenciación del comercio con el exterior, abusos en la recaudación de los impuestos; no sé, cosas que entorpezcan las relaciones comerciales —amplió la pregunta Antígono.

—Provengo de Rodas, y por mi parte no existe traba alguna —señaló Apeles.

—Yo soy de Atenas, y por la mía tampoco —secundó Fidias.

—¿Y tú? ¿Qué tienes que decir? —preguntó Antígono a Dionisos, quien permanecía callado.

—No puedo contestar por ahora.

—¿Por qué? —preguntaron sus acompañantes.

—Es posible que ahora mismo en Egipto se viva un periodo de transición muy importante que aún desconozco.

—¿Y eso? ¿A qué es debido? —preguntó Antígono.

—Cuando embarqué en Alejandría había rumores muy insistentes sobre que el faraón agonizaba. A partir de ese momento, todo es posible en Egipto, todo puede cambiar o permanecer exactamente igual —aclaró Dionisos.

—¿Quién le sucederá? —preguntó Fidias.

—Con toda seguridad Ptolomeo III.

—¿Qué tal es? —intervino Apeles.

Dionisos no quiso contestar, y tan solo se encogió de hombros en clara alusión a su total desconocimiento sobre el personaje en cuestión.

La noticia de la posible muerte del faraón Ptolomeo II dejó a Antígono con el estómago encogido, hasta tal punto, que a partir de ese momento tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por terminar las anguilas que había comenzado a degustar. Mientras sus invitados consumían un sabroso atún, los dejó hablar de sus cosas, e incluso parecía que los escuchaba con suma atención a juzgar por los movimientos de complacencia y aceptación que permanentemente hacía con la cabeza; pero su mente estaba en otros sitios muy lejanos, tanto en el tiempo como en la distancia.

Sabía que debía reponer su estado de ánimo lo antes posible, pues los postres hicieron su aparición y llegaba el deseado momento de las negociaciones. Se sirvieron pasteles de miel para ayudar a absorber el alcohol consumido durante la comida, así como uvas pasas, higos frescos, tarta de queso, nueces y avellanas; todo acompañado de vino y el aplazado licor de anís que aún permanecía sobre la mesa. Los invitados se miraron extrañados ante el poco interés que su anfitrión demostró tener por los asuntos que les habían llevado a su casa; desconocían que los pensamientos de Antígono estaban en otro sitio.

—Mi intención es suministrar desde Rodas el mejor vino que producimos a las colonias griegas establecidas por los mares con influencia helena —señaló Apeles

—¿Y qué necesitas? —preguntó Antígono algo distraído.

—Unos grandes y buenos almacenes que protejan mi mercancía, y a la vez aseguren la continuidad del suministro a mis consumidores para que nunca haya escasez y no tengan la tentación de comprar a otros suministradores.

—Te los puedo facilitar repartidos estratégicamente por las islas Cyclades —contestó Antígono.

—¿Qué me costará?

—Eso no te lo puedo decir ahora; te enviaré un emisario a Rodas con todas las condiciones y esperará tu respuesta el tiempo que sea necesario. De todos modos, te aseguro que será una oferta que no podrás rechazar.

—¡Eso espero! —contestó Apeles complacido.
—¿Y tú? ¿Qué buscas, Fidias?
—Lo mío puede que sea un poco más complicado.
—¡Te escucho!
—Como sabes, Atenas tiene necesidades de todo tipo de mercancías. Cualquier cosa que no produzcamos los atenienses, y necesitemos, siempre estamos dispuestos a adquirirla a cambio de nuestros productos.
—Comprendo —contestó Antígono.
—¡Bien! Estoy autorizado para ofrecer la venta de grandes cantidades de mármol de la montaña de Penteli, que como sabes es un bien muy solicitado por los griegos, a cambio de mercancías que se reclaman en Atenas.
—Sí, eso está muy bien. Pero no me cuadra tu exposición.
—¿Por qué?
—No sé, algo falta que aún no me has contado.
—Bueno, lo cierto es que todavía no he terminado.
—¡Por favor, prosigue!
—Nosotros podemos enviar el mármol donde nos digan, por el transporte no hay problema. Los inconvenientes surgen en la valoración de las cosas a la hora de intercambiarlas por otras. Cada parte sobrevalora sus productos y jamás llegamos a acuerdos duraderos. Nuestra experiencia nos ha enseñado que lo normal es realizar una, o a lo sumo, dos operaciones con el mismo proveedor, después se pretenden modificar las condiciones pactadas y se rompen las relaciones.
—Eso ocurre porque una de las partes siempre queda insatisfecha con el trato —contestó Antígono.
—¡Puede ser! Pero lo que queremos es que alguien nos represente y…
—¡Y ponga dinero encima de la mesa que haga de moneda de cambio por vuestro mármol, haga de intermediario para colocarlo en el mercado, compre los productos que necesitéis y os los venda a un precio más bajo para que obtengáis beneficios! ¿No es así, Fidias? —Antígono no le dejó terminar.
—¡Más o menos, así es!
—El dinero es el artículo de cambio más limpio que ha inventado el hombre; si cierras un trato donde cobras y pagas con él, no existen los problemas que se presentan en los complicados trueques.
—¡Has entendido perfectamente nuestra filosofía!
—¡Está bien! Creo que también podré servirte. Pero en este caso, iremos a una módica comisión que me cobraré por adelantado; fijaremos de antemano el precio del mármol, así como vuestro beneficio y las cantidades que os debo suministrar. Si luego las

consigo más baratas me quedaré con la diferencia; si por el contrario me resultan más caras, las pérdidas irán a mi cargo. Ese será mi riesgo, pero a cambio me tendrás que garantizar la misma calidad y cantidad que fijemos de antemano.

—Necesito consultarlo, pero creo que es posible acceder a tus peticiones.

—¡No hay problema! Vuelve a Atenas y te enviaré a un hombre de mi confianza con el documento preparado por si estáis conformes, pendiente tan solo de ultimar los detalles finales.

—En cuanto a mí, ya sabes la incertidumbre por la que atraviesa en estos momentos Egipto y me gustaría esperar la llegada de un correo que me confirme definitivamente los últimos acontecimientos que se hayan producido en el palacio real de Alejandría —se adelantó Dionisos antes de que le preguntara.

—Lo comprendo. Tal vez sea mejor posponer esta reunión hasta que tengas en tu poder esa información; pero aunque ahora no ultimemos nada, sí que me gustaría que te quedaras un rato más y me contaras con más profundidad aspectos sobre Egipto. Nunca he estado allí, sus costumbres me resultan desconocidas y me gustaría visitarlo algún día.

—Por eso no hay problema, cuenta desde hoy con mi invitación personal.

—¡Muchas gracias! Espero que no sea necesario abusar de tu hospitalidad; de todos modos, te lo agradezco enormemente y cuenta con que recurriré a ti si tengo algún problema.

—Si no os importa, ya es muy tarde y nosotros preferimos retirarnos —anticipó Fidias.

—Ha sido un placer contar con vuestra presencia —los despidió Kamala.

—Sois unos maravillosos anfitriones, pocas veces he sido tan bien tratado —se despidió Apeles.

—Todo ha estado inmejorable, espero que podamos agasajaros de la misma manera en nuestras casas —hizo lo propio Fidias.

—¡Seguro que así será! ¡Esperad mis noticias, seguro que quedaréis complacidos!

Una vez que se quedaron a solas con Dionisos, Kamala, conocedora del interés extremo de Antígono por tener más información sobre Alejandría, se excusó convenientemente para permitirles que tuvieran una conversación lo más distendida posible y sin interrupción alguna. El primero quiso comenzar a contar todas las bondades de Egipto, pero el segundo rápidamente intervino para que cesase en su empeño.

—¡No insistas! Tengo muy buenos contactos en tu tierra y conozco perfectamente todas vuestras costumbres —le dijo.

—¿Entonces? ¿Por qué has dicho eso?

—Porque quería que nos quedáramos a solas.
—¿Qué quieres de mí?
—Necesito saber más del faraón y de su familia.
—¿Qué tipo de información?
—Toda la que sepas.
—Pero yo soy un simple mercader.
—Esa es la visión que más me interesa. Mi intención es entrar en Alejandría y necesito saber todos los pormenores para adelantarme a los posibles problemas que puedan surgir. Quiero que me cuentes cómo han sido las cosas para Ptolomeo II y tu opinión sobre el futuro si, como supones, al final accede al trono de Egipto su hijo mayor Ptolomeo III. También me vendría muy bien conocer los tributos que se han aplicado hasta ahora. En fin, todo aquello que consideres de utilidad.
—Son demasiados detalles para establecer un negocio, ¿no?
—Amigo Dionisos, en el conocimiento de las cosas inapreciables es donde radica el éxito de las operaciones. Las pequeñas particularidades imprevistas son las que hacen ganar una batalla a un general; y en nuestro caso, si no nos garantizan los beneficios, sí que pueden reducir el riesgo de las pérdidas.
—No entiendo para qué te sirve conocer la vida de un soberano que ya debe de haber fallecido; pero si así lo deseas, complaceré tu curiosidad.
—No es curiosidad, necesito conocer los antecedentes y el clima familiar que se ha vivido estos últimos años en palacio para hacerme una composición de lugar; es muy importante saber anticiparse a las medidas que pueda tomar el nuevo faraón con respecto al comercio, que como sabes mejor que yo, supone uno de los pilares básicos de vuestra economía.
—Veo que ya has estudiado muchas cosas de Egipto.
—¡Todo lo que he podido!
—Pero si tienes tan buenos contactos como dices, ¿por qué no les preguntas a ellos?
—Lo que saben no me sirve.
—¿Por qué?
—Mis informadores son muy importantes, pero casi nunca salen a la calle para mezclarse con el pueblo llano. Por tanto, desconocen el pulso diario del pueblo. Solamente conocen el comportamiento de la gente por lo que otros les cuentan, ¿comprendes?
—¿Pero, quiénes son?
—No te lo puedo decir. Esta es una información secreta que no debo revelar a nadie, pero te diré que estaban situados muy cerca del faraón. Tengo su compromiso de ayudarme con una información muy valiosa que me abrirá el mercado egipcio y me hará inmensamente

rico. Por eso necesito toda la información que pueda recabar, para intuir qué ocurrirá con mis amigos cuando Ptolomeo III gobierne.

—¿Necesitarás ayuda para llevar a cabo tu plan? —Se le iluminó la cara a Dionisos.

—¡Por supuesto! Un hombre con tus cualidades y conocimientos sería un magnífico socio con quien me gustaría compartir las ganancias. Estoy seguro de que me serías de gran ayuda para culminar mis operaciones, porque debes conocer mejor que nadie la manera de negociar en Alejandría.

—¡Puedes afirmarlo sin temor a equivocarte! —afirmo Dionisos.

—¡No tengo dudas sobre tu capacidad! —exclamó Antígono.

—¿Tan buenos son tus contactos? —preguntó Dionisos.

—¡Los mejores! ¡Respondo por ellos con mi propia vida!

Al escuchar aquellas manifestaciones tan seguras, el veneno de las ganancias hizo mella en Dionisos, quien ante una más que posible fructífera colaboración con aquel personaje, que fue considerado por sus acompañantes en la cena como uno de los más importantes comerciantes helenos, comenzó a relatar cuanto sabía sobre la situación económica de Alejandría, así como toda la información que poseía desde los últimos años, tanto de la familia real egipcia como de aquellas decisiones que consideraba que más influyeron sobre la calidad de vida del pueblo. Entretenidos con tan animosa conversación, sin apenas darse cuenta del tiempo transcurrido, pudieron ver amanecer desde su privilegiada posición, señal inequívoca de la larga duración de aquella entrevista.

—Me has hecho un gran servicio —reconoció Antígono.

—En cuanto tenga más información sobre los últimos acontecimientos te la comunicaré.

—¡Te lo agradezco! ¡La espero impaciente!

—Mi opinión es que a estas horas Ptolomeo II ya debe de estar muerto —añadió Dionisos.

—Creo que ha sido muy interesante nuestra conversación, y he de confesar que me complace mucho haberte conocido; espero que esta primera reunión sea el inicio de una buena relación que debe culminar con una colaboración conjunta en Alejandría.

—¡Eso espero! Por mi parte estoy dispuesto —contestó Dionisos.

—De momento, lo importante es no perder el contacto; propongo que para conocernos mejor nos reunamos periódicamente mientras residamos en Thíra.

—Me parece muy buena idea. El primero que marche deberá comunicarlo y facilitar un lugar de reencuentro —propuso Dionisos.

—¡Aceptado! Pero ahora se hace necesario descansar de la fatiga de esta larga noche.

—¡Salud! —contestó Dionisos mientras alzaba su copa.

—¡Salud! —brindó Antígono en señal de despedida.

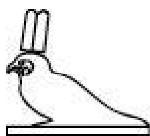
Una vez que abandonó la casa el último de los visitantes, Antígono quedó pensativo recostado sobre uno de los grandes almohadones mientras contemplaba el intenso colorido del mar conforme el sol alcanzaba altura en el cielo. Sus rayos se reflejaron sobre las aguas azules que, impulsadas por la suave brisa, daban la sensación de contener sobre su superficie ráfagas de espejos en continuo movimiento.

Por su costado derecho se le acercó Kamala, quien se mantuvo expectante durante toda la velada con el fin de controlar que terminara correctamente. Para su sorpresa, apareció completamente desnuda, porque quería tumbarse bocarriba sobre sus rodillas para luego incitarle a que la acariciara, colocándole las pantorrillas sobre sus hombros y aproximándole su pubis rasurado al pecho. Antígono obedeció complacido y jugó largo tiempo con ella, hasta que ambos quedaron satisfechos; luego se retiraron abrazados a descansar.

No tuvo que esperar mucho tiempo para conocer novedades de Alejandría, pues a los dos días recibió una nueva visita de Dionisos, quien tal como le prometió, corrió a comunicarle la confirmación del fallecimiento del faraón Ptolomeo II. Muy apesadumbrado por la noticia, experimentó algo parecido a un vuelco del corazón que le hizo recordar las intensas conversaciones que ambos compartieron y lo feliz que hizo a su madre los últimos años de su vida. Se sintió conmovido por el fallecido, porque reconoció que al menos intentó comportarse como el padre que no pudo tener en los momentos en que más le necesitó. En señal de homenaje póstumo, seguidamente elevó una plegaria a los dioses para que le hicieran más llevadero el viaje al mundo de los muertos y por fin pudiera reunirse definitivamente con su madre, la reina Arsínoe II.

Sin embargo, con la frialdad que le caracterizaba, también sintió un gran alivio porque había desaparecido el último representante de la dinastía ptolemaica por el que tenía cariño; el último eslabón que le unía a su pasado acababa de romperse y ya no le quedaba nadie por quien preocuparse, ni tenía que velar porque una acción suya no le causara un dolor irreparable. Durante estos años, quizás por respeto hacia su tío, único familiar que le quiso de verdad a parte de su madre, Antígono hizo fortuna en otros lugares y siempre procuró no pisar Alejandría. Pero a partir del momento de su muerte, ahora que ninguno de los dos miembros de la antigua pareja real quedaba con vida para sufrir las consecuencias de sus decisiones, y que casi con toda seguridad tampoco quedaba nadie en la corte faraónica capaz de reconocerle, algo sintió en su interior; una señal, una fuerza irresistible a la que no pudo hacer frente que le empujó hacia la conquista comercial de la tierra de sus antepasados.

Capítulo XVI



Mientras se ultimaban los preparativos para que Antígono de Samotracia llevara a cabo sus planes y pudiera posicionarse en Alejandría sin levantar sospechas con la ayuda del mercader Dionisos, el nuevo faraón Ptolomeo III dio por terminada la campaña militar contra Siria, calificándola de exitosa a pesar de tener que regresar precipitadamente a Egipto sin haber podido consolidar las posiciones conquistadas.

A partir de entonces, estuvo dedicado casi por completo a sus aficiones predilectas, que fueron las mismas inclinaciones que heredó de su padre, y dejó muy abandonadas sus obligaciones como faraón, circunstancia que no pasó desapercibida entre sus consejeros ni entre las familias más poderosas de Egipto. Era evidente que aunque la reina se hizo cargo de todo, el verdadero control directo lo ejercían altos mandatarios, familiares muy allegados y hombres de máxima confianza por designación directa real.

Entretanto, los grandes comerciantes egipcios con los que estaba asociado Dionisos entendieron que aquella situación de abandono y desinterés por las cuestiones de Estado por parte de Ptolomeo III no podía sostenerse por mucho más tiempo. Además, estaban convencidos de que pronto aparecería una fuerte competencia en contra de ellos mismos, cuyo origen procedería sin duda del entorno de los protegidos de los personajes de la corte que ahora eran quienes realmente dirigían el reino, lo que sin duda los iba a poner en serios apuros en un corto periodo de tiempo.

Estas importantes familias que tradicionalmente estaban dedicadas al comercio de mercancías se ayudaban permanentemente en sus transacciones, porque sabían que su camino estaba trazado por senderos muy diferentes a los de la política. Después de varias generaciones dedicadas a lo mismo, aprendieron por experiencia que existía otra forma de obtener riquezas a través de los negocios sin inmiscuirse en los asuntos del faraón. Incluso algunas veces, de forma consentida, actuaban como comisionistas en asuntos oficiales bajo la protección real que siempre los apoyó.

Pero ahora que la fuerza del faraón se diluía entre sus

colaboradores, intuían que en un corto periodo de tiempo se producirían importantes cambios en su contra que los obligarían a estar preparados ante posibles contingencias, por las que hasta ahora no se habían preocupado, para poder resolverlas. Para ellos, era la hora de tomar importantes decisiones que seguramente les harían variar de manera sustancial la manera de llevar sus ocupaciones profesionales.

Con la intención de organizar posiciones conjuntas, prepararon una reunión en el palacio del rico Artabazo, donde deberían planificar el futuro de sus negocios. Acudieron invitados a la cita Arrideo, Dionisos, Teos y Auletes; todos ellos influyentes hombres de negocios y colaboradores de la dinastía ptolemaica.

—Todos sabéis que el faraón ha abandonado el control del imperio y ha cedido tal responsabilidad a la propia reina y a los consejeros que ella misma elige —inició la conversación el anfitrión Artabazo.

—¿Qué problemas presientes? —intervino Dionisos.

—No es difícil imaginar que en cuestiones de comercio, y no olvidéis que es la fuente más importante de obtención de riquezas para el imperio, la reina beneficiará a sus incondicionales. Por eso, creo que tenemos que estar preparados para lo peor, porque es posible que nuestras horas estén contadas.

—¡Nosotros somos sus incondicionales! —sugirió Teos.

—¡No estoy tan seguro! —señaló Auletes.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué sabes que nosotros desconozcamos? —preguntó Teos.

—¡No sé más que vosotros! Simplemente creo que antes éramos los protegidos del faraón, que no de la reina. Pero ese tiempo ya pasó, y las riendas ahora están en manos de otros que intentarán quedarse con nuestros negocios.

—El punto que más me preocupa es el referente a los asesores del trono. Creo que lo normal es que cuando valoren el poder que tienen quieran sacar tajada y coloquen a sus familias de confianza en los mejores sitios, aquellas que les pagarán suculentas cantidades de dinero por dejarlos hacer —Artabazo expuso su opinión.

—Pero olvidas que nosotros les hemos pagado bien sus servicios y que seguimos dispuestos a trabajar de la misma manera —señaló Teos.

—¡Ese es el problema! ¡La misma manera! Manejamos ingentes cantidades de mercancías de todo tipo y tamaño; las compramos, las almacenamos y después, cuando el momento es propicio, las vendemos. Nuestros almacenes están repletos y todos saben que nos beneficiamos de nuestra cercanía con los faraones. Por eso, aunque no lo notemos, somos odiados por una competencia emergente que quiere hacerse con una parte de nuestros beneficios. Ya he comenzado a detectar ciertos movimientos raros en los muelles que no me gustan

nada —indicó Artabazo.
—¿Qué movimientos? —preguntó Arrideo.
—Pues de cambios en los controladores reales de las mercancías.
—¡Es cierto, yo también lo he notado! —secundó la información Teos.
—¿Qué competencia? ¿Dónde está esa competencia? Es tan pequeña que nunca la he notado —contestó Arrideo.
—No la habremos apreciado, pero te aseguro que existe, y consiste precisamente en que estarán dispuestos a ofrecer mucho más que nosotros a cambio de un trato preferencial parecido al que nosotros recibimos desde hace años. Su mayor peligro consiste en que no los valoramos; ni tan siquiera nos hemos molestado en averiguar quiénes son ni dónde se encuentran. Los hemos dejado sobrevivir con las migajas que sobraban de nuestras operaciones. ¡Su crecimiento será el inicio de nuestro declive! —sentenció Artabazo.
—Creo que eres demasiado pesimista. Egipto nunca ha sido tan poderoso, entonces, ¿por qué preocuparse por algo que no ha sucedido, y quizás jamás ocurra? —preguntó Arrideo.
—Egipto es un bocado demasiado apetitoso; es cierto que nunca ha sido tan fuerte, pero también lo es que el rey hace demasiada dejación de sus obligaciones, y eso puede perjudicar seriamente nuestros negocios —señaló Artabazo.
—¿Pero exactamente, qué queréis obtener en esta reunión? —preguntó Teos.
—Los aquí presentes representamos a las cinco familias más ricas del reino. Pues bien, ¡quiero una alianza que nos preserve de posibles cambios oficiales! —intervino Artabazo.
—¿En qué condiciones? —solicitó más información Arrideo.
—En caso de que notemos alguna disminución sustancial en el volumen de las transacciones, debemos aunar esfuerzos para protegernos de la inclusión de terceros. También debemos acudir en bloque ante el faraón para recordarle nuestra total fidelidad y el deseo de continuar sirviendo al trono como hasta ahora. Si a pesar de todo tuviéramos que poner en práctica este pacto, el reparto de los beneficios conjuntos sería en proporción a la participación de cada familia —les explicó Artabazo.
—Por mi parte estoy conforme, pero con una salvedad; cada voto valdrá lo mismo independientemente de la fuerza de cada familia, así las decisiones se tomarán por mayoría —apuntó Arrideo.
—No sería mala idea que ahora que tenemos ganancias estableciéramos una cuota de reserva por si las cosas vienen mal dadas. Si la cantidad que fijemos es para todos la misma, entonces el reparto de los futuros beneficios debería estar en consonancia con esa aportación —propuso Auletes.

—¿No te fías de los faraones, verdad? —apuntó Artabazo.

—La verdad es que no, pero creo que tú tampoco. Si no fuera así, no habrías organizado esta reunión con tanta prisa —contestó a la vez que iniciaba el esbozo de una media sonrisa irónica.

—No me gustan los cambios repentinos, si os fijáis, nuestros colaboradores reales de confianza han comenzado a ser sustituidos por otros que no conocemos. De momento no los necesitamos; pero siempre nos han tratado bien, cosa que los nuevos no hacen —señaló Artabazo.

—¿Y tú, Dionisos, qué piensas de todo esto? Llevamos un buen rato y todavía no has intervenido para nada —le solicitó su opinión Teos.

—Os escucho con suma atención, y veo que existen poderosas razones para defender cada opinión que aquí se ha escuchado. Es cierto que hasta ahora no hemos tenido problemas con el control de las mercancías que entran en Alejandría; pero no es menos cierto que podríamos tenerlos si la reina o sus consejeros deciden otorgar su confianza a otros comerciantes. Esa decisión estoy seguro de que no la tomaría Ptolomeo III, pues es fiel a nuestros acuerdos, y además, está muy ocupado con el arte y las ciencias. Pero no puedo decir lo mismo del resto de la familia real. Esto implica que Artabazo está en lo cierto y que es aconsejable tomar medidas inmediatas de protección, aunque solo sea por simple cautela. Por otro lado, iniciar movimientos sospechosos es peligroso porque corremos el riesgo de atraer la atención de indeseables que bien pudieran dar la voz de alerta a quien no nos interesa que conozca nuestros planes. Entonces, cometeríamos la imprudencia de dejar en entredicho nuestra privilegiada posición actual por cubrirnos de una posibilidad de la que tampoco estamos seguros al ciento por ciento.

—¿Entonces, qué hacemos? —dijo Auletes.

—¡Debemos ser muy cautos! —contestó Teos.

—¡Desde luego que sí! Pero hay que ser algo más —añadió Dionisos.

—¿Qué más debemos ser? —preguntó Arrideo muy interesado.

—¡Previsores! ¡Debemos ser previsores! ¡Se hace necesario tener diseñado un plan alternativo por si se producen nuestros temores y el rey ya no cuenta con nuestros servicios! Es preciso tener elaborada una estrategia de reserva que permita la subsistencia de nuestros negocios sin contar con los favores reales; es la única manera que se me ocurre de estar preparados en caso de que nuestros temores se hagan realidad —contestó Dionisos.

—¡Eso es imposible! ¡En Alejandría nada ocurre sin que lo sepa de inmediato el faraón! —exclamó Teos.

—¡Eso sería antes! Ahora, Ptolomeo III no quiere saber nada de problemas familiares ni de complicaciones de Estado, ha conseguido para Egipto más que su padre y su abuelo; para él, ya ha cumplido con

su objetivo. ¡Su vanidad está satisfecha! —intervino excitado Auletes.

—Es cierto, pero quedan los que merodean como hienas alrededor del trono en busca de las sobras reales; esos son los más peligrosos, a esos son a los que hay que controlar —señaló Dionisos.

—¿Y eso cómo se consigue? —preguntó interesado Auletes.

—¡Hay muchas maneras! —contestó Dionisos.

—¡Dinos una! —solicitó expectante Teos.

—Fundamentalmente con información privilegiada —contestó Dionisos, cada vez más animado.

—¿Qué tipo de información? —intervino Arrideo.

—La necesaria para hacer cambiar la vida de quien la conozca.

—Si no te explicas mejor yo no te entiendo —le indicó Teos.

—Tengo un contacto —los informó Dionisos.

—¿Le conocemos? —preguntó Teos.

—No. Es un rico comerciante extranjero, un hombre muy importante fuera de nuestras fronteras que me ha dicho que posee una información de vital importancia, que quien la conozca puede ser el nuevo faraón en la sombra.

—No es posible que un extranjero sepa más cosas de Egipto que nosotros —intervino Arrideo.

—Muchas veces, los de dentro estamos tan cegados que no somos capaces de ver algo obvio que continuamente pasa por delante de nosotros. Estamos tan confiados en nuestras posiciones de privilegio, que no prestamos la atención debida a las cosas que ocurren en nuestras propias casas. No debemos olvidar que este precisamente es el motivo de esta reunión —contestó Dionisos.

—¿En qué consiste ese secreto? —preguntó intrigado Artabazo.

—¡Aún no lo sé! Al pedirme una enorme cantidad de dinero a cambio de información, le he dicho que espere a que lo piense. Mi contacto dice que bien merece la pena, que no me arrepentiré porque a mis negocios les vendría muy bien, pero que debo asociarme con otros ricos comerciantes pues es un bocado demasiado grande para uno solo.

—¿Quieres contar con nosotros para pagar esa información, verdad? —le preguntó Teos.

—¡Para pagarla y después actuar en consecuencia, así es!

—¿Qué hacemos? —Artabazo solicitó la opinión del resto de los asistentes.

—Propongo que primero hablemos con Ptolomeo III y renovemos nuestros votos de fidelidad; después, según la impresión que obtengamos, tendremos tiempo para decidir si compramos o no esa valiosa información, y en qué forma pagamos sus servicios —intervino Dionisos.

—¿Es que existen formas diferentes de pago para esos individuos?

—preguntó Arrideo.

—¡Siempre el pago es negociable, incluso con ellos! Por ejemplo, ofreciéndoles hacerles copartícipes de nuestros negocios a cambio de su ayuda silenciosa. Muchos de ellos tienen poder, pero necesitan de alguien que valore su colaboración y les entregue en secreto una parte de ese dinero que circula delante de sus narices pero no pueden tocar; serían comisiones de intermediación que para nuestras arcas saldrían del ahorro del pago de tributos. Bastaría con desviar algunas cantidades del control oficial cuando el contador del muelle lo permita —les indicó Dionisos.

—Por lo que afirmas, presupones que está vinculado con alguien de dentro de palacio —sentenció Teos.

—Si tiene una información confidencial, no puede ser de otra manera, debe de tener un contacto muy cercano a los faraones —respondió Dionisos muy convencido.

—¡Te recuerdo que eso que propones se llama traición y está penado! Además, los contadores son fieles hasta la muerte —señaló Artabazo.

—¡Es verdad! Pero, ¿a quién son fieles? Eso es lo que debemos averiguar si la cita con Ptolomeo resulta insatisfactoria —sentenció Dionisos.

La reunión se clausuró con la decisión unánime de conversar lo antes posible con el monarca, y después actuar según las impresiones que recibieran.

En el plazo de tres meses obtuvieron el permiso oficial para acudir al palacio a exponer sus problemas; pero la sorpresa fue mayúscula cuando quien los recibió fue la reina acompañada de sus más directos consejeros. Resultó una reunión muy distante en la que no se sintieron cómodos. La reina, mujer fría donde las hubiera, les demostró palpablemente el poco interés que tenía por atender las preocupaciones presentadas. Además, les hizo ver que esos temas quedaban muy por debajo de sus cometidos reales, y que por tanto, el pronunciamiento final recaería en manos de uno de sus acólitos allí presentes. Después, se retiró y los dejó en compañía de sus consejeros para que continuaran con ellos aquella reunión.

Cuando salieron de palacio, a los comerciantes les quedó muy claro que la situación había cambiado en su contra; que la reina, quizás asesorada por sus consejeros, no contaba con sus servicios, y posiblemente, ya había comenzado la búsqueda de sus sustitutos. Eran conscientes de que aquella tarea no resultaría fácil ni tan siquiera para los faraones, pues desde hacía varias generaciones se dedicaban a la misma actividad, y por tanto, mantenían unas importantísimas relaciones con comerciantes de todo el mundo; pero quedaron convencidos de que alguien próximo a la corte quería expulsarlos para

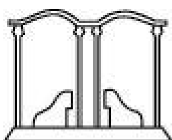
acaparar sus negocios. Muy a su pesar, no tuvieron más remedio que confirmar las sospechas que Artabazo comenzó a notar meses antes, así como las primeras conclusiones que Auletes se atrevió a exponer el día de la reunión de los cinco. Sin apenas pensarlo, se dirigieron como un solo hombre a Dionisos, quien se encontraba visiblemente contrariado por el trato recibido en aquella sala de recepciones que en otro tiempo tantas veces había visitado.

—¡Estamos dispuestos! ¡Nos hemos convencido de que vamos a tener serios problemas en un futuro próximo, que además, no está muy lejano! Haz lo que tengas que hacer para llegar a un acuerdo con ese contacto tuyo. Las horas las tenemos contadas, y además, creemos que esta reunión ha sido perjudicial para nuestros intereses. Sin querer, hemos acelerado unas futuras decisiones que a lo mejor todavía no se iban a tomar. Pero a partir de ahora, es muy posible que cambien en nuestra contra, porque ahora ya saben que estamos muy preocupados y nos queremos anticipar a sus intenciones. Las cosas van a empeorar a partir de este momento; sin darnos cuenta acabamos de abrirles los ojos y no pararán hasta acaparar nuestros negocios y ocupar las posiciones que tantos años de esfuerzo nos han costado conseguir, no hay tiempo que perder —señaló Artabazo en nombre de los otros.

—¡Estoy con vosotros! —contestó Dionisos.

Los malos augurios que de la reunión obtuvo el grupo de grandes mercaderes de Alejandría, significó el convencimiento para sus miembros de la necesidad de recurrir al contacto secreto de Dionisos. Aquello significó la escusa perfecta para que Antígono de Samotracia entrara de pleno a participar en los grandes movimientos de mercancías de Egipto. Por fin regresaba con otra identidad y sin la presencia de quienes algún día le conocieron bajo el nombre de Ptolomeo, el hijo de la reina Arsínoe II. Para entonces, su primo Ptolomeo III ya llevaba tres años de Gobierno en el imperio.

Capítulo XVII



Dionisos no necesitó mucho tiempo para concertar una entrevista con aquel a quien llamó ante sus socios, comerciante extranjero llegado de lejos desde hacía unos cuantos meses a la ciudad, llamado Antígono de Samotracia; su hombre de confianza de quien dijo que contaba con una valiosa información obtenida de las más altas escalas cercanas al trono. Para concretar los términos de la mutua colaboración le invitó a cenar a su casa, un precioso palacio situado en las inmediaciones del Gran Puerto, desde donde se divisaba con nitidez la majestuosa torre luminaria. Tenía merecida fama de ser un mercader siempre dispuesto a la negociación y al diálogo con tal de cerrar un buen trato, y además, tenía un agasajo pendiente con Antígono y con Kamala que deseó cumplir en la primera oportunidad que tuvo.

De joven padeció le temida viruela que le dejó numerosas marcas en la cara, pero las señales en su conjunto no eran desagradables a la vista. No obstante, era su rasgo facial más característico y lo que primero llamaba la atención cuando se le conocía. Luego, cuando la costumbre de mirarle dejaba pasar por alto sus pequeñas aunque numerosas cicatrices, resultaba ser un hombre con rasgos bien definidos y armoniosos.

—Mis socios están interesados en tu propuesta —le dijo a Antígono una vez que se acomodaron frente a la mesa.

—Han tomado la mejor elección.

—¡Dime! ¿Qué les vas a pedir a cambio de esa importante información?

—¡La mitad de lo que tienen!

—¡Mucho es! —comentó mientras se acariciaba un hoyuelo de la barbilla camuflado entre una espesa barba.

—Te aseguro que vale lo que pido.

—¡Vengo con una contraoferta para exponerla en su nombre!

—¡Te escucho!

—Nos hemos reunido los cinco mayores comerciantes de Alejandría, y me han autorizado para garantizarte que si merece la pena tu secreto, están dispuestos a ofrecerte una décima parte de las propiedades que cada uno tiene, y además, serás socio en los negocios

que se generen gracias a tu mediación en la misma proporción que el resto de nosotros.

—¡Diles que acepto! —contestó después de meditarlo unos instantes.

Antígono sí le contó esta vez, aunque muy someramente, parte de la historia de la necrópolis y su unión secreta con el faro. Le dijo que la información le fue facilitada directamente por uno de los consejeros personales del faraón, con quien le unía una estrechísima relación que nadie conocía. También le informó que se había comprometido a repartir su parte con dicho confidente, a cambio de que le facilitara la señalización y el libre acceso a cada uno de esos lugares. En realidad, él conocía bien esta información desde hacía muchos años, porque así lo organizó él mismo en secreto cuando se encargó del embellecimiento de ambas edificaciones. Pero mintió para no revelar su identidad.

—Es impresionante lo que me cuentas, jamás lo hubiera imaginado. Pero todavía no alcanzo a comprender dónde está nuestro beneficio —le dijo Dionisos al terminar su exposición.

—¡Pues está muy claro! Si utilizamos estas galerías, salas y pasadizos secretos correctamente, y sabemos aplicarlo a nuestro negocio, entonces seremos capaces de generar en muy poco tiempo una enorme riqueza gracias al desvío de mercancías, que nada más entrar en el puerto desaparecerán del control oficial.

—Eso se llama robar al faraón —le dijo mientras fruncía el ceño.

—¡Sí! ¿Y qué? No me vas a decir ahora que estáis dispuestos a comprar esta información privilegiada, y sin embargo, ponéis reparos a la ocultación de valiosa mercancía al fisco del faraón. Nadie ha dicho que fuera fácil llevar a cabo mi propuesta, ni que estuviera exenta de riesgos. Lo que sí os puedo garantizar es que si sabemos utilizar correctamente esta información, obtendremos unas riquezas como jamás habíamos soñado, y además, en un tiempo muchísimo más breve que si continuáis con esos ridículos cobros de pequeñas cantidades en concepto de pago de servicios de intermediación.

—¿Y los otros?

—¿Quiénes?

—Los que también conocen el secreto de Ptolomeo.

—Solo lo conoce mi contacto. Es un purista funcionario de muy alto grado al que solo le interesa hacer carrera diplomática al lado del poder de la corte. En privado ha delegado en mí cualquier función relacionada con este asunto. No debes preocuparte por él, pues está en todo momento controlado y es el más interesado en que todo esto salga bien.

—¿Pero, el arquitecto y los operarios que intervinieron?

—Los trabajos se realizaron en paralelo con el resto de ambas

edificaciones, y sin el conocimiento de Sóstrato de Cnido, que fue el arquitecto que dirigió las obras. En cuanto a los esclavos y a sus capataces, se les asignaron parcelas independientes para que no tuvieran información del conjunto. Siempre creyeron que reforzaban el subsuelo de Alejandría ante posibles derrumbes y para proteger la seguridad del agua almacenada en los canales. Los que iniciaban un trabajo delicado que no interesaba que supieran jamás lo remataban, porque inmediatamente eran sustituidos por otras cuadrillas.

—¿Quién es tu amigo?

—Permíteme que no te lo diga, quiere quedar en el más absoluto anonimato. Así me lo ha pedido, y así he de cumplir mi juramento.

—¡Qué curioso!

—¿Qué te llama tanto la atención?

—¡No pensé que alguien dispuesto a delinquir con tanta facilidad, tuviera tanto honor a la hora de cumplir la palabra dada!

—¡Y con escrúpulos! Nadie es solamente de un bando determinado; nadie es bueno en su totalidad, ni malo completamente. Todos poseemos un carácter determinado por una amalgama muy variada de ligeros matices que nos hacen diferentes a los otros humanos que se cruzan en nuestro camino. Somos dueños, por razón de nacimiento, de pequeñas pinceladas muy particulares que nos hacen ser como en realidad somos, con nuestros muchos defectos y escasas virtudes. Por esta razón nos encontramos a lo largo de nuestras desafortunadas existencias contradicciones tan chocantes como bandidos con piedad, reyes vengativos, ladrones caritativos, asesinos cariñosos, honrados comerciantes avaros, y otros muchos más casos. Te podría poner muchos más ejemplos, pero creo que ya has entendido mi mensaje.

—Entiendo lo que me dices, pero sigo sin comprender los motivos que te mueven a embarcarte en esta peligrosa aventura; un hombre como tú, que ya tiene cuanto puede desear. Con lo que propones nos jugamos la vida y toda nuestra hacienda. Me parece demasiado riesgo para que no exista una poderosa razón.

—¿Quién conoce los secretos más recónditos que guarda el corazón humano? La vida del hombre está compuesta de multitud de sensaciones que se alimentan de recuerdos y de deseos. La búsqueda de la felicidad es permanente porque el éxito y el fracaso siempre son proporcionales a las exigencias particulares de cada uno. Quizás me conformo con bastante menos que tú, y por tanto, mi nivel de exigencia con el destino sea menor. ¿Quién sabe? Tal vez me produzca una enorme satisfacción el simple hecho de robar a los faraones parte de sus inmerecidas ganancias. Por mí no te preocupes, no albergues dudas en cuanto a mi firme decisión de llevar a cabo esta empresa; soy consciente del riesgo, y lo asumo.

—No me gusta conversar con filósofos, me levantan dolor de

cabeza. Mañana te presentaré al resto de los socios para que lleguemos a un acuerdo tanto en el inicio como en la forma de llevar a cabo estas operaciones.

—Mañana los conoceré, pero a partir de entonces solamente tendré contactos en secreto contigo. Es fundamental que nadie nos vea demasiadas veces juntos, pues comenzarían a hacerse preguntas e incluso a investigar sobre nuestra relación.

—Conforme, me parece una petición muy cauta y sensata.

Kamala se mantuvo expectante y en silencio durante la velada; no quiso interrumpir, pero tampoco perdió un solo detalle de todo lo que rodeaba a Dionisos y su magnífica propiedad. Luego, cuando dieron por finalizada la reunión, procedieron a despedirse en el interior de su casa, en el umbral de un pequeño huerto que hacía las veces de patio que lindaba con la calle. Ambos iniciaron el camino de regreso en un cómodo palanquín que los debía transportar hasta una finca, no muy lejana, que Antígono adquirió a su llegada a Alejandría.

El inmueble se encontraba ubicado en las cercanías al palacio real, y fue precisamente esa la que más le interesó de entre todas las magníficas cualidades que sin duda poseía. Enseguida se dio cuenta de que le gustaba contemplar desde lo más cerca posible aquel majestuoso edificio que en otro tiempo le sirvió de morada y escondite para sus juegos. Sentado en su jardín, bajo un hermoso olivo, prefería ocultarse detrás del anonimato que le daba su oscuridad, para dejar pasar muchas horas nocturnas mientras miraba fijamente su bella estructura exterior, o para contar a Kamala cómo fue su vida entre aquellos espesos muros que le aislaron de cualquier peligro exterior.

Después, cuando Kamala se retiraba para descansar y se quedaba a solas con sus pensamientos, recordaba con dolor la pena que sintió durante los siguientes años de penumbra que tuvo que pasar en Cirene; le abrumaban hasta tal punto, que ya no tenía otra imagen en su mente que no fuera la de su madre moribunda, y su obsesión por vengar aquellos padecimientos que les hicieron sufrir a ambos. Frecuentemente, pensaba en el dolor de su progenitora por no volver a verle, e intentaba recomponer bajo su propio criterio, cómo debieron de transcurrir los últimos días de su agonía sin su presencia, aquellos a los que también debió renunciar por culpa de su infame familia. La simple idea de haber sido engañado por ella para salvarle la vida, al conseguir convencerle para que se alejara de por vida de Alejandría, y no haber podido coger su mano mientras se debatía entre la vida y la muerte, le tenían completamente obsesionado. Con los ojos inyectados en sangre por la ira, noche tras noche se juraba a sí mismo que no descansaría hasta conseguir cumplida venganza. Muchas veces, rendido por el sueño, acababa dormido bajo el olivo hasta que su esposa acudía en su busca para llevarle al lecho.

El día antes de que se fijara la reunión entre los mercaderes y Antígono, estos quedaron citados entre ellos para ultimar las condiciones del acuerdo. *A priori* ninguno estaba convencido de la seguridad de la operación, pero tantas fueron las garantías que les prometió Dionisos, y tanto insistió en la categoría del personaje en cuestión y en la importancia del cargo que debía ocupar ese contacto desconocido que Antígono mantenía en la corte faraónica para conocer un secreto de tanta magnitud, que terminó por darles la confianza que necesitaban para cerrar el trato.

Cuando quedaron con Antígono, fue Dionisos quien se encargó de hacer las presentaciones.

—Hemos aceptado todas tus condiciones para formalizar nuestro pacto —habló Dionisos en nombre de los comerciantes.

—Creo que habéis tomado una sabia y beneficiosa decisión —contestó Antígono.

—¡No te queremos mentir! A pesar de llevarlo a cabo, nos sentimos muy preocupados por la seguridad de nuestras familias.

—¡Lo entiendo! ¡Vais a entrar en una dinámica cuyo origen está fuera de vuestro control, y eso os genera desconfianza y miedo!

—¡Así es!

—Pensad que quien corre más riesgo es mi contacto de palacio, ya tiene consolidada una posición de relevancia y tiene mucho poder. Si nos descubren, él es el que tiene más que perder.

—¡Eso es lo que nos preocupa! ¡No entendemos qué necesidad tiene de complicarse en esta peligrosa operación!

—¡Os aseguro que tiene sus motivos personales! Conoce a la perfección el funcionamiento de los Ptolomeos cuando se acerca un cambio de Gobierno. En la actualidad está muy bien protegido por el faraón, pero las cosas cambian demasiado deprisa en el palacio real. Sabe que su estrecha amistad con Ptolomeo III le ha generado importantes y peligrosos enemigos, situación que no le hace sentirse con comodidad. Tiene miedo, porque si algo le ocurriera al rey, automáticamente perdería su fuerza actual, y si acaso también la cabeza. Por eso quiere conseguir lo único que le falta: fortuna, antes de que desaparezcan los reyes, y si es posible, salir del país antes de que surjan problemas; y sobre todo, antes de que le maten.

—¡Es que nos parece que quedamos indefensos a su merced!

—¡Eso no es del todo cierto! Si bien es verdad que él controlará el inicio de las transacciones, también lo es que vosotros sois quienes realizaréis los siguientes pasos, así como la colocación final en los mercados de las mercancías desviadas. Por tanto esta asociación exige confianza por ambas partes. De nada sirve esta colaboración si cada uno no cumple con sus obligaciones. De todos modos, podemos realizar una primera prueba y si no quedamos satisfechos, lo dejamos

y nos olvidamos de todo para siempre.

—¡Así sea! —concluyó Dionisos.

Efectivamente, la primera operación concluyó con un estupendo resultado para todos los socios. Ocurrió en otoño, cuando ya rebasada la medianoche, una nave entraba a puerto cargada de valiosas sedas procedentes de Asia. El contador real encargado del recuento de la mercancía avisó de su llegada e hizo la vista gorda para que una parte se almacenara sin ser contabilizada por él mismo. A los siete días después de haber descargado las bodegas del barco, el capitán cobró la totalidad de la carga de manos del mismo contador, solo que una cantidad salió de las arcas reales, y la otra fue por cuenta de la asociación que Antígono mantenía con los cinco mercaderes alejandrinos. Tan pronto como les fue posible vendieron las sedas, se repuso el dinero de su compra y se repartieron los primeros beneficios. No pudo salir mejor la primera transacción, lo que hizo que los temerosos comerciantes confiaran en que aquello podía funcionar, tal como les había prometido su nuevo asociado.

Durante el primer año, las operaciones siguientes se sucedieron de una forma esporádica pero constante; se esperaba la entrada a puerto de una carga importante, tanto por su volumen como por su contenido, y se procedía a desviar cantidades que fueran difícilmente detectables. Además, los cinco mercaderes creyeron apreciar que gracias a la intervención de esa mano salvadora desconocida, las presiones disminuyeron considerablemente, si bien, debieron aceptar la imposición de la entrada de otros competidores, recomendados por los asesores de la reina, para contentar a sus respectivos mentores y así no levantar sospecha alguna. Pero en realidad les daba igual la presencia de competencia, pues los ahorros por la evasión de impuestos y por la posterior colocación de la mercancía compensaban con creces las pérdidas que podía suponer el reparto de una porción del negocio que antes controlaban en exclusiva.

A partir de aquella primera operación, su crecimiento en la sombra quedó directamente ligado al volumen de entradas de mercancías en el puerto de Alejandría. Poco a poco, soterradamente, la asociación clandestina de los comerciantes adquirió una fuerza muy considerable; tanto por el número de colaboradores oficiales secretos que ya tenían en nómina, como por el volumen de mercancías que mantenían ocultas en sus almacenes. En sus cámaras, se podían encontrar los mejores y más valiosos productos de todo Egipto a la espera de darles una salida al mejor precio posible.

Las cosas comenzaron a producirse tal como Antígono había prometido, pero a ninguno de los socios se le escapó su desmesurado afán por defraudar todo lo posible al imperio. Algunas veces, ya comentaron entre ellos que les parecía que por culpa de esa obsesión

incontrolada, si pudiera, sería capaz de entrar en la mismísima estancia real para robar al faraón su corona y su cetro; y aquella actitud, en verdad les daba un pánico terrible. Eran muy buenos comerciantes, aunque en opinión de Antígono, excesivamente cobardes y conservadores. Pero lo que desconocían por completo eran las verdaderas intenciones que tenía preparadas para ser ejecutadas a partir del segundo año de actividad. Desde ese momento, tenía pensado ordenar que comenzaran los ataques selectivos, por parte de los guerreros thamudíes, pero esta vez a las caravanas que intentasen cruzar el desierto egipcio cargadas de las mercancías que previamente les había conseguido vender a muy buen precio. Con eso, todo eran ganancias para las distintas fracciones que intervenían de una manera u otra en el proceso de esquilmo en suelo egipcio.

Ptolomeo III ya gobernaba desde hacía diez años en Egipto, y la operativa montada por Antígono estaba muy consolidada. Su equipo de máxima confianza lo formaban su esposa Kamala, que se encargaba de las comunicaciones con los thamudíes y de labores de vigilancia, en especial a los cinco mercaderes, y por su inseparable guardaespaldas Idrias, que se encargaba de velar por la seguridad. Al finalizar ese lustro, y a pesar de que fue muy productivo para los intereses generales, sin embargo, inesperadamente, algunos de los mercaderes comenzaron a dar muestras de excesivo miedo, mucho más de lo que en ellos era habitual, actitud que hizo sospechar a Kamala sobre sus buenas intenciones.

El único que la conocía en persona era Dionisos, pues siempre procuró no aparecer en público en compañía de su esposo. Cuando tenía que entrar o salir lo hacía de manera discreta y utilizando una de las puertas que bien podría considerarse de servicio, además de ir perfectamente disfrazada, según las técnicas que le enseñó el propio Antígono. En cuanto a Idrias, vigilaba en la distancia para anticiparse a cualquier movimiento sospechoso, por lo que aunque siempre se mantenía relativamente cerca, nunca nadie le vio cruzar palabra alguna con su jefe, pues así lo quiso desde el principio para que no los pudieran relacionar. De todos modos, su jefe no era un hombre de salir de continuo a alternar, por lo que resultaba muy fácil protegerle. Los viajes y las salidas eran preparados concienzudamente, porque pensaba que toda precaución era poca en los tiempos que corrían. Idrias entraba en la finca a través de una pequeña casita que se construyó ex profeso para que tuviera comunicación interior con el resto, pero desde fuera parecían dos propiedades totalmente independientes. Siempre, con el pensamiento puesto en que a nadie extrañara que pudieran coincidir dos vecinos en la calle, cuando en realidad su relación era mucho más intensa y personal.

Un día, una espía que Kamala consiguió introducir en casa de

Artabazo escuchó una conversación de su señor con su esposa, que por su importancia no dudó un instante en trasmitir a su mentora, pues pensó que sería altamente recompensada por esa valiosa información.

—¿De qué se trata? —preguntó Kamala muy intrigada.

—Mi señor ha dicho a la señora que quiere dejar la actividad porque no se fía de un nuevo socio que ahora tiene.

—¿Ha dicho cómo se llama?

—¡Lo ha dicho! Pero lo dijo en voz muy baja y no pude escucharlo bien.

—¿Qué más le ha contado?

—Que temía que al final fueran descubiertos y ejecutados. Por eso, ahora que tenían los almacenes repletos, lo mejor era liquidar las ganancias y abandonar definitivamente esa peligrosa actividad en su compañía. Que después de cobrar, seguro que podían llegar a un acuerdo con las autoridades egipcias si entregaban al responsable.

—¿Quiénes tenían que llegar a un acuerdo? —preguntó Kamala.

—Los otros socios de mi señor; todos, menos uno a quien no han querido preguntar —contestó la espía.

—¡Has hecho muy bien tu trabajo! Serás muy bien recompensada, ahora vete y no hables de esto con nadie.

Ante las nuevas informaciones, Antígono reaccionó muy rápidamente y convocó a sus socios con carácter de urgencia esa misma noche en su propia casa, a la que acudieron a altas horas de la madrugada por expreso deseo del anfitrión. Cuando estuvieron reunidos, les anunció que creía que había llegado el momento de hacer balance de los cinco primeros años de colaboración conjunta, y también quería conocer sus impresiones al respecto. Efectivamente, los primeros en manifestar que querían vender todo para trasladarse con sus respectivas familias a algún sitio desde donde pudieran comenzar de nuevo fueron Arrideo y Teos, y así se lo hicieron saber al resto de sus socios. Los otros aprovecharon la ocasión y también expusieron sus deseos de abandonar la asociación, así como sus preferencias por permanecer en Alejandría para volver a hacer lo único que sabían, pero esta vez bajo un estricto cumplimiento de todas las normas. Todos sintieron la misma necesidad de alejarse de todo aquello cuanto antes y volver por la senda de la legalidad.

—¡Seguro que ganaremos menos dinero, pero dormiremos mucho mejor! —exclamó Teos ante los aplausos de conformidad de los otros comerciantes.

Todos reaccionaron de la misma manera a excepción de Dionisos, quien resultó seguir interesado en continuar con Antígono. Era palpable la amistad que había nacido entre ambos, y por eso, no extrañó al resto de los socios que quisieran continuar con el negocio. Antígono aprovechó la ocasión para ofrecerles la posibilidad de

comprarles su parte en el negocio, propuesta que de inmediato fue aceptada. Después, ambos se quedaron a solas para mantener una conversación en privado.

—Dionisos, presiento que pronto nos vamos a quedar solos en nuestra asociación.

—Lo sé; creo que es una pena, pues las cosas no podrían salir mejor. Sin embargo, nuestros socios están muy asustados y temo que hablen demasiado de nuestros negocios.

—Espero que no hayan contado nada ni tan siquiera a sus esposas —le comentó Antígono para ver su reacción.

—¡Por mi parte puedes estar tranquilo! Por ellos, ya no me atrevo a responder; los encuentro muy cambiados y temerosos. Ya no los conozco.

—¿Qué se te ocurre que hagamos? —preguntó Antígono.

—No podemos hacer más que dos cosas: dejarlo como ellos o comprarles su parte a un precio razonable; al fin y al cabo, son ellos quienes quieren abandonar los negocios conjuntos —apuntó Dionisos.

—Es cierto, pero no querrán vender a la baja.

—¡Tendrán que hacerlo! —exclamó Dionisos.

—Puede que podamos obligarlos, pero nadie nos garantizará que mantengan la boca cerrada para siempre o que nos delaten por venganza.

—¡Tienes razón!

—Yo no quiero que nos abandonen, no me fío de su silencio.

—¡Estoy contigo! —le confirmó Dionisos su lealtad.

—Vamos a pagarles lo que pidan sin regatear, a condición de que se marchen de Alejandría los cuatro con sus familias y pertenencias.

—¿Y qué razón les daremos?

—¡Muy sencilla! Pagamos esa importante cantidad, pero a cambio tienen que dejarnos el mercado libre para que podamos recuperarnos, y por supuesto, su silencio de por vida.

—Pero no tenemos tanto dinero —se sinceró Dionisos.

—Por eso no te preocupes; una parte se la pagaremos en monedas y la otra en propiedades que tengo repartidas por el extranjero, precisamente en colonias griegas donde seguro se sentirán como en su propia casa. Luego, tú y yo arreglaremos cuentas —propuso Antígono.

—Conforme y muy agradecido por tu ayuda económica. ¡Nunca he conocido a nadie tan generoso! —agradeció Dionisos.

—Consigue un pronto acuerdo, cueste lo que cueste; será mejor que medies tú pues confían en tu sentido común. No pongas pegas a la cantidad que te pidan, a condición de que acepten parte del pago mediante la aportación de otras propiedades que tengo repartidas en las colonias del mar Egeo y del mar Jónico. Extenderé los documentos de compra y de posesión a su favor tan pronto como se realice la

transacción.

—¡Déjalo en mis manos!

Dionisos intervino como mediador en las negociaciones y gracias a su buen hacer, en varios meses todo estuvo preparado por ambas partes para materializar la compra de los negocios que el resto de los socios mantenía en Alejandría. En pago recibieron una buena cantidad de dinero y, como complemento al acuerdo final, propiedades y negocios ya establecidos en las factorías griegas que los vendedores eligieron por las características que cada una presentaba, según se especificaban en los oportunos documentos que Antígono les presentó para su estudio y aceptación. Una vez pactadas las condiciones, los nuevos propietarios quisieron brindar por su suerte.

—Debemos celebrar el buen término de esta negociación. Te felicito, sin tu intervención no se habría conseguido nunca.

—Es mejor que nos felicitemos mutuamente, pues sin tu ayuda económica nunca se habrían cerrado los tratos.

—Bueno, eso es lo de menos. Estoy seguro de que ganaremos con creces lo que ahora hemos pagado.

—¡Por cierto!, gracias por ser mi fiador.

—¡Olvídalo! Por eso no te preocupes. Lo importante es que dentro de unas cuantas semanas, cuatro barcos los llevarán a donde quieran ir y desaparecerán para siempre de nuestros negocios.

—Prefiero que se encuentren muy lejos para evitar la tentación de hablar más de la cuenta.

—¡Sea! ¡Brindemos por nuestra nueva sociedad! —brindó Antígono.

—¡Por los próximos negocios! —contestó Dionisos.

—¡Y por no volver a saber nada de estos cuatro miedosos! —terminó Antígono.

Efectivamente, a los noventa días de haber concluido la operación, en el puerto de Alejandría se despidieron de sus antiguos socios Artabazo, Teos, Auletes y Arrideo, quienes en compañía de sus respectivas familias y de todas sus pertenencias personales, procedieron a embarcar rumbo a unos destinos que solamente ellos conocían y que se cuidaron muy mucho de mantener en secreto por motivos de seguridad, ya que las aguas estaban infectadas de piratas, y sus espías merodeaban por las ciudades portuarias en espera de conseguir con la antelación suficiente sus rutas para poder interceptar a las indefensas víctimas, sin que estas pudieran recibir ayuda alguna y sin testigos que incriminaran a los piratas de sus fechorías; cualquier descuido o imprudencia podría acarrear resultados mortales. Era tanta la cautela al respecto, que solía ser costumbre que el capitán de la nave conociera esa información inmediatamente después de haber zarpado del puerto.

Salieron pues, una mañana soleada de otoño, ayudados por la

presencia de vientos favorables que alejaron la nave mar adentro hasta que sus tripulantes dejaron de divisar su portentosa torre de luz. A las pocas horas, solamente veían horizonte marino por doquier y ninguna compañía a excepción de las embarcaciones de las otras familias emigrantes. Continuaron con la navegación conjunta durante toda la jornada, y pronto apareció en el cielo una blanca luna que se dejaba acariciar por luminosas estrellas que enseñaban al timonel el camino a seguir hacia el mar Egeo. Así continuaron dos días más sin que ninguna incidencia hiciera peligrar la seguridad de ninguno de los barcos.

Sin embargo, durante la tercera noche los viajeros fueron bruscamente despertados, levantados de sus literas y sacados a las cubiertas de las respectivas naves; pensaron que algo terrible debía de ocurrir, pero no pudieron averiguar el motivo de tanto revuelo, por lo que obedecieron sin rechistar las órdenes que recibieron de los marineros. Conforme salían por las escotillas en busca de auxilio, todavía ataviados con sus túnicas de seda para dormir, fueron sujetados por los brazos mientras otros hombres aprovecharon la confusión para degollarlos sin piedad. Comenzaron por los más pequeños, quienes apenas se dieron cuenta de la trampa y sucumbieron rápidamente bajo el cuchillo asesino. Después, continuaron con los hijos más mayores, para terminar inexorablemente con los adultos. Artabazo fue uno de los últimos en caer; mientras se llevaba las manos al cuello, en un intento baldío por taponar aquella profunda herida por donde la vida se le escapaba a borbotones en forma de hemorragia sanguinolenta, todavía pudo ver cómo desde otra de las naves el cuerpo de su amigo Teos fue arrojado por la borda a las profundidades del mar. Acto seguido, miró los cuerpos ensangrentados de sus hijos y esposa que, tendidos aún calientes sobre la cubierta, hacían reiterados intentos por recuperar la movilidad de sus miembros inferiores; pequeñas pataletas temblorosas y descontroladas que anticipaban lo que sin remedio les iba a ocurrir. Instantáneamente, comenzó a sentir un extraño mareo que le hizo desplomarse sobre ellos. Antes de cerrar los ojos, aún tuvo tiempo para recordar aquellos momentos que le produjeron la máxima felicidad, aquellos pasajes que jamás se olvidan. Después, lo último que notó fue el golpe seco de su propio cuerpo al caer con una rápida pérdida de calor. Luego, oscuridad; únicamente eterna oscuridad. La misma suerte de Teos corrió el resto de los componentes de las cuatro familias, quienes en fracciones de segundos desaparecieron, uno a uno, de la vista de los malhechores conforme se perdían entre las tenebrosas aguas.

Los piratas emprendieron rumbo a la isla de Creta, donde recibieron una importante cantidad por las posesiones personales de sus víctimas.

El capitán de cada embarcación repartió las ganancias entre sus hombres, pero se reservó las monedas que portaba cada comerciante, fruto de sus ahorros y de la venta de sus propiedades en Egipto. Después de consumir parte del cobro en diversiones, volvieron a embarcar, esta vez hacia el puerto de Naucratis, colonia griega situada bajo la influencia del gran delta del río Nilo. Allí quedaron amarrados los barcos al cuidado de la tripulación, mientras el jefe de los capitanes continuó viaje a caballo hasta Alejandría.

Ya era de noche cuando el jinete traspasó las puertas de la ciudad. Una vez en el interior de las murallas, sabía muy bien el camino que debía seguir. Con relativa lentitud, callejeó hasta que quedó situado frente a una hermosa casa que contaba con una buena cantidad de olivos dentro de un cuidado jardín delantero que adornaba su fachada principal. Llamó e indicó al esclavo que quería hablar con su amo. No tuvo que esperar mucho tiempo, ya que enseguida se le permitió la entrada.

—¡Salud, capitán! —saludó el anfitrión desde el jardín.

—¡Salud, Antígono! —contestó.

—¿Qué tal ha ido mi encargo?

—Tal como fue planeado —contestó Idrias.

Idrias era el capitán de los piratas, y por tanto, quien representaba sus intereses y a la vez les mandaba en sus intervenciones.

—¡Dame más detalles! —solicitó Antígono.

—No ha quedado ninguno con vida, a la tercera noche de navegación les hicimos salir al exterior y los degollamos. Ninguno opuso la más mínima resistencia; se notaba que no estaban acostumbrados a defenderse, ha sido muy fácil. Después de arrojar sus cuerpos por la borda pusimos rumbo a la isla de Creta; una vez allí, contactamos con un griego en Lerápetra para que se quedara con sus pertenencias y nos pagara lo convenido. Anduvimos unos días por la isla, y cuando se nos acabó parte del dinero regresamos al puerto de Naucratis, donde me esperaban las naves junto con el resto de los hombres. Como indicaste, he venido desde allí a caballo.

—¡Bien! ¿Traes los documentos?

—¡Aquí están! —Le entregó los justificantes de compra y propiedad de las fincas que sirvieron como moneda de cambio en la transacción.

—¿Y el dinero?

—¡Este!

—¡Dame la mitad y reparte el resto con tus hombres!

—¡Gracias! —contestó muy contento.

—¡Espera mis noticias en Naucratis, cuanto menos se te vea por aquí, mucho mejor!

—¿Estaremos seguros allí?

—Desde que se fundó Alejandría, Naucratis ha perdido mucha de su

fuerza de antaño. Ahora no es más que una colonia con un buen puerto donde casi nadie atraca, porque todos los barcos que surcan estos mares prefieren fondear en el puerto del Buen Regreso. No levantad sospechas y nada ocurrirá. Pronto tendré nuevos encargos para vosotros.

—¿Y tú, estarás seguro sin mi protección?

—¡No lo dudes! Aquí ya no pasa nada sin que me entere yo antes.

—¡Allí esperaremos!

El pirata desapareció entre la oscuridad de la noche, mientras Antígono repasó los documentos y puso a buen recaudo las monedas que le entregó su secuaz. Se sentía satisfecho pues había conseguido una magnífica operación en doble sentido; por un lado había recuperado sus propiedades, así como todo su dinero, ya que la parte que repartió entre los piratas correspondía a la aportación que realizó su socio. Además, Dionisos, ajeno a estos movimientos, estaba convencido de ser su deudor por la mitad del valor que entre ambos otorgaron a las aportaciones inmobiliarias que tan generosamente ofreció Antígono, como pago para saldar el precio de compra que fijaron para los cuatro comerciantes desaparecidos. ¡No le pudo haber salido mejor la jugada! Se quitó de encima a unos incómodos testigos que estuvieron a punto de delatarle; recuperó íntegramente su dinero, así como sus pertenencias, y además, contaba con el convencimiento de Dionisos de ser su deudor por una cantidad muy importante que, sin darse cuenta, le hizo prisionero de sus decisiones. Con todo esto, no le resultó muy difícil convertirse en poco tiempo en su jefe más que en su asociado.

A partir de ese momento, el número de operaciones se incrementó paulatinamente, porque tenía una mayor influencia sobre los encargados reales que controlaban la entrada y posterior manejo de mercancías en el puerto. A la mayoría se les pagaba buenas comisiones a cambio de información sobre el contenido de la mercancía que transportaban los barcos, o bien por sus servicios como colaboradores directos; lo que hizo que cada vez se acostumbraran a contar con ese dinero extra para mantener una mejor calidad de vida, hasta tal punto, que trabajaban más horas para la sociedad formada por Antígono y Dionisos que para el propio faraón.

Desde el principio de sus actividades, los dos se mantuvieron siempre en el más estricto anonimato, porque quisieron prevenir una posible filtración que diera al traste con sus planes y los pusiera al descubierto ante las autoridades. Para ello, urdieron una tupida tela de araña con el fin de salvaguardar su seguridad, y dejaron que fuera uno de los representantes de las colonias comerciales que Antígono mantenía estratégicamente en el mar Egeo, quien se trasladara a Alejandría para proceder a las contrataciones de los primeros

capataces y otro personal de confianza. Luego, estos mismos capataces contratados se encargaron de buscar, bajo su total responsabilidad, los hombres que necesitaron para realizar las distintas funciones dentro de la entramada organización. Supusieron que este movimiento debía ser el más importante, porque significaba el arranque de lo que más adelante se debía convertir en una complicada trama. Para las siguientes operaciones comerciales, fueron los propios colonos quienes por orden rigurosamente rotatorio, se encargaron de estos menesteres. Siempre aparecían con cartas credenciales que los facultaban en representación de extranjeros, y siempre con las arcas muy llenas de dinero; característica a la que casi nadie podía resistirse. Todo, con el único fin de diluir la verdadera identidad de quien realmente estaba tras aquel movimiento de mercancías.

Capítulo XVIII



Durante los siguientes años de asociación entre Antígono y Dionisos, la abundancia marcó la tónica general para Alejandría, y en esa misma proporción para la marcha del negocio de las mercancías. Esta situación se mantuvo durante dos años más, y Dionisos se mostraba muy satisfecho pues nadie los relacionaba, ni a él ni a Antígono, con ninguna operación fraudulenta ni ilegal. Por otro lado, entre aquellos que se dedicaban al mundo de los trapicheos turbios, solo algunos conocían la existencia de una poderosa asociación extranjera de mercaderes que pagaba muy bien las colaboraciones, pero de ahí no pasaban sus escasas informaciones. Siempre desconocieron para quién trabajaban en realidad, y además, nunca fueron informados absolutamente de nada, por lo que se limitaban a cumplir las órdenes recibidas sin plantearse ninguna otra cuestión sobre sus acciones, ya que para ellos se trataba de un traslado más de productos.

Su operativa se basaba en el desvío de importantes cantidades de mercancías del control oficial que luego eran vendidas en los más diversos mercados del imperio, o bien volvían a salir en cuestión de horas del puerto de Alejandría, con destino a otros mercados, por medio de las naves que Idrias siempre tenía dispuestas para tal fin.

Pero en cambio, para Antígono, los más que evidentes buenos resultados obtenidos siempre fueron calificados de insatisfactorios; estaba claro que los importantes beneficios acumulados en esos años no le bastaron para hacer realidad sus deseos de venganza. Sabía que no tenía capacidad económica para armar un ejército en toda regla que fuera capaz de arremeter contra los faraones; fue por ello por lo que se tuvo que conformar con los ataques selectivos de sus guerreros thamudíes, y además, eligió el campo económico como alternativa posible para presentar batalla en lo que consideró el escenario que mejor se adaptaba a sus posibilidades reales de éxito contra sus enemigos. Necesitó poco tiempo para darse cuenta de que aunque obtenía enormes ganancias, aquello no hacía apenas mella en las finanzas del imperio, y eso le creaba demasiada ansiedad. Es más, el hecho de que no se enteraran los reyes del resultado de sus desmanes tampoco le satisfacía en absoluto, pues al final, resultaba que robaba a

quien no se daba cuenta, y aquello no dejaba de situarle en una posición muy desagradable, que a su modo de ver poco difería del comportamiento de un vulgar ratero que roba la bolsa a un rico mercader en un zoco persa; algo que su vanidad no le permitía asumir por más tiempo. Pensó que era necesario cambiar esa intolerable situación; tenía que encontrar otra fórmula que acelerase aún mucho más el proceso de esquilma, y a ser posible, que diera muchas preocupaciones y quebraderos de cabeza a su anterior familia; aquella de la que tuvo que huir para salvar la propia vida cuando todavía se llamaba Ptolomeo.

Por eso decidió ampliar el campo de operaciones de su organización, aun a sabiendas de que esa decisión reportaba un riesgo mucho mayor. La supuesta asociación extranjera de mercaderes adquirió, siempre a nombre de terceros interpuestos, grandes mansiones tanto en la zona del puerto, así como en las cercanías del litoral alejandrino, lo que le dejó un gran margen de maniobra. Su estrategia general consistió básicamente en utilizar una tupida red de espionaje esparcida por las colonias griegas y por todo Egipto, cuyos miembros no sabían para quién trabajaban en realidad, porque tan solo se limitaban a trasmitir los mensajes a sus respectivos contactos, que siempre estaban formados por grupos de dos personas muy cercanas entre sí, de tal manera que si uno de ellos era descubierto, el otro enseguida se enteraba y seguidamente podía avisar a los siguientes eslabones de la cadena, para que se pusieran a salvo y le proporcionaran ayuda desde la organización para escapar de sus perseguidores, con lo que la investigación quedaba paralizada en un punto muerto. Esta red era la responsable de mantenerlos continuamente informados de los futuros movimientos de mercancías con escala o destino final en Alejandría.

La operativa que había ideado Antígono para el desvío de la mercancía, por simple, resultaba tremendamente efectiva. Entraba en la necrópolis bajo la apariencia de ser una de las muchas ofrendas que entregaban los fieles para realizar sacrificios en honor al gran Alejandro, que ya era venerado como un dios. A tal efecto, existía una gran sala donde se depositaban y almacenaban las distintas entregas. Pero la diferencia radicaba en que estas mercancías continuaban su recorrido hacia la zona de panteones reservados y allí eran depositadas convenientemente, por ser una práctica muy habitual entre las familias ricas para diferenciarse del resto. Después, cuando la afluencia de fieles se reducía, otros hombres seleccionados por Antígono acudían discretamente para llevarlas a través de los pasadizos secretos hacia las cámaras correspondientes donde quedaban depositadas, siempre con el convencimiento de que trabajaban por órdenes del propio faraón, para preservar las

mercancías más valiosas, con la exigencia, bajo pena de muerte, de total discreción y silencio.

En ocasiones, si las circunstancias así lo aconsejaban, debía permanecer oculta a la espera de mejores oportunidades que permitieran obtener mayores beneficios. Por eso, también solían esconderla entre falsos muros ubicados en los grandes almacenes que las mansiones adquiridas en el exterior tenían destinados a tal efecto, o bien, en las camufladas salas subterráneas dispuestas para ello, caso de prever una rápida salida de los productos. Normalmente trabajaban con mucho sigilo, amparados en la oscuridad de la noche. Pero la ambición de Antígono no conocía límites y tampoco se conformó con haber aumentado espectacularmente el número de capturas, lo que le hizo pensar en otras diferentes alternativas.

Por entonces, en el año 230 a. C., fue muy comentada la noticia del inicio de la preparación de una importante caravana de camellos que se iba a organizar de manera inmediata para que partiera desde Alejandría hacia la antigua capital de Egipto, la milenaria ciudad de Tebas. Era un recorrido muy largo que se adentraba por el interior del imperio, pero siempre manteniéndose relativamente cerca del gran Nilo, al que utilizaría como permanente punto estratégico de referencia por la facilidad de obtener el necesario suministro de agua mediante la utilización de sus oasis y pozos. Además, se había hecho público que el dinero necesario para fletarla provenía en exclusiva de fondos de aquellos que se hacían llamar sucesores de Ptolomeo Sóter, su abuelo. Esa particularidad supuso para Antígono la oportunidad añadida, que con tanto deseo esperaba desde hacía tiempo, de asestar un terrible golpe a las finanzas particulares de sus parientes.

Antígono comenzó a trabajar minuciosamente en la preparación del ataque a la que comúnmente ya se llamaba «la caravana del oro», calificativo que debía a la gran cantidad de riquezas que iba a transportar. Como no podía ser de otra manera, su esposa Kamala también movió los hilos necesarios y se preparó para avisar a sus thamudíes, como tantas veces había hecho, ante la importancia de tan espectacular acontecimiento. Pero la desgracia se alió con la mala suerte, y cuando acudió a la cita con uno de sus habituales contactos, a las afueras de Alejandría, no se dieron cuenta de que estaba siendo vigilado por espías del faraón que le reconocieron como beduino, y de inmediato sospecharon de su presencia tan lejos de sus territorios. Cuando se encontraron apenas tuvieron tiempo de cruzar varias palabras, pues enseguida se les echaron encima varios sicarios con la intención de inmovilizarlos para luego ser interrogados. El contacto beduino, al verse perdido, se clavó su propia daga en el corazón; pero Kamala no portaba arma con qué defenderse, y en apenas varios segundos se encontró maniatada sin poder hacer absolutamente

ningún movimiento para intentar escapar.

Enseguida fue conducida a presencia del jefe de la guardia del faraón, un capitán llamado Lagos, quien, después de someterla a un intenso y largo interrogatorio, llegó a la conclusión de que sus respuestas eran una sarta de contradicciones y mentiras que de poco servían para esclarecer ni su presencia en el lugar, ni su relación con el hombre suicidado, ni los motivos de la cita, ni mucho menos para conocer la identidad de quien la había enviado. Analizadas las pertenencias del fallecido, enseguida se le reconoció como un miembro de una de las tribus beduinas que frecuentaban todos los desiertos limítrofes, lo que encolerizó sobremanera al interrogador, pues le hizo suponer que posiblemente detrás de los numerosos ataques perpetrados contra caravanas en territorio egipcio era posible que la respuesta se encontrara en aquella mujer que ni siquiera quería facilitar su nombre.

Informados los faraones del apresamiento de la sospechosa, ordenaron al capitán Lagos que hiciera hablar a la prisionera sin escatimar la utilización de los métodos que considerase oportunos. Kamala fue amenazada por el capitán con someterla a un durísimo castigo si no le facilitaba la información que necesitaba, pero ella permaneció en silencio. Fue entonces cuando permitió que sus hombres le rasgaran sus ropas hasta que la dejaron en medio de aquella fría mazmorra de interrogatorios, completamente desnuda, y a merced de la voluntad de varios de los soldados que fueron previamente seleccionados por el capitán de entre quienes tenían la mayor fama de depravados e inmisericordes en cuestiones de sexo. Comenzaron a sobarla por sus partes más íntimas mientras se burlaban de ella y otros la golpeaban con sus escudos hasta que consiguieron hacerla sangrar. Pensaron que aquella intimidatoria demostración de fuerza, unida a los múltiples hematomas y posteriores hemorragias, desataría la lengua de la prisionera. Pero lejos de amedrentarse, se resistió y peleó como una tigresa herida, por lo que tuvieron que sujetarla por los tobillos y muñecas con el fin de inmovilizarla. Continuaron el tormento con mordiscos por cualquier parte del cuerpo a la vez que la escupían en la cara. Al no conseguir nada, dos de ellos comenzaron a violarla simultáneamente, tanto por la zona vaginal como por la zona anal. Otros, a la vez le pellizcaron en el culo con fuerza para dejarla marcada como si de un animal se tratara. Pero la mujer solo despegó los labios para insultar y maldecir a sus violadores. Cuando se cansaron de ella, y al ver que no obtenían la información requerida, se ensañaron azotándola con ramas de escaramujos[4], que con sus espinos curvos levantaron su piel de la misma manera

que si se la arrancaran con anzuelos de pescar. Primero comenzaron por la espalda y el vientre, después por los órganos sexuales, para terminar con la cara. A pesar de todo, la mujer continuó sin hablar. Aquel martirio se prolongó durante muchas interminables horas, en las que se tuvieron que turnar los verdugos ante el cansancio acumulado; y sin embargo, no consiguieron sacar ninguna información de su boca. Pero fueron tantas las heridas recibidas, que Kamala no aguantó por más tiempo y la noche del segundo día quedó tendida sobre un gran charco de su propia sangre; la última que le quedaba en su dolorido cuerpo.

Entretanto, Antígono, desesperado por su desaparición, ordenó a Idrias que sin levantar sospechas la buscara por una parte de la ciudad, mientras él buscaba por otra. Presentía que algo malo había ocurrido, pero no quería ni tan siquiera pensarlo. La angustia de aquellos interminables días le sirvió para darse cuenta de lo mucho que la quería. Rezó, hizo votos porque apareciera, suplicó a los dioses, y hasta hizo la promesa de perdonar a sus familiares y abandonar aquella vida de sobresaltos para dedicarse más a su amada Kamala; pero sus buenas intenciones llegaron demasiado tarde.

El capitán Lagos, al ver que ya no podía hacer nada con el cadáver de la prisionera, ideó una estratagema que con un poco de suerte pensó le podría servir para conducirle hasta el responsable final que buscaba. Permitió que se dieran a conocer públicamente los crímenes de la prisionera contra el imperio, y como prueba de escarmiento general, expuso su destrozado cuerpo en una de las plazas más concurridas de Alejandría, con la esperanza de que su mentor quisiera rescatar sus restos antes de que se pudrieran. Colocó vigías en puntos estratégicos y esperó varias noches a que apareciera el cómplice de la fallecida.

Idrias fue el primero en enterarse de lo sucedido. Corrió hasta la plaza donde estaba expuesto el cuerpo desnudo de Kamala y pudo contemplar el estado tan deteriorado, casi irreconocible, en que la habían dejado. Tardó bastante tiempo en acudir a la casa de su jefe para contarle la triste noticia, pues prefirió esperar a que hubiera anochecido para regresar. En realidad, no sabía por dónde empezar ni qué decirle. Entró en su vivienda camuflada, y luego se adentró en el gran jardín interior que comunicaba con la casa de Antígono. Nada más verle, Antígono notó que algo malo había sucedido y que su guardaespaldas no traía buenas noticias.

—¡Cuéntame lo que sepas, y no me hagas esperar por más tiempo! —le ordenó.

—No te va a gustar lo que vengo a contarte —le dijo Idrias.

—¿Tan malo es?

—¡Sí! —contestó tajantemente.

—Dime, ¿dónde está su cuerpo? —preguntó Antígono sin rodeos.

—¡Lo tienen expuesto en la plaza del mercado!

—¡Esperan a que alguien vaya a recogerlo! —afirmó Antígono con mucha seriedad en su rostro, pero sin mostrar ningún sentimiento.

—¿Por qué? —preguntó Idrias.

—Porque Kamala no les ha contado nada, y ha preferido morir antes que delatarnos. Es una burda trampa para coger a quien esté detrás de ella, en lo que seguramente consideran una conspiración contra el imperio.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que te enteres de todo lo ocurrido y que me traigas el nombre de los responsables. Ya sé que en última instancia son los faraones, pero esos de momento no me interesan. Quiero saber quién la ha matado, cómo y por qué.

—¿Y qué hacemos con el cuerpo de Kamala?

—¡Déjalo donde está! Por desgracia, ya no podemos hacer nada por ella.

—¡Pero hay que cumplir con los requisitos funerarios para que su alma no vague eternamente!

—¡Ella era beduina thamudí! En sus creencias ha muerto en combate, y por tanto, ya ha alcanzado el paraíso.

Nada más acabar de ordenar sus últimas instrucciones se retiró a su cámara, donde permaneció encerrado hasta que pasados tres días Idrias volvió para relatarle lo sucedido con todos los detalles que pudo recabar.

—Ahora debes partir hacia Seir para reunirte con el jeque Darak El Harti. Cuéntale lo que sabes y dile de mi parte que lo primero que voy a hacer es vengar la muerte de su hija; que estén preparados sus guerreros porque pronto atacaremos la caravana del oro, de una forma tan despiadada y cruel como jamás antes se ha conocido en Egipto. Luego, regresa lo antes que puedas para preparar nuestros planes.

Pasaron tres meses desde la muerte de Kamala, y durante este tiempo las cosas parecían que iban demasiado lentas, aunque Antígono se mantenía impasible, con una paciencia fuera de lo común y de cualquier género de duda. Parecía como si todos los pasos a dar estuvieran muy claros y estudiados en su cabeza, y tan solo esperara para llevarlos a cabo la orden de salida para la valiosa caravana. En cuanto a Idrias, le había dado tiempo a regresar, y nada había cambiado desde que fuera a avisar al suegro de Antígono de la terrible desgracia. De repente, y después de tanto tiempo de espera, pareció que todo se agilizaba, pues los trámites oficiales se dieron por concluidos, y ahora todo eran prisas para organizar las asistencias de los mercaderes participantes en tal importante evento. Por eso, algunos días antes de la salida de la expedición, se reunieron los dos

para ultimar los preparativos.

—¿Tienes todo claro? —preguntó Antígono.

—¡Muy claro! Tengo que seguir con mis hombres a la caravana hasta que llegue al gran oasis de Tebas, para que no quede ningún rezagado que pueda ser testigo —contestó Idrias.

—¡Eso es! Es muy importante que no noten vuestra presencia, por tanto, bastará con vigilar con dos, o a lo sumo tres exploradores. Hasta llegar allí deberás bordear los puestos de vigilancia que hay enclavados en los distintos pozos. No pueden verte pues darán la voz de alarma. Por eso, tendrás que viajar de noche y esconderte para descansar por el día. Por otro lado, el grueso de las fuerzas thamudíes deberá esconderse a media jornada de distancia del gran oasis de Tebas y esperar tu llegada.

—¡Pero seremos muchos! No es fácil que un ejército pase desapercibido.

—¡Lo sé! Tendrás que alejarte lo más que puedas de las rutas habituales para descansar. Por la noche te será más sencillo guiarte, pues los mismos fuegos de la caravana te marcarán el camino a seguir.

—¿Y el agua? ¿Cómo conseguiremos el agua?

—Tendrás que organizar turnos de recogida tanto de día como de noche. Pero lo más importante es que no ataques a nadie hasta que no hayas eliminado a una parte de la guarnición del gran oasis de Tebas y la hayas sustituido por tus hombres. Entonces tendrás todo el agua que queráis y tiempo más que de sobra para recuperaros del esfuerzo. Para ello, entrarás en el gran oasis como un mercader en busca de refugio con una pequeña caravana que estará compuesta por tus mejores hombres. Esa misma noche deberás pasar a cuchillo a cuantos allí se encuentren. ¡Pero no toques nada!

—¿Nada?

—¡Nada! Utiliza los camellos, los ropajes, las mercancías, las tiendas y todo lo que encuentres para haceros pasar por pacíficos viajeros. Hay que dar sensación de absoluta tranquilidad en el oasis. Si la caravana lo encuentra vacío, o ve algún cadáver, sospechará de inmediato; se pondrá en alerta máxima y huirá. Después de que consigas el control, deberás actuar con total normalidad. Si alguna otra caravana, por pequeña que sea, se acerca a pedir refugio, debes atenderla y dejar que se marche con total libertad. Quiero que te quede claro que solamente nos interesa una, del resto nos olvidamos y los dejamos en paz. Si en Tebas dejan de recibir caravanas se preocuparán y enviarán exploradores. Por eso es importante que continúe el flujo de comercio.

—¡Pero cuando ataquemos a la guarnición, allí habrá mucha gente!

—¡No importa cuántos sean, utilizaremos los thamudíes que necesitemos! Si es preciso, forma varias caravanas y hazles entrar poco

a poco en el oasis. Esa noche no puede quedar con vida ninguno de los guardianes que protejan la zona que elijáis para el ataque, ni nadie que lo vea; no puede haber testigos que puedan dar la voz de alarma. Esta es la acción más importante y de ella depende el éxito de nuestra empresa.

—¿Y los niños?

—¿Qué pasa con los niños?

—Si también los eliminamos, sospecharán cuando no los vean correr desde las primeras dunas.

—Cuando quieran apreciar que no hay niños en el oasis será demasiado tarde.

—No sé, quizás se den cuenta; es muy fácil notar su ausencia, a mí me parecería raro. Si quieres que las siguientes caravanas que descansen en el gran oasis continúen su camino hasta Tebas, corremos el riesgo de que notifiquen este detalle y cunda la alarma.

—¡Está bien! Respeta la vida de las familias que viajen con niños. Los padres permanecerán bajo la vigilancia de tus hombres y los hijos nos servirán de señuelo. Dirás a los padres que si no colaboran los verán morir; seguro que bajo esa amenaza se avendrán a razones y aleccionarán convenientemente a los pequeños para que trabajen en nuestro favor. Cuando todo acabe, tendrás que decidir si debes o no eliminarlos junto con el resto, o retenerlos atados en algún lugar para que te dé tiempo a escapar.

—¿Crees que será suficiente con estas precauciones? —preguntó Idrias.

—¡Escucha atentamente! Cuando la gran caravana se encuentre cerca del oasis de Tebas, los camellos, las mulas y los caballos olfatearán el agua y se pondrán muy nerviosos; para los camelleros será mucho más difícil dominarlos, por lo que desearán llegar cuanto antes. Por otro lado, los mercaderes estarán demasiado cansados, solo pensarán en descansar y en recomponer a sus animales y las mercancías para que puedan ser vendidas al mejor precio posible en el mercado. Por último, las tropas que los acompañan como protección no esperarán un ataque en el último punto de avituallamiento, es el que está mejor guardado y nunca antes ha ocurrido semejante cosa. Ellos también estarán muy cansados, y seguro que relajarán la vigilancia; este es el mejor momento para atacarles pues no se encontrarán en las mejores condiciones físicas para combatir. Si todo esto no basta, además debes contar con que la distracción será completa cuando observen su magnífica vegetación, esa misma que con sus sombras libera del calor al viajero sofocado y le invita a saciar la sed acumulada. Ese será el momento más propicio para atacarles. Recuerda que no debes dejarlos que se acerquen a beber agua ni a descansar, por eso tienes que haberte hecho con el control del oasis

antes de que la caravana se acomode. Es más, ahora se me ocurre que sería una muestra de hospitalidad que fueran los niños quienes se acerquen a ofrecer agua a los cansados viajeros. Seguro que todos agradecerán que les lleven agua fresca.

—Sobre todo los soldados, ¿verdad?

—Veo que comprendes mi razonamiento ¡Efectivamente, los obsequiarán con agua fresca pero previamente envenenada! Seguro que ninguno podrá resistirse a tan placentera tentación. Con ello, creo que los niños nos harán un gran favor y no habrá prácticamente nada de oposición.

—¡Entendido! ¡Cuenta con ello! —contestó muy animado Idrias.

—¡Así me gusta, ahora estoy seguro de que todo saldrá muy bien! De todos modos, piensa que siempre surgen problemas con los que no hemos contado, y seguramente tengas que improvisar sobre la marcha. Si no tienes posibilidad de comunicarte conmigo, tendrás que tomar tus propias decisiones, tenlo muy en cuenta.

—¿Dónde estarás tú? —preguntó Idrias.

—¡Con los guerreros thamudíes! ¡Quiero participar en primera línea de combate!

—¡No te preocupes por los imprevistos! Se me da mejor actuar en caliente que seguir planes ya marcados —contestó Idrias.

—¡Eso espero! Si todo sale como hemos estudiado, no tendrás que modificar nada.

—¿Quieres algo más? —preguntó Idrias.

—¡Nada, salvo una última cosa!

—¿Qué es?

—He pensado que sería de mucha utilidad tener información de lo que ocurra en el interior de la gran caravana durante el viaje. Si hay cambios de planes u ocurre algún imprevisto, quiero que seas el primero en saberlo para que puedas hacer las correcciones oportunas.

—Me gusta esa idea.

—Por eso, he dispuesto lo necesario para que varios de tus hombres se hagan pasar por simples mercaderes y partan desde Alejandría junto con el resto de los viajeros. Cuando llegue el momento, su ayuda te resultará muy valiosa porque atacarán desde dentro y crearán mucha confusión.

—¿En cuántos has pensado?

—He reservado nueve plazas que deberán dividirse en tres grupos para no levantar sospechas.

—Tengo ocho que, son justo lo que necesitamos. Son de mi máxima confianza, pondría mi vida en sus manos sin dudar. Además, son casi sombras en la noche; saben escabullirse muy bien y podrán pasar cualquier información a los exploradores.

—¡Perfecto! Da igual ocho que nueve.

—¡No! El noveno soy yo.
—¿Cómo dices?
—Que voy a ir dentro de la caravana. Tal como has dicho, es necesario tenerlo todo controlado desde el interior. Pues bien, esta es la mejor manera. Además, seguro que me divertiré mucho más que si me quedo a la espera de su llegada al oasis.
—¿Pero, quién va a realizar la organización de los ataques?
—¡Tú mismo puedes hacerlo porque estarás allí con tus thamudíes! ¡Te obedecerán ciegamente!
—¡Está bien, no es mala idea! —le dijo Antígono, aunque con cierto tono de preocupación.
—¡Fíate de mí, es una buena decisión!
—No lo dudo, pero no me gusta la idea de que te separes de tus hombres por tanto tiempo y a tanta distancia.
—¿Por qué?
—Porque dejas demasiada iniciativa a terceros que no tienen tu misma implicación en este asunto; si algo sale mal puedes quedar atrapado en la caravana igual que si fuera una jaula.
—De peores situaciones ya he salido, no pasará nada. Además, tendré un lugar de privilegio para asestar el primer golpe al capitán de las tropas. En cuanto los deje sin mando, estarán en mis manos.
—¡Nunca ves el peligro!
—¡Para eso ya tengo a mi jefe!
Aquellas últimas palabras de su guardaespaldas retumbaron en la mente de Antígono como un presagio de mal augurio, por lo que se quedó pensativo a la vez que reorganizaba sus ideas. Se despidieron, y cada uno partió hacia sus lugares de cita para ocuparse de sus quehaceres, a fin de tenerlo todo dispuesto para ese día señalado en que cada fracción debía coordinar sus movimientos con el resto de los componentes de la operación de asalto.
En la ciudad alejandrina, durante meses se preparó a conciencia la gran comitiva. El ajetreo de mercaderes que llevaban de un sitio para otro sus mejores mercancías fue constante, y parecía que aquello no iba a tener nunca un final. Sin embargo, de madrugada, aquel día tan esperado parecía que los componentes de la expedición se habían puesto de acuerdo para tenerlo todo listo. El plazo de espera y preparativos expiró y, por arte de magia, dejó paso al momento de partir hacia la ciudad de Tebas. La elección de su mercado fue realizada por imperativo de los compradores finales de las magníficas mercancías que en la caravana se transportaban. Era el punto de encuentro entre los grandes mercaderes de otros reinos que también estaban interesados en adquirir aquellas valiosas mercancías. No quisieron que las transacciones se realizaran en el mercado de Alejandría, como hubiera sido lo más lógico, porque fueron

presionados por los mandatarios de las otras ciudades que competían con ella por conseguir la supremacía comercial en la zona de influencia helena.

Ptolomeo III era consciente de la mala reputación que tenía su ciudad por las pocas garantías de seguridad que ofrecía a los mercaderes, debido a los continuos asaltos que sufrían las caravanas mientras atravesaban su territorio; asaltos cuyo origen quiso conocer a través de Kamala. Vio una oportunidad para demostrar al resto del mundo la fuerza económica de Egipto y su implicación por erradicar definitivamente los ataques, por lo que no dudó en acceder a que los intercambios se realizaran en Tebas, en contra del criterio de parte de sus consejeros, quienes pensaron que su decisión podría ser interpretada como un acto de debilidad. Pero para evitar cualquier tentación, hizo llamar al mejor hombre de su guardia, el capitán Lagos, y le ordenó que con mil soldados de élite se encargara de proteger la caravana durante aquel largo y peligroso recorrido. Le advirtió que no podía fallar absolutamente nada, porque los ojos del mundo estaban expectantes para comprobar que terminaba con éxito la travesía de esas importantes mercancías por el desierto egipcio, fletada íntegramente con fondos reales, y además, estaba en juego el propio prestigio del faraón.

La noticia de la presencia de Lagos como máximo responsable de la seguridad de la caravana corrió por todos los rincones, para gran satisfacción de cuantos estaban implicados en el viaje, a excepción de Antígono, que cuando se enteró de inmediato varió sus planes. Decidió que él mismo ocuparía una plaza en la caravana, que se haría pasar por mercader, mientras Idrias y uno de sus hombres serían sus sirvientes. No quiso dejar para otro el placer de vencer y humillar al torturador de Kamala. Al fin y al cabo, pensó que podía hacerlo ya que los jefes de cada grupo estaban organizados y preparados para llevar a cabo la misión encomendada; cada cual sabía a la perfección su cometido porque el propio jeque Darak El Harti cedió a sus mejores beduinos para ocupar dichos puestos, y él mismo, en persona, revisó concienzudamente la operación militar, lo que dio mucha seguridad y confianza a su yerno.

El día del inicio de la marcha, la expectación en Alejandría resultó ser máxima; pocas veces se tenía la oportunidad de contemplar una manada de diez mil camellos gamales reunidos en una gran explanada para iniciar una marcha de tal volumen de riqueza reunida y de tanta distancia por recorrer. Sobre sus palanquines colocaron las mejores mercancías que se podían encontrar en todo Egipto: sedas, alfombras, piezas de oro, especias y muchos más productos de gran valor, lo que hizo que fuera calificada como una de las más ricas que jamás se hubiera organizado. Para proteger tan valioso cargamento, cada cual

procedió a cubrir la mercancía en su totalidad, a modo de hatillo, con grandes lonas de vivos colores que representaban formas caprichosas de multitud de dibujos, todas con infinitas formas geométricas. Cada montura se sujetó a la cola de la precedente mediante fuertes nudos realizados con las cinchas de cuerda, o cuero en algunos casos, que servían de bridas para dominar a los animales. En fila, uno tras otro, iniciaron la larga travesía estimulados por las varas de los camelleros, quienes se esforzaron por presentar como la mejor silla de la manada la que su animal portaba sobre su lomo, como si de una competición se tratara. Todas eran artesanales, y seguramente llevaban muchas horas de dedicación para poder lucirlas en ese día tan señalado. No había ninguna igual; estaban elaboradas sobre una combinación de madera tallada y cuero repujado con incrustaciones de muchos detalles a mano que servían para dar más distinción a su propietario. Adornadas con telas multicolores, donde predominaban el rojo, ocre y blanco sobre el resto de la gama de tonalidades posibles, dejaban colgar grandes ribetes que se mecían de un lado para otro al compás del movimiento del propio camello. Unos decían que servían para ahuyentar a las pegajosas moscas y mosquitos; otros, como remedio eficaz para prevenir el ataque de la temida víbora del desierto; para todos, como excelente complemento de ornamentación para presumir de la exclusividad de sus sillas de montar. Algunas monturas también presentaban sus correajes bellamente adornados con las mismas tonalidades, y culminaban el conjunto con borlas de varios tamaños que colgaban de sus cabezas, así como collares con cuentas que realzaban los largos cuellos de los elegantes camellos.

Una multitud se agolpó para despedirlos y también para disfrutar del espectáculo; ninguno de los allí presentes habían visto jamás una caravana tan grande, por lo que resultó una experiencia inolvidable contemplar el desplazamiento rítmico de la cabalgata junto con la combinación de tantos colores. Lentamente, con un paso marcadamente ceremonioso, la larga comitiva se encaminó hacia los límites de la ciudad, no sin antes recorrer algunas de sus calles. Los cruces de saludos eran constantes y una alegría incontenible se apoderó del ánimo de la población alejandrina. Se dio tanta importancia a esa iniciativa comercial, que hubo que modificar parte del recorrido urbano, inicialmente previsto para que desfilara bajo el mirador de los reyes, quienes también quisieron despedirla. A su paso, desearon al jefe de la expedición, el capitán Lagos, toda clase de buenaventuras en su largo viaje y que regresara con bien de su importante misión.

—La capital del imperio quiere mostrar su poder económico al resto del mundo con la financiación de esta irrepetible caravana; la más rica que jamás se haya organizado. Deseamos que nada te impida llegar a

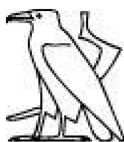
Tebas, y sepas afrontar las dificultades que aparezcan a lo largo del camino con paciencia e ingenio. Ten siempre presente que el desierto será tu peor enemigo, y contra sus retos tendrás que combatir. Te deseamos mucha suerte y que los dioses iluminen tus decisiones; pediremos por ello y por que tu regreso sea victorioso —le dijeron.

Mucho tiempo después de que el último de sus componentes traspasara la muralla, todavía en el horizonte se percibía la gran nube de polvo que levantaban a su paso las cabalgaduras.

4

Rosales silvestres.

Capítulo XIX



Antígono y los hombres de Idrias quedaron perfectamente camuflados entre tanto gentío, y desde el arranque de la caravana procuraron dividirse para estar situados en los lugares que consideraron más estratégicos a fin de obtener la máxima información posible. En todo momento se mantuvieron expectantes ante cualquier conversación o noticia cuya trascendencia pudiera modificar sus planes prefijados. El resto de sus fuerzas había salido desde sus puntos de origen con bastantes días de antelación, por lo que era de suponer que llegarían a los lugares de reunión con margen suficiente para cumplir con sus órdenes. Enseguida, los nueve procuraron establecer lazos de amistad con aquellos a quienes consideraron que más les podían servir para la consecución de su objetivo, dentro de la gran caravana, lo que sin duda les reportó una valiosa información de privilegio.

Entretanto, los momentos en los que pudo, Antígono aprovechó el viaje para continuar con el estudio de nuevas ideas que causaran el mayor estrago posible en la economía de sus despreciados parientes. Uno de los personajes que más le interesaba era el responsable de las tropas de protección, porque sin duda tenía una deuda de sangre pendiente con él. Se trataba de Lagos, un militar de origen griego curtido en mil batallas que recibió como premio a su fidelidad y valentía el nombramiento de capitán de la Guardia Real. Hasta ahora, su cometido había sido la vigilancia del perímetro exterior de la ciudad; pero su dilatada experiencia en este tipo de incursiones hizo que los faraones pensaran en él para que velara por la seguridad de tan costosa iniciativa. A juzgar por el extremado celo que ponía en todos los detalles, era seguro que le prometieron un reconocimiento oficial a su vuelta. Era un hombre rudo educado bajo la disciplina castrense, que pocas veces se dejaba sorprender por nadie. Hombre de pocos amigos, y de menos palabras, prefería que los hechos hablaran por sí mismos. Procuraba relacionarse solo con los soldados bajo su mando, y siempre para ordenarles lo que consideraba más oportuno en cada momento. Únicamente, en circunstancias muy especiales le vieron dirigirse a varios comerciantes para reprenderlos por el incumplimiento de sus obligaciones relacionadas con la seguridad del

grupo que dejaron de realizar, unos por descuidos y otros por pura vagancia. Todos tenían sus cometidos, y parecía que el capitán Lagos estuviera apostado detrás de cada camello para comprobar que se realizaban correctamente; nadie sabía cómo, pero se enteraba de todo lo que sucedía en el interior de la caravana.

Al finalizar cada jornada, el momento más esperado resultaba ser cuando comenzaban a avisar de que en breve se detendrían para iniciar los trabajos de acampada y poder así preparar el merecido descanso. Había transcurrido mucho tiempo desde que iniciaran la caminata, y durante esas horas se solía recorrer una considerable distancia, algunas veces, bajo un calor abrasador. Los servidores que durante la marcha parecían medio adormecidos, iniciaban entonces una actividad frenética con el fin de atender lo mejor posible a sus señores. Los camelleros unas veces cerraban en círculos a sus animales para controlarlos mejor en los distintos campamentos, y otras, los apostaban en fila para aprovechar mejor las condiciones del terreno o protegerse de las adversas inclemencias meteorológicas. Los sirvientes, por su parte, comenzaban a montar las jaimas, a preparar sus interiores y encender los fuegos que servirían para calentar los alimentos y contrarrestar la enorme bajada de temperatura. Mientras tanto, las tropas se organizaban para montar el correspondiente turno de guardia, pues eran muchos los pequeños fuegos de campamento que se avivaban, y por tanto, muchos los controles que debían efectuar en pos de asegurar un descanso tranquilo a todos.

Después de agotar las primeras jornadas de viaje, por sus someros cálculos, Antígono llegó a la conclusión de que la duración del viaje sería, aproximadamente, de un mes de procesión por el desierto, más los días que permanecieran en los distintos oasis para reponer fuerzas. Por tanto, ese era el plazo que tenía para averiguar lo necesario, así como para obrar en consecuencia, en cuanto a los preparativos y las modificaciones que estimara convenientes, y siempre en función de la información que obtuviera.

Ocurrió durante una de esas largas permanencias bajo las tiendas, en espera de que bajara la temperatura, cuando se encontraban en las inmediaciones del gran lago Meris, que varios camelleros se emborracharon, aprovechando que ya se habían retirado la mayoría de los viajeros para descansar. Cuando tumbaron a sus animales sobre la arena olvidaron atar una de las patas delanteras con las cinchas de gobierno para evitar así que pudieran levantarse. Esta tarea era muy importante pues impedía cualquier conato de estampida. Posiblemente, un chacal debió de asustar a las monturas y aquellas que quedaron sueltas comenzaron una carrera hacia ninguna parte por el interior del campamento, llevándose por delante cuantos obstáculos encontraron en su camino. La confusión que se organizó fue

monumental, e incluso hubo varios contusionados por las pezuñas de los alocados animales. Cuando se consiguió dominar la situación se hizo un rápido balance de lo ocurrido; en el recuento final de daños, aparte de los heridos, se comprobó la rotura de varias tiendas, junto con abundante material de uso doméstico, algunas mercancías de alto valor, y además, un camello se rompió una pata por lo que no hubo más remedio que sacrificarlo.

El capitán Lagos no se lo pensó dos veces y de inmediato ordenó que llevaran ante su presencia a los responsables de tales destrozos. Cuando conoció los antecedentes, no dudó ni un segundo en dar un castigo ejemplar a los culpables de las pérdidas ocasionadas.

—Debéis pagar a los dueños el importe de sus quebrantos —les dijo.

—Pero señor; no tenemos dinero que alcance esas sumas —contestaron entre grandes sollozos.

—¡Es de justicia que los culpables paguen sus males!

—Nosotros solo tenemos nuestros trabajos.

—¿Y los camellos?

—Tampoco son de nuestra propiedad.

—Si no tenéis con qué resarcir a los perjudicados, pagaréis con vuestra propia sangre —los sentenció.

—¿Nos vas a matar? —preguntó uno de los camelleros muy asustado.

—En circunstancias normales, puedes apostar que así lo haría. Pero necesito de toda la ayuda disponible para gobernar a tantos animales. Me conformaré con aplicaros públicamente un severo castigo.

Antes de reiniciar la marcha, el capitán Lagos convocó a los damnificados para contarles cómo se encontraba la situación, y a la vez averiguar si se darían por satisfechos con un escarnio público a los responsables, pues no existía otra forma posible de cobro. Ante su firmeza, y sobre todo esa fiera mirada que se clavaba en lo más profundo del corazón, ninguno se atrevió a contradecirle; temerosos contestaron afirmativamente a su propuesta.

Como si se tratara de un juicio sumarísimo, ordenó que dispusieran lo necesario para aplicar su particular justicia. En el punto de cabecera de la caravana situó de rodillas a los culpables, con los codos y la frente también apoyados sobre la arena, mientras las palmas de las manos se las colocaron convenientemente con los dedos entrecruzados para proteger la nuca. Esta posición les dejaba totalmente desprotegida la espalda, que en definitiva era la parte del cuerpo que iba a sufrir el tormento. Se les rasgaron las vestiduras y el capitán hizo la señal del inicio del avance. Conforme comenzaron a pasar por delante los viajeros, el soldado que se encargó de llevar a cabo la sentencia, aplicó severos latigazos con la misma vara con la que cada camellero implicado solía fustigar a su animal. La orden fue golpear

con dureza pero con una frecuencia lenta para que diera tiempo a que lo vieran el mayor número de viajeros. Los varazos deberían continuar hasta que la espalda quedara totalmente cubierta por la sangre. Se eligió al azar a uno de aquellos desgraciados y luego se prosiguió con el siguiente, y así sucesivamente hasta que el castigo fue administrado a cada uno de los implicados. Después, se los dejó al sol en esa misma posición hasta que terminó de pasar por delante el último componente de la procesión. Mientras desfilaron por delante, todos reconocieron que aquellos camelleros actuaron mal, pero el castigo les resultó demasiado desagradable, tanto para la vista como para los oídos; ya que los ajusticiados no cesaron de gritar y de gemir en cuanto sintieron sobre sus espaldas la terrible descarga de la fusta, que conforme golpeaba levantaba la piel para dejar en carne viva las heridas que les producía. A cada alarido de las víctimas, le precedía el sonido de su silbar al cortar el aire en su recorrido, y el golpe seco al estrellarse contra su cuerpo desnudo. El proceso se repitió sistemáticamente hasta que las sentencias fueron cumplidas.

Aquel día no hubo conversaciones ni alegrías entre los componentes de la caravana porque quedaron muy impresionados por lo que acababan de presenciar, y su recuerdo les impidió que se sintieran cómodos con la protección del capitán Lagos, sensación que perduró a lo largo del resto de la larga travesía por el desierto. Aquellos infelices quedaron marcados como ganado; no solo por las crueles cicatrices, también porque su sola presencia sirvió como desánimo a otros que tuvieran las mismas o parecidas tentaciones.

La terrible experiencia tampoco pasó desapercibida para Antígono, quien lejos de amilanarse, se tomó como un reto personal conseguir un acercamiento con aquel que ahora era considerado como un déspota militar que levantaba temores y miedos por donde quiera que se acercara, circunstancia que por otro lado no importó en absoluto al capitán de la Guardia Real. Para el resto de los viajeros, e incluso para sus propios soldados, lo único que buscaba su jefe de filas era cumplir con el encargo de los faraones y conseguir ese premio prometido que le debía encumbrar hasta la gloria. De la noche a la mañana, el capitán Lagos se convirtió en el personaje más odiado de la caravana, ese de quien nadie debería fiarse.

Antígono no quería levantar sospechas de ninguna clase, pero desde el día de los azotes no perdió de vista ni un solo instante a su presa; esperaba que se presentara el momento más propicio para conseguir su reto, y que además apareciera de una forma natural, o quizás fortuita. Por otro lado, algunas noches visitaba a los compinches que estaban situados en otros campamentos para recibir noticias sobre la situación del resto de sus hombres, o por si se había producido alguna modificación en los planes previstos desde el principio. Hasta la fecha,

todo parecía que se cumplía según lo establecido; sus exploradores se mantenían a buena distancia por detrás de la caravana, y así evitaban ser vistos por las patrullas de soldados que lógicamente vigilaban el camino que tenían por delante y en un área de seguridad del terreno de los costados.

Fue antes de entrar en la cercana ciudad de Arsínoe, levantada en honor de la reina Arsínoe II, y renombrada por Ptolomeo III como Ptolemais Euergetis, cuando surgió la oportunidad que tanto esperaba Antígono. El capitán Lagos se adelantó con una patrulla para comprobar por sí mismo que la ciudad no presentaba nada anómalo o sospechoso. Su máxima obsesión era prevenir una posible emboscada, más que por la pérdida de vidas humanas, por el destrozo que se podría producir en las mercancías en caso de un inesperado ataque; esas mismas que por su honor juró ante los faraones llegarían en perfecto estado hasta el mercado de Tebas. Era consciente del elevado valor que transportaba en aquella caravana y aquello le hacía, si cabe, ser aún más precavido. Desde lo alto de un promontorio observó durante largo rato el comportamiento de sus habitantes; cuando quedó convencido de la seguridad, decidió dirigirla hacia allí. De regreso a la columna, se entretuvo porque llamaron su atención unos movimientos de algunos de los ciudadanos que en principio le parecieron extraños, pero que luego comprobó que se correspondían con las alteraciones propias de las apuestas en una pelea de gallos. Sin embargo, quedó bastante rezagado con relación a sus hombres y debió continuar el camino de vuelta en solitario, cosa que no le importó en exceso habida cuenta de lo cerca que se encontraba el grueso de la expedición, que se había detenido a la espera de recibir sus órdenes. Sin embargo, cuando casi estaba a punto de conectar con la cabecera, algo debió de asustar a su caballo; se encabritó y dio con los huesos del capitán sobre la caliente arena, mientras la cabalgadura quedó tumbada encima de una de sus piernas, lo que le impidió cualquier intento de movimiento. Al lado de las pezuñas del equino, algo se agitó rápidamente, lo que provocó sus constantes coces acompañadas por relinchos de temor. Era una víbora de cuerpo alargado y delgado que, también muy asustada, enseguida se alzó para iniciar su mortal ataque con la boca abierta; retrocedió para tomar impulso y de inmediato mordió al caballo que comenzó a retorcerse de dolor. El ofidio se volvió a erguir sobre su cuerpo para repetir el ataque, pero esta vez su presa parecía ser el capitán Lagos, quien inmóvil trataba en vano de defenderse con la daga que había conseguido extraer de su funda. Aquella escena no pasó desapercibida entre los soldados, pero se encontraban demasiado lejos para socorrerle a tiempo. El reptil volvió a dilatar sus mandíbulas, pero justo en ese preciso instante una flecha le penetró por la boca y atravesó la cabeza mientras el caballo

agonizaba.

Milagrosamente, el capitán solo sufrió una torcedura de tobillo, pues por suerte, al caer encajó la pierna en una hendidura sobre la arena y así no tuvo que soportar ni el peso del equino ni sus violentas convulsiones cuando fue mordido. Repuesto del terrible susto, y una vez liberado del peso muerto, Lagos quiso conocer a su salvador para agradecerle tan oportuna intervención.

—No has podido ser más preciso con el arco —le dijo.

—He tenido suerte —contestó Idrias.

—¡No! Yo he sido quien ha tenido mucha suerte. Muy pocas veces he visto una intervención tan certera sobre un blanco móvil tan pequeño y a tanta distancia. Dime, ¿quién eres?

—Me llamo Idrias y soy el sirviente de mi amo, el rico mercader Antígono de Samotracia —contestó muy decidido.

—¿Eres griego? —le preguntó extrañado por el color demasiado oscuro de su tez.

—Soy libio, pero educado por griegos.

—¿Dónde está tu amo?

—¡Es aquel que se acerca! Fue quien me avisó de que algo se movía bajo las patas de tu caballo —le explicó Idrias.

—¡Ha sido providencial la intervención de tu sirviente! ¡Quiero agradecerte la buena vista que has tenido para avisar a tiempo a tu magnífico arquero!

—Si lo deseas, le dejaré a tu disposición durante el resto del viaje —contestó muy educadamente Antígono.

—¿Has sido siempre mercader?

—¡Así es!

—¿Y tu hombre?

—No. Hace años fue instructor de arqueros en Cirene. Allí le conocí; en sus manos, el arco se convierte en un arma mortífera. Le convencí para que dejara su antiguo trabajo, y a partir de entonces se ocupa de mi seguridad personal.

—¡Magnífica elección! ¡Cirene! ¡Cuántos recuerdos!

—¿Conoces Cirene?

—Sí, hace tiempo acompañé a la reina en una misión oficial.

—Entiendo.

—¿Quieres que inspeccionemos a la víbora que ha abatido Idrias? —le invitó Lagos.

—¡Vamos!

Cuando llegaron comprobaron de qué clase de ofidio se trataba.

—¡Es una mamba negra! —exclamó sorprendido Lagos.

—Es muy poco frecuente verlas por aquí —contestó Antígono.

—¡Es cierto! Yo las he visto mucho más al sur.

—Este ejemplar debe de medir tres metros.

—¿Sabías antes de tensar tu arco que era una mamba? —le preguntó a Idrias, que también los acompañaba para ver su trofeo de caza.

—¡Yo no! Pero mi amo me avisó del tipo de animal de que se trataba.

—¿Cómo? Estabas a mucha distancia.

—Tengo buena vista, y el color negro de su paladar cuando abrió la boca por segunda vez me dio la pista.

—¡Increíble!

—He viajado mucho y he visto los efectos de su veneno sobre los seres humanos. Estos animales son muy territoriales y casi siempre atacan sin avisar —los informó Antígono.

—Más a mi favor para agradecer vuestra intervención —le repitió Lagos.

—Yo creo que lo mejor en estos casos es celebrar nuestra buena suerte y esperar que no sea necesaria otra intervención similar —deseó Antígono.

—A la proeza que esta mañana has realizado, tú la llamas suerte; en cambio, yo la califico de extraordinaria puntería —se dirigió Lagos a Idrias.

—Gracias.

—Quiero teneros a ambos cerca de mí el tiempo que dure este viaje. Un arquero de tus cualidades no se debe despreciar, y un hombre con tus conocimientos tampoco.

—Estaremos encantados —contestó Antígono.

A partir de ese momento los dos hombres se hicieron inseparables del capitán; Lagos se sentía muy bien protegido bajo la atenta mirada del mejor arquero que jamás había conocido a lo largo de su dilatada vida castrense, y mantenía largas conversaciones con Antígono. En cambio, para este último, aquella situación se le presentó como una oportunidad única de enterarse de cosas que de otro modo le resultaría imposible conocer con la antelación suficiente para preparar a sus hombres, y también para perfilar una cumplida venganza contra el hombre que ordenó acabar con la vida de Kamala.

El siguiente destino era la ciudad de Dionisias, considerada como punto de partida de todas las caravanas hacia el oasis de Bahariya, ya que era el último lugar donde se podrían abastecer de agua hasta llegar al mencionado oasis. Pero aún les quedaban unos placenteros días rodeados de abundante vegetación, tiempo que Lagos quiso emplear para recuperarse de su lesión y para conocer mejor a su nuevo amigo, a quien sin duda le debía su propia vida.

—Esta noche estamos invitados a cenar en la jaima de Antípatro —informó Lagos mientras paseaban por uno de los campamentos camino de la cita.

—¿Yo también? —preguntó Idrias.

—Tú más que nadie, eres el invitado de honor.

—¿Quién es? No le conozco —preguntó Antígono.

—Es un importante comerciante a quien debo muchos favores. Somos buenos amigos y nos conocemos desde hace tiempo. Le he hablado de ti y quiere conocerte. En realidad, es el verdadero organizador de esta valiosa expedición promovida económicamente por el faraón.

—¿Es el hombre de confianza del faraón? —preguntó Antígono.

—Sí. Ptolomeo III ha puesto mucho empeño en esta empresa; no solo por el aspecto económico, que también, porque ha sufragado todos los gastos con cargo a las arcas reales, sino porque está en juego el prestigio de Alejandría frente a las otras ciudades importantes egipcias y frente a las competidoras de otros reinos que pugnan por alzarse con la supremacía comercial en el Mediterráneo y mares limítrofes. El faraón desea que todo salga bien, y tiene mucha confianza en las habilidades negociadoras de Antípatro. Por eso le ha pedido como favor muy especial que se encargue personalmente de llevarlas a cabo cuando llegue el momento.

—¿Pero las condiciones no estaban ya pactadas antes de salir?

—¡No es tan sencillo! Los magnates extranjeros no quisieron venir a negociar a Alejandría, precisamente porque suponía concederle a la ciudad esa supremacía que aún está en juego frente a las otras competidoras. Es todo cuestión de política; los poderosos comerciantes no quieren decantarse por ninguna para no enojar a las demás y así poder negociar con todas a la vez, ¿comprendes? Por eso se eligió el mercado de Tebas como lugar neutral para pactar las condiciones de venta de la mercancía que transportamos. Allí se reunirán con Antípatro. De seguro que necesitará de todas sus dotes de buen estratega para salir airoso de ese complicado trance. Preferiría pelear yo solo contra mil sirios antes que estar en su pellejo.

—¿Pero Tebas, no está muy en el interior?

—¡Sí! Pero se espera que casi toda la mercancía cruce el mar Rojo para luego desde allí distribuirse por mil lugares diferentes.

No hizo más que acabar la frase cuando se encontraron frente a la tienda de su anfitrión, posiblemente la más bonita y lujosa de cuantas había a su alrededor. A la entrada se encontraba el propio Antípatro, quien de inmediato los recibió con verdaderas muestras de alegría, en clara señal de bienvenida, y los invitó a que pasaran al interior donde todos los detalles ya estaban preparados para honrar a sus invitados. Comenzó así una cena que se prolongó hasta bien entrada la noche, en la que Antípatro y Lagos fueron quienes más intervinieron, y en varias ocasiones mantuvieron conversaciones que solo ambos conocían. Por su parte, Antígono e Idrias se limitaron a escuchar unos contenidos

que en muchos casos ni siquiera les interesaban; pero debían estar atentos por si a los otros se les escapaba cualquier indiscreción que fuera útil para sus planes.

Las siguientes jornadas sirvieron para llegar sin contratiempos hasta el oasis de Bahariya, donde los días que permanecieron bajo las sombras de sus palmeras fueron utilizados para realizar el necesario acopio de víveres y agua, así como para dar un pequeño descanso al cuerpo; momentos que aprovechó Antígono para sonsacar discretamente alguna información a Lagos.

—¿Por qué la caravana no ha permanecido cerca del curso del Nilo hasta llegar a Tebas? —preguntó al capitán.

—Ha sido una decisión mía —contestó.

—¿No habría sido más cómodo estar siempre cerca del río?

—Es posible.

—¿Entonces, por qué nos hemos adentrado por los oasis del desierto? ¿No resulta más lento el viaje por este recorrido?

—Puede que sí, pero también es menos peligroso.

—¿Menos peligroso? Por este camino podemos tener problemas con la sed, el calor y las temidas insolaciones. He de confesarte que he padecido en varias ocasiones de espejismos.

—Desde hace mil años las caravanas de mercaderes utilizan este recorrido.

—¡Bueno! Ellos están más acostumbrados.

—Mi máximo interés reside en llevar el cargamento que transportamos íntegramente hasta Tebas. ¡No quiero perder absolutamente ninguna mercancía!

—No entiendo.

—¡Es muy sencillo! En el desierto tengo mejor protección ante los bandidos, pues me puedo anticipar a cualquier emboscada. Excepto por las dunas, casi en el resto del paisaje tengo visibilidad hasta mucha distancia en el horizonte. Si alguna columna avanza hacia mi posición, solo por la polvareda que levanta delata su presencia, lo que me previene de cualquier ataque. El desierto es un gran aliado para aquellos que viajan con propiedades valiosas.

—Sí, pero detrás de cada duna es posible que se esconda un enemigo.

—Puede ser, pero bien haces en decir solo «un enemigo», ya que su número no puede ser elevado. ¡Para vencer a mis mil jinetes se necesita bastante más que un ejército compuesto de harapientos delincuentes! Además, en cuanto se muevan quedarán a la vista de mis patrullas. Si alguien quiere atacarme en el desierto deberá sufrir sus inclemencias lo mismo que las padecemos nosotros. Sin embargo, si permanezco cerca del río, doy demasiadas facilidades a los piratas ribereños. Los he visto actuar y no imaginas lo rápidamente que se

mueven con sus ligeras falúas; contra ellos es imposible predecir un ataque por sorpresa. Normalmente navegan amparados en la oscuridad de la noche y guiados por los fuegos de los campamentos. Les resulta demasiado fácil pasar de una orilla a la contraria sin que se les pueda ni tan siquiera perseguir. No estoy dispuesto a correr ese riesgo. ¡He dado mi palabra a los faraones que por mi vida todo llegará a Tebas, y así será!

—Entiendo tu postura, cuenta conmigo para proteger cuanto hay en esta caravana.

—Muchas gracias por tu ofrecimiento, ya contaba con ello. Desde que conozco la extraordinaria habilidad con el arco de tu sirviente, me siento mucho más tranquilo cuando le tengo cerca.

—¡Su arco está siempre a tu disposición!

—¡Muchas gracias! Mañana partiremos hacia el monte de Cristal.

—¿Qué es el monte de Cristal?

—Es un sitio casi mágico ubicado dentro del desierto Blanco.

—¿El desierto Blanco?

—Sí. Es un lugar muy especial que se encuentra entre este oasis y el de Farafra. En su interior existe una inmensa formación rocosa que brilla al sol como un espejo y se la conoce como el monte de Cristal. ¡Ya lo verás cuando lleguemos!

—¿A cuánto está del oasis de Farafra ese monte de Cristal?

—Normalmente, a una jornada y media.

—¡Bien! Esto será como dar un corto paseo.

—¡Nunca te fíes del desierto! ¡Siempre guarda sorpresas para los confiados!

Le dijo Lagos mientras le dirigió una mirada de incredulidad; conocía perfectamente el terreno, y por tanto, sabía lo que les esperaba. Pero no quiso hacerle más penoso aquel viaje, prefirió no anticipar acontecimientos y que fuera él mismo quien descubriera los misterios del cambiante clima del desierto. Quizás esta vez se vieran favorecidos por la suerte y el trayecto hasta el oasis de Farafra resultara ser en verdad una cómoda excursión. Lo que desconocía el capitán Lagos era que Antígono también sabía donde se encontraban, posiblemente mejor incluso que él. Por tanto, nada de lo que pudiera ocurrir le iba a sorprender lo más mínimo.

Capítulo XX



Si existía un punto de coincidencia en el ánimo de aquellos que viajaban por el desierto a lomos de caballos o camellos, era precisamente la llegada y la partida de los oasis. Como no podía ser de otra forma, cuando se comenzaba a divisar al frente del horizonte la abundancia de palmeras y diversa vegetación, aquello era sinónimo de agua y de descanso. De inmediato la alegría se desbordaba entre los componentes de la caravana, quienes gozosos agradecían a los dioses la concesión de esa buena suerte, que les iba a permitir recuperarse del sofoco acumulado durante tantos días de penoso caminar por el ardiente desierto. De igual forma, cuando se abandonaba el oasis salvador para continuar el camino, ninguno podía evitar la tentación de girar la cabeza para echar un último vistazo antes de que las esbeltas siluetas de las palmeras se perdieran envueltas entre la calima, a lo largo de esa delgada línea horizontal que separaba el cielo de la permanente arena, y las hacía cimbrear con movimientos suaves y acompasados que difuminaban sus figuras. Por eso, esas escenas se repetían invariablemente en todos y cada uno de los oasis por los que la caravana pasaba conforme consumía las jornadas de su itinerario.

Después de consumir la segunda jornada de viaje, la caravana debió iniciar el trayecto bajo unas condiciones atmosféricas que bien pudieron haber sido consideradas como límites para el aguante del ser humano. El calor se presentó más sofocante que de costumbre de una manera despiadada. Muy pronto hizo mella en casi todos, parecía como si quisiera castigar a personas y animales con una fuerza inusitada. La marcha se ralentizó bastante con relación a días anteriores, pero todos comprendieron que debían salir cuanto antes de aquella zona; nadie hizo la más mínima insinuación o reproche por continuar el viaje bajo esas condiciones, aunque fuera con ese lento avance, porque todo parecía mejor que permanecer en aquella caldera infernal.

Todos esperaban que con la llegada de la siguiente noche, quizás, se suavizaran aquellas extremas temperaturas; pero para entonces, muchos de los viajeros se encontraban medio agotados, con los labios

levantados por el excesivo calor y el ánimo por los suelos. La única pregunta que circulaba por todas las jaimas era para saber el tiempo que aún les faltaba para llegar al siguiente oasis, el de Farafra. Los supersticiosos egipcios comenzaron a difundir por los campamentos que seguramente habían ofendido a los dioses, y estos les enviaban una ola de calor como jamás ninguno de ellos había conocido. Unos afirmaron que quizás se debía a la severidad del capitán Lagos con los camelleros, y también al sacrificio de uno de los animales, lo que sin duda atrajo a la mala suerte. Otros, que el recorrido elegido transitaba por lugares poco recomendados, pues tenían que pasar por zonas prohibidas, por ser sagradas, donde se decía moraban seres colosales.

Pero la siguiente jornada se presentó bajo las mismas condiciones que la anterior, lo que minó bastante la moral de los componentes de la caravana, muchos de los cuales no quisieron salir de sus jaimas. Los sirvientes fueron los primeros en protestar, y comenzaron a holgazanear ante la realización de sus trabajos cotidianos. Aquella actitud obligó a Lagos a intervenir, quien ayudado por varios de sus soldados, comenzó a azotar con su fusta a los remolones, quienes reaccionaron de inmediato positivamente, porque prefirieron enfrentarse al desierto antes que a la furia del capitán de la Guardia Real. Aquella nueva intervención terminó por convencer definitivamente a Antígono de que el capitán era la verdadera energía de la expedición; que sin su presencia, la resistencia de sus tropas no tendría la más mínima oportunidad frente a sus guerreros thamudíes, que por otro lado, ya estaban colocados en los lugares asignados a la espera de recibir las oportunas instrucciones.

A pesar del cansancio acumulado por las jornadas anteriores, la caravana continuó el viaje, pero esta vez con un paso bastante más cansino. La arena parecía cocer bajo sus pies, y aquel paraje no parecía tener fin. A las pocas horas de haber iniciado la marcha, también hizo acto de presencia el viento, esta vez en forma de tórrida tormenta que proyectó millones de granos de arena sobre los rostros de los atormentados viajeros. Cada cual se protegió como pudo de aquel ataque de minúsculas partículas en suspensión que los cegaba por completo y tampoco los dejaba respirar.

Después de muchas horas de caminata, en las que a muchos les dio la impresión de que iban perdidos al no poder distinguir nada a más de veinte pasos de distancia, a duras penas consiguieron llegar a las inmediaciones del desierto Blanco. Era un espacio de impresionantes formaciones de tierra con alto componente en yeso, que habían adoptado formas caprichosas por el efecto de la erosión del viento sobre ellas. Como fantasmas gigantes se alzaron grandes rocas que amenazaban el paso de los caminantes. Temerosos, los mercaderes y sus sirvientes se concentraron para proponer al capitán que no se

adentraran por aquel desconocido paraje, pues temían lo peor para su seguridad. No querían continuar más allá de las primeras figuras, que según ellos representaban a titanes que les prevenían del peligro si proseguían en su empeño y que simulaban guardar la entrada de lo que les pareció un infinito infierno blanco. El capitán Lagos sabía lo peligroso que resultaba separarse del grupo o iniciar una revuelta en aquellas condiciones. Por eso, prefirió acampar en aquel mismo lugar y dejar que los ánimos se calmaran hasta el día siguiente. Medio a ciegas, levantaron como pudieron sus respectivas tiendas y se protegieron del persistente viento que los azotaba de manera inmisericorde. Antes de dar por concluida la jornada, el capitán Lagos hizo correr la voz de lo mortal que resultaba alejarse de los campamentos por la falta de referencia.

—Si alguno quiere abandonar esta noche y huye del campamento, de seguro que para mañana estará muerto y sepultado bajo estas arenas blancas —les dijo.

A pesar de sus advertencias, a la mañana siguiente pudieron comprobar que tres sirvientes habían desertado por la noche. Para huir más veloces, también habían robado un par de camellos. En cuanto a la mercancía que transportaban los animales, la dejaron al lado de las tiendas de sus amos, porque con esa acción entendieron que no serían perseguidos por las patrullas del temido capitán. Para entonces, el viento les dio una pequeña tregua, momento que aprovecharon para recoger lo más rápido posible sus pertenencias sin mayores contratiempos.

—Podéis elegir dos alternativas: morir aquí como perros o llegar mañana por la tarde al oasis de Farafra.

Se dirigió Lagos al resto de los componentes de la caravana, muy molesto por la desobediencia de los fugados.

—¿Por qué estás tan enfurecido? —le preguntó Antígono.

—Porque el trabajo de estos tres desgraciados recaerá sobre el resto, y eso retrasará la marcha.

—Es posible que si una patrulla sale en su busca los encuentre.

—¡Estoy seguro de ello! Pero no merece la pena.

—¿Por qué?

—A estas horas ya estarán muertos.

—¿Entonces era verdad lo que ayer dijiste?

—¡Por supuesto!

—¿Y los camellos?

—De momento, su carga la tendrán que llevar otros animales. Pero transcurrida media jornada, es seguro que los recuperaremos sin hacer nada; ellos vendrán por su cuenta a unirse al grupo.

—¿Qué me tenías que enseñar? —solicitó Antígono.

—¡Ah! ¡Sí! Cabalga a mi lado, que te contaré cosas que te pueden

interesar de este lugar. El origen de estas formas irregulares que recuerdan a grandes guardianes de cabezas enormes, tan solo sujetas por pequeñas columnas que parecen estar a punto de caer por el peso, se debe a las numerosas tormentas que azotan esta zona desde hace miles de años. Ellas son las responsables de que estas formaciones de piedra caliza adopten estas imponentes figuras que ahora podemos ver. Detrás de cada una de estas esculturas se esconde una leyenda que desde el principio de los tiempos atemoriza al hombre. Pero todas ellas tienen un punto en común: se cree que fueron los dioses quienes construyeron este sitio para su descanso. Cuando los hombres lo descubrieron encolerizaron a Zeus, y este determinó que quien viniera por aquí tendría que pagar un tributo. Debería sufrir por el atrevimiento de turbar su sosiego, de ahí que para acceder a este sitio sea necesario padecer calamidades como en ningún otro lugar del desierto se conocen. Muchos han perdido la vida por llegar hasta aquí, al igual que los tres desertores. Sin embargo, por contemplar uno de sus atardeces anaranjados, otros la daríamos gustosos.

Continuaron el viaje en medio de aquel arenal blanco, y siempre impresionados por las diferentes figuras caprichosas que les mostraban grandes columnas rocosas talladas por el permanente viento. En su contemplación, la imaginación les hacía reconocer en ellas a seres mitológicos que amenazantes vigilaban su lento caminar. Las ráfagas de viento eran casi constantes, y su intensidad variaba según el lugar donde se encontraran. Pronto alcanzaron la zona donde se encontraba ubicado el monte de Cristal; una inmensa roca formada por cuarzo y pirita que brillaba por el efecto de los rayos solares como un espejo. Esparcidos por el suelo, miles de fragmentos desprendidos por la fuerza del viento le hacían parecer una alfombra brillante de dimensiones inusitadas. El acceso estaba perfectamente bien definido gracias a un arco natural, producto de la constante erosión del viento, que daba la sensación de ser la puerta de entrada a un infierno blanco y reluciente como no se podía encontrar otro de similares características en lugar alguno de la tierra.

—Es la entrada de los dioses —señaló Lagos.

—¡Inquietante nombre!

—Muchos afirman que sienten sensaciones extrañas al pasar por debajo.

—¿Qué sensaciones?

—Son como pequeños roces en el alma propiciados por los mismos dioses en señal de advertencia. Nos dicen que estamos sobre suelo sagrado.

—¿Tú lo crees? —preguntó Antígono.

—¡Claro que sí! Si no fuera por su voluntad, ahora no estaríamos aquí. Seguramente hubiéramos muerto en cualquier trampa mortal de

las miles que existen en el desierto. Soy un hombre agradecido a los dioses y creo que este viaje ha sido bendecido por ellos. Por eso, os han puesto en mi camino, para que tu arquero me pudiera salvar la vida.

«Tu vida es lo que me darás cuando llegue el momento», pensó Antígono mientras daba muestras con la cabeza de que escuchaba atentamente las explicaciones del capitán Lagos.

—Nunca lo había pensado de esta manera —contestó Antígono.

—¡Es nuestro destino! ¡Está marcado por los dioses y no podemos hacer nada para cambiarlo!

—¿Queda mucho para el oasis de Farafra? —preguntó Idrias, que se acababa de unir a ambos.

—En cuanto salgamos de este paraje, mágicamente los vientos cesarán y el camino se hará más llevadero. Entonces, nos quedará como una jornada y un poco más. Si hoy avanzamos lo suficiente, mañana acamparemos en el único poblado que encontraremos. Se trata de Ta-iht, un antiguo asentamiento solitario de la época de los faraones egipcios. Son gente muy supersticiosa; lo notarás en cuanto lleguemos porque verás que han pintado sus tejados de azul, dicen que para evitar el mal de ojo y la mala magia.

El horario previsto por Lagos se cumplió conforme a sus cálculos, y cuando consiguieron llegar al oasis de Farafra todos los componentes de la caravana quisieron celebrar su buena suerte con una gran fiesta. Lo habían pasado tan mal en este tramo del recorrido que el capitán accedió a la petición, pues pensó que quizás serviría para relajar la tensión de sus propios soldados, que ya se encontraban bastante cansados por el duro trabajo que realizaban en condiciones extremas desde que salieran de Alejandría. Sin embargo, su decisión de organizar patrullas que permanentemente recorrían a caballo un perímetro de seguridad que él mismo había establecido, alrededor de la totalidad de los fuegos que componían la gran caravana, sirvió para que Antígono comprendiera mejor el carácter desconfiado y precavido del capitán Lagos; aquel a quien a partir de ese momento debería engañar para poder asaltar con éxito el preciado cargamento del que era máximo responsable.

Una vez que recuperaron las fuerzas del último esfuerzo, en el oasis de Farafra, se dirigieron sin grandes contratiempos, pero siempre con un calor sofocante, hacia el oasis de Dakhla, donde manantiales termales de aguas sulfurosas los esperaban para reconfortar sus cansados cuerpos. Cuando se aproximaron a sus inmediaciones, Lagos comentó:

—La primera vez que se contempla a lo lejos, la visión de este oasis queda retenida en la memoria para siempre. Resulta imposible olvidar esa sensación de paraíso terrenal cuando se descubren sus huertos y

palmeras salidos de la nada; campos fértiles en medio de un mar infinito de perpetua arena.

—¿Y luego, que faltará por cubrir? —preguntó Antígono para hacerse el ignorante.

—Nos quedará un último oasis donde podremos descansar antes de entrar en la ciudad de Tebas —le indicó Lagos.

—Es el gran oasis de Tebas, ¿verdad?

—¡Así es! También se le conoce como el oasis de Kharga.

—¡Tengo ganas de llegar!

—¡Yo también! En cuanto lleguemos al oasis de Dakhla, y se recuperen mis hombres, tengo que enviar una patrulla a la ciudad de Tebas.

—¿Para qué? —preguntó Antígono, ante esa novedad con la que no contaba.

—Ptolomeo III quiere que esperemos en el gran oasis de Tebas la llegada de una escolta de tropas de refresco que nos acompañarán desde el oasis hasta la ciudad. Son tan solo ocho jornadas, pero el faraón se siente más seguro, y además, servirá para hacer una entrada triunfal en la ciudad. Me ordenó que enviara aviso a Tebas de nuestra presencia cuando llegáramos a Dakhla. Mis hombres se adelantarán, y cuando queramos llegar al gran oasis de Tebas, seguramente estarán a punto de llegar los refuerzos.

No eran buenas noticias para Antígono, pues tendría que anticiparse y actuar con mucha rapidez para neutralizar la llegada de nuevos efectivos militares; quizás, incluso pudiera darse el caso de no llegar a tiempo para avisar de tan inoportuno imprevisto. Comoquiera que fuere, en cuanto llegaron al oasis de Dakhla y pudo zafarse de la compañía de Lagos, acudió en busca de Idrias para organizar a sus hombres según las últimas novedades.

—Esta misma noche, uno de vosotros deberá ir en busca de nuestros exploradores. No deben andar muy lejos, no creo que tengáis muchas dificultades en encontrarlos. Decidles que deben cambiar con urgencia su posición y colocarse en la cabecera de la caravana en dirección hacia Tebas. Tan pronto como salga la patrulla desde aquí, y antes de que llegue al gran oasis de Tebas, tendrán que haber sido eliminados los jinetes que la compongan —ordenó Antígono.

—¿Cuántos soldados serán? —preguntó Idrias.

—Imagino que cuatro —contestó Antígono.

—No creo que mis hombres puedan con ellos, no los van a dejar ni acercarse —afirmó Idrias.

—¿Por qué afirmas eso? —preguntó preocupado Antígono.

—He entablado amistad con uno de los soldados y me ha contado que Lagos es muy astuto, que siempre les dice que cuando van en misión no tienen que pararse ni para hablar ni para socorrer a nadie,

que deben pensar que todos los extraños son enemigos potenciales que están al acecho para matarlos.

—Si para el capitán esta misión es tan importante, seguro que elegirá a los mejor aleccionados. Nuestros exploradores solamente son dos, y además no tienen la preparación militar de cuatro soldados. Es imposible que los venzan, seguro que morirán en el empeño. Si alguno de los nuestros queda con vida se vendrá todo abajo. Ya conocemos lo habilidoso y persuasivo que resulta Lagos para sacar información con tortura —añadió Antígono.

—Los soldados dicen que es su mejor habilidad —señaló Idrias.

—¡Razón no les falta! —contestó contrariado Antígono.

—¿Qué hacemos? —preguntó Idrias.

—Que tus hombres se sitúen de todas maneras donde les he dicho, y que se mantengan vigilantes. Tendrás que encargarte personalmente de este asunto.

—Pero si me ausento del oasis, el capitán se dará cuenta de que no estoy.

—¡Déjalo de mi cuenta! Ya pensaré una solución, seguro que algo se me ocurre antes de que partan los militares.

Aquella noche, Antígono cenó con Lagos. Bebieron y hablaron de miles de cosas intrascendentes. Parecía que el capitán estaba agradecido y le había tomado afecto.

—Sabes, mañana temprano enviaré a mis hombres para anunciar nuestra presencia en Dakhla. Voy a enviar a una patrulla de seis de mis mejores hombres.

—¿Solo envías a seis? ¿No te parecen pocos para una misión tan importante? —preguntó para sonsacar más información.

—Para acabar con ellos tendrían que sorprenderlos al menos diez enemigos, y te aseguro que deben de ser bastante buenos para ganarles en combate.

—Supongo que tienes razón.

—Esta noche vamos a darnos un baño en los manantiales termales. Tienen el agua tan caliente que te relaja hasta quedarte dormido. Por cierto, no he visto a Idrias en todo el día y tampoco ha venido a cenar.

Como consecuencia de su pregunta, en ese preciso instante, se le iluminó la mente a Antígono.

—¡Ya se me había olvidado! Me ha pedido que te trasmita sus disculpas, que prefería quedarse a descansar en su tienda.

—¿Le ocurre algo?

—No le ha sentado bien tanto calor, tiene un ligero dolor de cabeza desde que entramos en el desierto Blanco, y aún no se le ha quitado.

—Lo mejor es que se acueste y que mantenga total oscuridad a su alrededor. Seguro que mañana, o pasado, se le habrá quitado. Posiblemente sea algo de insolación.

—Le diré que siga tu consejo.

—Mañana iré a verle. Si no se encuentra bien, no le molestaré; es mejor que sane de la insolación antes de abandonar el oasis.

—Así se lo diré.

Lagos acababa de darle la solución a su problema: Idrias permanecería encerrado en su tienda el tiempo que necesitara para cumplir con su encargo.

Casi al alba, seis jinetes partieron en dirección al gran oasis de Tebas para de seguido, después de cambiar las monturas y descansar un poco, continuar hasta la ciudad del mismo nombre. Antes de que salieran del oasis de Dakhla, Idrias y sus exploradores ya los esperaban desde hacía varias horas en el lugar que consideraron más idóneo para ejecutar una emboscada. Apostados tras una duna a no mucha distancia del oasis de partida, pero sí la suficiente para no ser vistos por nadie, aguardaban impacientes la llegada de la patrulla. Cuando el arquero los vio llegar a lo lejos, se le alegró el rictus de la cara al comprobar que no portaban ningún escudo que los pudiera proteger de sus flechas. Pensó que posiblemente el capitán Lagos decidió que viajaran con el menor peso posible para poder ir más rápidos.

—Quedaos escondidos detrás de la duna hasta que os haga una señal, sobre todo que no os vean —ordenó a sus hombres.

Idrias salió de su escondite y se colocó en pie delante del camino que obligatoriamente debían trazar los seis jinetes. Permaneció inmóvil a una distancia suficiente para que vieran su silueta con total nitidez, aunque aún no podían reconocer su identidad. Quería que no tuvieran ninguna duda de que se encontraba completamente solo, porque debían tener la seguridad de que aquel hombre que los esperaba no tenía la más mínima oportunidad frente a ellos si no se apartaba de su camino. Les debía dar una enorme confianza para que no sintieran ninguna duda y avanzaran hacia su dirección. Clavó en la arena detrás de sí seis flechas para que no pudieran verlas, y situó su arco a su espalda para taparlo con su propio cuerpo. Cuando los tuvo a tiro, los soldados aflojaron la marcha, pues no entendieron la actitud desafiante de aquel loco solitario. Sonrieron ante la ocurrencia de uno de ellos, que propuso pasar por encima del intruso sin parar su marcha, por lo que espolearon a sus caballos para que adquirieran más velocidad, momento que aprovechó Idrias para lanzar su primera saeta. Inmediatamente, un caballo continuó al trote, pero ya sin jinete; había hecho blanco en pleno corazón y el militar cayó como un pesado fardo sobre la arena para no levantarse jamás. Los otros cinco, muy furiosos, incitaron a sus animales para llegar cuanto antes hasta la posición del arquero, querían que pagara la osadía con su propia vida. En menos tiempo del que emplearon en recorrer al galope los

siguientes veinte metros, cayeron el segundo y el tercero en las mismas condiciones que el anterior. Los supervivientes, esta vez sí reconocieron la cara de su atacante, situación que los hizo titubear unos segundos porque recordaron su hazaña con la mamba negra, instantes muy valiosos que fueron aprovechados por Idrias para derribar al cuarto con un certero dardo que le atravesó el cuello de parte a parte. Fue entonces cuando los dos restantes comprendieron que nunca llegarían hasta su posición, pues era tanta la rapidez de sus maniobras que apenas podían recorrer unos pocos metros sin que cayeran como muñecos de paja bajo su mortal puntería. Resultó ser una decisión demasiado tardía cuando pretendieron dar la vuelta a fin de ponerse a cubierto. Para llegar a sitio seguro tendrían que recorrer mucha distancia hasta quedar fuera de su alcance, y enseguida comprobaron que habían caído en una trampa mortal de la que ya les resultaba imposible liberarse. Se dieron cuenta muy tarde de que sin nada para protegerse eran un blanco fácil para el habilidoso arquero. El quinto recibió un flechazo por la espalda que le atravesó el pulmón derecho, y quedó también tendido sobre la arena a la vez que vomitaba abundante sangre por la boca. El último prefirió morir en actitud de ataque, por lo que directamente fue a presentar batalla espada en mano a la vez que gritaba: «¡Traidor! ¡Cobarde!». No tuvo ninguna oportunidad, Idrias dejó que se le acercara, más o menos, hasta cerca de unos quince metros de distancia, quizás porque quiso saborear ese último trofeo. De un certero disparo le atravesó un ojo, con tanta contundencia, que el propio impacto le reventó la cabeza dentro del casco como si de un melón maduro se tratara.

—Recogedlos y enterradlos de inmediato a bastante profundidad, no quiero alimañas por los alrededores que delaten la presencia de cadáveres —se dirigió a sus hombres.

—Aquí hay uno medio moribundo —le avisó uno de sus hombres.

—¿Cómo has podido hacernos esto? —le dijo el jinete abatido desde el suelo, mientras vomitaba abundante sangre.

—¡No debo nada a los egipcios!

—¿Quién eres? —preguntó el militar.

—¡No te importa! —contestó Idrias mientras le degolló de un certero tajo con su daga.

—¡Buen trabajo! ¡Jamás he visto a nadie que posea semejante destreza con el arco! —afirmó uno de sus exploradores.

—¡Limpiad bien la zona de huellas y cuando terminéis volved con el resto de nuestras fuerzas, ya no os necesito aquí! Decidles que no ha habido cambios, y que ya pueden comenzar el ataque a la guarnición del gran oasis de Tebas tal como lo planeamos desde el principio. A partir de ahora, serán los espías que tenemos camuflados en la caravana quienes os informarán de nuestra posición con dos días de

anticipación a nuestra llegada; para entonces, deberéis estar debidamente preparados para recibirnos. Tengo que regresar antes de que me echen de menos —se limitó a trasmitir las órdenes que recibió de Antígono.

De regreso a su tienda, se escabulló como mejor pudo para no ser reconocido por nadie. Cuando llegó, sus hombres le aguardaban impacientes. Le informaron que se había acercado Lagos para preguntar por su estado de salud, pero que se interpuso Antígono para contarle que aún tenía dolor de cabeza y que permanecía dormido a oscuras. El capitán no hizo ningún ademán por entrar y prefirió posponer la visita para más adelante, seguramente por la tarde. Aquella decisión del capitán Lagos le dejó varias horas para descansar de su última intervención.

La recuperación de los componentes de la caravana fue milagrosa entre las aguas del oasis de Dakhla. Ninguno quería repetir la experiencia del sofocante calor que experimentaron hasta llegar, ni soportar las peligrosas tormentas de arena; pero desgraciadamente, había llegado el momento de partir hacia el gran oasis de Tebas. Tenían por delante siete etapas de tórrido desierto que se recorrerían entre dunas móviles capaces de sepultar a pueblos enteros; después, otro merecido descanso, y por último, siete u ocho jornadas más hasta llegar a la ciudad de Tebas.

—No quiero retrasarme más de lo necesario —afirmó Lagos a Antígono.

—Cuando ordenes estamos listos para partir —le contestó.

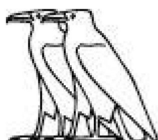
—Creo que mañana es tan buen día como otro cualquiera.

—¡Sea pues mañana!

Mientras tanto, los hombres de Idrias comenzaron a desplegarse por las inmediaciones del gran oasis de Tebas para hacerse con su control antes de que apareciera la gran caravana del oro. Poco a poco, entraron camuflados como mercaderes hasta que la totalidad de efectivos se situó en las mejores posiciones para garantizar el éxito de su ataque. En el oasis existía una guarnición de tropas faraónicas compuesta por un destacamento de cien hombres desplegados en la zona. Una edificación de adobe muy resistente, conseguido a base de mezclar limo aluvial del río Nilo con paja y arena, servía como comandancia general. También pequeños retenes móviles se distribuían por los distintos campamentos para complementar su control, y cuyo número fluctuaba porque venía marcado por el número de entradas de nuevas caravanas que se asentaban alrededor del oasis. Por último, las fuerzas de seguridad también contaban con un pequeño puesto de centinelas a pie en cada aldea, cuya responsabilidad consistía en la organización de los mencionados retenes móviles y la vigilancia por el cumplimiento de las normas de

convivencia y de orden público.

Capítulo XXI



En el gran oasis de Tebas, el último antes de entrar triunfales en la milenaria ciudad, aquella mañana resultaba demasiado movida en relación con el movimiento habitual de caravanas; llegaban en un número como hacía tiempo no se recordaba. La mayor concentración se produjo por el acceso natural desde el oasis de Dakhla, hecho que fue interpretado por las autoridades como un anticipo de la llegada de la caravana del oro; comerciantes que sin duda también querían acercarse hasta el gran mercado de Tebas con la intención de adquirir alguna de las valiosas mercancías que pronto serían subastadas. Conforme llegaron, fueron colocados de la mejor manera posible, pero debieron respetar una gran franja de terreno reservada para recibir debidamente a la majestuosa columna.

Dos noches antes de la llegada prevista al último oasis, Antígono recibió la noticia de que los hombres de Idrias habían conseguido ubicarse en una zona muy cercana al terreno reservado para el asentamiento de la caravana del oro en el gran oasis de Tebas, con el fin de cercar cualquier posible salida en el momento del ataque. También supo gracias a su red de emisarios, que el ir y venir masivo de comerciantes tenía muy alterados los nervios de los soldados, por lo que se hacía necesario actuar con mucha prudencia.

A todas luces, le pareció que resultaba demasiado gentío para controlar, circunstancia con la que no había contado al preparar los planes del asalto. Por un lado esto benefició a los saqueadores, ya que pasaron desapercibidos entre tanta muchedumbre, por otro, les complicó en mucho la realización de sus intenciones posteriores. Antígono enseguida comprendió que resultaba prácticamente imposible eliminar a tanto testigo. Además, tenían la obligación de hacerlo sin dejar evidencia de su autoría, para conseguir un margen de tiempo suficiente que les permitiera una ventaja para poder huir de la persecución implacable a la que serían sometidos cuando las tropas del faraón se enteraran de lo sucedido.

Toda la información recibida le hizo ver que tendría que acudir a la improvisación para cambiar sustancialmente sus planes iniciales. Por eso, comenzó a cavilar sobre las distintas posibilidades que a su juicio

le quedaban como alternativas posibles. Le pareció que eliminar a la guarnición del gran oasis de Tebas no debía entrañar mayores dificultades; sin embargo, controlar que no hubiera ninguna escapada por parte de cualquier componente de las muchas caravanas acampadas, sí que resultaba difícil. Por otro lado, entendió que la eliminación de cuantos hubiera en el oasis tal como propuso al principio, resultaba una misión de difícil ejecución. También estaba convencido de que un ataque frontal a la caravana estaba abocado al fracaso, ahora con mucho más motivo, porque conocía las capacidades de quien mandaba las tropas de protección. Además, sus hombres no tendrían tiempo material para salir a su encuentro e interceptarlos. Si dejaba entrar al capitán Lagos en el gran oasis de Tebas, este no se movería hasta que no llegaran las tropas de refresco; si por el contrario no aparecían en un plazo razonable, enseguida comprendería que algo no iba bien, y seguramente se atrincheraría junto con las fuerzas existentes en el oasis a esperar pacientemente hasta que en Tebas se preocuparan por la tardanza y enviaran tropas de socorro. Casi con toda seguridad, el capitán Lagos debía de conocer en persona al comandante de la guarnición; por tanto, si aparecía otro para recibirle le pondría en guardia y sería mucho más difícil sorprenderle. Tenía que encontrar con urgencia una solución a los problemas que surgieron de repente si quería llevar a cabo su objetivo.

Cuando llegó la última noche, los primeros soldados en caer fueron aquellos que formaban parte de los retenes móviles que custodiaban el interior de los campamentos, y concretamente, los que se ocupaban de la seguridad de las falsas caravanas. Enseguida fueron sustituidos por los hombres que Idrias mandó a ocupar el oasis, como si fueran simples mercaderes. Fue fácil eliminarlos, pues dormitaban despreocupados por amenaza alguna. Se sintieron seguros; acostumbrados a una misma rutina inalterable desde hacía bastante tiempo, porque en tiempo de paz jamás se había producido un ataque masivo en ningún oasis, y precisamente esa confianza fue la que los llevó a su fatal perdición. Sí que eran frecuentes los asaltos a las caravanas en sus desplazamientos por bandas de ladrones y malhechores, pero nunca cuando estaban protegidos por tropas faraónicas.

Los siguientes en ser eliminados fueron los soldados de otros retenes situados en los campamentos limítrofes al asentamiento reservado para la llegada de la gran caravana del oro, que aunque nada tenían que ver con la preparación del asalto, sí que podrían servir de pantallas para evitar que el resto de los miembros de otras caravanas que también se encontraban en el oasis, pudieran divisar cualquier movimiento extraño que se produjera y dieran la voz de alerta. También en este caso, todos los abatidos fueron inmediatamente

sustituidos por hombres de Idrias disfrazados que cumplieron su papel al pie de la letra. Los puestos de mando de las aldeas se dejaron sin atacar, tal como estaban, pero bajo una discreta vigilancia por si resultaba necesaria su intervención.

En lo relativo a la comandancia, se contabilizaron alrededor de treinta soldados que solían permanecer en su interior durante la noche, y que fueron degollados sin la menor resistencia, a excepción del comandante, al que se le permitió permanecer con vida por si resultaba imprescindible su presencia. Afortunadamente para los bandidos, los miembros de su familia también vivían en el mismo edificio y sirvieron como rehenes para doblegar fácilmente su voluntad. En cuanto a los cadáveres de la guarnición, fueron apilados desnudos en el interior del edificio de la comandancia para evitar que fueran descubiertos.

Simultáneamente, esa misma noche, Antígono ordenó a los infiltrados en la caravana del oro que procedieran a envenenar el agua de reserva de las tropas faraónicas. Sabían que estaban protegidas por cuatro guardianes que se dejarían matar antes de entregarlas. Por eso, Idrias se acercó hasta ellos para saludarlos; muchas veces lo había hecho en compañía del capitán Lagos, pero esta vez acudió solo y a unas horas muy intempestivas, lo que no llamó la atención de los guardias al verle tambaleante, posiblemente bajo los efectos del vino. Tratándose de quien era, acudieron dos de ellos a socorrerle mientras que los otros dos, aunque permanecieron en sus puestos, no dejaron de prestar atención al gracioso espectáculo de un hombre rodando por los suelos mientras cantaba baladas ininteligibles que se referían a amores no correspondidos. Esos fueron los primeros en caer bajo una lluvia de dagas que les arrojaron los espías. Solo se oyeron los ruidos de sus escudos y lanzas al caer, señal que alertó a los otros dos que, en aquellos precisos momentos, sujetaban en vilo al amigo ebrio de su capitán. Quisieron reaccionar, pero no tuvieron tiempo ni de dar un solo grito de alerta; el propio Idrias les clavó sendos puñales, uno con cada mano, en medio de la garganta y removió de un lado para otro con un giro rápido de muñeca que sesgó las arterias carótidas de ambos infelices. Tras ellos, apareció Antígono con varios recipientes.

—¡Envenenad toda el agua con esta pócima menos unos odres que nos llevaremos y estos otros que romperemos aquí mismo para que se desparrame todo el líquido por la arena! —les ordenó.

—¿Para qué queremos esta agua? Tenemos de sobra —preguntó uno de los compinches de Idrias.

—Debe haber alguna razón poderosa para que alguien ose matar a cuatro soldados; si no se la facilitamos al capitán Lagos, sospechará que algo no va bien y comenzará a hacer indagaciones. Es mucho más listo de lo que pensamos, y si le damos el tiempo suficiente acabará

por temer una emboscada, y seguro que como medida precautoria adopta posiciones excepcionales de protección.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó Idrias.

—Debemos dar la impresión de que se trata de una deserción con robo. Por eso la escasez de agua es fundamental para evitar que cuando persigan a nuestros hombres lo hagan con fuerzas suficientes para acabar con ellos.

—¿Nos persigan? —preguntó otro de sus hombres.

—¡Sí! Porque seis de vosotros, los que no habéis tenido contacto alguno con Idrias ni conmigo, os marcharéis ahora mismo con todo lo que podáis llevar en vuestros camellos. Tenéis que dejar huellas claras de que regresáis al oasis de Dakhla muy cargados de mercancías.

—¿Por qué seis? ¿No te quedarás muy desprotegido? —preguntó otro de los hombres.

—¡Me quedaré con Idrias y otro más! Recordad que hemos formados tres grupos independientes de tres viajeros cada uno. Si se queda aquí alguno del grupo que deserte le torturarán para hacerle hablar. Ya no os necesito aquí, mañana por la tarde estaremos frente al gran oasis de Tebas y todo habrá terminado. Apenas les hemos dejado agua suficiente para llegar hasta el próximo punto de abastecimiento; por tanto, no pueden perseguiros más de medio día, y todo ello, si el resto de las tropas les ceden algo de sus reservas para que puedan regresar. Los militares os perseguirán a caballo para viajar más deprisa y consumirán mucha agua, tanto ellos como sus monturas, pero les lleváis una delantera que no podrán recuperar. Tenéis que ir todo lo rápido que podáis, pues cuanto más tarden en localizaros, más fácil será para vosotros acabar con sus vidas. Por otro lado, solo si está convencido de que han sido seis los desertores, el capitán creerá en el asesinato de sus hombres, pues está convencido de que son inmejorables guerreros en igualdad de condiciones; luego por tanto, los atacantes deben superarlos en número, y además, contar a su favor con el factor sorpresa. Me viene bien que debilite sus fuerzas con el envío de soldados en vuestra busca.

—¿Cuántos crees que enviará para perseguirlos? —preguntó Idrias.

—Yo enviaría a seis, pero Lagos es un zorro muy astuto que siempre piensa más allá. De todas formas, lo importante es que durante el día de mañana los militares gasten el agua que les hemos dejado y no quiten a los mercaderes la que aún les queda para su consumo, pues esa no está envenenada.

—¿Qué hacemos con nuestros perseguidores?

—Continuad sin descanso en dirección a Dakhla hasta el mediodía de mañana. Después, si para entonces no os han alcanzado, volved por vuestros pasos; si Lagos envía a sus hombres, es seguro que los encontraréis, medio desfallecidos por el camino, antes de finalizar el

día. Acabad con ellos y proseguid viaje hasta el gran oasis de Tebas. Lo normal es que lleguéis después de que todo haya concluido. Si eso es así, ya nos veremos; pero si no nos localizáis, intentad recabar toda la información posible por si hubiera surgido algún problema. En caso de que lo encontréis todo en una absoluta normalidad, puede que hayamos fracasado; entonces, evitad a toda costa acercaros a la caravana y dirigíos hacia la ciudad de Tebas. Si pasados unos días no tenéis noticias nuestras, actuad como mejor os plazca, porque seguramente estaremos muertos. ¡Marchaos ya!

Los seis hombres salieron a toda prisa con la máxima carga que permitieron sus monturas; robaron cuanto pudieron e impusieron a sus camellos una dura marcha para alejarse de la caravana a una distancia suficiente, antes de que fueran descubiertos. Cuando quedaron a solas Antígono e Idrias, este último le preguntó con mucha curiosidad:

—¿Qué hemos echado al agua?

—Es un preparado de hierbas cuya base principal está compuesta por una mezcla cocida de una planta conocida como campanilla blanca, con granos de anís para suavizar su sabor. Una vez mezclada con el agua no se nota su presencia.

—¿Campanilla blanca?

—También se la conoce en otros sitios como correhuela mayor.

—¿Y para qué sirve? ¿Los matará una vez la ingieran?

—¡No! Si mata al primero que la beba, el resto no probará el agua.

—¿Entonces?

—Es un eficaz laxante que actúa al cabo de unas horas, y además, no hace el mismo efecto a todo el mundo por igual, ni en el mismo momento. Al principio sentirán una sensación incómoda que no se atreverán a contar a nadie, y se limitarán a ausentarse de las filas para aliviar sus dolores de vientre. Para cuando quieran darse cuenta, todos estarán envenenados, y con un poco de suerte es posible que piensen que es un problema estomacal relacionado con la comida, o bien causado por la acumulación de cansancio, debido a la dureza de un recorrido que ya llega a su fin. Cuanto más beban, más se purgarán, y por tanto, necesitarán consumir más líquido para no deshidratarse, lo que les producirá aún más diarrea. Os garantizo que quienes consuman esta agua, llegarán al gran oasis de Tebas totalmente agotados y debilitados; tanto, que no tendrán apenas fuerzas ni para sostener sus espadas.

—¿Y después? ¿Qué haremos después?

—Iremos hacia los puntos de recogida. Luego al punto de reunión que ya conoces en las cercanías de la ciudad de Petra, en territorio nabateo. Allí almacenaremos las riquezas de la caravana para ser vendidas más adelante. Los Ptolomeos nunca han podido adentrarse

en el reino de los nabateos a pesar de desear muchas de sus ciudades, esta será nuestra gran baza para hacer desaparecer la mercancía cuando nos convenga.

—Es peligroso adentrarse en territorio nabateo con una caravana tan rica.

—Llevamos como protección a los guerreros thamudíes. Espero que no haga falta utilizarlos contra los nabateos. De todos modos, el jeque Darak El Harti ya debe de haber pactado con ellos, y seguro que nos espera en Petra.

El despertar de ese día, tal como supuso Antígono, resultó ser el más ruidoso de todos los que compartieron durante el largo recorrido. Las voces de los militares despertaron a cuantos formaban parte de la caravana, y se sucedieron durante mucho tiempo mientras inspeccionaban por completo todos los campamentos en busca de una prueba que aclarara lo sucedido, o quizás, que comprometiera al culpable de los hechos. A la cabeza, el capitán Lagos se situó en el lugar de los asesinatos con el fin de recomponer la escena de la muerte de sus hombres, mientras los mercaderes detallaban los bienes sustraídos y el valor de los mismos.

—¿Me has mandado llamar? —Entró Antígono en la tienda del agua.

—¡Acércate! —contestó Lagos.

—¡Dime!

—Quiero que visualices todo esto y me digas lo que piensas.

—¿Yo?

—¡Sí!

—Pero no soy militar, no entiendo de estas cosas.

—Yo creo que tienes una habilidad especial, solo quiero que mires y pienses en voz alta para que pueda oír tus comentarios.

Ante la actitud de sequedad del capitán, Antígono obedeció sus órdenes. Con voz a posta entrecortada, y hasta a veces titubeante, comenzó a relatar una historia interesada que conocía muy bien y traía preparada, de la que nadie sospechó por las incorrecciones y contradicciones que voluntariamente de vez en cuando cometía.

—Unos hombres, más de dos o tal vez más de cuatro, han penetrado en el almacén del agua. Han roto estos odres y vertido su contenido sobre la arena, seguramente porque no han podido cargar con ellos. Sorprendieron a los guardias y los asesinaron con estas dagas que aún permanecen clavadas en los cuerpos. Salieron a toda prisa, y arrastraban algo.

—¡Continúa! —ordenó Lagos, mientras le invitaba a salir al exterior de la tienda.

—Aquí hay huellas de varios camellos que se hunden mucho en la arena, y que parecen volver hacia atrás en dirección al oasis de

Dakhla.

—¡Muy bien! En líneas generales es correcto lo que has apreciado.

—De todos modos, creo que te he contado lo que ya sabes —contestó Antígono.

—¡Así es!

—¿Entonces?

—¡La pregunta es sencilla! Si has sido capaz de averiguar a simple vista lo ocurrido aquí esta noche, eso quiere decir que los autores no han puesto mucho interés en disimular sus intenciones, ¿Verdad?

—Eso parece.

—Pues eso es precisamente lo que no me cuadra.

—¿Qué quieres decir?

—Alguien que es capaz de abatir a distancia a mis hombres, no puede ser tan necio para dejar tanto rastro. No les importa mi cólera ni la de mis soldados, no parece importarles que los persiga. Es más, esto parece una invitación a que lo haga. ¡No me gusta lo que no entiendo!

—¡No sé! —contestó tajante Antígono sin inmutarse lo más mínimo.

—¿Por qué no se han molestado en ocultar sus huellas? ¿Por qué precisamente ahora que estamos a punto de llegar? ¿Por qué se dirigen de vuelta hacia Dakhla? Necesito respuestas que me convenzan. ¡Que alguien me dé su opinión!

Tres de sus ayudantes comenzaron a urdir diversas conjeturas, pero ninguna terminaba por convencerle; otros hicieron suposiciones ilógicas y rápidamente fueron acallados por un grito del propio Lagos. Después volvió el silencio, en espera de que alguien de los presentes discurriera una idea que diera algo de luz al dilema que el capitán acababa de plantear.

—¡Antígono! Dame tu opinión —volvió a dirigirse hacia su invitado.

—No soy experto en estas cuestiones.

—¡Ya lo sé! ¡Pero a pesar de ello, quiero conocerla! Tienes más sentido común que todos estos que dicen ser militares —contestó contrariado.

—Si no han sido cuidadosos es porque no tienen miedo.

—Estoy conforme contigo, ¡prosigue!

—Si no tienen miedo es porque saben a dónde van.

—¡No estoy de acuerdo! ¡Continúa!

—Y también, porque reciben ayuda del exterior.

—¡Eso está mucho mejor!

—Además, tienen por fuerza que obedecer las pautas de un plan prefijado, pues de lo contrario habrían actuado mucho antes. Parecen saber que esta es su última oportunidad de sustraer algo valioso, porque a partir de mañana, en el gran oasis de Tebas, les hubiera resultado imposible. También creo que van muy cargados, por lo que

es posible que los soldados puedan alcanzarlos.

No pudo continuar con sus razonamientos porque fue interrumpido bruscamente por un soldado.

—Señor, hemos encontrado huellas de dos jinetes que discurren en paralelo a la caravana —señaló.

—¿Hacia qué dirección? —preguntó muy intrigado Lagos.

Antígono apretó los puños hasta conocer la respuesta; sabía que las huellas eran de sus exploradores, pero la dirección era fundamental para el buen desarrollo de su operación. Si la dirección apuntaba hacia el gran oasis de Tebas todo estaría perdido, pues el capitán Lagos recelaría de la veracidad de estos últimos acontecimientos y de seguro que tomaría decisiones imprevisibles, todas encaminadas a no volverse a dejar sorprender. En cambio, si el sentido de las huellas señalaba hacia Dakhla, confirmaría las sospechas iniciales sobre la existencia de una ayuda exterior, despejaría muchas incógnitas y seguro que le animaría a enviar a sus hombres tras los asesinos.

—Señalan en dirección a Dakhla.

—¡Aquí está la ayuda exterior! —exclamó Lagos.

—¡Eso parece! —contestó Antígono.

—Os voy a contar más cosas que todavía nadie ha señalado —añadió Lagos mientras miraba a cuantos se hallaban presentes en el lugar—. A juzgar por la limpieza de las heridas, es posible que los asesinos tengan preparación militar o, desde luego, no es la primera vez que matan. Se nota por la profundidad hasta dónde han penetrado las hojas que han matado a mis hombres. Está claro que al esgrimir el arma no les ha temblado el pulso. Me preocupa que hayan permanecido ocultos en la caravana todo este tiempo sin que fueran localizados por nadie, hasta que han decidido actuar en el momento que han considerado más adecuado. Por tanto, son profesionales del asesinato, del robo y del camuflaje; sin duda individuos muy peligrosos. Pero, ¿por qué precisamente ahora y no antes? ¿Por qué un trabajo tan chapucero? ¿Qué quieren que piense? Por otro lado, se han llevado mucha provisión de agua, y también es posible que estén convencidos de que no voy a arriesgar la seguridad de la caravana al completo por encontrarlos. Sin embargo, ¿por qué no destrozaron todos los odres? ¿Por qué dejaron estos otros sin tocar? ¿Qué te parece, Antígono?

—¡Varias cosas!

—¡Te escucho!

—Han actuado ahora porque saben que no tienes mucho margen para perseguirlos estando tan cerca de Tebas. Si hubieran robado en los anteriores oasis, sus probabilidades de escapatoria hubieran sido mucho menores; seguro que saben que habrías enviado a los soldados en su busca y hubieras acampado a esperar su regreso en el siguiente

oasis.

—¡Razón no te falta! ¡Prosigue!

—Algo debió de asustarlos. Puede ser que tuvieran el deseo de romper todos los odres, y por los resultados parece que comenzaron con el trabajo, pero algo debió de ocurrir que los interrumpió y salieron a toda prisa. Quizás un ruido, un aviso o tal vez una orden motivada por algo. De todos modos, si ya tenían lo que querían, para qué perder más tiempo. El agua que han dejado sirve para llegar al gran oasis de Tebas, pero no es suficiente para perseguirlos y regresar. Por tanto, no deben temer por su seguridad pues nadie los va a perseguir.

—¡Una orden! ¡Pudiera ser! Pero me resulta demasiado sencillo.

—No se me ocurre nada más.

—Lo has hecho bien, pero te voy a contar un secreto: el jefe de estos rufianes se encuentra todavía entre nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Los seis que se han marchado, más los dos exploradores que van en paralelo, son en total ocho desconocidos para mí. Posiblemente no les he visto la cara nunca, y con toda seguridad, jamás he hablado con ellos; sin embargo, saben demasiadas cosas puntuales que un extraño no conocería. Quien los dirige tiene información de primera mano, lo que quiere decir que está muy próximo. Si yo estuviera en su pellejo, me quedaría emboscado en la caravana; no me arriesgaría a que me pudieran alcanzar en el desierto y me dieran muerte como a un chacal. Yo me protegería con el anonimato y utilizaría la seguridad de la caravana en mi propio beneficio. Es seguro que aún nos quedan sorpresas por averiguar. Pero el tiempo juega en su contra, tarde o temprano tendrá que dar la cara. ¡Habrá que estar muy atentos!

—¿Sospechas de alguien?

—¡De todos y de ninguno! Puede ser uno de mis oficiales, un soldado, alguien que trabaja para uno de los mercaderes importantes, un sirviente de la casa de Antípatro o cualquiera que se nos ha pasado por alto.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Antígono.

—¡Nada! De momento no voy a hacer nada. No entra en mis planes cambiar la seguridad de la caravana por apresar a seis asesinos. Además, estamos tan cerca del gran oasis, que no precisamos de mayores reservas para llegar sin problemas; una vez allí volveremos a investigar esta delicada cuestión. Sin embargo, sí que me preocupa el agua que nos han dejado; estoy seguro de que habrá que consumirla en su totalidad durante el recorrido, y eso pudiera ser lo que quieren que hagamos esos malvados. Por eso, antes de partir quiero comprobar una cosa.

Ordenó que le trajeran de inmediato a un esclavo cualquiera.

Cuando le tuvo delante, extendió su mano mientras sujetaba una copa y le ordenó con voz firme:

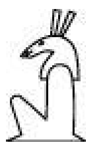
—¡Bebe!

No preguntó nada. Obedeció sin rechistar y consumió hasta la última gota del líquido que contenía aquella copa. Era agua procedente de los odres que habían quedado intactos, y la intención quedó muy clara para los presentes, incluso para el esclavo, quien a juzgar por la soltura con que se desenvolvió, no era la primera vez que le utilizaban como catador. Después, esperaron durante algún tiempo y al comprobar que no le pasaba nada anómalo, concluyeron que el agua se podía consumir sin mayores problemas.

—Vigilad a ese esclavo. Quiero que se me informe si le ocurre cualquier cosa durante el trayecto —ordenó Lagos a uno de sus hombres.

Seguidamente dio la orden de marcha, y en cuestión de minutos comenzaron a moverse los animales con toda la carga sobre sus palanquines. El robo de la noche anterior había sido cuantioso, pero ante Lagos, no lo suficiente para justificar una acción tan peligrosa. Estaba convencido de que todavía le quedaban muchos cabos sueltos por averiguar, y que descubriría al máximo responsable del asesinato de sus hombres entre los componentes de la caravana.

Capítulo XXII



Siete días después, en el gran oasis de Tebas, se inició un movimiento lento pero continuo por parte de las falsas caravanas compuestas por los hombres de Idrias, que en pequeños grupos comenzaron a abandonarlo en dirección a Dakhla; sin duda acudían en busca del capitán Lagos y de sus hombres. Su misión consistía en alejarse del oasis a una distancia de una jornada para hacerse cargo del control de los animales de la gran caravana del oro cuando se produjera el ataque de los guerreros thamudíes, en un lugar convenido donde no llamara la atención del resto de la guarnición que aún permanecía a la espera de su llegada, más por curiosidad que por interés en protegerla. Esos hombres serían los encargados de volver a entrar en el gran oasis de Tebas, una vez que hubiera finalizado el combate. Después, también los conducirían hasta llegar a Petra, porque los guerreros de Darak El Harti no realizaban ese tipo de trabajos; ellos solamente combatían y protegían los intereses de su señor.

El número de efectivos por ambos bandos estaba en clara ventaja a favor de las tropas faraónicas, en una proporción de dos a uno; pero los asaltantes esperaban que su jefe de filas hubiera conseguido sus propósitos y esa sustancial superioridad quedara radicalmente anulada cuando llegara el momento de la confrontación armada. Además, Idrias, siempre bajo las órdenes de Antígono, insistió en que los hombres que sustituyeron a los soldados abatidos por la noche, debían permanecer en sus puestos para crear un clima de absoluta normalidad y guardar el sitio reservado en el oasis para la gran caravana, pues Antígono tenía pensamiento de utilizarlo.

Conforme la caravana del oro avanzaba hacia el gran oasis de Tebas, la pócima comenzó a hacer sus efectos sobre quienes la consumieron, en función de la cantidad bebida y según la hora en que se produjo la primera ingestión. La dosis calculada por Antígono surtió verdadero efecto a partir del sexto día de marcha. Entonces comenzaron las primeras ausencias entre las filas faraónicas, para después afectar al resto de los viajeros. Aunque pronto regresaron a sus respectivos puestos, la situación comenzó a ser muy preocupante transcurridas varias horas más, debido a la frecuencia con que se

repetían las mismas necesidades.

El propio Antígono, aunque consumía agua no contaminada, debió excusarse un par de veces y obligó a Idrias a hacer exactamente lo mismo, para no suscitar sospechas en Lagos, quien ya por entonces en lo único que pensaba era en encontrar una solución de urgencia ante el evidente malestar de cuantos compartían ese maldito viaje. Fue entonces cuando el capitán Lagos, posiblemente en un momento de debilidad, o quizás porque así lo creyó de corazón, cometió su único gran error en toda la duración de aquel duro trayecto: detuvo bruscamente la larga hilera para analizar los alimentos, pues estaba convencido de que sin ninguna duda debían de estar envenenados.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó Idrias a un soldado.

—Son órdenes.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Antígono cuando llegó a su altura.

—¡No lo sé! Parece como si de repente Lagos hubiera detenido la caravana. De todos modos, esto beneficia nuestros planes. Voy a hablar con él, espera aquí y estate atento.

—¿Ocurre algo? —le preguntó.

—Quiero ver los alimentos, es posible que estén envenenados.

—¿Los alimentos?

—¡Sí! Creo que nos han dejado creer que su objetivo era el agua, y en realidad fueron los alimentos lo que envenenaron.

Perdieron un tiempo precioso en revisar la totalidad de los víveres y el resultado fue estrepitosamente negativo; todos eran comestibles y estaban en óptimas condiciones. Cabizbajo, enseguida comprendió la trascendencia de su gravísimo error y lo difícil que iba a resultar salir de aquel atolladero. Para cuando ordenó reanudar la marcha, el consumo de agua se había disparado entre sus filas, ya que todos aprovecharon el inesperado receso para saciar una sed que los acompañaba permanentemente desde que salieron de Alejandría, a excepción de los inolvidables momentos que descansaron en cada uno de los oasis donde acamparon. Pero en este último trayecto se había agudizado muy considerablemente la necesidad de consumir abundante agua, y aquello no pasó desapercibido al sagaz Lagos. Desde ese preciso momento, Antígono supo que la suerte de la caravana estaba en sus manos, y no había absolutamente nada que pudiera hacer el responsable de la seguridad para evitar que se cumplieran sus planes. Solamente era cuestión de esperar a que el sol y el sofocante calor terminaran con la resistencia de los más fuertes, y que sus guerreros thamudíes remataran el trabajo.

A media tarde no quedaba ningún soldado ni mercader que pudiera valerse por sí mismo. Todos marchaban con paso cansino; estaban agotados, extenuados, víctimas de una anticipada deshidratación que hacía mella en sus cuerpos y en sus rostros. Los caballos fueron los

primeros en sufrir los efectos del veneno, antes incluso que los hombres; muchos quedaron tumbados sobre las ardientes arenas, otros apenas se tenían en pie y obligaron a sus jinetes a desmontar para caminar a su lado. El capitán Lagos desde hacía horas sabía que el problema residía en el agua, pero para entonces la decisión resultaba demasiado simple: dejar de beber y morir de sed y deshidratación, o continuar con el excesivo consumo de agua contaminada y esperar a que un milagro los llevara sanos y salvos hasta las inmediaciones del oasis. Según sus cálculos, en condiciones normales les debía quedar una jornada y media para llegar a su destino, por eso no cesaba de animar a sus hombres para que resistieran hasta el final. Miraba de reojo a Antígono en busca de una explicación, ya que no parecía que le afectase el veneno como a los otros compañeros de viaje.

Descansaron poco, pues el tiempo corría en su contra, y salieron lo antes que pudieron a pesar del estado en que se encontraban soldados, mercaderes, sirvientes y animales. Cuando apenas llevaban consumidas varias horas de recorrido, a la vuelta de un recodo que bordeaba una duna situada a su derecha según el sentido de la marcha, se encontraron de frente con un grupo de hombres fuertemente armados en formación de ataque que pacientemente esperaban a su presa. Después de detener la caravana por la sorpresa, Lagos advirtió por su aspecto que se trataba de un pequeño ejército de no más de trescientos beduinos. Enseguida preparó a sus tropas de cabeza para contener lo que supuso sería su primera acometida, mientras pasó recado al resto de sus fuerzas para que estuvieran preparadas ante posibles ataques por las alas y en retaguardia. Sin embargo, no se produjo incursión alguna por parte de los thamudíes.

Estaban aparentemente bloqueados porque no podían maniobrar a su derecha por el impedimento de la duna; por el terreno de su izquierda, sus exploradores le avisaron de la existencia de grandes pozos capaces de tragarse a un hombre, lo que dificultaba también sus movimientos. Parecía que aquellos desconocidos no tenían prisa por entablar pelea.

—¡Esta es la confirmación de que existe un espía entre nuestras filas, aguardan porque saben que estamos envenenados y que el tiempo corre en su favor! —exclamó Lagos a sus hombres.

—¿Qué ordenas? —le preguntó uno de sus lugartenientes.

—¡Han elegido el mejor sitio para paralizar nuestra marcha! ¡No podemos esperar por mucho tiempo, si no atacan ellos lo tendremos que hacer nosotros! —contestó Lagos.

Miró hacia sus tropas y enseguida reconoció que presentaban un estado físico deplorable, porque se veía a simple vista que tenían muy mermadas las fuerzas; incapacidad para combatir que también había sido captada por Darak El Harti, que en aquellos momentos esperaba

al frente de sus guerreros. El desánimo de sus hombres, unido al temor de los mercaderes ante lo que presuponían como una terrible derrota, cundió entre sus filas como un mal presagio de lo que podría acontecerles si caían en manos de aquellos enemigos que parecían haber surgido inesperadamente del fondo de las arenas.

—¿Cómo es posible que se hayan podido desplazar sin ser vistos por nuestras patrullas? —se preguntó en voz alta uno de los ayudantes del capitán Lagos.

—La única explicación posible es que para ellos no hay dificultades en el desierto. Pero eso ya no importa, ahora hay que preparar la defensa de la caravana —contestó el propio Lagos.

Antígono, acompañado por Idrias, se acercó hasta su posición armado con una espada.

—¿Sabes usarla? —le preguntó Lagos cuando le tuvo a su lado.

—¡Por supuesto! He tenido muy buenos maestros.

—¡Nunca lo hubiera sospechado!

—Es difícil conocer a un hombre totalmente, siempre quedan cosas que no se cuentan y que se guardan para ser usadas en los momentos transcendentales.

—¡Esperemos que este sea uno de esos! Quiero que permanezcáis a mi lado en la batalla, necesitaré toda la ayuda que me podáis facilitar.

—¡Eso mismo venía a pedirte! —contestó Antígono.

—Esos beduinos no tienen intención de moverse de ahí, por lo que habrá que empujarlos. Voy a enviarles varias cargas de caballería con el fin de calibrar sus fuerzas y ver cómo se desenvuelven.

Las distintas oleadas fueron repelidas, y preocupante resultó el número de bajas que sufrieron las tropas de Lagos. Sus hombres estaban demasiado desfallecidos para cruzar golpes con un enemigo que parecía moverse sin dificultad sobre las arenas. Además, muchos de los caballos egipcios caían de agotamiento en plena carrera cuando los espoleaban para recorrer la distancia que los separaba de las fuerzas enemigas. Por si esto fuera poco, y para complementar el bloqueo, cerca de unos doscientos arqueros thamudíes estaban apostados sobre la duna móvil y no cesaban de acosar a cuantos enemigos tenían a su alcance, lo que enseguida supuso una ruptura en dos partes de la caravana; los que retrocedieron para salir del alcance de sus flechas, y los que avanzaron para conseguir lo mismo. Algunos quisieron huir por la zona de los pozos, y enseguida debieron regresar a la fila porque sus caballos quedaron trabados con suma facilidad en aquel espantoso arenal.

Ambas fracciones quedaron separadas por la dimensión del propio montículo de arena, más una distancia de seguridad que debieron ampliar los soldados del faraón y los mercaderes para evitar que los enemigos hicieran blanco sobre ellos. La brecha abierta entre las filas

faraónicas hizo que se agudizara aún más lo precario de su situación. Para volver a unir sus fuerzas y tener alguna posibilidad de victoria, Lagos sabía que debía eliminar la presencia de los arqueros beduinos. Ello implicaba que tendría que subir hasta la cima de la duna y eliminarlos. Desde su acceso resultaba imposible, porque la parte de menor pendiente estaba en su zona posterior, la que controlaban los guerreros thamudíes. En los sucesivos intentos por escalarla se perdieron muchos soldados, por lo que el capitán Lagos comprendió que la única manera de salir de aquella encerrona era mediante el ataque directo al núcleo central de los beduinos, donde podría estar el que parecía ser su jefe.

En un último esfuerzo supremo, con la totalidad de efectivos que se quedaron con él en la cabecera de la caravana, y después de perder a muchos hombres en el intento, consiguieron alejarse de la duna y salir a una especie de llanura arenosa donde se encontraron rodeados de beduinos dispuestos a atacarlos por todos los flancos. Lagos sabía que no podría resistir mucho tiempo si pretendía defender todos los puntos. Por eso, ordenó que se situaran en línea para concentrar toda la carga de un único ataque sobre un solo punto, aquel donde estaba situado el jeque Darak El Harti. Estimularon a sus monturas, y a pesar de las incesantes flechas y lanzas que les arrojaron desde todos los sitios posibles, Lagos y sus hombres se abrieron paso como pudieron hasta llegar a una distancia bastante cercana al jeque; lo suficiente para que ambos hombres se pudieran mirar a la cara.

No pareció que aquel hombre, ya entrado en años, se sorprendiera de la hazaña heroica de Lagos y de los hombres que le acompañaban. Más bien, parecía esperar arrogante a que el capitán de la Guardia Real estuviera a su altura para retarle en un duelo a muerte. Sin embargo, cuando apenas le quedaban varios metros para llegar hasta la primera línea defensiva beduina, Antígono, que cabalgaba a su lado, asestó con su espada un profundo corte en el cuello del caballo de Lagos que hizo que se desplomara paralizado al instante. El jinete rodó hacia delante por la inercia, pero en ningún momento soltó la espada, pues pensó que aún podría llegar hasta el jeque para matarle de un solo tajo y dejar así a los beduinos sin jefatura, lo que posiblemente les acobardaría y terminarían por huir, si sus hombres se envalentonaban y reaccionaban con un contraataque masivo. Se levantó del suelo con agilidad felina y todavía tuvo tiempo para abatir a dos guerreros antes de que Idrias, para desarmarle, le atravesara la mano de un certero flechazo que le traspasó de parte a parte. Una segunda flecha sobre su pierna terminó por dejarle completamente inútil para proseguir con sus intenciones.

El pánico cundió muy deprisa entre las filas de los soldados y mercaderes cuando presenciaron en la distancia cómo Antígono se

bajó de su montura para abrazarse con el jeque Darak El Harti. Fue entonces cuando comprendieron que habían sido engañados por aquel que creyeron era un rico mercader heleno. Luego, al ver cómo el capitán Lagos era arrastrado por Idrias, el desánimo entre los soldados disipó cualquier esperanza de victoria. Poco a poco fueron eliminados, y en aquella última incursión, Lagos perdió a la mitad de sus efectivos.

—¡Traidor! —le gritó Lagos.

—Yo diría más bien justiciero —contestó Antígono.

—¡Mírame bien a la cara, porque será lo último que veas antes de morir! —exclamó el jeque.

—¡Espera! ¡Todavía no! —le pidió Antígono.

—¡Debe morir como un perro! —dijo Darak.

—¡Sí! Pero antes quiero que sepa por qué.

—¡No existe nada que justifique la traición! —contestó Lagos.

—¡Las deudas de sangre, sí! —contestó Antígono.

—¿No sabes de qué te habla, verdad? ¿Tan poco valía para ti la vida de mi pobre hija? —le dijo Darak El Harti visiblemente encolerizado.

—¡No conozco a tu hija!

—¡Mientes! ¡Tú ordenaste su muerte!

—¡Ah! ¡Comprendo! Tu hija era esa sucia ramera beduina que no quiso revelarnos ninguna información.

Lagos, ante lo que acababa de presenciar, se dio cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de salir con vida de aquella trampa, y quiso para sí una muerte rápida. Por eso, decidió provocar al jeque. Pero no contó con la sagacidad de Antígono, quien se interpuso delante de Darak cuando alzó su lanza con intención de atravesarle el corazón.

—¿Es que puedes seguir escuchando cómo insulta la memoria de tu esposa?

—¡Era tu esposa! ¡Pues quiero que sepas que se la folló toda la guarnición de Alejandría! Además, me dio la impresión de que gozó con la experiencia. No estaría acostumbrada a tanto hombre a su alrededor —soltó por su boca Lagos.

—¿Va a consentirlo? —volvió a increparle su suegro.

—¡No hay nada que pueda hacer o decir que cambie el resultado de sus acciones! Kamala está muerta por su culpa, y ahora nosotros vamos a utilizarle como mejor nos convenga. Pero no será con rapidez; quiero que sufra mucho más que mi esposa, y que sepa que voy a utilizar su cuerpo como mejor nos interese para conseguir el cargamento íntegro de la gran caravana del oro. Debe saber que morirá para ayudarnos a expoliar a su faraón, y que me encargaré personalmente de que la noticia llegue a oídos de Ptolomeo III para que se pueda vengar en toda su familia. Si no lo hace él, yo me encargaré de aplicar mi particular justicia sobre su mujer y sus hijos. ¿Ves a todos estos beduinos? Pues quiero que sepas que tu

descendencia pasará a ser de su propiedad en cuanto regrese a Alejandría. En cuanto a tu esposa, si se porta bien y es condescendiente, quizás pueda acabar de concubina de cualquier beduino thamudí.

Al oír sus amenazas, fue Lagos quien se revolvió como una anguila, pero nada pudo hacer ante los fuertes nudos de las cuerdas que le sujetaban.

—¡Ahora eres tú quien chilla como un cerdo! —le dijo Antígono.

No esperó a recibir ni tan siquiera una petición de perdón, con su espada le cortó una oreja y de inmediato aplicó sobre la herida la hoja de otra daga que ardía en medio de una hoguera para que no se desangrara. Los gritos desgarradores de Lagos no se hicieron esperar, lo que gustó a Darak, quien aprovechó para ordenar que le sujetaran la mano que no tenía herida, para a continuación asestar un nuevo golpe que le seccionó cuatro dedos, a excepción del pulgar. Después, a imitación de Antígono, se encargó personalmente de cauterizar las heridas de su prisionero.

—Si todavía no te puedo matar, sí que desperdigaré partes de tu cuerpo para que se las coman las alimañas del desierto —le dijo mientras le aplicaba la hoja incandescente sobre los cortes.

Antígono hizo que recogieran los dedos y la oreja del capitán Lagos para que las enviaran en forma de mensaje a los soldados que aún defendían sus posiciones al otro lado de la duna, aunque su resistencia cada vez era menor por los efectos del veneno, la falta de agua y también por el desánimo que sintieron al ver a su jefe de filas prisionero de los beduinos. El encargado de enviar los mensajes fue el propio Idrias, quien se colocó en lo alto de la duna, ensartó la oreja cortada con una flecha y después de tensar todo lo que pudo su arco, la disparó contra el primer soldado que tuvo a tiro. Como no podía ser de otra manera, acertó de pleno. Aquella acción provocó un gran revuelo y desconcierto, ya que los obligó a retroceder aún más para que el temible arquero no volviera a hacer blanco, pues esa distancia de protección no resultaba suficiente para Idrias. Al observar el mensaje enviado, el pánico se apoderó de los mercaderes, quienes vieron en aquel órgano el vivo ejemplo de lo que les iba a ocurrir a todos ellos. Después, continuaron cuatro mensajes más, uno por cada dedo, lo que terminó por desatar los nervios de los soldados. Las primeras deserciones de militares se atajaron con muertes violentas que los lugartenientes que estaban al mando se ocuparon personalmente de ejecutar. Pero cuando aumentó el número de efectivos que quiso abandonar su puesto, y ya no había manera de pararlos, fueron los propios thamudíes quienes acabaron con sus vidas. Aquella fue una clara señal de que nadie de la caravana saldría con vida de aquella encerrona.

Para terminar de minar la moral de los soldados faraónicos, subieron a la cima de la duna al capitán Lagos para exponerle maniatado ante sus hombres. Le desnudaron y comenzaron a azotarle, sin piedad, hasta que consideraron suficiente aquella demostración de poder y de control de la situación. El miedo que se reflejó en sus rostros por la imagen que recibieron de su jefe humillado, junto con la debilidad que presentaban a esas horas los militares egipcios, animaron a los asaltantes, quienes en masa se lanzaron contra unas tropas que apenas ofrecieron una mínima resistencia. Después, les llegó su turno a los otros componentes de la caravana, quienes fueron pasados, uno a uno, a cuchillo sin la más mínima clemencia. El resto de la comitiva murió al igual que la totalidad de los soldados, e inmediatamente fueron arrojados a las fosas naturales para impedir que los animales carroñeros del desierto delataran la presencia de despojos y pudieran atraer a otros curiosos, o quizás, a las temidas fuerzas de socorro del faraón, que sin duda enviaría tras ellos en cuanto se enterara.

Antígono sabía que desde el lugar donde se produjo la emboscada, no le quedaba otra opción que acudir al gran oasis de Tebas para que los animales se recuperaran de la pócima suministrada, aunque bien es verdad que los camellos apenas la probaron. Era regresar al oasis de Dakhla, lo que suponía seis días más sin agua, o acudir al oasis de Tebas en una jornada. Además, si no aparecían por allí, seguramente darían parte a la ciudad, lo que movilizaría al ejército para encontrarlos. Para cuando quisieron llegar los hombres de Idrias que se iban a encargar de dirigir la caravana, procedentes del gran oasis de Tebas, ya había concluido la batalla y habían hecho desaparecer los cuerpos de los caídos por ambos bandos.

El capitán Lagos contempló como testigo la aniquilación de sus tropas y la muerte de todos y cada uno de los componentes de la gran caravana del oro. Antígono le quería vivo por si tenía que utilizarle para entrar en el oasis de Tebas, por eso hizo que Idrias le vigilara como el más fiero de los perros guardianes.

Casi anochecido, la caravana del oro consiguió divisar la bellísima vegetación del gran oasis de Tebas, en medio de una algarabía atronadora por parte de quienes ya estaban ubicados alrededor del agua y aguardaban, pacientemente protegidos bajo el frescor de las palmeras, su llegada desde hacía varios días; era su forma de dar la bienvenida a la más valiosa expedición de todos los tiempos. Los ruidos se oían de un lado al otro del oasis, porque desde todos los puntos quisieron participar de aquella alegría, posiblemente porque ninguno de los testigos tendría la oportunidad de contemplar otra caravana de las mismas características.

El resto de los hombres de Idrias, que permanecieron camuflados en

el gran oasis de Tebas entre los mercaderes de las distintas caravanas, hicieron bien su trabajo; rápidamente ocuparon todos los posibles lugares estratégicos que pudieran suponer el riesgo de ser descubiertos por otros viajeros. También los que sustituían a soldados cumplieron con su cometido y ampliaron aún más el lugar reservado para el asentamiento de la gran caravana, a fin de dejar una superficie de seguridad que debía servir para evitar las intromisiones de curiosos.

Antígono y Darak se mantuvieron expectantes a una distancia prudencial del oasis. Cuando comprobaron que la caravana apenas tuvo dificultades para asentarse en el lugar reservado, se despidieron efusivamente.

—¡Ha sido una gran victoria, la mejor de toda mi vida! ¡Te esperaré con mis guerreros en Petra! Para cuando quieras llegar, todo estará convenido con los nabateos —le dijo.

—¡Puedes estar seguro de que acudiré a la cita! —le contestó Antígono.

—¿Necesitas algo más?

—¡Quiero que te lleves al prisionero y le mantengas con vida hasta que llegue!

—¡Así se hará!

Apenas descansaron aquella noche y el día siguiente. El riesgo de ser descubiertos cada vez era mayor, y así lo presintió Antígono quien al finalizar ese día ordenó a Idrias que preparara a sus hombres para salir en breve.

—¡Recogedlo todo, que salimos en cuanto anochezca!

—¿Qué decimos a los que han suplantado a los retenes y aún permanecen en los campamentos? —preguntó Idrias.

—Que se queden donde están y aguanten lo que puedan para evitar que nos persigan. Deben crear ambiente de normalidad hasta que descubran los cuerpos almacenados en la comandancia; después saldrán del oasis como pacíficos mercaderes, justo después de que envíen patrullas para dar la voz de alarma. Es seguro que con hombres y caballos de refresco intentarán darnos caza cuando se conozca la noticia en Tebas; ese será el plazo que tendremos para ponernos a salvo.

—¡Podemos eliminar a las patrullas! —sugirió Idrias.

—Si enviasen una, sería fácil; incluso a dos también. Pero me temo que serán muchas más, e irán por caminos diferentes para no toparse con nosotros antes de llegar a su destino. Además, irán sobre caballos descansados, lo que hace imposible que los nuestros, después del cansancio que arrastran, puedan competir en velocidad con los suyos. Recuerda que necesitamos la ayuda de todos nuestros hombres para dirigir esta enorme caravana, no veo posible tu idea.

—¡Tienes razón! ¡Salgamos pues cuanto antes!

De madrugada, silenciosos como hienas, comenzaron a moverse lentamente para emprender la huida del gran oasis de Tebas en dirección a la milenaria ciudad del mismo nombre. Dejaron bien marcadas sus huellas para que a nadie le quedara ninguna duda sobre su destino. Sin embargo, los planes de aquel genio en el arte del engaño y el camuflaje eran muy diferentes, porque había urdido un plan de escapatoria.

Cuando se despertaron los mercaderes de otras caravanas y los soldados que protegían el gran oasis, se encontraron con la sorpresa de la desaparición de la caravana del oro. Inesperadamente se habían marchado muy temprano de madrugada, decisión que nadie entendió por el poco margen de descanso que dieron a las personas y también a los animales que la componían. Sin embargo, los falsos soldados que aún quedaron de guardia hicieron correr con mucha habilidad la noticia de que ese repentino adelanto se debía a motivos estratégicos y de seguridad. Dijeron que el responsable de la caravana tenía como primer cometido dar satisfacción a los deseos del faraón Ptolomeo III, quien deseaba que las valiosas mercancías llegaran lo antes posible al mercado de Tebas. Antes de partir de Alejandría, le manifestó que no se sentiría tranquilo hasta que el peligroso viaje hubiera concluido con éxito. De ahí la decisión de abandonar tan pronto el oasis.

A media mañana, algunos comerciantes quisieron realizar diversas gestiones en el edificio de la comandancia, pero lo encontraron anómalamente cerrado. Preguntaron a los soldados más cercanos pero ninguno supo dar explicación alguna; si bien, al tratarse de los hombres de Idrias disfrazados, indicaron a los interesados que lo mejor era esperar hasta la mañana siguiente, que lo más seguro era que hubiera surgido una salida imprevista de urgencia que requirió la presencia de todos los efectivos disponibles. Ese secretismo muchos lo relacionaron con la presencia de la caravana del oro, por lo que pensaron que el comandante quiso ganar méritos y seguramente se ofreció para dar escolta a tan importante columna, al menos hasta que saliera de sus límites territoriales de vigilancia.

Sin embargo, la misma situación se repitió al día siguiente, y además, quienes se acercaron por la comandancia aseguraron que desde su interior se exhalaba un olor putrefacto insoportable. El gentío comenzó a acumularse frente al edificio, lo que sirvió de señal para que los hombres de Idrias aprovecharan la confusión para deshacerse de sus uniformes y volverse a vestir como simples mercaderes. Algunos comenzaron a abandonar el oasis discretamente, mientras otros pocos, los que no tuvieron contacto alguno con los comerciantes, se mezclaron con la muchedumbre a la espera de recabar esa información vital que les había solicitado Antígono a través de su jefe de filas. Porque a excepción de Idrias, ninguno tuvo jamás contacto

alguno con Antígono; ninguno de los hombres por él reclutados supo quién estaba tras ese plan para robar las riquezas de la gran caravana del oro.

Esperaron hasta que llegó el responsable del puesto de vigilancia más cercano, y fue entonces cuando procedieron a derribar la puerta y penetrar en el vacío edificio. Guiados por el olor nauseabundo, enseguida encontraron apiladas a parte de las víctimas, así como al comandante de la guarnición y a su familia al completo. El revuelo fue mayúsculo cuando se conoció la noticia. Los militares que sobrevivieron a la masacre, por la baja graduación que tenían y la falta de experiencia, no terminaban de ponerse de acuerdo en lo referente a las medidas que se debían adoptar. Las opiniones estaban muy divididas, pues como bien imaginó Antígono, una fracción se inclinaba por perseguir a la caravana con todos los efectivos disponibles, aun a costa de dejar totalmente desprotegido el gran oasis; mientras otra, apuntaba la necesidad de comunicar lo sucedido a Tebas para que desde allí les dieran caza. Al final, la segunda opción fue la que prevaleció sobre la primera, pues pensaron que si habían sido capaces de hacer eso a sus compañeros, seguramente podrían hacer lo mismo con ellos. A pesar de la rabia contenida de los soldados por el ferviente deseo de vengar esas muertes, inmediatamente se procedió a enviar patrullas por diferentes caminos para evitar que fueran localizadas por los asesinos de la gran caravana, con la única misión de llegar cuanto antes, aun a costa de reventar a los caballos si fuera preciso. Comoquiera que fuere, desde que se pusieron en movimiento, la ventaja en favor de los hombres de Idrias era de dos jornadas completas. No parecía demasiado margen, pero la partida no había hecho más que comenzar.

Durante varias jornadas, en contra de cualquier pronóstico, la caravana del oro continuó en dirección a Tebas. A juzgar por las claras huellas que dejaba, se hubiera jurado sin temor a equivocarse que su destino era la antigua capital del imperio egipcio. Mas, en un punto determinado, Antígono ordenó girar inesperadamente para desviarse en dirección a la ciudad de Latópolis[5], población más meridional que dista de Tebas una jornada y media. A partir de ese momento, un grupo de hombres se quedó en retaguardia para borrar al máximo las huellas que dejaba a su paso la larga fila, después de haber realizado la mencionada variación.

Con este cambio de dirección estratégico, y con un poco de suerte, Antígono pretendió ganar un tiempo precioso que seguro iba a necesitar para más adelante. No sin muchas dificultades, con la obligación de apurar al límite la capacidad de sacrificio de los hombres, así como el aguante hasta casi la extenuación de los

animales, llegaron a las cercanías de Latópolis. A considerable distancia bordearon la ciudad, y un tercio de la caravana, compuesto por los más fuertes y hábiles en el manejo de los animales, se dirigió en línea recta en busca de la orilla del mar Rojo. Para dirigir esta primera segmentación, Antígono cedió el mando al jefe de la guardia pretoriana de su suegro, el jeque Darak El Harti; un beduino thamudí que le servía desde niño y que conocía el desierto mejor que la palma de su mano, quien con un grupo muy discreto de guerreros los esperaba por los alrededores de la ciudad. Era el trabajo más difícil, pues dejaron preparadas las huellas para que fueran ellos los primeros en ser perseguidos por las tropas de Tebas, y así dar un margen de tiempo suficiente al resto de la caravana para que pudiera escapar del acoso. Las referencias del jefe thamudí eran inmejorables; de él se decía que sabía camuflar a un ejército en el desierto como si fueran sombras. Por eso, no hubo ninguna pega en encomendarle tan delicada misión, a pesar de reconocer que si esa parte se descubría, todo el plan se vendría abajo. Su inmediato destino era un lugar ya pactado con anterioridad; una cala solitaria donde desde hacía varias jornadas los esperaban unas naves comerciales que creían haber sido fletadas por un mercader griego llamado Demetrio el Cireno, con el encargo de ayudarlos a cruzar a la otra orilla del mencionado mar. Todavía tendrían que recorrer un tortuoso camino no exento de riesgos, pero al menos, el viaje parecía que iba a ser bastante más corto que para el resto de sus compañeros de correrías, ya que tocaba a su fin por tierras egipcias, y por lo tanto, se podían librar de la persecución de los soldados del imperio ptolemaico. Tanto para la columna compuesta por el tercio que se dirigió al mar Rojo, como para el resto de la caravana que se encaminó hacia la ciudad de Apolinópolis Magna[6], el proceso de borrado de sus huellas se realizó de la misma manera que la vez anterior.

Sin despedidas, sin palabras, con la mirada puesta en el horizonte, las dos columnas continuaron su camino sin detenerse. Tan solo se desviaron de la ruta aquellos que fueron previamente seleccionados para encaminarse directamente hacia ese punto de embarque a orillas del mar Rojo. Los restantes dos tercios de la caravana, aún tendrían que soportar los sufrimientos propios de aquel sofocante viaje por algunas jornadas más. Continuaron sin descanso, sin tan siquiera permitirse la licencia de mirar hacia atrás para comprobar cómo se alejaban sus camaradas. Sabían la imposibilidad de perder ni un solo minuto, pues en la medida de lo rápidos que pudieran ser para ganar tiempo, en esa misma proporción, les iba en juego la propia vida, ya que seguramente las tropas del faraón debían de estar muy cerca, en

pleno rastreo de su paradero.

El siguiente lugar donde se volvería a producir una nueva segmentación de la caravana, sería la ciudad de Apolinópolis Magna, llamada así en honor al dios Apolo. Cuando llegaron al lugar convenido procedieron de la misma manera que en la vez anterior; continuaron todos juntos para marcar bien el camino hacia el mar Rojo, pero en un punto se volvieron a seccionar. El tercio que se dirigió nuevamente hacia otro punto de embarque del mar Rojo, quedó bajo el mando de hombres de confianza de Idrias; mientras que el último tercio restante de la caravana continuó viaje hasta la ciudad de Siena[7], a las órdenes de Antígono, representado en todo momento por Idrias, también con la máxima preocupación por borrar cualquier rastro que delatara su maniobra. Desde allí, volverían a desviarse nuevamente hacia el mar Rojo para encaminarse al último lugar de embarque pactado. El plan general contemplaba que después de que lograran atravesarlo, la caravana del oro debía mantenerse con la división en tres partes independientes, debidamente protegidas por los guerreros thamudíes que ya estaban situados en la otra orilla a la espera de que llegaran, y así se debía mantener en el interior del territorio nabateo hasta llegar a Petra; lugar de cita para muchos comerciantes donde podrían almacenar las mercancías hasta que fueran debidamente vendidas.

Entretanto, cuando se tuvo conocimiento en Tebas de la trágica noticia, de inmediato se enviaron emisarios al faraón y se eligieron a tres de los mejores escuadrones de caballería ligera de la ciudad, compuestos por trescientos jinetes cada uno, con la orden expresa de dar caza a la caravana, acabar con los asesinos y recuperar las mercancías. Salieron de la antigua capital del imperio en un tiempo extremadamente corto y se dirigieron a toda prisa hacia el gran oasis, pues pensaron que en mitad del camino interceptarían a los asaltantes. Sin embargo, cuando les faltaban dos jornadas para llegar, comprendieron que los perseguidos habían variado su ruta en algún punto que se les había pasado por alto. Los rastreadores debieron emplearse a fondo, pues entre el borrado interesado de las huellas y la inestimable ayuda de los vientos, su rastro quedó muy camuflado entre las interminables arenas del desierto.

—Una concentración tan grande de animales no puede desaparecer —aseveraba el responsable de los perseguidores.

—¡No encontramos pistas! —contestó el jefe de los rastreadores.

—¡Continuad! ¡No se pueden esfumar sin dejar rastro!

Con paciencia y también con bastante suerte, los rastreadores por fin localizaron una hilera de excrementos medio enterrados, que esta

vez el viento caprichoso quiso dejar al descubierto. Aquel cambio de dirección no ofreció ninguna duda a los perseguidores sobre el destino de los perseguidos.

—¡Deprisa! ¡Se dirigen a Latópolis! ¡Sigámosles! —ordenó el jefe de las tropas.

Llegaron lo más rápido que les fue posible, pero en la ciudad nadie había visto la caravana que buscaban. Cambiaron las cabalgaduras que pudieron hasta agotar las existencias de la ciudad, y aquellos que consiguieron caballos de refresco emprendieron una exhaustiva búsqueda de nuevas pistas que les revelaran su destino. No tardaron mucho en descubrir un nuevo rastro que interesadamente dejaron los hombres de Idrias.

—¡Continúan hacia el mar Rojo! —indicó uno de los exploradores.

—¡Seguramente allí recibirán algún tipo de ayuda! ¡Hay que continuar tras ellos! —señaló el jefe del contingente.

—¡Señor, los caballos que no hemos podido sustituir están prácticamente reventados por el esfuerzo! —informó uno de los mandos.

—¡No importa! ¡Me adelantaré con los más rápidos y que los demás nos sigan como puedan!

De esta manera, el contingente de caballería ligera se seccionó en dos partes bien diferenciadas, en función del cansancio que presentaban los equinos. Los más veloces continuaron la persecución, mientras que los más agotados redujeron la marcha hasta llegar al siguiente punto donde pudieran ser sustituidos. Los que siguieron el rastro no tuvieron ninguna vacilación.

—¡Son las mismas huellas! Realizan el mismo procedimiento de camuflaje que la vez anterior; pero ahora están mucho más cansados, porque las pezuñas se hunden más profundamente sobre el terreno. ¡Son ellos!

—¿Nos llevan mucha ventaja?

—Varias jornadas. No sabría precisar, quizás entre dos y tres.

—¡No hay duda, van a embarcar! ¡Estamos muy en el límite de poder alcanzarlos! Pero si tienen el menor contratiempo, o tienen que esperar a alguien, seguro que les damos caza. ¡Prosigamos!

Continuaron el camino en dirección a la orilla del mar que les marcaban las huellas, con la esperanza de que a sus perseguidos se les presentara algún problema que les hiciera perder la ventaja de que gozaban. El rastro los llevó hasta una serie de radas de aguas suaves, idóneas para realizar un embarque cómodo, donde sin duda parecía que estuvieron acampados, y desde donde cualquiera de ellas podría haber embarcado. Sin embargo, en ninguna encontraron señales de que embarcación alguna les hubiera ayudado a escapar de Egipto. Por el contrario, el rastro que los animales dejaban era muy claro y

contundente: regresaban de nuevo hacia el río Nilo, esta vez en dirección a la ciudad de Apolinópolis Magna. Aquello dejó muy despistado al comandante de los escuadrones egipcios, pues parecía que habían tenido serias dificultades para embarcar y debieron regresar a toda prisa para no ser alcanzados; circunstancia que no le terminaba de convencer.

—¡Malditos sean! ¡Parece que juegan con nosotros! ¡Perseguimos desde hace días unas sombras! —exclamó encolerizado el comandante en jefe.

A la caballería faraónica no le quedó otra opción que perseguir esas huellas y averiguar hacia dónde se dirigían. Un día más tarde, fueron alcanzados por los efectivos rezagados que ya habían conseguido animales de refresco y ser avisados por los emisarios de los avances en la investigación del grueso del grupo perseguidor. Sin embargo, las noticias que recibieron cuando alcanzaron la ciudad erigida en honor de Apolo, fueron idénticas a la anterior; por allí no había pasado la famosa caravana del oro de quien todo el mundo hablaba. Aquello significaba que los guías debían buscar nuevos rastros que los volvieran a poner sobre su pista. Unos retrocedieron, mientras otros avanzaron; pero todos pusieron mucha más cautela y atención. Después de varias horas de intensa búsqueda, consiguieron localizar el trozo de una senda profunda que había sido camuflada con repetidos barridos de matorrales, indudablemente realizados por el hombre, y que se dirigía hacia la ciudad de Siena.

Un día después, las fuerzas del faraón al completo se encontraron de improviso con una manada de casi tres mil camellos gamales que tranquilamente deambulaba sin control por el desierto. No había duda, eran componentes de la caravana del oro; pero ni transportaban la mercancía, ni se veía a camellero alguno que los guiara.

—¡Han abandonado a los animales! —indicó uno de los rastreadores.

—¡Sí, pero han desaparecido las riquezas que llevaban encima! —exclamó otro.

—¡Todos estos movimientos han sido una maniobra de despiste! ¡Nos han llevado por donde han querido! —añadió el comandante.

—¡Señor, no hay huellas de caballos! —informó el jefe de los rastreadores.

—¡Explícate!

—Los camellos no han venido solos hasta aquí; primero los han dirigido montados sobre ellos, pero también acompañados por sus caballos. Así, sin carga, han podido descansar y recuperarse del esfuerzo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque en las pisadas que hemos seguido hasta ahora había

huellas de pezuñas de caballos y de camellos que se entremezclan constantemente, al igual que ha ocurrido durante toda la persecución. Sin embargo, ahora no veo ninguna huella de caballo por ningún sitio; luego quiere decir que han debido azuzar a los camellos para que corrieran alocadamente por el desierto, y ellos se han marchado por otro sitio. Estoy seguro de que si regresamos por el mismo camino, encontraremos nuevamente el rastro que han dejado los caballos.

—¡No es posible!

—¿Por qué, mi señor?

—Porque el volumen de carga de los camellos no la pueden transportar los caballos. Por tanto, la única posibilidad es que la hayan escondido en algún otro lugar, o bien que ya esté depositada en el interior de varias embarcaciones.

—Eso puede ser perfectamente cierto, mi señor.

—Sin embargo, aquí solo hay un tercio de los camellos. Esto quiere decir que muy posiblemente pueden haberlos sacrificado para que sirvieran de señuelo y ganar el tiempo que necesitan para salvar al resto.

—Pudiera ser —corroboró otro de los oficiales.

—No es fácil desprenderse de la carga de diez mil camellos. Desandemos pues el camino y localicemos el rastro de los caballos —ordenó el comandante.

Un día después localizaron las huellas que buscaban, que hábilmente fueron previamente borradas.

—¡Mire, señor! ¡Mire estas huellas! Las menos profundas corresponden a caballos sueltos; en cambio, estas otras son de monturas con jinete. En este lugar se produjo el cambio y la espantada de los camellos.

—¿Van muy cargados?

—¡No lo creo! Si las comparamos con las nuestras se parecen bastante, no se hunden más.

—¡Nos aventajan solamente en dos días! —señaló el jefe de rastreadores.

—¡Si tienen que dar escolta al resto de la caravana, todavía es posible que podamos alcanzarlos! ¡Adelante! —ordenó el comandante.

Tremendamente agotados por el esfuerzo, casi al borde de la extenuación, consiguieron llegar a divisar a lo lejos del horizonte las murallas de Siena; pero las huellas de los perseguidos los desviaban nuevamente hacia el mar. Esta vez no tuvieron más remedio que entrar en la ciudad para volver a cambiar de cabalgaduras e intentar después recuperar el margen que aún se mantenía en favor de los ladrones, aunque fuera mediante el agotamiento de las nuevas monturas. Así se hizo, pero cuando transcurridas varias jornadas se presentaron en aquella ensenada hacia donde los condujo el rastro,

solo encontraron vestigios de lo que debió de ser un embarque en toda regla; allí terminaban las huellas, por lo que pudieron constatar que nadie abandonó aquel lugar por su propio pie o montado en animal alguno.

A los perseguidores aquella situación les pareció, cuando menos, misteriosa e inexplicable; de regreso, irían con las manos vacías por la escasez de datos concretos que iban a poder facilitar. Sin conocer la identidad de los perseguidos, sin tener una idea clara de lo sucedido, y sin otro rastro que perseguir, lo cierto era que aquella operación de rescate que fue llevada a cabo por tres escuadrones de élite de caballería ligera, perteneciente a las tropas faraónicas con base en Tebas, acabó estrepitosamente en un rotundo fracaso.

De la gran caravana del oro, lo único que se pudo recuperar fue un tercio de los camellos empleados en el transporte de las valiosas mercancías. El resto, al igual que ocurrió con los ladrones, con los cuerpos de numerosos asesinados, con el capitán Lagos y sus fuerzas de escolta, se disipó por arte de magia entre los múltiples recorridos que realizaron a través del desierto. Sin que los perseguidores llegaran a conocer con exactitud en qué punto concreto ocurrieron todas esas desgracias, los culpables se les esfumaron entre las arenas del desierto como agua que se escurre entre los dedos.

Lo que jamás conocieron los jinetes egipcios fue que efectivamente en la primera cala donde estuvieron, sí que realizaron el embarque de la mercancía y de casi todos los hombres; pero Antígono había preparado un señuelo para los soldados. Ordenó al jefe de la guardia pretoriana del jeque Darak El Harti que se cuidaran mucho para no dejar absolutamente ninguna señal de la presencia de los barcos comerciales. Después, un grupo descansado de guerreros thamudíes debía conducir los camellos nuevamente hacia el interior. Eso fue lo que equivocó al comandante de los escuadrones, pues pensó que debieron de regresar por algún problema. Desde la cala cargaron a los camellos con piedras y otros pesos inútiles para que sus pezuñas se hundieran bien en el terreno. Luego, conforme se dirigieron a Siena, los descargaron poco a poco hasta que los dejaron en libertad. Los hombres de Idrias, sin descansar, cuando llegaron al punto de embarque depositaron las mercancías sobre el suelo y los volvieron a cargar, mientras los beduinos se hicieron cargo de los animales para salir enseguida de la cala, montados sobre los propios camellos y acompañados por sus caballos de refresco, que serían utilizados más adelante para huir más ligeros.

5

Actual Esna.

6
Actual Edfu.

7
Actual Asuán.

Capítulo XXIII



Cuando Ptolomeo III recibió la noticia, supuso un duro golpe muy difícil de asimilar porque nadie le supo dar una razón convincente de lo ocurrido, lo que le hizo presuponer que económicamente todo estaba perdido, ya que no podía albergar ninguna esperanza de recuperar las cuantiosas pérdidas sufridas. Pero también había otro aspecto, posiblemente mucho más importante, que debía ser tenido en cuenta para ser reparado cuanto antes; tal era el estrictamente político. El prestigio del imperio había caído por los suelos, situación que aprovecharon las ciudades competidoras de Alejandría para acentuar también la pérdida del poder personal de su faraón.

Entretanto, Antígono de Samotracia se volvió a reunir en Petra con su suegro para decidir el futuro del capitán Lagos. Quería continuar desde el anonimato con la preparación de nuevos planes de desgaste para las arcas reales, por lo que deseaba regresar cuanto antes a Alejandría, ahora que solo restaba el asunto de Lagos para vengar la muerte de su esposa Kamala. Durante la preparación del asalto a la caravana del oro, pensó que aquella acción le proporcionaría mucha satisfacción personal; sin embargo, en el camino hacia la capital nabatea, no sintió alegría alguna, ni cosa parecida. En su corazón no existía la posibilidad de perdón para aquellos que habían acabado con las vidas de las mujeres que más quiso a lo largo de su vida. Pasados unos cuantos días, decidió convertir en dinero las valiosas mercancías que le correspondieron en el reparto, y reservar esos fondos a la espera de poder utilizarlos más adelante para acometer futuras iniciativas contra los Ptolomeos. Pero para ello, no podían quedar testigos con vida que le desenmascararan. No obstante, dejó al jeque que tomara una decisión sobre la vida de su prisionero.

—¡Haz lo que quieras con Lagos! Pero si vive, no debe regresar jamás a Egipto —le dijo.

—He pensado hacer un regalo al faraón en nombre de mi hija Kamala.

—¿Qué has pensado hacer?

—Enviarle la cabeza de su mejor capitán.

—¡No es mala idea! Pero espera a que todo se haya calmado. Eso le

dejará muy preocupado, porque verá claramente que todo ha sido una trampa premeditada y que sus enemigos continúan escondidos en el corazón del imperio; que pueden volver a actuar en Alejandría cuando se les antoje. Siempre le quedará la preocupación de saber cuándo será desvalijada la siguiente caravana que cruce por su territorio, y lo mismo les ocurrirá a los mercaderes que transiten por Egipto; ninguno se sentirá seguro, y posiblemente se desvíen hacia otras rutas.

Antígono regresó acompañado de Idrias de un largo viaje por las factorías del mar Egeo, según la información que le contó a su socio Dionisos, quien desde el principio de su sociedad pensó que participaba únicamente en el desvío de parte de la mejor mercancía que entraba por el puerto de Alejandría, desconociendo por completo la autoría de las intervenciones en las que se producían asaltos con asesinatos.

Antígono, a pesar de los espectaculares logros conseguidos, jamás se dio por satisfecho y continuó con la maquinación de nuevas fórmulas de saqueo. Comprendió que si quería permanecer en el más absoluto anonimato, se hacía necesario mantener entretenidos a los servicios de espionaje del faraón con múltiples ataques desde distintos lugares y con la utilización de las más variadas estrategias y señuelos. Su meta más inmediata consistió en obligar a Ptolomeo III a dotar a cada una de las expediciones terrestres que entraban en su territorio de la suficiente cobertura de seguridad mediante la utilización de importantes contingentes de tropas, con el coste adicional que ello suponía, además de la desatención en otros lugares donde también resultaba necesaria la presencia de esa fuerza armada, que no tuvo más remedio que emplear en labores de escolta; situación que cada día le exasperaba más, porque no entendía cómo aún no se había conseguido desenmascarar y ejecutar a los culpables.

Fue justo al cumplirse un año de la salida de Alejandría de la gran caravana del oro, cuando la noche de la víspera, alguien abandonó, muy cerca de una de las entradas al palacio del faraón, una cesta especialmente bien protegida en cuya tapa indicaba que se trataba de un regalo personal para Ptolomeo III por el mencionado aniversario. Cuando al alba fue descubierto por los guardianes el presente para el faraón, inmediatamente llamaron al jefe de la guardia, quien sin pensarlo descubrió su contenido. Como no podía ser de otra manera, la cabeza de Lagos estaba en su interior, perfectamente conservada. La importancia de la noticia obligó a despertar al capitán, y este hizo lo mismo con los consejeros, que no tuvieron más remedio que comunicar el macabro hallazgo a su destinatario. Efectivamente, la reacción del faraón, tal como predijo Antígono, fue extremadamente furiosa y violenta, pues lo primero que ordenó fue la ejecución inmediata de los guardias a quienes les depositaron la cesta sin que se

dieran cuenta, no sin antes estrellar contra las paredes cuantos objetos encontró a su paso. Después hizo llamar al capitán de la guardia para que observara atentamente la cabeza de su antecesor en el cargo.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó Ptolomeo III.

—No, mi señor —contestó temeroso.

—¡No estoy dispuesto a consentir que ningún enemigo pueda acercarse a las puertas de mi palacio para dejar mensajes parecidos! ¡Si no eres capaz de realizar tu cometido correctamente, acabarás como Lagos! ¿Te ha quedado claro?

—¡No volverá a suceder!

Fue una época muy convulsa para el faraón por el padecimiento de continuos e insoportables enfados que pronto trascendieron a la opinión pública. El motivo era que le costaba aceptar la inoperancia de sus servicios de espionaje, y aquello le dejaba con una sensación de inseguridad a la que no estaba acostumbrado, y evidentemente le exasperaba en grado máximo. Antígono, por su parte, no quería cesar con su lucrativa pero también peligrosa actividad; y ahora que era de dominio general los conocidos quebraderos de cabeza para el faraón, decidió que lo mejor para cumplir con sus objetivos era ampliar su campo de acción también en el mar. Al principio, y para no levantar sospechas, comenzó a simular con mucha cautela esporádicos naufragios, ya de por sí muy habituales en la zona, seguidos del correspondiente ataque y saqueo que siempre acababa con la muerte de todos los posibles testigos y posterior colocación de las mercancías en una perfecta acción combinada, en la que los hombres de Idrias actuaban como verdaderos peristas. Las primeras veces consiguió sus objetivos muy fácilmente mediante el camuflaje de piratas que se hacían pasar por simples pasajeros y comerciantes. Su misión, según el tamaño y la seguridad de que dispusieran las naves, consistía en hacerse con el control de las embarcaciones, o provocar mediante sabotaje una avería importante que las obligara a permanecer a la deriva el tiempo suficiente para que acudiera el resto de los efectivos a rematar el trabajo.

Sin embargo, en una de esas arriesgadas acciones tuvieron más resistencia de la esperada, y muchos cayeron bajo las espadas de mercenarios secretamente contratados por el armador para dotar de protección a su embarcación. Incluso Idrias estuvo a punto de perder la vida por las heridas que sufrió en aquella maldita incursión que, aunque se saldó con el exterminio de sus componentes, también supuso numerosas bajas entre sus filas que obligaron a cesar durante bastante tiempo las actividades. La experiencia sirvió a Antígono para recapacitar sobre la necesidad de encontrar otro sistema más sofisticado que diera una importante ventaja a los colaboradores de su guardaespaldas.

El tiempo que Idrias debió permanecer convaleciente de sus heridas, Antígono lo empleó para pensar en diferentes estrategias que le facilitaran la obtención de nuevos botines con el menor riesgo posible. Se dio cuenta de que las más valiosas mercancías comenzaban a viajar por mar a bordo de embarcaciones que resultaban bastante más fáciles de proteger, en contraposición con las largas caravanas que se veían obligadas a transitar a través de mil peligros, y siempre rodeadas de enemigos que permanecían al acecho por si se producía alguna oportunidad para hacerse con las riquezas que transportaban por el desierto.

Una noche, mientras observaba los destellos del faro de Alejandría desde su casa, urdió la posibilidad de construir un segundo faro en madera desmontable que podría confundir a los timoneles y llevarlos hacia un sitio donde la abundancia de rocas haría naufragar sus naves cuando estuvieran sus bodegas repletas de la preciada carga. El faro falso debería alcanzar una altura muy parecida a la del original, pero actuaría aleatoriamente en distintos lugares a lo largo de la costa, y en secreto, para desviar de su rumbo solamente a aquellos navíos que merecieran la pena, por la importancia de las riquezas que transportaran y también para evitar que pudieran descubrirlos las autoridades alejandrinas.

No tardó mucho tiempo en llevar a la práctica su idea. Para ello, comenzó a adquirir de forma masiva terrenos en las colinas más elevadas, en los que edificó verdaderos palacios, y también otras propiedades inmuebles más sencillas que modificó convenientemente para que sirvieran como casas de apoyo a la organización; todas situadas a orillas del mar Mediterráneo, y siempre por las cercanías de Alejandría. Ideó una manera de operar muy simple pero que resultaba tremendamente efectiva: cuando la extensa red de espías que Antígono mantenía en las colonias comerciales avisaba de la preparación en el puerto de salida de una embarcación que transportaría una valiosa carga con destino a Alejandría, se preparaba debidamente una de las mansiones para interceptarla.

Todas las construcciones mantenían casi una idéntica estructura, e incluso una ornamentación exterior muy parecida; casas cuadradas o rectangulares, según las condiciones del terreno, donde un gran patio central daba acceso a las distintas dependencias. Jugaba un papel principal la zona destinada a almacén, donde se guardaban variadas mercancías así como alimentos no perecederos, casi siempre destinados al consumo humano. La vivienda del encargado y las cuadras se consideraban secundarias y servían para dar servicio a la parte primordial del edificio, que únicamente era accesible a través de un enorme portón de madera gruesa que debía ser movido por varios animales de tiro. Una alta empalizada ocultaba el interior de la gran

casa, y solamente resultaba visible una especie de torre de vigilancia con las almenas abiertas al cielo que sobresalía por encima del conjunto, ya que utilizaba como base parte del tejado del mismo y estaba diseñada con unas características muy similares al famoso faro.

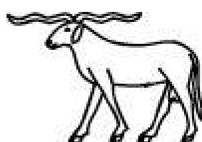
Aparentemente, todas las casas hubieran podido soportar una intensa inspección, pues nada de lo que se almacenaba levantaba la más mínima sospecha. Sin embargo, por la noche, cualquiera de ellas podía convertirse en un improvisado faro móvil con tan solo levantar unos pocos metros más la altura de la torreta, mediante el acoplamiento de varias planchas en madera que hábilmente se podían ensamblar en la parte más alta de lo que parecía ser una ingenua torre de vigilancia, que aparentemente no tenía ningún otro cometido que embellecer el edificio en cuestión.

Llegada la noche, y antes de que el timonel pudiera divisar el verdadero puerto de Alejandría, la casa que estuviera mejor situada en su trayectoria debía hacerse pasar por el majestuoso faro. Para ello, se iluminaba convenientemente la zona, así como también sus alrededores y se utilizaban juegos de espejos idénticos a los empleados por el faro. Seguidamente, se comenzaba a quemar leña suficiente como para confundir al piloto, a fin de atraer su atención, para que dirigiera la embarcación hacia lugares muy peligrosos para la navegación y así hacerla zozobrar cuando chocara contra los abundantes fondos rocosos. Para cuando el timonel se quería dar cuenta del engaño, resultaba demasiado tarde porque para entonces Idrias, que aguardaba por la zona pacientemente la llegada de la presa, debía aparecer con sus naves en una rápida maniobra que en principio sería interpretada por los náufragos como un rescate providencial del cielo. En cambio, sus intenciones eran muy distintas; mientras parte de sus hombres se encargaban de rematar a todos los supervivientes, otros accedían a las bodegas de carga para transbordar la mercancía. Una vez realizada la operación, resultaba fundamental quemar la embarcación siniestrada y retirar cualquier prueba de lo ocurrido para no dejar ningún rastro de su presencia. Para ello, remolcaban las naves hacia otro lugar y les prendían fuego. Luego, el viento y las mareas se encargaban de culminar el trabajo porque esparcían los pocos restos que aún quedaban del naufragio por el ancho mar, apareciendo al cabo de varios días en mil playas y acantilados diferentes diseminados a lo largo de los extensos litorales.

Muchos navíos fueron víctimas del insaciable apetito de venganza de Antígono, al igual que ocurrió con numerosas caravanas que transitaron por los oasis situados en paralelo a lo largo del gran Nilo, y que sufrieron permanentes emboscadas a pesar de contar con un incremento sustancial de guarniciones de defensa en sus distintos recorridos. La dificultad para los soldados egipcios radicaba en la

extensa superficie que debían proteger y que los asaltantes siempre encontraban un lugar donde podían sorprender a sus víctimas. Los hombres de Idrias, después de cada ataque, se encargaban de dejar pistas falsas sobre la identidad de los responsables de la autoría del asalto. El que existiera una vieja rivalidad entre sirios y egipcios, que frecuentemente solía terminar en confrontación abierta con declaración formal de guerra, o bien en numerosas escaramuzas sobre posiciones fronterizas, ayudó a desviar la atención de Ptolomeo III hacia sus eternos enemigos. Por eso dejaban adrede, esparcidos por el lugar donde se producían los asaltos, algunos enseres y pertenencias de otros ejércitos, fácilmente reconocibles para que los responsabilizaran de esas fechorías; tales como escudos, espadas, lanzas y partes de armaduras correspondientes a tropas sirias o de algunos de sus aliados temporales, según conviniera a los propósitos de Antígono.

Capítulo XXIV



Corría el año 222 a. C. y era bien conocido por toda la población egipcia que desde hacía tiempo el faraón había delegado muchas de sus obligaciones de Gobierno, porque estaba entretenido en otro tipo de actividades que le absorbían casi todo su tiempo disponible; buscaba incansablemente elevar su espíritu hasta el más alto valor que jamás hubiera alcanzado ningún ser humano; quería encontrar un punto de unión con lo divino. Por eso, aconsejado por sus sabios y sacerdotes decidió visitar los monumentos funerarios más importantes de Egipto: las tres pirámides de los antiguos faraones Keops, Kefrén y Mykerinos. Pensó que quizás sería posible adquirir una fuerza mental sobrenatural mediante la captación de la energía que le aseguraban iba a recibir en aquel lugar, el que mejor representaba el paso de lo material al mundo mágico de lo sobrenatural.

Como consecuencia de cualquier viaje que el faraón quisiera hacer, el movimiento inusual de servidores y soldados enseguida llamaba la atención del pueblo alejandrino, muy acostumbrado a este tipo de actividades de sus faraones. Por otro lado, y gracias a contactos que Idrias mantenía en puestos de palacio donde se escuchaban muchas cosas, enseguida supo que acompañado por un nutrido séquito y tropas de escolta, con su maestro Agátocles a la cabeza, emprendería en breve un recorrido hacia Guiza, en lo que pensó podría ser la aventura espiritual más importante de su vida. También se tuvo conocimiento de la búsqueda de los servicios de un buen conocedor de la zona del delta del Nilo. Para ese trabajo, se presentó voluntario Antígono de Samotracia, quien en esta ocasión se hizo pasar por Arístides, un explorador de origen macedonio que enseguida fue aceptado por el responsable de su reclutamiento ante su más que evidente demostración de amplios conocimientos. Mediante una extraordinaria transformación, se mostró como el más rudo de cuantos servidores pudiera tener el imperio en aquella zona. Sin embargo, y a pesar de su gran tosquedad al explicar las cosas, a su entrevistador le quedó muy claro que aquel hombre conocía a la perfección la zona por la que se interesaba el faraón. Medio andrajoso y de aspecto algo desaseado, Arístides recibió un adelanto para que se comprara ropas

más acordes con la dignidad del personaje para quien iba a trabajar durante las próximas semanas.

—Sé puntual; no hables a menos que te pregunten; nunca te dirijas al faraón, salvo que te haga una pregunta directa; no te emborraches, y sobre todo, cumple bien con tu trabajo —fueron las últimas recomendaciones de aquel eficaz sirviente.

Después de algunas jornadas de viaje, llegaron al atardecer hasta las bases de las pirámides, cuando el sol ya quería comenzar a esconderse tras las dunas del desierto. Todos quisieron presentir la existencia de una fuerza desconocida que los envolvía, sintieron que el destino les preparaba algo grande durante su estancia en aquel sitio irrepetible. Comenzaron con un paseo equino por los alrededores de las pirámides. La idea era galopar en grupo por las aún calientes arenas que se extendían hasta donde se perdía la vista, para intentar captar alguna señal que los ayudara a encontrar esa revelación indefinida que con tanto interés buscaba el faraón. Con el nerviosismo propio de los novatos, los participantes hicieron un reconocimiento preliminar del terreno mediante varias vueltas alrededor de las pirámides. La noche se presentaba propicia para aquella experiencia que se presumía inolvidable. El viento estaba totalmente en calma y una potente luz lunar permitía reconocer sin dificultades dónde estaban los compañeros y cuál era el recorrido más idóneo, atreviéndose alguno incluso con pequeñas carreras y piques, mientras una suave brisa nocturna rozaba como pañuelo de seda el rostro de los emocionados jinetes.

—¿Qué tienes pensado hacer ahora? —preguntó el faraón a Agátocles.

—El guía nos conducirá hasta la cima de la gran pirámide —contestó.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ptolomeo al guía.

—¡Arístides, señor!

—¿Eres griego?

—Soy macedonio.

—¿Es difícil la escalada?

—¡Conmigo, no!

—¡Comprendo!

—¿Con qué fin quieres ascender? —volvió a preguntar el faraón al sabio.

—El esfuerzo de escalar con las manos desnudas sus paredes y sentir en tu piel la energía que desprenden estas rocas te llevará a comprender que no valen nada por sí mismas, que carecen de vida propia, y sin embargo, el hecho de encontrarse en perfecta armonía les permite trasmitir una poderosa fuerza desconocida. Si consigues sentir y entender esto, esa será tu mayor recompensa; una experiencia única

que debe nacer de tu propio conocimiento personal y que podrás aplicar en lo sucesivo en cualquier ejercicio de raciocinio que desees —contestó Agátocles.

—¿Qué quieres decir?

—Que conocerse a uno mismo con total sinceridad y sin engaños interesados es posiblemente la asignatura más difícil de aprender en la escuela de la vida. Y que esta escalada nocturna puede que te ayude a entender a tu propio yo interno; ese con el que hablas en los momentos más difíciles; ese a quien pides ayuda en las decisiones arriesgadas y que en raras ocasiones te ofrece la respuesta que tú quieres. Además, por si al final del ejercicio no consigues sentir nada, te aseguro que desde el punto más alto gozarás de una de las visiones más completas que jamás rey alguno haya tenido.

—¿Qué visión?

—Desde lo más alto, verás cómo el Nilo se asemeja a los hombres en su forma de comportarse con la madre tierra. Cómo desciende con fuerza en su etapa joven y arrastra cuanto encuentra en su camino. Locura, fuerza, atropello, esparcimiento por doquier y vida, mucha vida. Luego, llegarán los momentos de apaciguamiento y sedimentación para dejar que repose lo abonado en la etapa anterior; simbolizará un periodo en el que será necesario hablar de equilibrio y madurez. Después, el río parece que se duerme y que está a punto de paralizarse, que necesita reposar porque parece que se siente cansado por el derroche de energías consumidas. Tan solo está en una etapa de recuento de lo realizado hasta ahora; será un momento de reconocimiento por una labor bien hecha donde lo mejor de cada uno saldrá a la luz para que sean los demás quienes lo admiren o lo critiquen, según los casos. Al final de su largo recorrido, tendrá que estar preparado para recoger los frutos de las tierras abonadas; irá muy despacio porque llevará mucho peso en su cauce. Pero no le importará, ya que será el esperado acontecimiento mágico donde el delta de su desembocadura se mostrará de un tono verde llamativo para desplegar hacia el cielo sus más intensos colores de fertilidad; será su despedida de la tierra y cuando se mezcle con las aguas de los mares para desaparecer mientras forma parte de otros mundos desconocidos. Será una alegoría que si sabes utilizarla pagará con creces el sacrificio; el mayor tesoro que nadie habrá recibido jamás; algo intangible que no se puede medir ni contar. Pero que sin embargo, siempre irá contigo donde quiera que vayas y que nadie podrá arrebatarte.

—¡Arístides! ¡Guíanos hacia la cima! —ordenó nerviosamente el faraón, motivado por aquellas palabras del sabio maestro.

El guía obedeció de inmediato, y en breves instantes iniciaron el ascenso del monumento funerario mediante una especie de escalada

libre por la cara norte, con la ayuda de pies y manos, ya que le pareció que ese lado estaba mejor iluminado por la luna, que jugaba caprichosamente con una infinidad de estrellas que se mostraban más luminosas que de costumbre; seguramente, porque allí en el desierto querían lucir con mayor intensidad para servir de improvisados faros celestiales a los desamparados camelleros.

La falta de luz dificultaba la precisión de los movimientos y se hizo necesario prestar la máxima atención para evitar riesgos. Después de un intenso esfuerzo de casi dos horas, todos los bloques estaban rebasados, a excepción del último, que correspondía al vértice del impresionante cuerpo geométrico. Desde lo alto de aquella soberbia atalaya, pudieron apreciar la belleza de un mar de arena tan solo quebrado por la opaca oscuridad o por las figuras apenas apreciables de erguidas montañas, que marcaban los límites más lejanos de su extensión hasta donde podía llegar la agudeza visual de los mejor dotados. Las antorchas que iluminaban las ahora lejanas tiendas reales apenas podían ser divisadas; parecían tenues astillas que en la lejanía les hacían guiños intermitentes. De entre ellos, solamente el guía parecía tranquilo.

Las pequeñas aldeas esparcidas a lo largo del cauce del río, y algo más salpicadas en el delta de su desembocadura, mostraban una actividad insospechada para lo avanzado de la madrugada. Por su extremo opuesto, se podía divisar hasta donde la vista era capaz de abarcar, lo que perecía una gran extensión de terreno plano tan solo interrumpida por el relieve quebrado de dunas, apenas reconocibles, y un tenue escenario salpicado de pequeñas luces aisladas que quizás marcaban el lugar de descanso de algún pastor nómada de la zona, o tal vez, insignificantes grupos de pequeñas jaimas que seguramente cobijaban a quienes esperaban al amanecer para continuar con sus desplazamientos a través de las arenas del desierto.

Sin saber por qué, el faraón no se encontraba a gusto; intentó con todas sus fuerzas seguir las recomendaciones de Agátocles, pero a pesar de todo, tenía una desagradable impresión de desprotección, como si presintiera que en cualquier momento se iba a producir una emboscada que bien podría terminar en una situación peligrosa para su propia vida. Desde que comenzaron el ascenso, tuvo la sensación de que algo parecido a una sombra con figura humana los vigilaba a una distancia prudencial. No pudo ser ningún rezagado, pues contó repetidamente a todos los componentes, y ninguno faltó en los sucesivos recuentos a los que fueron sometidos discretamente sus acompañantes. A pesar de sus oscuros pensamientos, no quiso hacer el más mínimo comentario al resto del grupo para que no apreciaran sus temores, pero notó que a todos les pasaba algo parecido.

En un esfuerzo por sobreponerse, el faraón permaneció

ensimismado entre pensamientos y reflexiones durante varias horas; después, cuando ya no pudo aguantar más, ordenó que comenzaran a levantarse de sus posiciones, y sin hacer comentario alguno, se inició un rápido pero peligroso descenso, no exento de algún susto sin mayores contrariedades. En mucho menos tiempo que el invertido para subir, todavía de noche, se encontraron al pie de la base de la gran pirámide, desde donde se dirigieron hacia el campamento para reponer fuerzas y sosegar las experiencias vividas aquella noche. Cenaron algo somero, y rápidamente quisieron retirarse para meditar sobre las percepciones recibidas en la experiencia que acababan de realizar. Cuando se dispusieron a entrar en sus respectivas tiendas, por una observación de Ptolomeo III se quedaron paralizados para contemplar un tímido pero precioso amanecer donde las sombras comenzaron a dejar paso precipitadamente a un juego de luces que, poco a poco, se impusieron ante una tenue oscuridad que desaparecía conforme los primeros rayos solares jugaban con las siluetas de las pirámides. La batalla nuevamente la acababa de ganar la luz, y una neblina gris dio paso a una incipiente claridad que en pocos minutos acaparó toda la atención de los visitantes, quienes después de disfrutar con esos intensos, aunque breves efectos de la belleza en su estado más puro, se dirigieron apresuradamente hacia sus acomodos, para lo que debería ser una profunda reflexión en la intimidad sobre el tesoro que cada uno se había bajado de la cima de la gran pirámide. Pero en realidad para el faraón todo resultó un fiasco, pues de las sensaciones prometidas por Agátocles no percibió ninguna; a lo sumo, se limitó a seguir sus recomendaciones, que enseguida reconoció como las percepciones de otro y no las suyas propias, ya que en ningún momento se le revelaron como hubiera sido deseable. Pero debía seguir el juego, y no quiso aparecer frente a los demás como alguien carente de esa sensibilidad especial de la que hacía gala.

Pronto, todos los participantes quedaron profundamente dormidos, al igual que sucedió con sus sirvientes y casi todos los soldados que los acompañaban, a excepción de un pequeño número que se encargó de realizar las obligadas guardias. Todo parecía estar en calma; sin embargo, a las pocas horas fueron alarmados por las voces del faraón.

—¿Qué te ocurre, señor? —preguntó el sirviente que acudió primero a sus requerimientos.

—¡Que venga Arístides!

—¿Quién, señor?

—¡El guía, que venga el guía!

—No está —contestó su maestro Agátocles, que acababa de entrar en la tienda.

—¡Cómo que no está! ¡Quiero que se presente ante mí ahora mismo!

—Señor, tú mismo le diste licencia antes de retirarte a descansar.

¿No lo recuerdas?

—¡Es verdad! ¡Lo recuerdo!

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Esta noche ha venido a matarme!

—Señor, eso no es posible.

—¿Por qué?

—Porque se fue ayer después de cenar.

—¡No es posible, yo le he visto esta noche!

—Ha debido de ser una pesadilla.

—¡Un mal sueño!

—¿Quieres contármelo?

—Se acercó a mi lecho con una daga en la mano que me era muy familiar, presionó con ella mi garganta mientras me decía cosas muy raras.

—¿Qué te decía, señor?

—Que aunque ahora no me mataba, tampoco me perdonaba la vida; que diera las gracias a Ptolomeo porque aún me quería vivo para disfrutar con mi próximo sufrimiento. Era todo tan real. ¿Qué opinión te merece todo esto, Agátocles?

—Evidentemente ha sido una pesadilla. Nadie osa amenazar al faraón en su tienda; además, si alguien se atreve a tanta insolencia y es capaz de jugarse la cabeza por ello, lo lógico es que termine la misión, y sin embargo, tú aún sigues vivo. Por tanto, y por una simple deducción, todo ha sido fruto de un mal sueño.

—¡Sí! ¡Bien! ¿Pero, qué interpretación otorgas a mi sueño?

—Ese Ptolomeo eres tú mismo. Por tanto, solo tú puedes perdonarte la vida, porque no hay nadie por encima de ti. En cuanto a eso del sufrimiento, quiere decir que tu máxima preocupación es encontrar una solución a los problemas del imperio. Sin embargo, tu subconsciente también te reconoce como el único capaz de solventarlos adecuadamente, y que incluso serías capaz de dejarte la vida en el empeño. De ahí que si uno muere el otro irá detrás, porque sois la misma persona.

—¿Pero eso de que Arístides viniera a matarme?

—El guía tuvo un papel fundamental en la experiencia de ayer, y así se lo ha reconocido tu espíritu. Le estás agradecido por ser en parte el artífice de las agradables sensaciones que percibiste y le consideras como alguien capaz de transportarte a un estado superior. El sueño lo único que refleja son tus propias inquietudes por contentar a tus súbditos. Es tu compromiso vital por conseguir la mayor grandeza para tu imperio.

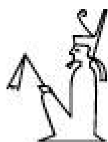
—Fue todo tan real.

—Descansa, señor. Esta noche hemos sentido muchas emociones fuertes y eso es lo que te ha provocado esta inquietud. Me quedaré

contigo hasta que caigas en los brazos de Morfeo.

El faraón quedó complacido con las explicaciones de Agátocles, se serenó y volvió a recostarse sobre su catre para quedar profundamente dormido con la tranquilidad del que sabe que alguien de confianza vela su descanso.

Capítulo XXV



Antígono acudió a un lugar previamente convenido con su fiel guardaespaldas Idrias, para que ambos emprendieran lo antes posible el camino de regreso a Alejandría. Durante el trayecto de vuelta, le relató lo ocurrido en el campamento real que fue levantado al pie de las pirámides, muy cerca de las bases, para servir de acomodo a la comitiva real.

—Cuando regresamos de la cima de la pirámide más grande todo estaba preparado para que saciáramos el hambre. El faraón pasó muy mal rato durante el ascenso, y también le noté preocupado en el tiempo que estuvimos en el punto más alto. Sin embargo, lo pudo soportar mediante concentración. Cuando descendimos, se sintió muy seguro en aquel lugar y permitió que casi todo el mundo se fuera a descansar de aquel ajetreado día. Luego, en un momento de distracción de los pocos vigilantes que quedaron en pie encargados de la seguridad, me introduje en su tienda y le di a oler unos pétalos que llevaba guardados.

—¿Y qué paso?

—Enseguida entró en una especie de trance que le mantuvo como en una pesadilla en la que parecía enterarse de todo lo que ocurría a su alrededor. Me miraba con los ojos abiertos, pero no hacía absolutamente nada. Después, le puse mi puñal en su garganta; levemente, le hice un pequeñísimo corte, apenas imperceptible, pero suficiente para que la toxina que llevaba impregnada en la afilada hoja se mezclara con su sangre.

—¿Y él cómo reaccionó?

—No se dio apenas cuenta, pero era obvio por los gestos de su cara que tenía mucho miedo; quiso gritar, pero parecía no tener fuerza para nada. Una vez terminada la misión me marché del lugar y me dirigí hacia aquí. Ya no sé más de cómo acabó el asunto. Supongo que bien, pues nadie me ha molestado en el camino de vuelta.

—¿Qué ocurrirá a partir de ahora?

—Aunque el faraón nunca lo reconocerá, estoy seguro de que jamás olvidará eso que considera un sueño. Le conozco muy bien, es altivo y no le gusta que los demás conozcan sus debilidades porque se siente

divinidad, al igual que el resto de su familia; pero es miedoso con todo lo relacionado con el esoterismo. Cada noche, sus temores adoptarán la imagen del explorador Arístides para aparecérsele entre velados sueños que acudirán a visitarle para colocarle una daga en el cuello. Sin embargo, lo que el faraón no sabe es que la toxina que le he suministrado es una potente combinación de distintos venenos de serpientes que un alquimista preparó por encargo, y cuyos efectos pronto comenzará a notar —le dijo Antígono.

—Si yo hubiera estado en tu lugar, seguramente me hubiera gustado más rebanarle el pescuezo —señaló Idrias.

—Es mejor que sufra en vida, no merece una muerte tan digna y rápida. En breve comenzará a sentirse levemente indispuesto; pero poco a poco, el veneno se hará más fuerte en el interior de su cuerpo hasta que termine por comerle por dentro. Cuando sus médicos quieran reaccionar será demasiado tarde para salvarle; al final tendrá una agonía larga y dolorosa. Pero lo peor para él es que sabrá quién le ha ejecutado.

—No entiendo muy bien lo que quieres hacer.

—Cuando el faraón haya olvidado este percance y comience a encontrarse físicamente mal, le enviaré este puñal. —Le mostró el arma—. Es el mismo que esta noche ha sentido sobre su cuello, y que estoy seguro reconocerá cuando lo vea más de cerca.

—¿De qué daga se trata?

—Es una que cuando apenas era un joven adolescente le gustó porque la llevaba un primo suyo que desapareció hace muchos años. Cuando la tenga entre sus manos, recordará, y eso le preocupará.

—¿Seguiremos con los ataques?

—¡Por supuesto! Hasta que muera seguiremos con los robos. Voy a potenciar la actividad de la necrópolis. Hasta ahora, hemos utilizado sus galerías como pasillos para desviar la mercancía, pero ahora comenzaremos a utilizarla también como almacén. Además, usaremos los accesos para introducir las ganancias de nuestros asaltos en el corazón de la ciudad.

Para entonces, su socio de Alejandría quiso quedar por voluntad propia relegado a un segundo plano y apenas intervino en operaciones importantes, circunstancia que enseguida aceptó de buen agrado el vivo comerciante. Aunque la relación entre ambos siempre fue buena, en el fondo de su corazón, Dionisos presentía que algo malo les había ocurrido a sus antiguos socios alejandrinos, pues a pesar de los muchos mensajeros que envió a los lugares en que debían estar establecidos, ninguno fue capaz de localizarlos. Parecía que la tierra se los había tragado, cuando en realidad fue el mar quien los engulló para siempre. De vez en cuando, le preguntaba a Antígono si había recibido noticias de ellos, y aunque este siempre le contestaba con

cortesía y pareciendo preocupado porque también él desconocía dónde se encontraban, Dionisos notaba que la sombra de la sospecha por sus desapariciones se cernía sobre la cabeza de Antígono. Con el tiempo le tuvo miedo; comenzó a informarle solo de aquello que le solicitaba, y aprendió sobre todo a callar; a no preguntar más de lo debido y a contentarse con las migajas que su asociado quisiera entregarle en pago de sus servicios. Antígono, desde el principio, le quiso mantener a su lado pues pensó que en caso de necesidad le podría servir como escudo, aunque por aquellas fechas ya dudaba de su utilidad para la causa, debido principalmente a su conformismo; y por tanto, a una evidente falta de ambición para continuar con el incremento de operaciones cada vez más beneficiosas. En realidad, Dionisos estaba cansado del riesgo que se corría innecesariamente porque consideraba que ya había ganado lo suficiente como para poder retirarse, y que era mejor no tentar a la suerte con nuevas incursiones cada vez más peligrosas y arriesgadas. Para Dionisos, ambos se habían distanciado notablemente de los objetivos que compartieron en el inicio de sus relaciones comerciales, y sabía que tarde o temprano tendrían que separarse, pero por temor jamás se atrevió a proponerle semejante iniciativa a su socio.

Cuando Antígono tuvo que colocarle tras de sí a un hombre de Idrias para que vigilara sus movimientos, pues comenzó a notarle más temeroso que de costumbre, comprendió que con su presencia entre sus filas lo único que podría ocurrir es que en cualquier momento perdiera los nervios, y en un ataque de sinceridad o de arrepentimiento le delatara ante las autoridades alejandrinas. Convencido de que había llegado el momento de librarse del único testigo que sería capaz de relacionarle con los asaltos a los envíos de mercancías del faraón, rápidamente determinó que la mejor solución para asegurar la continuidad de la opacidad de sus acciones consistía en encomendar a Idrias que acabara cuanto antes con el sufrimiento de su pusilánime socio, y asimismo, con la perenne preocupación que le embargaba cada día con más intensidad.

No hizo falta que esperara mucho tiempo el infalible ejecutor para que se le presentara una buena oportunidad de dar cumplimiento a los deseos de Antígono. Ocurrió una noche cuando Dionisos descansaba con toda su familia en su casa. Al mismo tiempo, se iban a producir unas incineraciones masivas como consecuencia de un nuevo brote localizado en Alejandría de la plaga de la peste; una enfermedad mortal que se llevó por delante a muchos ciudadanos, entre los que se encontraban todos los componentes de varias familias alejandrinas de buena posición social. La enfermedad se propagó como consecuencia de la llegada al puerto de una nave con mercancía contaminada procedente de alguna colonia griega situada en la isla de Creta. Los

primeros en contagiarse fueron los sirvientes que la manipularon, los mercaderes y sus familias. Las ratas y las pulgas que habitualmente convivían por doquier con las grandes poblaciones, pronto se encargaron de extender sus efectos devastadores por todos los rincones de la ciudad. Alejandría tenía mucha experiencia en este tipo de contagios, pues en anteriores ocasiones sufrió sus terribles consecuencias, pero también aprendió a combatirlos con las armas más eficaces a su alcance.

Todavía se recordaban las últimas plagas que abarcaron la totalidad del norte de África, esparcidas a través de los movimientos militares por las distintas confrontaciones bélicas. En Egipto, fueron precisas durísimas intervenciones en el valle y delta del Nilo, así como en la propia capital del imperio, porque las caravanas hicieron de medio trasmisor de la enfermedad. Hubo muchos movimientos migratorios de una población que se convirtió en refugiados que nadie quiso atender, dado el carácter tan contagioso de la enfermedad. El agua quedó contaminada y enseguida murió el ganado, lo que favoreció el desarrollo de la peste. Sin embargo, los únicos que no contrajeron la enfermedad fueron la tribus de beduinos nómadas, y como no podía ser de otra manera, tampoco los thamudíes de Darak El Harti, que siempre permanecieron atentos a cualquier signo de debilidad de las tropas egipcias de protección para llevar a cabo masivamente sus ataques, que cada vez eran más frecuentes, para de seguido desaparecer entre las arenas del desierto.

Aquella noche, casi nadie quiso ayudar a transportar los cuerpos de los fallecidos hasta los crematorios, momento de indecisión que aprovechó Idrias para introducir a varios de sus hombres con el fin de que controlaran esos quehaceres tan poco recomendables. Por varias monedas pactaron con algunos mendigos para que se encargaran del trabajo más peligroso; luego, ellos mismos prendieron las antorchas y azuzaron el fuego purificador para eliminar cualquier vestigio de la identidad de quienes fueron depositados en las grandes piras. Entraron por sorpresa en la casa de Dionisos y en cuestión de pocos minutos acabaron con las vidas de quienes allí encontraron. La tarea se completó con un minucioso recuento de los asesinados para cerciorarse de que no faltaba ninguno; Antígono no quería dejar cabos sueltos, y reiteró en varias ocasiones la importancia de que murieran todos los componentes de la familia al completo. Quizás recordó lo que en tiempos pretéritos, cuando era joven, le ocurrió a él mismo. Después, simplemente se limitaron a amortajarlos, para evitar posibles reconocimientos, y a añadir sus cadáveres a los que se iban a incinerar en poco tiempo. Por miedo a contraer la terrible enfermedad, ningún funcionario se acercó para realizar comprobación alguna, y enseguida se certificaron las acciones llevadas a cabo y se relacionaron

oficialmente las identidades de los fallecidos, sin entretenerse ni tan siquiera a realizar un breve recuento para corroborar que el número de fallecidos de las familias coincidía con el de los incinerados.

Días después, se dio a conocer la triste noticia de la muerte de la familia de Dionisos al completo, víctima de la temida y letal plaga. Los intermediarios que habitualmente utilizaba para contratar sus transacciones comerciales acudieron a la subasta de los bienes de Dionisos, y no les resultó complicado pujar a la baja por su patrimonio, ya que nadie quiso adquirir propiedades que pudieran haber estado expuestas al contagio de una enfermedad tan mortífera. El resultado final fue que Antígono, a precio de saldo, adquirió todas las riquezas de su antiguo socio que rápidamente fueron incorporadas a la línea de trabajo clandestina de su organización; además, eliminó un riesgo que a su entender le podría haber trastocado bastante sus planes.

A partir de este momento, y siempre bajo un estricto control, las galerías de la necrópolis multiplicaron su actividad, y las salas secretas guardaron infinidad de objetos de alto valor a la espera de ser recolocados en otros mercados. Para mantener una estrecha supervisión del movimiento de las distintas mercancías, Antígono se hizo construir un pasadizo secreto desde los cimientos de su casa hasta una de las grandes salas más próxima. Fue en ella donde decidió acumular las mejores obras de arte, aquellas que él mismo seleccionó porque en su opinión no debían venderse jamás. Poco a poco, aquella sección de las catacumbas comenzó a transformarse en una especie de museo particular al que acudía casi todas las tardes para disfrutar en privado de su contenido durante largas horas. Aunque siempre renegó de sus orígenes, y nunca quiso admitirlo, lo cierto era que la vena artística de la dinastía de los Ptolomeos también le corría por sus venas. Al principio fueron simples visitas esporádicas, que conforme se acumularon las maravillosas obras sobre las que recrearse, aumentaron en el número y también se alargaron en el tiempo de permanencia en el interior de la sala. Después, el gusto por contemplarlas se convirtió en obsesión, en un deseo incontrolado de permanecer rodeado de aquella impresionante selección de joyas artísticas que simbolizaban el fruto de su venganza y el reconocimiento de su éxito personal; unos logros que cuanto más los observaba, más le incitaban a conseguir mejores y más valiosas capturas. A pesar de reconocer su valor, todo lo que veía a su alrededor le parecía poco. Hasta tal punto se sintió comprometido con sus planes, que pasaba más ratos en su museo subterráneo que en su propia casa; más tiempo entre sus colecciones que en el exterior. Su carácter ya de por sí solitario y huraño, pasó a otra escala en la que destacó sobre cualquier otra consideración el desprecio por el ser

humano en general, y por la saga de los Ptolomeos en particular, su única y verdadera familia, aunque renegara continuamente de ella.

Pese a la cautela en la utilización de los faros móviles a lo largo del litoral alejandrino, pues solamente se hacían operativos de noche y para desviar de su ruta a los timoneles de los barcos que interesaban por las mercancías que transportaban, los hombres de Idrias no pudieron evitar que algunos pescadores afirmaran haber visto dos faros en lugar de uno. Cuando los testigos fueron muchos, los consejeros de Ptolomeo III se interesaron por esas informaciones y comenzaron a investigar el extraño asunto.

Coincidió por aquellas fechas que uno de los hombres de Idrias, como consecuencia del consumo exagerado de vino, cometió la imprudencia de comentar en público que debía irse a descansar, pues se esperaba para dentro de algunas noches la llegada de una embarcación procedente de la ciudad de Pérgamo que venía repleta de valiosos productos, y tenía que estar preparado para recibirla. En una de las mesas cercanas, alguien le escuchó y le extrañó que aquel individuo, dada su baja condición, hablara de esa manera tan prepotente. En otra situación, es posible que lo hubiera achacado al efecto del alcohol y de ahí no habría pasado, pero en este caso la información era correcta, y además, considerada como secreta para evitar un asalto, precisamente por el gran interés que Ptolomeo III tenía por el contenido del envío. Aunque sus acompañantes le taparon la boca para que no continuara por ese camino, y creyeron cerciorarse de que nadie le había escuchado, el error ya estaba cometido y no pudieron evitar que otro de los clientes, un espía al servicio de los asesores del faraón, diera el correspondiente aviso. Rápidamente se cursaron las órdenes oportunas, y salieron emisarios al encuentro de la nave, que tenía la obligación de realizar una navegación costera y de atracar en todos los puertos importantes a la espera de recibir los partes informativos hasta llegar a su destino. El capitán de la embarcación ya sabía de antemano que si no quería sufrir un ataque debía arribar al puerto de Alejandría con luz natural. Pero en este caso, le ordenaron entrar de noche, previo embarco de expertos soldados de elite que sustituyeron a la tripulación.

Los vigías de Idrias, esparcidos a lo largo del litoral egipcio, no apreciaron ningún movimiento sospechoso con relación a las maniobras habituales que realizaba el barco. Interpretaron que su responsable era extremadamente cauteloso, porque estaba claro que no quería navegar a oscuras por aquellas aguas, quizás porque no conocía ni la configuración de esa costa ni su calado. Comoquiera que fuere, la realidad era que avanzaba muy poco a poco, y pese a que al principio propició las mofas de los futuros asaltantes, con el paso de los días las risas se tornaron en desesperación, como consecuencia de

la tensa espera a la que voluntariamente los tenía sometidos sin ninguna explicación ni motivo aparente.

Cuando lo tuvieron en la zona de influencia donde tenían previsto el ataque, aún atardecía y el sol no acababa de ponerse en el horizonte. Por unos extraños movimientos semicirculares, temieron que volviera hacia atrás en busca del último puerto seguro para pasar la noche. Posiblemente fueron los nervios por entrar cuanto antes en combate y deshacerse de aquel capitán tan pesado, lo que hizo que una de las tres naves de Idrias, que fondeadas esperaban pacientemente desde hacía muchos días la llegada del barco comercial, comenzara sus maniobras de ataque antes de tiempo, sin dejar siquiera a que el faro se prendiera. Se acercó demasiado a su presa y las otras dos no tuvieron más remedio que seguir su estela para ayudarle. Estaba claro que aquello no iba a ser un engaño porque acababan de perder el factor sorpresa; sería una batalla naval en la que cuatro naves, tres piratas y una comercial, se verían implicadas, si bien en clara desventaja para la embarcación que viajaba en solitario en una proporción de tres a uno, y con una preparación para el combate a todas luces muy inferior a la de los mercenarios. Esa circunstancia también les dio mucha confianza a las naves asaltantes, que no tardaron en colocarse a menos de treinta metros de distancia de ambos costados para iniciar el abordaje. Precisamente, en ese crítico momento, de la cubierta de la nave comercial asomaron de imprevisto incontables arqueros que con sus flechas terminaron por oscurecer la poca claridad que aún le quedaba a ese día para terminar. Las bajas entre los hombres de Idrias se produjeron de inmediato, y se repitieron de manera mortal por cada andanada que recibieron en cuestión de minutos. Su jefe de filas enseguida comprendió el engaño, y pese a que contestó con su habitual destreza, su respuesta no resultó suficiente para compensar la efectividad enemiga.

Ante lo que parecía una derrota total, procedió a actuar de la forma que mejor consideró para salvar aquella situación que empezaba a ensombrecerse con tintes dramáticos. Disparó flechas incendiarias contra las velas de la embarcación que creía transportaba ricas mercancías, con el fin de dejarla inmovilizada. Aquella acción sirvió para dividir a las fuerzas enemigas, pues la mitad de los soldados debieron sacar los remos al agua y actuar como simples remeros. Pero a pesar de ello, la otra mitad acabó con la resistencia de una primera nave, la que más se acercó, que no tuvo ninguna posibilidad de respuesta. Idrias, que gustaba de dirigir siempre los ataques, bien fueran por tierra o por mar, sabía de la necesidad de no caer prisionero del faraón, pues sus verdugos tenían métodos de tortura suficientemente expeditivos para hacer hablar al más fuerte. Por eso, y para no dejar sobrevivientes entre sus propios compañeros, ordenó

quemar la nave abatida y procedió a empujarla con toda la fuerza que le proporcionaron sus remeros para que chocara contra la falsa embarcación comercial.

Mientras el combate se produjo en la distancia, los soldados tuvieron las de ganar porque los piratas tenían menos protección y eran abatidos con mucha facilidad. En cambio, en la distancia corta, los soldados maniobraban más lentamente por culpa de sus pesadas armaduras, y cuando caían al agua morían ahogados sin remisión por su excesivo peso. En muy poco tiempo, las embarcaciones implicadas llegaron a chocar entre sí, y el fuego se propagó por los costados de las cuatro naves implicadas, mientras que sobre sus cubiertas se entablaron combates a muerte, ya con las fuerzas muy igualadas y únicamente interesadas en conseguir la supervivencia.

El último combate se produjo entre Idrias y el responsable de las fuerzas egipcias; los dos últimos que quedaron en pie sobre una balsa que les sirvió de plataforma improvisada. Las llamas que los rodeaban les sirvieron de iluminación para proseguir con lo que se acababa de convertir en una particular confrontación para resolver quién sería el vencedor de aquella sangrienta emboscada. Ambos presentaban múltiples heridas y quemaduras, y sus brazos ya no les respondían, por la acumulación de cansancio y el elevado número de golpes que efectuaron con sus respectivas armas. La agilidad y destreza estaban de parte de Idrias, pero la fuerza se inclinaba a favor del egipcio. Era un combate muy igualado, que no parecía resultar fácil para ninguno de los dos contrincantes. Mientras el egipcio mantenía en posesión su espada, su oponente solamente tenía un gran cuchillo, que a duras penas servía para frenar sus acometidas y casi no hacía mella en su armadura. Tenía que encontrar con urgencia un punto vulnerable, o posiblemente en breve caería bajo el empuje de su enemigo. Se cruzaron repetidas veces sus armas, se amagaron mutuamente para intentar en vano sorprenderse, esquivaron descargas mortales, e incluso se golpearon con los puños de las manos que les quedaban libres. Pero a pesar de todo, no conseguían reducir al contrario en sus incansables esfuerzos por terminar cuanto antes. Las heridas que ambos se infligieron durante aquellos interminables instantes hubieran acabado con la resistencia de los más fuertes; sin embargo, ninguno quería darse por vencido. No fue hasta en uno de los lances que ambos quedaron abrazados; Idrias consiguió bloquear con su antebrazo izquierdo el ataque contrario, y a la vez, marcó con la punta de su cuchillo la cara interna del muslo de la pierna izquierda de su oponente. No lo pensó dos veces; en fracción de segundo clavó con fuerza la daga y removió la hoja para que la zona de corte quedara en posición apuntando al cielo, después tiró con todas sus fuerzas desde abajo hacia arriba, hasta que llegó a la zona de la ingle de su enemigo.

El egipcio, en cuanto notó el primer pinchazo supo que para él todo había terminado; quedó paralizado un instante que aprovechó Idrias para cortarle la vena femoral, lo que le produjo una hemorragia definitiva. Antes de que muriera, le miró fijamente, y de seguido le empujó para que desapareciera entre las oscuras aguas. Cuando todo terminó, ya era noche cerrada y el resplandor de las llamas se veía a mucha distancia; los dos bandos habían dejado bajas por doquier. Después de los durísimos enfrentamientos, el fuego terminó por consumir los últimos reductos de madera y devolvió a la mar nuevamente su acostumbrada oscuridad; únicamente penumbra y silencio.

Cuando la noticia llegó a Alejandría era muy temprano, aunque ya había amanecido; enseguida se ordenó la salida de un destacamento de caballería ligera, que se acercó hasta el lugar de la confrontación para intentar auxiliar a sus compañeros heridos sobrevivientes y apresar a los piratas que aún quedaran con vida. Sin embargo, no encontraron a ningún soldado; todos debían de estar en el fondo del mar. En cuanto a la suerte que corrieron los piratas, recuperaron los cuerpos de algunos de ellos pero estaban completamente calcinados e irreconocibles. En lo referente a las cuatro embarcaciones, sus escasos restos quedaron esparcidos en pequeños trozos por un área muy grande, o entremezclados como un amasijo deforme. La única conclusión posible después de un intenso reconocimiento por la zona fue la aceptación de la desaparición de la totalidad de los soldados, así como la falta de testigos, pruebas y prisioneros.

Sin embargo, no fue exactamente así como se produjo el final de la encarnizada lucha. Idrias, ayudado por su balsa, permaneció muchas horas a la deriva hasta que llegó, todavía de noche, a duras penas hasta un punto de la costa. Cuando consiguió pisar tierra firme apenas era capaz de valerse por sí mismo, porque sus heridas presentaban un aspecto muy preocupante; y a juzgar por su tamaño, le habían producido una gran pérdida de sangre. Además, estaban agravadas por extensas quemaduras que abarcaban casi la mitad de su cuerpo. A pesar de sus penosas condiciones físicas, todavía pudo sacar fuerzas de flaqueza para buscar refugio en una de las mansiones propiedad de la organización de Antígono, que con cierta frecuencia era utilizada como almacén de mercancías. Afortunadamente, el mismo fuego había cauterizado sus heridas, y no dejó ningún rastro de sangre que pudieran seguir los exploradores del faraón a la mañana siguiente. No obstante, después del titánico esfuerzo por llegar se encontró tan debilitado que presintió que su final estaba muy próximo, por lo que ordenó a uno de los servidores de la casa que corriera en busca de su amo, Antígono de Samotracia, porque tenía que darle una información de vital importancia. Mientras tanto, quedó tumbado en un camastro

provisional que habilitaron en una estancia de la casa a la que se accedía a través de un falso muro. Con permanentes movimientos espasmódicos, cada vez más agudos según avanzaba la infección, aguardó durante dos días completos a que se presentara junto a su lecho.

—¡Esta vez, me muero! —le dijo cuando le tuvo delante.

—He venido en cuanto me he enterado.

—¡Ha sido una trampa! ¡Nos esperaban con muchos soldados a bordo de su nave!

—¡Quieren cazarnos como a alimañas!

—Debes tener mucho más cuidado de ahora en adelante.

—¡Lo sé! ¡Esta vez han estado demasiado cerca!

—Creo que ya de poco te voy a servir.

—¡No digas eso! ¡Verás como sanas en un par de días!

—¡No me engañes! ¡Los dos sabemos que esto se acaba!

—¡Eres muy fuerte, siempre te curas de tus heridas!

—¡Esta vez no! He vivido como he querido, no me arrepiento de nada.

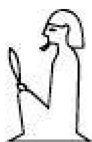
No tuvo fuerzas para pronunciar más palabras; rápidamente perdió el conocimiento y en pocas horas expiró cogido fuertemente de la mano de Antígono. Después de las comprobaciones de rigor, no tuvo más remedio que aceptar lo inevitable; lo único que pudo hacer fue transportar en un carromato su cadáver para enterrarlo en un lugar seguro en el interior de la necrópolis que tan bien conocía. Desde que comenzaron juntos su andadura en Alejandría, tuvo la suficiente previsión para reservarle un sitio especial, por si le llegaba a ocurrir la desgraciada situación en la que ahora se encontraba. Siempre entendió que el elevado grado de peligrosidad de la actividad de Idrias, unida a lo atípico de los escenarios donde se movía habitualmente, hacía de él un seguro candidato para obtener una muerte más bien cercana, y seguramente violenta. Por eso, en aplicación práctica de su innegable lógica, concluyó que lo más lógico sería presuponer que caería pronto, y así fue como se cumplieron sus peores presagios.

En su entierro no hubo ofrendas de ningún tipo, ni sacrificio alguno, tan solo unas pocas palabras que pronunció Antígono en soledad, frente al cuerpo de su mejor guardaespaldas; un óbolo que depositó sobre la cuenca de cada ojo, más otro bajo la lengua que reafirmaba los anteriores, para que su alma fuera tratada bien por el barquero que debía llevarle hasta el mundo de los muertos, y una fosa escondida en un lugar recóndito de la necrópolis cuya ubicación exacta solo era conocida por el propio Antígono.

Por su parte, las autoridades alejandrinas quisieron festejar su importante hazaña, por lo que ofrecieron una fiesta popular en la que aprovecharon para dar a conocer públicamente su enorme satisfacción

por la aniquilación total de los piratas; aquellos que sin ninguna duda eran los únicos responsables del incremento del número de asaltos en la zona, y que durante tanto tiempo habían asolado sus costas y atemorizado a los comerciantes en sus largos recorridos por el desierto. Simultáneamente, los sacerdotes también realizaron ofrendas a los dioses por la difícil victoria conseguida, y el propio faraón prometió que la recuperación de la seguridad estaba garantizada gracias a las múltiples acciones de limpieza llevadas a cabo por sus tropas. Efectivamente, los ataques disminuyeron hasta llegar a unos niveles muy parecidos a los que había antes de la aparición de Idrias, datos que confirmaron las promesas oficiales y la evidencia empírica de que se había acabado definitivamente con el causante de las despiadadas matanzas.

Capítulo XXVI



De la noche a la mañana, a finales del año 222 a. C., las cosas cambiaron drásticamente para Antígono; comprendió que sin su brazo ejecutor le resultaría muy difícil coordinar nuevos ataques y, mucho menos, controlar que la mercancía robada no se perdiera por el camino y cayera en poder de otras manos diferentes a las suyas. No tenía a nadie de su entorno con la confianza suficiente para encargarle la responsabilidad de tan delicada tarea. Además, sabía que jamás encontraría a alguien de quien se pudiera fiar a ojos cerrados como de su fallecido guardaespaldas, pues aceptó de antemano que sus permanentes sospechas hacia terceros acabarían por consumirle en tensiones por el simple hecho de imaginar infidelidades o denuncias, aunque nunca se llegaran a producir. Durante todo este tiempo, su carácter reservado e introvertido le impidió relacionarse apenas con nadie, y ahora tenía que hacer frente en solitario al resultado de su casi total aislamiento.

En Alejandría, a excepción de algunos comerciantes que cruzaban escasas palabras con él en momentos muy puntuales, para el resto era un auténtico desconocido. Sobre todo, quiso pasar desapercibido para evitar esos cotilleos que por innecesarios casi siempre se convierten en obligatorios. Sin embargo, todos los que tuvieron algún contacto con él, por fugaz que hubiera sido, recibieron la mejor de las impresiones posibles; les quedó muy claro desde el principio que se trataba de un hombre extremadamente interesante. Lo demostraban su porte y distinción; su elegancia al caminar; la calidad de sus ropajes y la cultura que desplegaba al hablar. Por todo esto, y por someras informaciones que recibieron, todos estaban convencidos de que debía de poseer una enorme fortuna gracias a los numerosos negocios que se decía controlaba al otro lado del Mediterráneo.

Los pocos hombres de Idrias que quedaron con vida, aquellos que utilizó en labores secundarias de seguimiento, espionaje y cualquier otra relacionada con sus actividades, pronto desaparecieron y se desperdigaron por otras bandas dedicadas a lo mismo, o simplemente se marcharon hacia otros lugares para poner tierra de por medio en busca de fortuna y nuevas aventuras. Solo quedaron en sus puestos los

servidores que nunca participaron en ataque alguno porque jamás tuvieron relación directa con Idrias ni con su entorno; eran aquellos que dependían directamente de Antígono.

Por aquellos días, comenzaron a recorrer las calles de la ciudad preocupantes noticias que aseguraban que el estado de salud del faraón empeoraba por días, sin que sus médicos supieran qué era lo que exactamente le ocurría. Aquello supuso una alegría para Antígono, pues pensó que ya no tendría que volver a utilizar sus métodos expeditivos de asalto, porque con la próxima desaparición de su primo carecería de importancia esquilmar las arcas reales. Ahora, lo único importante residía en que el faraón se enterara del origen de sus dolencias. Con ello, quedaría sobradamente cumplida su venganza.

Entre estos y otros pensamientos afines se encontraba en el precioso jardín de su casa cuando de repente, mientras miraba hacia el palacio real y meditaba sobre los siguientes pasos que debía dar, una fugaz idea le recorrió la mente; un deseo incontrolable le hizo maquinar una nueva iniciativa, no exenta de riesgo, pero mucho más atractiva que cualquiera de las que hubiera imaginado con anterioridad. La idea le vino también acompañada de una irrefrenable necesidad de volver a recorrer los lugares en los que compartió aquellas inolvidables conversaciones con su madre durante los últimos casi nueve años que permanecieron juntos en la corte de su tío Ptolomeo II. Recordó que le trató siempre muy bien y pensó que si no se hubiera ido, tal vez, habría sido el elegido para sucederle en el trono; incógnita que jamás conocería.

«Muchos años han pasado desde que tuve aquel desafortunado encuentro con Ptolomeo III, cuando ambos éramos muy jóvenes; seguro que ya no se acuerda de mí, hemos cambiado tanto, que incluso somos otras personas muy diferentes al vago recuerdo que pudiéramos tener el uno del otro, si es que aún se acuerda de que existí alguna vez. Iré perfectamente caracterizado», se dijo a sí mismo mientras urdía la forma de entrar en palacio como alguien digno y relevante; alguien de quien un rey se pudiera fiar a ojos cerrados.

La oportunidad surgió de forma inesperada varios meses después de la muerte de Idrias, ya comenzado el año 221 a. C., cuando el soberano de Egipto dio a conocer su voluntad de ofrecer una recepción en palacio a los más importantes comerciantes que mantenían negocios con Alejandría, para festejar la eliminación definitiva de tan peligrosa banda de atracadores y asesinos. También se enviaron misivas de invitación a reinos vecinos con los que se mantenían buenas relaciones y a otros en los que Egipto había fijado su atención para establecer nuevas conexiones comerciales, pues sus asesores pensaron que sería una buena forma de dar a conocer al mundo la fuerza del imperio egipcio contra sus enemigos, y además,

serviría para abrir nuevos lazos de amistad con otros reyes que pudieran estar interesados en negociar con el imperio. Después de la pertinente comprobación de las cartas credenciales presentadas por los interesados, fueron invitados personalmente por el faraón los seleccionados para participar en tan magno evento.

El día señalado, asistieron los mercaderes más destacados de Alejandría. También acudieron numerosos extranjeros con dilatada experiencia en el tráfico comercial con Egipto y recientes incorporaciones de empresarios cuya presencia, por el volumen de sus operaciones, se hacía muy necesaria. Ese fue el caso, como no podía ser de otra manera, de aquel al que se le conocía como el mercader con la mayor agrupación de representantes en las factorías griegas más significativas, repartidas entre los mares y los territorios de dominio heleno.

Cuando el sol comenzó a ocultarse, cinco sirvientes fueron los encargados de abrir los grandes portones de madera maciza que daban acceso a los jardines interiores de palacio, lugar designado para el desarrollo de la recepción imperial. Los invitados esperaban en una gran antesala a ser llamados por su nombre, momento en el que debían penetrar en el recinto ajardinado para saludar a los faraones. Los trabajos de decoración fueron realizados en secreto por los artesanos de palacio, y causaban sobre los asistentes que iban entrando una gran sorpresa, que se tornaba en admiración conforme más observaban los resultados obtenidos.

Grandes plataformas colgantes, que dejaban contemplar la belleza de los puertos y de los más importantes monumentos de la ciudad, hacían las funciones de terrazas voladas desde donde también se podían admirar, ayudadas por el resplandor de la gran torre luminosa, algunas de las mayores mansiones que eran propiedad de conocidas familias poderosas. El resto de las paredes estaban adornadas con mármoles de color verde, veteados con incrustaciones rosas muy llamativas, que combinaban a la perfección con la variada vegetación de los jardines donde destacaban multitud de plantas autóctonas, tropicales y aromáticas. No existía rincón alguno al que le faltara una antorcha decorada con un espectacular mango dorado, o lugar perfectamente señalizado que careciera de una cubeta con el mismo aspecto, donde pequeñas hogueras cumplían la función de iluminar convenientemente el lugar. El suelo, conseguido sobre la base de finas placas de granito gris con pequeñas motas negras brillantes, dibujaba pequeños senderos que partían, sin excepción, desde un grandioso círculo central y facilitaban el desplazamiento hacía cualquier sitio que se deseara del recinto; la totalidad de sus bordes estaba delimitada por mirtos en señal de bienvenida, que también servían como márgenes separadores de parterres plagados de flores y plantas

organizadas según la estación del año, donde llamaban la atención espectaculares palmeras perfectamente bien combinadas con otras variedades como olivos, pinos y cipreses.

El mencionado círculo central cumplía las funciones de plazoleta de eventos diversos, lugar de demostraciones y aula improvisada para todo tipo de enseñanzas; en este caso, sirvió a los propósitos del faraón como receptáculo principal para albergar a sus visitantes, desde donde eran agasajados con bebidas y manjares preparados especialmente para la ocasión.

—¡Antígono de Samotracia! —le llamaron a presencia de los faraones.

Un profundo silencio recorrió la sala cuando citaron a quien muchos de los asistentes deseaban conocer en persona, pues tenía fama bien merecida de personaje rico, esquivo y solitario. A pesar de sus esfuerzos por pasar desapercibido, nunca pudo evitar que su presencia suscitara la curiosidad por donde quiera que fuese. Envuelto en un mar de miradas expectantes, apareció un hombre de altivo porte que comenzó a recorrer con mucha distinción la distancia que desde la puerta de entrada le separaba de una especie de templete donde los faraones esperaban su presencia.

—Divinidades, es para mí un gran placer poder saludaros en vuestro espléndido palacio —saludó con una inclinación de cabeza.

—Estamos encantados de contar con tu asistencia —señaló el rey.

—Tu fama te precede —apostilló la reina.

—Son exageraciones ajenas, tan solo soy un mercader.

—Me han dicho que también eres un gran mecenas —señaló el faraón.

—Simplemente me intereso por el arte y la cultura.

—¿Nada más? —preguntó la reina.

—¡Eso creo!

—Mis informadores también me cuentan que te interesa mucho la obtención de riqueza.

—Desgraciadamente, en los negocios solo se pueden dar dos posiciones muy bien definidas y contrapuestas: o te haces rico, o te hacen pobre.

—¡Bien dicho Antígono! —exclamó el faraón en clara conformidad con sus palabras.

—Gracias.

—Pero me han dicho que la fortuna camina siempre contigo —continuó la reina.

—No hay hombre en la tierra que pueda sujetar a su lado a esa diosa tan requerida por todos.

—De todos modos, no nos vendría nada mal que accedieras a compartirla con nosotros —añadió el rey.

—Dime cómo he de hacerlo, y cuenta con mi total colaboración.

—Ya hablaremos más adelante, de momento disfruta de la fiesta mientras terminamos de saludar al resto de invitados.

—Como desees. —Se alejó lentamente mediante cortos pasos hacia atrás mientras volvía a presentar sus respetos con otra inclinación de cabeza.

De una manera casi natural, Antígono se convirtió en el centro de atención, circunstancia que no pasó desapercibida para los anfitriones, quienes también compartían con sus invitados una enorme curiosidad por conocer con más detalle la personalidad de aquel singular mercader que sorprendentemente en aquella velada, en contra de su fama de esquivo y distante, no evitó conversación alguna. Como si siguiera las pautas de un guion, contestó a cuantas peguntas le formularon; estuvo cercano y amable, a la par que locuaz y divertido; demostró poseer una cultura hasta extremos insospechados y se presentó ante el resto de los asistentes como alguien sensato; sobre todo, y por encima de cualquier otra consideración, muy sensato.

Cuando se presentó ante los faraones, sintió un vuelco en el corazón. No sabía cómo iba a reaccionar su primo cuando le viera. «Los años le han tratado bien, mantiene intactos sus rasgos más esenciales. Espero que no me haya reconocido; ha pasado tanto tiempo que seguramente ni me recuerda. Ahora parece mucho más sereno, incluso diría que tiene mirada de hombre inteligente. ¡Quién lo hubiera imaginado!», pensó cuando los saludó.

Las ausencias continuas de Ptolomeo III le hicieron suponer que el veneno ya había iniciado su espiral implacable y que cada vez su deterioro físico iría en aumento. No se equivocaba, pues durante el tiempo que permaneció en palacio pudo comprobar que en todo momento estuvo acompañado de sus médicos, quienes se afanaban por dar una imagen de total normalidad en cuanto a su estado de salud; pero resultaba evidente su honda preocupación.

Por su parte, los faraones tampoco perdieron detalle del comportamiento de este personaje tan especial y ambos quedaron gratamente impresionados. Tanto, que desde ese momento comenzaron a requerirle en palacio con relativa frecuencia. Al principio acudió en calidad de invitado, pero más adelante, cuando se ganó su confianza y sobre todo cuando ayudó con su mediación a cerrar varios acuerdos que llevaban muchos años bloqueados, recibió la oferta de nombramiento como su consejero personal, cargo que aceptó sin vacilaciones.

Con ese nuevo cargo en su poder, buscado desde su entrada en palacio, podría haber tomado decisiones importantes sobre miles de asuntos que sin duda le hubieran beneficiado en gran medida, ya que su poder e influencia en la corte alcanzaron cotas de las que ningún

otro consejero había gozado jamás. Pero Antígono ya no buscaba riquezas ni poder; solo deseaba permanecer cerca del faraón cuando le llegara la fatídica hora. La confianza que no fue capaz de conseguir en su juventud, al cabo de los años la obtuvo gracias a hacerse pasar por quien en realidad no era. Comprendió entonces que para un Ptolomeo su peor enemigo resultaba ser irremediablemente otro de su misma familia. Para su desgracia, ya inevitable, no tuvo más remedio que reconocer que ese había sido el sino que marcó su futuro desde que escapara de Egipto a una edad temprana; que la existencia de esa señal de identidad imborrable que perseguía a todos los miembros de la dinastía era más fuerte que sus propias voluntades, y que perduraría en ellos hasta su definitiva extinción.

El tiempo, con su inexorable transcurrir, hizo que Ptolomeo III cada día se encontrara un poco peor que el anterior, circunstancia que tenía muy despistados a sus médicos, hasta que llegó un momento en que los encuentros que ambos llevaban a cabo se debieron realizar con el faraón postrado en su cama, preso de una dolencia desconocida que parecía devorarle por dentro. Su máxima distracción consistía en la visita diaria de su consejero personal para debatir sobre cualquier asunto mundano o divino. Pese a su evidente malestar físico, la llegada de Antígono siempre era esperada con verdadera alegría.

—¿Cómo te encuentras hoy de salud? —preguntó al acercarse a su lecho.

—Creo que peor que ayer, aunque no me atrevería a asegurarlo —contestó el faraón.

—Esa actitud no ayudará a la curación.

—No es mi salud lo que ahora me preocupa.

—¿Qué es entonces?

—Mi preocupación es el imperio. Creo que ha llegado el momento de reconocer que tengo mis horas contadas.

—No creo…

—Déjame terminar —le interrumpió antes de que hiciera el menor comentario.

—Perdona, prosigue por favor.

—Sabes que mis médicos en materia de venenos son de los mejores del mundo, y se suelen equivocar en muy pocas ocasiones. Pues bien, en secreto me han confirmado que he sido envenenado, que moriré en breve porque no es posible la curación.

Un frío febril recorrió de parte a parte el cuerpo del consejero, mientras el silencio se apoderó de la estancia en la que ambos hombres se encontraban en aquellos momentos en plena conversación. Convulsionado, como si sufriera las terribles arcadas que preceden al vómito, las palabras se quedaron sin salir de la boca de Antígono. Estaba convencido de que había sido descubierto, y ahora aguardaba

nerviosamente a que acudieran a una señal del faraón los guardianes de palacio para conducirle a la mazmorra más oscura de cuantas hubiera en el reino. Sin embargo, esa fatídica llamada no se llegaba a producir y Ptolomeo III, que parecía tener muy bien estudiada la situación, tampoco daba muestras de querer actuar contra él después de la revelación que le acabada de hacer.

—Me suministraron el veneno hace tiempo, en una dosis muy pequeña. Cuando mi cuerpo ha querido reaccionar ha sido demasiado tarde. Ya no tengo remedio porque el mal está en la sangre y se come todos los órganos inexorablemente. He tomado todos los antídotos conocidos, pero el mal avanza sin remedio —continuó Ptolomeo III con sus explicaciones.

—¿Conoces al autor? —peguntó con cierto temor.

—¡Por supuesto!

—¿De quién sospechas?

—¡No sospecho! ¡Estoy convencido de que he sido envenenado por mi esposa y por mis hijos! —La respuesta tranquilizó a Antígono.

—¿Qué motivos tienen? —volvió a preguntar.

—La reina, una enorme ilusión por ver a sus hijos coronados, aunque ello suponga dividir el imperio, y por tanto debilitarlo frente a nuestros enemigos. En cuanto a mis hijos, ya no tienen más paciencia para esperar un momento que no termina por llegar; creen que van a envejecer sin conocer el dulce placer de sentir una corona sobre la cabeza y todo lo que ello conlleva.

—¿No te importa saber que a lo mejor te queda poco tiempo? —preguntó con forzada ingenuidad.

—¡El tiempo! Siempre con el dichoso tiempo a cuestas, lo único que no se puede comprar ni cambiar por otra cosa; el inexorable tiempo solo obedece al dios Cronos, y este, claramente, no es amigo de los hombres.

El enfermo faraón se tomó un breve receso para recobrar fuerzas y sorber un líquido que sus médicos le habían preparado con el fin de mitigar en parte sus dolores. Entretanto, los silencios nuevamente se volvieron muy profundos, mientras el corazón de Antígono latía a un ritmo frenético, a la espera de encontrar el momento más idóneo para contarle la verdad de lo que le sucedía. Durante los días siguientes las entrevistas se prodigaron con más asiduidad. Cada vez, los esfuerzos de Ptolomeo III por permanecer activo debían superar a los realizados en la sesión anterior, señal inequívoca del deterioro físico progresivo que padecía. Pasado cierto tiempo, enseguida comenzó a sufrir pequeñas ausencias, que conforme se agravó su enfermedad también se prolongaron en su duración. Por las propias manifestaciones del enfermo, se daba perfectamente cuenta de lo que le ocurría, solo que era incapaz de comunicarse con los demás.

Antígono esperó a que el faraón se quedara en un estado casi vegetativo; aunque permanecía consciente, había perdido la capacidad del habla, pero por los gestos comprendía todo lo que se le decía.

—Ya solo es cuestión de esperar —indicó uno de sus médicos.

—¿Cuánto? —preguntó interesada Berenice II.

—Es difícil saberlo, depende de las fuerzas que aún guarde el faraón para resistir lo inevitable; pero no creo que se demore por mucho tiempo.

—¿Habéis averiguado el origen de su enfermedad? —preguntó nuevamente.

—No, mi señora; para nosotros es un verdadero misterio —contestó según las instrucciones recibidas tiempo atrás por el propio faraón.

—¡Está bien! ¡Hades así lo ha querido! —Se dio por satisfecha y aceptó como buena la respuesta recibida.

Fue entonces cuando Antígono se acercó a la cabecera de Ptolomeo III, como lo hacía a diario desde las últimas semanas, pero en esta ocasión portaba entre sus manos una bonita bolsa de piel que con mucha solemnidad le quiso entregar. Evidentemente, el faraón no pudo recoger el regalo, pero no importó, pues fue el mismo consejero quien le mostró el contenido que guardaba la bolsa en su interior. Se trataba de una preciosa daga embutida en una funda de oro donde se incrustaban bonitas piedras preciosas de diferentes y llamativos colores, que sin duda la hacían única en su género. La empuñadura, también rematada en oro, se combinaba muy bien con su extremo coronado en lapislázuli; si bien, las piedras tenían un tamaño bastante más pequeño para facilitar mejor su agarre. Cuando la desenfundó, se pudo apreciar una hoja muy puntiaguda, que a juzgar por su simple apariencia daba la sensación de estar tremendamente afilada. Más que un arma, aquello que mostraba Antígono parecía una valiosa joya. Una pieza especial que perteneció al rey Lisímaco de Tracia, quien se la regaló a su hijo mayor cuando este tuvo edad suficiente, como señal inequívoca de que su destino estaba señalado por los dioses para reinar cuando le llegara el momento.

El faraón hizo claros movimientos y gestos de reconocer el presente, que todos cuantos los acompañaban en la cámara quisieron interpretar como claras y evidentes muestras de su agradecimiento. Antígono se acercó para hablarle muy bajito al oído, y durante bastante rato le contó algo que nadie pudo escuchar, pero que debía de interesarle mucho, pues permaneció inmóvil durante el tiempo que duró su relato, aunque si sus médicos hubieran sabido el contenido de la conversación, posiblemente habrían captado que la tensión de esos intensos momentos se podía ver reflejada sobre la cara del enfermo. Sin embargo, de vez en cuando, solo se limitaba a mirar fijamente a su consejero, como si quisiera comprobar alguna cosa.

—¡Sé que lo entiendes! Nadie mejor que tú conoce el significado de la maldad trasmitida mediante la herencia familiar, esa que persigue a todos los miembros de nuestra familia. ¡Es una lástima que no puedas llamarme por mi nombre verdadero! ¡Es ahora cuando adquiere su mayor significado ser un Ptolomeo! —se despidió de su primo, el faraón.

Aquella misma noche, Ptolomeo III dejó de respirar para siempre, llevándose consigo el secreto de la verdadera identidad de Antígono.

Capítulo XXVII



Después de finalizar los funerales protocolarios en memoria del faraón fallecido, inmediatamente Antígono dimitió de su cargo, pues comunicó a la reina el deseo de abandonar cuanto antes su cargo para retomar sus actividades comerciales, ciertamente algo olvidadas desde que fuera requerido asiduamente por Ptolomeo III. No obstante, antes de otorgar su permiso, la reina se mostró muy interesada por conocer, con todo tipo de detalles, el contenido de las últimas reuniones que mantuvo con su esposo, seguramente, porque deseaba cerciorarse de si le hizo alguna confidencia por la que se pudiera desprender que intuyera en sus últimos momentos la existencia de alguna conspiración en su contra, o si por el contrario, murió sin albergar en su corazón sospecha alguna. Lo preguntó soterradamente de mil formas y maneras diferentes, pero el antiguo consejero no se dejó sorprender en ninguna ocasión, y siempre contestó en unos términos que le dieron a entender su total desconocimiento de tales extremos por los que tanto se interesaba.

Hombre extremadamente sagaz, desde el primer instante que la reina se interesó por ese asunto, y después ante su insistencia, enseguida reconoció que su primo no estaba tan descaminado en sus apreciaciones cuando le reveló sus sospechas. Una vez obtenido el permiso real, al principio pensó en alejarse todo lo posible de Alejandría, mas, después del interrogatorio al que fue sometido por la propia reina, la curiosidad le obligó a permanecer expectante a los próximos movimientos que sin duda se deberían de producir en las semanas siguientes, y que servirían para indicarle el grado de implicación de cada uno de los hijos en la muerte del faraón; aunque tampoco quiso descartar a la propia reina, quien a su modo de entender, debió seguramente de ser colaboradora necesaria e indispensable en la muerte de su esposo. «Es la permanente maldición que persigue a los Ptolomeos», se dijo a sí mismo.

Efectivamente, no se equivocó en sus predicciones; en muy poco tiempo la reina Berenice II cayó muy enferma y murió en breves semanas. Nadie quiso hacerlo público por temor a perder la vida, pero todos en la corte sospecharon que también fue envenenada,

posiblemente por la misma mano ejecutora. De los cuatro hijos que tuvieron, la más pequeña, también llamada Berenice, poseía desde su nacimiento una salud enfermiza, y a una edad muy temprana ya había fallecido. El segundo de los hijos, llamado Magas, inmediatamente después de fallecer su madre comenzó a sentir los mismos síntomas de la enfermedad de sus padres, y terminó con idéntico resultado para su integridad física. Casi de inmediato a su fallecimiento, se hizo público el compromiso de matrimonio entre el hermano mayor, Ptolomeo, y la tercera hermana, Arsínoe. Así, una vez más, se cumplió con la tradición familiar de no compartir el poder absoluto, ni de dividir el imperio entre los herederos del anterior faraón. Los seguidores de Magas, ante la carencia de otro posible candidato, no tuvieron más remedio que aceptar la boda real. Además, se quedaron en desventaja y claramente en minoría, ya que con la unión entre ambas facciones consiguieron aglutinar el resto de los apoyos. No obstante, Ptolomeo quiso dar un golpe de efecto que sofocara cualquier intento de rebelión, y ordenó ejecutar a los más importantes seguidores de Magas cuando su hermano aún estaba moribundo; hecho que generó entre la población gran descontento, malestar y desconfianza hacia quienes debían ser sin lugar a dudas sus próximos gobernantes. Desde ese mismo instante, el pueblo conoció la identidad de los verdaderos responsables de las anteriores muertes, pero nadie se atrevió a suscitar el más mínimo movimiento que impidiera esa boda, y mucho menos para que no reinaran en Egipto.

Los contrayentes pasaron a la historia con los nombres oficiales de Ptolomeo IV y Arsínoe III. Ya desde el principio, se vio claramente que contaban con los sentimientos enfrentados de un pueblo que no quiso olvidar sus primeras decisiones sangrientas. Enseguida se pudo comprobar que los nuevos faraones estaban más interesados en saborear las mieles del lujo que en gobernar propiamente su imperio, ya que esa tarea la dejaron desde el primer día en manos de sus validos, quienes utilizaron el poder conferido para beneficio propio. Estas disposiciones reales dieron como resultado el comienzo de la decadencia del imperio, una carrera en espiral motivada principalmente por las numerosas intrigas palaciegas de los consejeros y favoritos, que ellos mismos permitieron y potenciaron.

Cuando concluyó el proceso hereditario del imperio egipcio, y mientras organizaba su futuro inmediato, Antígono se refugió en la casa a la que tenía más cariño; aquella que adquirió cuando se enteró de que fue la última morada de su abuelo, Ptolomeo I Sóter. Igual que hizo en innumerables ocasiones su antecesor, se asomó a la gran terraza cubierta en forma de templete desde donde podía gozar de una de las mejores panorámicas de la ciudad. Contempló cómo la lejanía infinita del mar azul se combinaba con barquitos de pescadores que

salpicaban de pequeños puntos negros el horizonte, hasta que la vista resultaba incapaz de divisarlos. Se quedó pensativo, casi extasiado, mientras dirigía la mirada hacia la nada en concreto. Quiso distraer su atención con las muchas referencias que tenía para elegir en un paisaje que a diario le fascinaba y sorprendía, como si fuera la primera vez que descubría semejante belleza. Se abandonó voluntariamente al sencillo placer de estar allí junto con su permanente soledad, a la que ya estaba tan acostumbrado; tan solo dedicado a la observación de un entorno que ahora se mostraba muy distinto al que conoció en sus años de adolescencia, y cuyo recuerdo permaneció siempre muy nítido en su memoria.

Antígono de Samotracia, por primera vez en su vida, decidió permanecer ajeno a cualquier asunto que proviniera de los Ptolomeos. Ya no tenía motivos para vengarse, y lo que pudiera ocurrir con la dinastía fundada por su abuelo, para él carecía de importancia. Quiso comportarse igual que lo haría un simple testigo que presenciara el transcurrir del tiempo desde su mirador de preferencia; olvidarlo todo en un intento por saborear lo que consideraba los últimos estertores del imperio ptolemaico. Sabía que los nuevos acontecimientos que se avecinaban transformarían su mundo en otra cosa que seguramente le resultaría extraña y confusa. Con la mirada puesta en el infinito mar, perseveró en el convencimiento de lo que debería haber sido y desgraciadamente no fue; una vida plácida, propia de un personaje de su linaje, que por culpa del destino cruel se convirtió en su propia agonía anticipada, en una existencia repleta de odios y venganzas que afortunadamente ya había tocado a su fin.

Pocos días después, ordenó a sus hombres que prepararan su barco para zarpar lo antes que se pudiera de Alejandría. Parecía como si la ciudad que hizo grandes a sus antepasados ahora careciera de importancia; por eso, prefirió asentarse en otro lugar que le evocara menos recuerdos trágicos.

Sin embargo, los nuevos faraones olvidaron que el caprichoso destino siempre está marcado por la voluntad de los dioses, y estos debieron de querer ligar la grandeza de la ciudad que los vio coronarse, con la fuerza de la dinastía ptolemaica. Por eso, aquella mañana amaneció con un fortísimo oleaje impropio de la zona que asuntó a los más bravos marineros. El roncar de las olas pronto quedó empequeñecido cuando dio paso a un sonido que nadie había escuchado jamás; se sintieron varias veces temblores para después dejarse oír un profundo crujir de la tierra, de la misma manera que lo hace una parturienta cuando está a punto de desencajar sus caderas para permitir que se deslice con fuerza inusitada el hijo que está a punto de parir.

De repente, el suelo comenzó a hundirse bajo los pies de los

alejandrinos, arrastrando hacia el interior de sus entrañas a muchos hombres, mujeres y niños. Los gritos de pánico se mezclaron con los estruendos cuando caían las plantas superiores de las mansiones y los palacios más bellos, que antes lucían orgullosos sus riquezas. Al chocar contra la tierra, se desvanecían materialmente tragados por el extraordinario peso de sus suntuosas decoraciones, igual que la arena del desierto cuando el viento la mueve. Donde antes había edificios, en cuestión de minutos solo quedaron ruinas, fango y agua que todo lo inundaba. Los temblores permitieron que la tierra se abriera y engullese muchas de sus magníficas construcciones. El gran Nilo se desbordó, y con él arrastró un pesado limo que de manera insospechada emergió por mil sitios diferentes a su cauce habitual y enlodó todo lo que encontró a su paso, haciéndolo desaparecer para siempre. La población corrió despavorida en busca de un lugar seguro, pero solo encontró muerte y destrucción por doquier.

Las sacudidas se repitieron en varias ocasiones más, cada vez con efectos más devastadores. Enseguida Antígono comprendió que todas las riquezas ocultas en el subsuelo se habían perdido para siempre, ya que los últimos temblores de la tierra fueron más fuertes que los anteriores y habían sacudido violentamente la estructura de la necrópolis, y buena parte de ella quedó sepultada. Temió que no soportara otra sacudida más y se derrumbara de un momento a otro, lo que ocurrió pocas horas más tarde. La misma suerte corrieron los edificios más emblemáticos de la ciudad, víctimas de su propia y desmesurada grandeza, ya que el suelo cedió ante su excesivo peso.

Cuando desde su mirador contemplaba cómo se abrían enormes socavones que se repartían por la ciudad y se tragaban manzanas enteras, se dio cuenta de que aquello acabaría definitivamente con el predominio de Alejandría; que el declive de la ciudad estaba íntimamente relacionado con la dinastía ptolemaica como si se tratara de un juego de causa y efecto. Vio cómo la población corría enloquecida en busca de la seguridad, fuera de la amenaza de los continuos desprendimientos de cornisas o de los gigantescos bloques de granito que se desplomaban de los lugares donde se encontraban ubicados. Escenas de mutilados, huérfanos en busca de algún conocido, muertos abandonados por las calles, canales destrozados y reservas de agua potable perdidas, mujeres que buscaban desesperadamente a sus hijos, hombres que se quejaban amargamente, lodo, miseria y fuego en muchas de las casas que aún permanecían alzadas. Todo aquello, Antígono lo había visto hacía muchos años en otros lugares, aunque por causas muy diferentes. Las guerras fueron las causantes, y más en concreto, los posteriores actos vengativos de los vencedores. Recordó las consecuencias que tuvieron para la población de Tracia cuando mataron a su padre, y los sufrimientos que

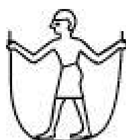
presenció en su precipitada huida hasta Macedonia. Sabía que ahora el resultado final iba a ser el mismo; que aquella catástrofe preludiaba la llegada de enfermedades masivas y de plagas invencibles que afectarían mortalmente a casi toda la población.

No quiso arriesgarse, y en cuanto los dioses dieron una pequeña tregua a aquello que sin duda le parecía un castigo divino, aprovechó el momento para embarcar y poner su nave rumbo a cualquier sitio fuera de aquel infierno en que se había convertido la ciudad más importante del Mediterráneo. Los fuertes vientos le fueron propicios, y enseguida se alejó del puerto lo suficiente para contemplar, con horror, ruinas y desolación por todos los sitios de la ciudad. Muchos ciudadanos perecieron por asfixia, visiblemente producida por las grandes humaredas procedentes de edificios que ardían por sus cuatro costados, y que pronto tiñeron el cielo de negro. Los edificios que no cayeron en los primeros temblores de la tierra, se desplomaron en los siguientes o se desmoronaron como torres de barro conforme transcurría aquel imborrable día. Las calles ya no eran seguras, y los supervivientes se agolpaban en las puertas de la ciudad porque corrían hacia las afueras en busca de lugares más elevados, como colinas o lomas, pues el desbordamiento del Nilo anegaba cualquier zona baja.

Cuando su nave pasó junto al faro, sintió momentáneamente mucha alegría al ver que su mejor obra decorativa todavía se mantenía milagrosamente erguida con toda su belleza. Le resultó chocante verlo así de solemne rodeado de tanta destrucción; era como si la naturaleza quisiera respetar el más importante símbolo de la ciudad. Sin embargo, a los pocos minutos de haberlo rebasado, se produjo otro corrimiento de tierras que el orgullo de Alejandría no pudo aguantar, y estrepitosamente se vino abajo. Antígono, con las manos en la cabeza, no pudo soportar su caída y se giró para no ser testigo de cómo desaparecía bajo el mar la torre más bella de cuantas habían construido los hombres. Cuando todo concluyó, pensó que la cruel providencia quiso permitir que su creación se mantuviera sólida justo el tiempo necesario para que él pasara por delante y fuera testigo de su destrucción. Por eso, allí mismo hizo un titánico esfuerzo por dejar sepultados bajo sus cimientos los recuerdos de su madre y de Kamala.

Con la inseguridad de un mar terriblemente picado, que amenazaba galerna como no se conocía, supo que tenía por delante un largo viaje hacia lo desconocido, no exento de peligros, porque se impuso la misión de encontrar el olvido y la paz de espíritu que jamás encontró en parte alguna.

Personajes por orden de aparición



Nombre	Características
Ptolomeo I Sóter	General de Alejandro Magno. Rey de Egipto
Lisímaco de Tracia	General de Alejandro Magno. Rey de Tracia
Ptolomeo Cerauno	Hijo de Ptolomeo I Sóter y Eurídice. Rey de Macedonia
Ptolomeo II	Hijo de Ptolomeo I Sóter y Berenice
Arsínoe II	Hija de Ptolomeo I Sóter y Berenice. Esposa de Lisímaco de Tracia, de Ptolomeo Cerauno y de Ptolomeo II
Pirro	Asesor de Ptolomeo Cerauno
PTOLOMEO (ANTÍGONO DE SAMOTRACIA)	Hijo mayor de Lisímaco de Tracia y Arsínoe II
Lisímaco	Hijo de Lisímaco de Tracia y Arsínoe II
Filipo	Hijo de Lisímaco de Tracia y Arsínoe II
Arsínoe I	Primera esposa de Ptolomeo II. Madre de Ptolomeo III
Casandro	Consejero de Ptolomeo II
Teófilo y Filomena	Taberneros de la isla de Samotracia. Padres de Helena
Helena	Primer amor de Antígono de Samotracia
Ardacán	Capitán de la nave comercial
Poliperconte	Pastor de la isla de Samotracia. Prometido de Helena
Ptolomeo III	Hijo de Ptolomeo II
Sóstrato de Cnido	Arquitecto del faro y de la necrópolis de Alejandría
Solón	Encargado de los primeros negocios de Antígono
Idrias	Guardaespaldas de Antígono
Demetrio de Cirene	Padre de Idrias
Kamala	Esposa de Antígono
Darak El Hadi	Padre de Kamala
Dionisos	Mercader de Alejandría
Apeles	Mercader de Rodas
Fidias	Mercader de Atenas
Artabazo	Mercader de Alejandría
Teos	Mercader de Alejandría
Auletes	Mercader de Alejandría
Arrideo	Mercader de Alejandría
Capitán Lagos	Jefe de la Guardia Real. Responsable de la caravana del oro

Agátocles Sabio de Ptolomeo III

Edición en formato digital: 2014

Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9067-098-9

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es